

VITTORIA

UNA DARK ROMANCE DE MAFIA CON UN HÉROE POSESIVO DE LA BRATVA
Y UN MATRIMONIO CONCERTADO

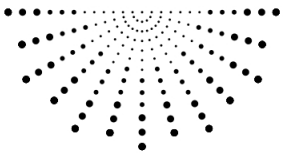
SHERRY BLAKE

VITTORIA

UNA DARK ROMANCE DE MAFIA CON UN HÉROE POSESIVO DE LA BRATVA Y UN MATRIMONIO CONCERTADO

FERETTI SYNDICATE

LIBRO CUATRO



SHERRY BLAKE



Rosanthe Publishing

Copyright © 2026 por Sherry Blake

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo métodos electrónicos o mecánicos, sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas o análisis académicos.

El derecho moral del autor ha sido reivindicado.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es puramente coincidencia y no es la intención del autor.

ÍNDICE

Advertencia de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Escena Bonus Exclusiva
Acerca De Sherry Blake
Otras Obras de Sherry Blake

Para los lectores que ven las señales de alarma como una lista de tareas pendientes.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela está destinada a lectores mayores de 18 años.

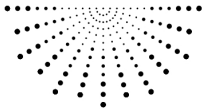
Este libro trata temas adultos que incluyen la muerte de familiares (hermanos y padres), enfermedades terminales (cáncer), duelo, secuestro, agresión física, violencia con armas de fuego y escenas explícitas de tortura e interrogatorio.

Se desarrolla en entornos de crimen organizado (Mafia y Bratva) con referencias al tráfico de drogas y muertes relacionadas con las mismas.

También contiene escenas de naturaleza sexual, que incluyen, entre otras, dinámicas de dominación y sumisión, bondage, el uso de juguetes sexuales y actos sexuales en público.

El acoso y las conductas de vigilancia, la manipulación emocional y el lenguaje soez están presentes en toda la obra.

CAPÍTULO UNO



VITTORIA

El pasillo se extiende ante mí, familiar y asfixiante a la vez. Todo el mundo se ha retirado a sus rincones del recinto. Pietro a su despacho, Lorenzo a alguna parte con Sophia, Nico se ha esfumado como el humo en cuanto ha terminado la reunión.

¿Y yo? Me dirijo a mi habitación a hacer lo que siempre hago.

Trabajar. Programar. Fingir que el mundo fuera de estos muros no existe.

El móvil me vibra en la mano.

Bajo la mirada, esperando otra alerta de seguridad o quizás a Mamma preguntando si he comido. En su lugar, el nombre de Amanda ilumina la pantalla con un mensaje que me hace detenerme en seco.

Amanda: Tía. Esta noche toca Nexus. ¿Te apuntas?

Me quedo mirando el mensaje como si estuviera escrito en un idioma extranjero.

Nexus. El club del que todo el mundo habla desde hace... ¿cuánto ya? ¿Dos años? ¿Tres? Abrió justo cuando mi mundo se derrumbó, cuando la sangre de Riccardo aún estaba fresca y yo no podía respirar sin sentir que tenía los pulmones llenos de cristales.

Nunca fui.

¿Cuándo fue la última vez que fui a una discoteca?

Repaso mi calendario mental, buscando la última vez que me arreglé para algo que no fuera una obligación familiar. La última vez que bailé. La última vez que me permití ser joven, estúpida y sentirme viva.

Nada. Un espacio en blanco donde deberían estar los recuerdos.

Dos años de funerales y duelo y de enterrarme en el código porque, al menos, los algoritmos tienen sentido. Al menos los cortafuegos no te traicionan. Al menos los sistemas de seguridad no mueren ni te dejan vacía por dentro.

Mi pulgar sobrevuela el teclado.

Di que no. Siempre dices que no. Es más fácil así.

Pero algo cambia en mi mente. Algo rebelde y cansado y desesperado por cualquier cosa que no sea esto. Las mismas paredes. El mismo dolor. La misma distancia prudencial de todo lo que pueda hacerme sentir.

Escribo antes de que pueda convencerme de lo contrario.

Vittoria: ¿Por qué no?

Enviar.

Los tres puntos aparecen de inmediato. Luego desaparecen.

Suena el teléfono.

—Vale, ¿quién eres y qué has hecho con Vittoria Sartori? —la voz de Amanda explota por el altavoz antes de que pueda siquiera decir hola.

Se me escapa una carcajada. —¿Qué pasa? ¿No puedo decir que sí a una noche de fiesta?

—Tía, no has dicho que sí a *nada* en dos años. Llevo pidiéndote que salgas todos los fines de semana y siempre tienes una excusa. El trabajo. Cosas de familia. «Estoy cansada, Amanda» —imita mi voz, aguda y dramática—. ¿Te estás muriendo? ¿Es algo de tu lista de deseos antes de morir? Oh, Dios mío, ¿estás *embarazada*?

—Dio mio, Amanda —me llevo la mano libre a la frente, sin dejar de reír—. No me estoy muriendo. No estoy embarazada. Solo...

Hago una pausa, apoyándome contra la fría pared del pasillo.

—Necesito esto —admito, y las palabras me cuestan horrores—. Necesito una noche fuera. Necesito hacer algo estúpido y bailar y no pensar en...

La muerte. El duelo. La maldición. El peso asfixiante de amar a personas que inevitablemente me dejarán.

—... en todo —termino con torpeza.

Silencio al otro lado. Luego vuelve la voz de Amanda, ahora más suave. —Vic. ¿Estás bien?

—Esta noche me voy a volver loca allí —digo, forzando un tono alegre—. Lo necesito. Necesito recordar qué se siente al ser una chica normal de veinticuatro años que no ha olvidado cómo divertirse.

—¡OH, DIOS MÍO! —el chillido de Amanda casi me revienta el tímpano—. Vale, vale, vale. Paso a recogerte a las diez. Ponte algo sexy. En plan, *muy* sexy. Ese vestido negro que llevaste a la fiesta de compromiso de tu hermano...

—¿El que Mamma dijo que era demasiado corto?

—Ese mismo. Estabas increíble y lo sabes.

Lo sé. Ese vestido me hacía sentir como alguien totalmente distinto. Alguien que no cargaba con el peso de hombres muertos sobre sus hombros.

—A las diez —confirmo—. No llegues tarde.

—Tía, llevo dos años esperando esto. Llegaré antes.

Cuelga antes de que pueda responder, dejándome sola en el pasillo con el móvil apretado contra el pecho y una sensación floreciendo en mi caja torácica.

Esperanza. O tal vez temeridad. Es difícil notar la diferencia hoy en día.

Me despego de la pared y sigo hacia mi habitación, con el paso más ligero de lo que lo he tenido en meses.

Una noche. Solo una noche siendo otra persona.

¿Qué es lo peor que podría pasar?



El vestido negro se me ciñe como una segunda piel mientras recorro el pasillo principal del recinto. Amanda no se equivocaba. Esta cosa apenas me tapa el culo. Pero de eso se trata esta noche. De ser alguien que no sea la hermana en duelo que se pasa las noches mirando código hasta que le arden los ojos.

Casi llego a la puerta principal.

Casi.

—¿A dónde narices te crees que vas vestida *así*?

La voz de Bruno rompe el silencio. Me giro para encontrarlo en su silla de ruedas al final del pasillo, bloqueando el camino hacia el ala este. Incluso sentado, irradia amenaza. Sus ojos oscuros me barren de los talones al dobladillo, y se le tensa la mandíbula con lo que parece mucha furia.

Me detengo. Lo estudio por un momento.

El hermano con el que crecí. El chico de oro, el que se reía en las cenas de los domingos y me pasaba helado a escondidas cuando Mamma no miraba. Ese Bruno murió en la cama de un hospital hace dos años. El hombre que despertó de aquel coma tiene su rostro pero lleva la crueldad de un extraño tras la mirada.

—Voy a salir —digo simplemente.

—No —sus dedos tamborilean contra el reposabrazos de la silla —. No vas a ninguna parte.

Se me tensa la espalda. —¿Perdona?

—Ya me has oído, Vittoria. Son más de las diez. Ese vestido es indecente. Te quedas aquí.

Indecente. Me entran ganas de reír. De gritar. Me entran ganas de preguntarle con quién se cree que está hablando, porque desde luego no es con su hermana pequeña a la que solía dejar ganar a las cartas solo por verla sonreír.

—Bruno...

—¿Qué está pasando?

Pietro aparece de entre las sombras del umbral de su despacho, con un vaso de whisky en la mano. Mira de uno a otro con esa evaluación que se ha vuelto instintiva desde que tomó el mando como Don. Un puesto que nunca quiso. Una corona que debería haber sido de Bruno.

Debería haber sido.

Quizás esa sea la raíz de toda esta amargura.

—Está intentando irse —dice Bruno, señalándome con la barbilla —. Con *esas* pintas. A estas horas.

La mirada de Pietro recorre mi vestido. Su expresión no cambia, pero noto el ligero tic en su mandíbula.

—No estaré sola —digo antes de que ninguno de los dos pueda empezar el sermón—. Me lleva Elio. Estará conmigo todo el tiempo.

Esta ni siquiera debería ser una conversación que estuviéramos teniendo. Llevo saliendo con guardaespaldas desde que tenía catorce años. Cada chico que me ha mirado dos veces sabía perfectamente de quién era hermana. Sabía que dar un paso significaba rendir cuentas ante cinco hermanos sobreprotectores y todo un imperio criminal. No es que nunca haya estado *desprotegida*.

Lo saben. Los dos.

Bruno se acerca con la silla. —Ahora es diferente. Los Morelli están haciendo movimientos. Los rusos andan husmeando por nuestro territorio. No puedes simplemente...

—Puedo —le sostengo la mirada con la misma intensidad—. Y lo haré.

Por un momento, veo un destello del hermano que una vez amenazó con romperle las rótulas a un chico por hacerme llorar en el baile de graduación. Pero se retuerce en algo más feo. Más mezquino.

—Estás siendo una estúpida —gruñe.

Las palabras aterrizan como una bofetada. Se me cierra la garganta.

Pietro deja el vaso sobre una mesa cercana. El suave *clink* del cristal contra la madera suena de algún modo más fuerte que las

acusaciones de Bruno. Me mira y lo que sea que ve hace que algo en su expresión se suavice. Solo un ápice. Solo lo justo.

—Elio es uno de nuestros mejores hombres —dice Pietro en voz baja. Luego asiente. Una vez. Permiso concedido.

No necesito su permiso. Tengo veinticuatro años, por el amor de Dios. Pero se lo agradezco de todos modos. Agradezco que alguien en esta familia todavía me considere capaz de tomar mis propias decisiones.

—Gracias —murmuro.

Bruno emite un sonido de asco. —Estás cometiendo un error.

No le respondo. No puedo. Porque si abro la boca ahora mismo, diré algo de lo que no podré retractarme. Algo sobre cómo el verdadero error fue creer que volvería a nosotros entero. Algo sobre cómo lo visito todas las semanas aunque me trate como a la mierda, aunque su crueldad me den ganas de llorar, porque bajo toda esa amargura sigue estando mi hermano.

Entiendo su rabia. De verdad.

Pero entenderlo no hace que duela menos.

Me alejo de ambos y cruzo la puerta principal hacia el aire fresco de la noche. Elio ya está esperando junto al Porsche negro y abre la puerta trasera sin decir palabra.

Al deslizarme dentro, alcanzo a ver a Bruno a través de la ventana del recinto. Sigue mirando. Sigue furioso.

Él no era así antes. Antes de la boda. Antes de las balas. Antes de pasar seis meses atrapado en su propio cuerpo mientras Pietro cargaba con un peso que nunca debió ser suyo.

Bruno despertó en un mundo que había seguido adelante sin él, y desde entonces castiga a todos por ello.

Especialmente a sí mismo.

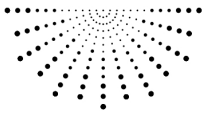
Aparto la mirada. Saco el móvil. Le escribo a Amanda diciéndole que voy de camino.

Esta noche voy a bailar. Voy a reír. Voy a fingir, solo por unas horas, que mi familia no está fracturada sin remedio.

Mañana volveré a ser la buena hermana. La hija leal. La que guarda los secretos de todos y finge no darse cuenta de que se están desmoronando.

¿Pero esta noche?
Esta noche, solo soy Vittoria.

CAPÍTULO DOS



DMITRI

Las grabaciones de seguridad proyectan una luz azul sobre mi escritorio; doce pantallas que muestran cada rincón de Nexus. El piso principal está atestado de cuerpos que se contonean al ritmo de unos bajos que hacen vibrar los cimientos del edificio. La sección VIP brilla con champán y secretos. La escalera oculta al tercer piso está vacía, como debe ser.

No miro las pantallas por placer. Las miro porque, en mi mundo, el momento en que dejas de prestar atención es el momento en que alguien te mete una bala en el cráneo.

Igor está de pie frente a mí, con el rostro curtido por años de servicio en la Bratva. Exmilitar. Leal hasta la médula. El único hombre, aparte de mi padre, a quien le confío información que podría destruirnos.

—Enséñame. —No levanto la vista del informe que tengo en las manos. Números. Cargamentos. Rutas de distribución que hemos controlado durante seis años.

Desliza un teléfono por mi escritorio. Fotografías. Bolsas de plástico selladas con nuestra marca distintiva. El águila bicéfala que

le dice a cada camello de Chicago que este producto pertenece a la Bratva Baganov.

Excepto que estas bolsas no son nuestras.

—Las han encontrado en Pilsen —dice Igor—. Tres esquinas diferentes. El mismo sello, el mismo embalaje. La calidad del producto es una mierda. Lo están cortando con algo que ya ha matado a dos consumidores.

Se me tensa la mandíbula. —Alguien está falsificando nuestra marca.

—Nos hace parecer descuidados. Nos hace parecer débiles.

Dejo el informe y finalmente lo miro a los ojos. De un azul pálido, casi incoloros; la gente dice que parecemos parientes. No lo somos. Solo somos dos hombres moldeados por el mismo mundo brutal.

—La alianza con los Sartori se formaliza el mes que viene. —Mantengo la voz nivelada, controlada. Tal como me enseñó mi padre. Nunca dejes que vean la rabia que se acumula en tu pecho—. Nos estamos expandiendo a territorios que hemos deseado durante años. La distribución se duplica. Los ingresos se triplican. ¿Y ahora algún *mudak* cree que puede usar nuestro nombre para vender veneno?

Igor asiente lentamente. —Mal momento.

—En nuestro negocio no existen las coincidencias. —Me aparto del escritorio y me pongo en pie, acercándome al ventanal que domina la pista de baile. Cuerpos retorciéndose. Luces palpitando. Ninguno sabe que, sobre sus cabezas, hay hombres discutiendo quién vive y quién muere.

—Encuéntralos.

—Ya tengo a gente investigando. Podría tardar unos días...

—Tienes cuarenta y ocho horas. —Me giro para mirarle—. Tráelos al almacén de Ashland. Quiero tener una conversación.

La comisura de la boca de Igor se contrae. Sabe cómo son mis conversaciones. Las que ocurren en salas insonorizadas con plásticos en el suelo.

Me crujo los nudillos. —Los Sartori están observando cómo manejamos nuestro territorio antes de comprometerse por completo.

Pietro Sartori no llegó a Don asociándose con hombres que dejan que las ratas les roben.

La alianza se ha fraguado durante meses. Negociaciones cuidadosas. Respeto mutuo. Los Sartori controlan los muelles y la construcción. Nosotros controlamos el producto y los clubs. Juntos, seremos los dueños de Chicago de una forma que ninguna de las dos familias podría lograr por separado.

No dejaré que un falsificador de tres al cuarto destruya lo que he construido.

—Hay algo más —dice Igor.

Espero.

—El reconocimiento facial ha detectado a alguien interesante ahí abajo. —Muestra una imagen en su teléfono y la inclina hacia mí—. Ha llegado hace veinte minutos.

El aire abandona mis pulmones.

Cabello oscuro sobre hombros desnudos. Un vestido negro que debería ser ilegal. Labios pintados de rojo, curvados en una sonrisa mientras se inclina hacia su amiga rubia en la barra.

Vittoria Sartori.

Ha pasado un mes desde que la vi al otro lado de la sala en una gala. Le besé la mano como un tonto de la vieja escuela y la vi huir como si la hubiera quemado.

He pensado en ella cada día desde entonces. He rastreado sus movimientos a través de nuestras redes de inteligencia. He sabido que apenas sale del complejo de los Sartori.

Y esta noche está en mi club.

El destino es algo extraño.

—Ha venido con un guardia —continúa Igor—. Elio Benedetti. Competente. Actualmente apostado junto a la pared este, intentando parecer natural.

—No lo está consiguiendo.

—No, en absoluto.

La observo en la pantalla. La forma en que echa la cabeza hacia atrás cuando se ríe. La forma en que sus dedos recorren el borde de su copa. La forma en que se mueve con la música.

—Pásala a la zona VIP. A ella y a la rubia. Que no paguen nada. Ni un solo céntimo.

A Igor le tiembla una ceja. Es la única señal de que está sorprendido. En seis años trabajando juntos, nunca he dado un trato especial a una mujer. Ni una sola vez.

—Dalo por hecho. —Se guarda el teléfono—. ¿Necesitas algo más?

Mantengo los ojos fijos en la pantalla donde Vittoria se balancea al ritmo de la música. Sus caderas se mueven como si no le importara si alguien la está mirando.

—Yo me encargo a partir de aquí.

Igor no me cuestiona. Nunca lo hace. Por eso sigue vivo.

La puerta se cierra tras él con un clic, y me quedo a solas con doce monitores y una obsesión.

Navego por las cámaras hasta que la encuentro de nuevo. Planta principal, cerca de la barra. Las luces estroboscópicas captan la curva de su cuello, el hueco de su clavícula, la forma en que ese vestido se ciñe a cada centímetro de su cuerpo como si hubiera sido cosido específicamente para destruir la cordura de los hombres.

Bozhe moi.

He visto fotografías de Vittoria Sartori. He estudiado su expediente hasta que he podido recitar su horario diario de memoria.

Mi mano se desplaza hacia el panel de control. Acerco el zoom. Solo un poco. Lo justo para ver el rubor extendiéndose por su pecho. La forma en que su lengua sale para humedecer su labio inferior entre canciones. El fino brillo de sudor que hace que su piel resplandezca bajo las luces.

Si creyera en las señales de Dios, esta sería una.

El problema del falsificador se convierte en ruido de fondo. Las negociaciones de la alianza, las rutas de distribución, la salud decadente de mi padre. Todo se vuelve estática. Ruido blanco. Nada.

Solo existe ella.

Veo a su amiga inclinarse para decirle algo. Vittoria se ríe, y se le transforma todo el rostro. Entonces su amiga señala hacia la sección

VIP. Una anfitriona vestida de negro se les acerca. Ella niega con la cabeza, rechazando claramente la oferta.

Mujer testaruda.

La anfitriona gesticula de nuevo. Les muestra algo en su tableta. Probablemente la nota que suelo enviar a la gente que quiero vigilar de cerca.

Cortesía de la casa. Por favor, disfruten.

Vittoria endereza la espalda.

Su guardia se acerca. Le dice algo al oído. Ella lo aparta con un gesto irritado de la muñeca.

Finalmente, ella asiente. Deja que la anfitriona las guíe a ella y a la rubia hacia el cordón de terciopelo.

Cambio de cámara. La sigo a través de la multitud. Subiendo las escaleras. Hacia el VIP.

Se acomoda en un reservado curvo con vistas a la pista de baile. El champán llega en cuestión de minutos. Del bueno. Cristal. Porque si voy a mimarla, voy a hacerlo como es debido.

Su amiga chilla y agarra la botella. Vittoria levanta la vista. Escanea la sala.

Buscándome.

Sigue buscando, solnyshko. Me encontrarás pronto.

Me recuesto en mi silla. Estudio la forma en que cruza las piernas. La forma en que el dobladillo de su vestido se le sube por el muslo.

He matado a hombres por menos de lo que estoy pensando ahora mismo.

El heredero de la Bratva no debería estar obsesionándose con una mujer como un muchacho enamorado. Tengo territorios que proteger, enemigos que eliminar, un imperio que heredar. Mi padre se está muriendo. La alianza con los Sartori requiere una diplomacia cuidadosa.

Pero verla sonreír ante algo que dice su amiga, verla finalmente relajarse en el reservado como si se permitiera este pequeño placer...

Ya no la voy a soltar. No voy a dejarla marchar.

Ni esta noche ni nunca.

Me pongo de pie. Me ajusto los gemelos.

Ha venido a mi club buscando diversión.

Estoy a punto de demostrarle que ha caído directamente en una trampa.



Vittoria

Las burbujas del champán estallan contra mi lengua. Llevamos cuarenta minutos y ya siento ese calor familiar extendiéndose por mi pecho, aflojando algo que ha estado muy tenso durante mucho tiempo.

¿Cuándo me he vuelto tan floja con el alcohol?

Amanda echa la cabeza hacia atrás, riéndose de algo en su teléfono. Sus ondas platino captan las luces púrpuras del VIP, y parece que pertenece aquí; a este mundo de graves potentes, gente hermosa y cero consecuencias.

—Vale, pero mira su foto de perfil. —Me planta la pantalla ante la cara. Un tipo con abdominales y un barco—. Literalmente tiene un *emoji de un barco* en su biografía. Un emoji de un barco, V. Eso es una señal de alarma.

—¿El barco o el emoji?

—Ambos. Los hombres con barco tienen complejo de protagonista. —Da otro sorbo—. Además, probablemente está compensando algo.

Suelto un resoplido contra mi copa. Dios, echaba de menos esto. Las bromas estúpidas. Las risas fáciles.

Mi mirada se desvía hacia Elio, que está de pie en el borde de nuestro reservado. Pobre bastardo. Se supone que debe vigilarme, pero sus ojos no dejan de deslizarse hacia Amanda como si fuera el polo norte magnético. La forma en que se le tensa la mandíbula

cuando ella se ríe. La sutil inclinación de su postura cada vez que ella se mueve.

Está jodidísimo.

La culpa se me retuerce en el estómago, mezclándose de forma incómoda con el puntillo del champán.

Elio es la única razón por la que tengo algo parecido a una vida fuera de ese recinto. Cualquier otro que Pietro hubiera asignado me tendría con una correa más corta que la de un perro de exhibición. Pero Elio... Elio está enamorado de mi mejor amiga, lo que significa que hace cualquier cosa que le pidamos.

Incluyendo mirar para otro lado.

Dos años sin sexo. Dos años enteros con el peso asfixiante de un duelo que hacía que la idea de que me tocaran pareciera imposible. Antes de eso, hubo un par de aventuras de una noche. Rápidas, anónimas, olvidables.

Elio hacía guardia frente a las habitaciones de hotel mientras yo fingía ser otra persona durante unas horas. Si Pietro se enterara alguna vez, Elio perdería algo más que su trabajo.

Deja de pensar en eso.

Vacié mi copa demasiado rápido. Las burbujas me escocieron al bajar.

—¿Estás bien? —Amanda se inclina hacia mí.

—Perfectamente. —La mentira sale con facilidad—. Solo estaba pensando.

—Deja de hacer eso inmediatamente. —Me vuelve a llenar la copa con la botella que se está enfriando en la cubitera—. Esta noche no se permite pensar. Ese era el trato.

—¿Cuándo hicimos ese trato?

—Justo ahora. Lo estoy haciendo ahora. —Choca su copa contra la mía—. Por las malas decisiones y cero arrepentimientos.

Bebo por eso.

Los bajos vibran a través del asiento de cuero, a través de mis huesos. Los cuerpos se mueven en la pista de baile debajo de nosotras, todo es roce, calor y conexiones temporales. Todo el mundo aquí busca algo. Escapar. Placer. Alguien que les haga olvidar.

¿Qué estoy buscando yo?

La pregunta me resulta peligrosa. La ahuyento.

—A ver. —Amanda alarga la palabra, y en sus ojos aparece ese brillo maquinador que tan bien conozco—. ¿Vamos a hablar del hecho de que nos han pasado a la zona VIP por absolutamente ningún motivo?

—Quizá les ha gustado tu vestido.

—V, nos han dado *por la cara* un Dom Pérignon. Nadie hace eso a menos que alguien esté intentando impresionar a otra persona. —Mueve las cejas—. Y como yo soy básicamente una donnadie, eso significa que alguien está intentando impresionarte a *ti*.

Siento un vuelco complicado en el estómago. —Eres una dramática.

—Soy observadora. —Se inclina más, bajando la voz aunque nadie puede oírnos por encima de la música.

Escaneo a la multitud de abajo, de repente hiperalerta. ¿Hay alguien mirando? Me entra un cosquilleo en la nuca. Probablemente no sea nada. Probablemente sea solo paranoia y champán.

Pero la sensación no desaparece.

—Tengo que mear —anuncia Amanda, deslizándose ya fuera del reservado—. Guárdame el sitio.

Se ha ido antes de que pueda responder, zigzagueando hacia el baño con la confianza de alguien que nunca ha tenido que comprobar las salidas ni vigilar posibles amenazas.

Qué envidia.

La mirada de Elio la sigue como la aguja de una brújula buscando el norte. Luego me mira a mí, con un rastro de disculpa en su expresión.

—Ve —le digo—. No me voy a mover de aquí.

Él duda. Su trabajo es vigilarme a *mí*, no ir detrás de mi amiga como un perrito faldero.

—Elio. —Suavizo la voz—. Estaré aquí mismo. Dos minutos.

Él asiente una vez, con un movimiento seco, y sigue a Amanda entre la multitud.

Y, así de fácil, me quedo sola.

La soledad dura aproximadamente cuarenta y cinco segundos.

—Hola.

Levanto la vista y me encuentro con un chico que se desliza en el sitio vacío de Amanda. Joven. Quizá de veintidós años. Reloj caro, colonia barata, el tipo de confianza que da el hecho de que nunca te hayan dicho que no.

—Soy Ben. —Me dedica lo que probablemente cree que es una sonrisa encantadora—. Te he visto antes. No podía dejar de mirarte.

—Vittoria. —Mantengo mi voz educada pero plana. Sin calidez. Sin invitación.

Él no se da por aludido. Por supuesto que no.

—Un nombre precioso para una mujer preciosa. —Se acerca más, y percibo el fuerte olor a vodka en su aliento—. ¿Estás aquí sola?

—No.

—Pues me habías engañado. —Su mirada baja hasta mis piernas, deteniéndose de una forma que hace que se me erice la piel de asco —. Ese vestido es una locura. Seguramente vas al gimnasio.

Madre mía.

Me aparto, poniendo distancia entre nosotros. —Mi amiga volverá en cualquier momento.

—Entonces será mejor que me dé prisa. —Se ríe de su propia gracia. Su mano aterriza en mi muslo, con los dedos presionando la piel desnuda.

Todo en mi interior se queda gélido.

—Quita la mano —digo en voz baja—. Ahora mismo.

—Venga, no te pongas así...

El clic del seguro de una pistola le corta a mitad de la frase.

Ben se queda petrificado. Su rostro pierde todo el color mientras el metal frío se presiona contra su sien.

—Si no estuviera pensando en tu padre ahora mismo —dice una voz profunda desde detrás de él, con un acento que envuelve las palabras como si fuera humo—, saldrías de aquí sin dedos por atreverte a ponerle las manos encima.

¿Pero qué cojones?

La mano de Ben desaparece de mi pierna tan rápido que cualquiera diría que estoy hecha de fuego. Sale del reservado a trompicones, casi tropezando con sus propios pies.

—Yo no... No era mi intención...

—Lárgate.

Una palabra. Eso es todo lo que hace falta. Ben prácticamente sale corriendo, desapareciendo entre la multitud como si le fuera la vida en ello.

A lo mejor es así.

Me levanto despacio mientras me enfrento por fin a mi... ¿salvador? ¿Agresor? No sé cómo llamarlo.

Alto. Pelo oscuro peinado hacia atrás, con un rostro de ángulos marcados y una simetría devastadora. Ojos como fragmentos de hielo, pálidos y penetrantes, siguiendo cada uno de mis movimientos con una intensidad que me corta la respiración.

Algo en él me resulta familiar. La línea de su mandíbula. La forma en que se comporta, como si la sala le perteneciera.

¿De qué me suena?

—¿Qué demonios ha sido eso? —Mi voz suena más firme de lo que me siento.

Guarda la pistola y tiene la audacia de sonreír. —De nada.

—No te he dado las gracias.

—Deberías. —Se acerca un paso y percibo su aroma. Caro. Cuero y algo más oscuro por debajo—. Ese chico estaba a punto de cometer un error muy estúpido.

—Lo tenía controlado.

—¿Ah, sí? —Levanta una ceja—. Porque parecía que estabas a punto de montar una escena que habría hecho que tu familia hiciera preguntas.

Tu familia.

Antes de que pueda responder, Amanda aparece al borde del reservado, con Elio justo detrás. Pero otro hombre le bloquea el paso a Elio.

Elio echa mano a su arma.

—Yo no lo haría. —Ni siquiera mira a Elio, manteniendo esos ojos pálidos fijos en mí—. La señorita Sartori está en manos perfectamente seguras. Retírate.

—Ni de coña...

—O —el extraño ladea la cabeza—, podría informar a la familia Sartori de que su guardaespaldas dejó a su preciada hermana

desatendida. Que un hombre se le acercó sin permiso mientras él estaba demasiado ocupado siguiendo a la rubia.

La cara de Elio se queda blanca.

Joder.

Amanda nos mira a todos, con la confusión y la alarma luchando en sus facciones. —¿V? ¿Qué está pasando?

—Nada. —Fuerzo la palabra—. Solo... dame un minuto.

—Pero...

—Amanda. —La miro a los ojos—. Por favor.

Ella duda, luego asiente despacio. Su mirada se detiene en el extraño con algo entre miedo y fascinación antes de dejar que Elio la guíe de vuelta hacia la barra.

El extraño los ve irse y luego vuelve a centrar esa atención devastadora en mí. —Amigos inteligentes.

—¿Quién eres?

—Alguien a quien le gustaría tomar una copa contigo. —Señala hacia una puerta en la que no me había fijado antes, escondida tras la sección VIP y custodiada por otro hombre que parece una montaña—. Tengo una sala privada arriba. Más tranquila.

Cada instinto de supervivencia que poseo me grita que me largue. Este hombre sabe quién soy. Conoce a mi familia.

Banderas rojas. Demasiadas banderas rojas.

Pero la forma en que me está mirando...

Siento un calor intenso en el bajo vientre. Peligroso y delicioso.

Dos años, susurra algo. *Dos años de nada.*

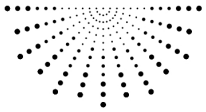
—Solo una copa —me oigo decir.

Su sonrisa se vuelve más afilada. Victoriosa. —Después de ti.

Le sigo hacia la puerta oculta, con el pulso latiendo con algo que se parece aterradoramente a la anticipación. Su mano me roza la parte baja de la espalda; apenas es un contacto, pero me quema a través del fino tejido del vestido.

Esta es una idea malísima.

CAPÍTULO TRES



DMITRI

La botella de champán suda en mi mano mientras sirvo dos copas. Dom Pérignon otra vez. Nada más que lo mejor para la princesa que entró en mi reino sin saber que ya era mía.

Está de pie cerca de los ventanales tintados, su reflejo se proyecta como un fantasma contra el horizonte de Chicago. He imaginado que le quitaba el vestido al menos cien veces desde el momento en que la he visto esta noche.

No me ha reconocido.

Ese pensamiento me quema el pecho como el vodka barato. Hace un mes, le besé la mano y huyó como si la hubiera marcado a fuego. Ahora está en mi reservado, mirándome como si fuera un extraño cualquiera que podría saciar un deseo.

Ni siquiera se ha molestado en enterarse de quién es el dueño del Nexus.

Debería sentirme insultado. En cambio, estoy jodidamente furioso. No por su ignorancia, sino al darme cuenta de que ha venido aquí esta noche buscando exactamente esto. Un hombre. Cualquier hombre. Si hubiera ido a cualquier otro club de Chicago, algún

desgraciado que no vale nada tendría sus manos sobre ella ahora mismo.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes.

—Bonito sitio. —Su voz tiene ese carraspeo particular de una mujer que ha tomado el champán justo para bajar sus defensas. Sus ojos oscuros recorren la habitación: la cama redonda con sábanas de seda negra, la iluminación ambiental que lo vuelve todo dorado y sombras. No se fija en el cajón integrado en el cabecero. No sabe lo que hay dentro.

Ataduras. Una venda.

Cosas que quiero usar con ella.

—Cumple su función. —Cruzo el espacio que nos separa, tendiéndole su copa. Nuestros dedos se rozan durante el intercambio y a ella se le corta la respiración. Un sonido tan leve. Me va directo a la polla.

Toma un sorbo, mirándome por encima del borde. —¿Y qué función es esa?

—Privacidad.

—¿De quién?

—De todo el mundo —bebo, sin romper el contacto visual—. Aquí no hay cámaras. No hay interrupciones. Solo... lo que sea que pase entre estas paredes.

Su lengua asoma para atrapar una gota de champán en su labio inferior. El gesto es inconsciente, no planeado, y casi hace que pierda el control.

Quiere que se la follen.

Esa certeza se asienta pesada en mi estómago. Ha salido esta noche a la caza de placer. Y lo habría encontrado. Algún otro hombre se la habría llevado a casa, la habría tocado, habría estado dentro de ella.

Por encima de mi cadáver.

Dejo mi copa en la superficie más cercana. El chasquido del cristal sobre la madera suena fuerte en el silencio cargado de tensión.

—Me miras como si quisieras algo, Vittoria —me acerco más—. Dime qué es.

Sus pupilas se dilatan. Lo veo ocurrir en tiempo real, el negro devorando el marrón hasta que sus ojos parecen casi salvajes. —Ni siquiera sé tu nombre.

—¿Acaso importa?

Debería decir que sí. Debería exigir respuestas, identificaciones, pruebas de que no voy a hacerle cosas terribles. En cambio, levanta la barbilla —desafiante, hambrienta— y susurra: —No.

Joder.

Sé lo que me estoy arriesgando. Los Sartori están a pocos días de firmar una alianza con mi familia. Si alguien descubre que he tocado a su princesa sin permiso, sin un cortejo adecuado, sin las docenas de negociaciones que deberían preceder incluso a un apretón de manos...

Guerra. Sangre en las calles. Todo lo que mi padre ha construido, ardiendo.

Pero ella me mira como si quisiera ser devorada, y nunca se me ha dado bien negarme lo que deseo.

Le quito la copa de la mano y la dejo a un lado. No protesta. Su pecho sube y baja más rápido ahora, la turgencia de sus senos tensa ese vestido pecaminoso.

—Última oportunidad para irte —le digo con la voz baja, áspera, apenas controlada—. Cruza esa puerta, vuelve con tu amiga, olvida que esta habitación existe.

No se mueve.

—No quiero irme.

Tres palabras. Sellan su destino.

Enmarco su rostro entre mis manos y estampo mi boca contra la suya.

El gemido que escapa de su garganta vibra contra mis labios, y cualquier resto de control que me quedaba se hace añicos. Intensifico el beso, mi lengua se desliza contra la suya, tragándome los pequeños sonidos que emite. Sus manos se aferran a mi camisa como si necesitara un ancla.

Mía.

La palabra golpea mis venas con cada latido.

Mía. Mía. Mía.

No sabe quién soy. No sabe que la he observado desde el otro lado de salas abarrotadas, que he memorizado cómo se mueve, que he aprendido su horario mediante una observación cuidadosa que roza la obsesión.

Lo sabrá.

Pero no esta noche. Esta noche, solo es una mujer que quería las manos de un extraño sobre su cuerpo.

Lástima por ella.

Soy el único hombre al que va a volver a desear jamás.

La hago retroceder hasta que sus hombros chocan contra el ventanal. El cristal está frío contra mis nudillos mientras me apoyo a ambos lados de su cabeza. Jadea por el contraste de temperatura, arqueándose hacia mí.



Vittoria

Su boca se mueve contra la mía como si fuera suya. Como si hubiera memorizado cada terminación nerviosa y supiera exactamente cómo prenderles fuego.

Y Dios, es *bueno* en esto.

Mi espalda se presiona contra el cristal frío de la ventana; su cuerpo es una pared de calor que me mantiene allí fija. Su mano sostiene mi mandíbula, ladeando mi cabeza exactamente como él quiere, y una parte lejana de mi cerebro nota cómo su otra mano permanece apoyada en el cristal junto a mi cabeza. Sin agarrar. Sin toquetear. Solo... conteniendo.

Controlado.

Demasiado controlado.

Esto no es un lío cualquiera de una noche en un club. Este hombre le ha puesto una pistola en la cabeza a alguien hace quince

minutos sin despeinarse. Conocía mi apellido antes de que yo lo dijera. Tiene un reservado en este club, lo que significa que o es el dueño o dirige algo lo bastante importante como para tener uno.

Y no sé su nombre.

Vittoria, eres un desastre absoluto.

Apoyo las palmas contra su pecho y empujo.

Retrocede inmediatamente. Sin vacilación, sin resistencia, sin un ego masculino herido que exija una explicación. Solo... espacio. Como si se lo esperara.

Siento los labios hinchados. El calor del champán en mi sangre lucha contra la fría claridad que inunda mi cabeza.

—Eres condenadamente sexy —digo, porque al parecer mi boca funciona hoy de forma independiente a mi cerebro—. Y yo... gracias. Por el trato VIP y por lo de la pistola en la cabeza con ese asqueroso. Pero no puedo hacer esto.

Las palabras me saben a ceniza y alivio a la vez. Como cuando te detienes justo antes de saltar por un acantilado por el que ibas a disfrutar muchísimo cayendo.

Me estudia durante un largo momento. Esos ojos recorren mi rostro como si estuviera catalogando cada microexpresión, archivándola para futuras referencias.

Luego asiente.

—Bien.

Parpadeo. —*¿Bien?*

—Bien —repite. Su voz es tranquila. Casi... ¿con aprobación?—. Deberías irte a casa ahora.

Mi columna se tensa. La neblina se despeja por completo, reemplazada por el filo agudo de la sospecha que me ha mantenido con vida en una familia donde todo el mundo tiene secretos.

—Conoces a mi familia.

No es una pregunta.

Algo parpadea en su expresión. Demasiado rápido para leerlo. —Los conozco.

—Ya veo. —Cruzo los brazos sobre el pecho, de repente consciente de cuánta piel deja a la vista este vestido—. Bueno,

lástima por ti. Si le dices a alguien que he estado aquí arriba con tigo, acabarás como una persona desaparecida.

Su boca se curva. No llega a ser una sonrisa, exactamente. Más bien una diversión que intenta reprimir.

—No me cabe duda.

La respuesta me descoloca. La mayoría de los hombres se erizarían ante una amenaza así. Se pondrían a la defensiva. Sacarían pecho y me recordarían que ellos también son *peligrosos*

Este simplemente... lo acepta. Como si ya hubiera incluido el alcance de mi familia en cualquier ecuación que se esté ejecutando detrás de esos ojos.

¿Quién demonios eres?

La pregunta me quema en la lengua, pero me la trago. Porque preguntar significa quedarse. Quedarse significa conversar. Conversar significa tener esos ojos sobre mí durante más tiempo, y no estoy segura de que mi determinación pueda aguantar mucho más de ese asalto en particular.

Mis hermanos lo conocerían. El pensamiento surge sin querer. Tiene la misma energía. Mafia. Tiene que serlo. Pero ¿de qué familia?

No he indagado en las nuevas operaciones desde hace tiempo. He estado demasiado ocupada con nuestros propios sistemas. Demasiado ocupada evitando el duelo ahogándome en código.

No importa. Vete a casa.

—Sí, papá —mascullo, girándome ya hacia la puerta.

Su brusca aspiración de aire detrás de mí me resulta profundamente satisfactoria.

No miro atrás.

El pelo platino de Amanda es fácil de localizar en la zona VIP; tiene la cabeza echada hacia atrás riéndose por algo que ha dicho Elio. Él está más cerca de lo que la distancia profesional requiere y, normalmente, yo me guardaría eso para burlarme más tarde, pero ahora mismo solo necesito *salir* de aquí.

—¡Tori! —La cara de Amanda se ilumina al verme—. ¿De dónde has...? Oh, Dios mío, tienes el pintalabios destrozado.

—Elio —ignoro las preguntas en ráfaga de Amanda—. Necesito irme a casa. Ahora.

Su postura cambia de inmediato. Modo guardia activado. —¿Todo bien?

—Bien. Solo... —me presiono las sienes con los dedos. La habitación da vueltas ligeramente. Demasiado champán. Demasiado *él*— He terminado por esta noche.

El entusiasmo de Amanda se apaga y se convierte en preocupación. —Cariño, acabamos de llegar. ¿Te encuentras mal?

—Cansada. —La mentira sale fluida—. Una semana larga. No debería haber salido.

Elio ya está escaneando la sala, calculando rutas de salida. —El coche está en el aparcamiento de atrás. Iré a por él.



El Porsche se detiene suavemente dentro de las puertas del recinto y Elio apaga el motor. Durante un largo momento, ninguno de los dos se mueve.

—Lo siento —su voz es áspera, cargada de algo que suena mucho a miedo—. No debería haberla dejado sola. Eso fue...

—Elio. —Me giro para mirarlo y, bajo el resplandor de las luces de seguridad, puedo ver la tensión marcada en su mandíbula—. Me has cubierto las espaldas desde que tenía diecinueve años. Me has llevado a mil sitios, has guardado mil secretos y ni una sola vez me has hecho sentir como una carga. No me debes ninguna disculpa.

Sus manos se aprietan en el volante. —Si Dmitri Baganov le dice a Pietro que te dejé sin protección, estoy muerto de todas formas.

El nombre me golpea como un cubo de agua helada.

—¿Qué acabas de decir?

Los ojos de Elio se encuentran con los míos en el espejo retrovisor. —Baganov. El hombre del club. Era Dmitri Baganov.

Cierro los ojos con tanta fuerza que veo estrellas.

Joder. Joder. Joder.

Dmitri Baganov. Heredero de la Bratva de Chicago. El hombre con el que mis hermanos llevan meses negociando una alianza. El hombre que me besó la mano en la gala hace un mes.

El hombre al que estaba a punto de dejar que me desnudara en su reservado.

—Pensé que os conocíais —dice Elio con cautela—. Por cómo la miraba, por cómo...

—No —mi voz sale estrangulada—. Coincidimos una vez. Brevemente. No lo reconocí.

¿Cómo? ¿Cómo demonios no lo reconocí? Esos ojos pálidos, esa voz como grava envuelta en seda, la forma en que se movía como si fuera el dueño de cada centímetro de espacio a su alrededor. —Vittoria —el tono de Elio cambia, y sé que está leyendo mi pánico—. ¿Qué pasó ahí arriba?

—Nada. —La mentira me sabe amarga—. No pasó nada. Hablamos. Eso es todo.

Su silencio me dice que no se cree ni una palabra, pero Elio siempre ha sabido cuándo presionar y cuándo dejar correr las cosas.

—No tienes que decir nada sobre lo de esta noche —le digo—. Ni a Pietro, ni a nadie. ¿Capisce?

Asiente una vez. —Entendido.

Cojo mis tacones del suelo y abro la puerta del coche. Los adoquines están fríos bajo mis pies descalzos mientras camino hacia la entrada lateral, pero apenas los siento.

Mi mente da vueltas, reproduciendo cada momento del club como una película de terror que no puedo pausar.

Había estado tan dispuesta. Tan desesperada por sentir algo que no fuera dolor que me había metido en la guarida de un lobo y le había ofrecido mi garganta.

El panel de seguridad pita cuando presiono el pulgar en el escáner y la puerta se abre con un clic. Dentro, la residencia está en silencio.

Llego a mitad de las escaleras y subo hacia mi habitación, con las piernas pesadas de cansancio.

Mañana enterraré esta noche. Volveré a mis pantallas, a mis transmisiones de seguridad y a mis muros cuidadosamente construidos. Fingiré que Dmitri Baganov no es más que un nombre en un contrato de alianza.

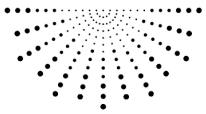
Pero al cerrar la puerta de mi dormitorio, todavía puedo sentir sus manos en mi cintura.

Todavía saboreo champán y peligro en mis labios.

Todavía oigo su voz en mi oído: *Última oportunidad.*

Debería haber corrido más rápido.

CAPÍTULO CUATRO



UN MES DESPUÉS

Vittoria

Treinta y un días de exilio voluntario en la mansión familiar, enterrándome en códigos y protocolos de seguridad como si estos pudieran, de alguna manera, protegerme del recuerdo de unos ojos grises y un beso.

Dmitri Baganov nunca dijo ni una palabra.

Ni a Pietro. Ni a nadie de mi familia. Las negociaciones de la alianza continuaron sin una sola mención a la princesa Sartori que había seguido a un extraño a su habitación privada como una civil ingenua que jamás hubiera oído hablar de chantajes o de información comprometedora. Cada vez que Pietro regresaba de una reunión con la Bratva, se me hacían nudos en el estómago, esperando a que todo saltara por los aires.

Pero nunca ocurrió.

Lo cual, por alguna razón, lo hacía peor. Porque ahora le debía algo. O quizás solo estaba esperando el momento perfecto para usarlo contra nosotros. Contra mí.

Deja de pensar en él.

Obligo a mi atención a volver a la pared de monitores frente a mí; el resplandor azul proyecta sombras por todo mi dormitorio.

El cursor parpadea acusadoramente.

Mi padre estaría decepcionado. Giuseppe Sartori me crió para que fuera más inteligente que esto. Para ver las amenazas antes de que se materializaran, para nunca dejar que las emociones nublaran el juicio. Se sentaba en su despacho durante horas y me enseñaba a jugar al ajedrez cuando apenas era lo bastante alta para ver el tablero, explicándome que cada pieza tenía un propósito y cada movimiento tenía consecuencias.

—*Vittoria, mia stella* —solía decir, dándose golpecitos en la sien— *La partida se gana aquí arriba. No dejes nunca que tu oponente vea lo que estás pensando.*

Lo quería de una forma tan absoluta que era como respirar. Cuando murió, algo dentro de mí se hizo añicos. Tenía trece años y, de repente, el mundo dejó de tener sentido.

Entonces Riccardo tomó el relevo.

Mi hermano mayor, quince años mayor que yo, que siempre me había parecido más un tío que un hermano. Se hizo cargo como Don, sí, pero también se convirtió en mi ancla. Aparecía en mi puerta con un helado cuando no podía dejar de llorar. Me enseñó a programar cuando necesité algo que ocupara mi mente más allá del duelo. Nunca intentó reemplazar a nuestro padre.

Simplemente llenó en silencio los espacios vacíos que dejó Giuseppe.

Y luego él también murió.

Todo el mundo al que amo se va.

Enterré ese pensamiento donde debía estar, en la misma caja cerrada con llave donde guardo el otro secreto. Ese que me hace querer gritar cada vez que miro la cara de mi madre.

Giuseppe Sartori, el hombre al que yo adoraba, tenía otra familia. Otra vida entera que ninguno de nosotros conocía. Una mujer. Hijos. Años de mentiras.

Ahora todo el mundo lo sabe.

Mamá no.

Todos acordamos que decírselo a Aria la destruiría. Ya ha perdido a su marido y a su hijo mayor. ¿Enterarse de que Giuseppe la

traicionó durante décadas? ¿Que su corazón nunca fue del todo suyo?

La mataría.

Así que sonrío en las cenas familiares cuando ella está en Chicago y finjo que mis recuerdos de infancia no están empañados. Veo a mi madre encender velas ante el retrato de Giuseppe y me muerdo el interior de la mejilla hasta que siento el sabor metálico de la sangre. Cargo con este secreto como con una piedra en el pecho, que cada día pesa más.

Mi teléfono vibra sobre el escritorio. Miro la pantalla, agradecida por cualquier distracción que me saque de la espiral en la que han entrado mis pensamientos.

Nora: *Pietro te necesita en su despacho. Algo sobre el sistema de seguridad en el que trabajaste el mes pasado. Quiere enseñárselo a alguien.*

Nora O'Sullivan. La secretaria de Pietro y, de algún modo, la mujer que consiguió abrir una brecha en los muros de titanio de mi hermano. Entró en Sartori Import & Export como un reemplazo temporal. Ahora es prácticamente de la familia.

Todavía recuerdo la primera vez que pillé a Pietro mirándola. El despiadado Don de la familia Sartori, reducido a lanzar miradas furtivas a su secretaria.

Sería divertidísimo si no fuera tan aterrador.

Porque Nora venía con sus propios secretos. De princesa de la mafia irlandesa a fugitiva, escondiéndose de otra familia que la quería muerta. Pietro se enteró y, en lugar de usar la información, quemó medio submundo de Boston para mantenerla a salvo.

El amor convierte en monstruos a los hombres, solía decir nuestro padre— *Y al resto en unos necios.*

Escribo una respuesta rápida.

Vittoria: *Voy para allá.*

No tiene sentido discutir. Cuando Pietro convoca, acudimos. Así es como funciona esto.

Me aparto del escritorio y veo mi reflejo en la pantalla oscura del monitor. El pelo en un moño desordenado, una sudadera de MIT que

me queda enorme, leggings. No es exactamente lo más apropiado para una sala de juntas, pero Pietro me ha visto peor.

El camino desde mi habitación hasta el despacho de Pietro lleva tres minutos. Los he contado. La mansión es enorme. Suelos de mármol, techos abovedados, obras de arte que valen más que las casas de la mayoría de la gente. Todo diseñado para intimidar.

Crecí aquí y todavía me impone a veces.

La puerta del despacho de Pietro está cerrada. Llamo dos veces y la abro sin esperar respuesta. Mis hermanos dejaron de esperar cortesía de mi parte hace años.

—Querías verme por lo del...

Las palabras se me mueren en la garganta.

Pietro está de pie tras su escritorio, y hay un hombre sentado en el sillón de cuero frente a él. De hombros anchos y pelo oscuro.

Está de espaldas a mí.

Los ojos de mi hermano se clavan en los míos. Algo cruza su rostro. ¿Una advertencia? No alcanzo a descifrarlo antes de que desaparezca.

—Vittoria. Llegas justo a tiempo —Pietro señala la otra silla—. Le estaba hablando a nuestro invitado de las mejoras de seguridad que has implementado.

El hombre se levanta.

Se gira.

Unos ojos de color gris pálido se fijan en los míos como un misil encontrando su objetivo.

No.

No, no, no.

Dmitri Baganov está en el despacho de mi hermano, un heredero de la Bratva de metro noventa y tres enfundado en un traje. Su boca se curva en el más leve atisbo de sonrisa. La misma boca que estuvo sobre la mía hace un mes.

La misma boca que todavía persigue mis sueños.

—Señorita Sartori —dice, y su voz me atraviesa como un trueno. Grave. Sin prisas. Como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Un placer conocerla por fin de forma adecuada.

Por fin.

De forma adecuada.

Será bastardo.

Pietro rodea su escritorio, ajeno al hecho de que mi corazón está intentando escapar de mi caja torácica—. Dmitri, esta es mi hermana Vittoria. Ella diseñó toda nuestra infraestructura de seguridad. Es la mejor mente tecnológica de Chicago, si he de ser sincero.

Dmitri me tiende la mano.

Me quedo mirándola.

Sus dedos son largos, elegantes. Las manos de un pianista o de un cirujano.

Muévete, me grito a mí misma— *Di algo. Haz algo.*

Pero mis pies están echando raíces en el mármol italiano de importación y, al parecer, mi lengua ha decidido tomarse unas vacaciones sin previo aviso.

La sonrisa de Dmitri se ensancha. Solo un milímetro. Lo justo para decirme que sabe exactamente lo que está haciendo.

—¿Vittoria? —La voz de Pietro atraviesa la niebla—. ¿Estás bien?

—Bien —la palabra sale estrangulada. Obligo a mi mano a estrechar la de Dmitri— Estoy bien. Encantada de conocerle, Sr. Baganov.

Su palma está caliente contra la mía. Mantiene el agarre un segundo de más.

—Por favor —dice él, sin apartar esos ojos pálidos de mi cara—. Llámame Dmitri.



Dmitri

Parece que acaba de saltar de la cama.

Una sudadera negra de talla grande engulle su silueta, con las mangas remangadas hasta los codos. Unos leggings grises se ciñen a esas piernas con las que llevo soñando un mes. Su pelo oscuro está recogido en un moño revuelto sobre la cabeza, con mechones sueltos enmarcando su cara. Sin maquillaje. Sin joyas. Nada más que Vittoria Sartori en su estado más desprotegido.

Bozhe moy. Está jodidamente impresionante.

Pietro señala la silla que tengo al lado. —Vittoria, siéntate. Quiero que le expliques a Dmitri el sistema de seguridad que comentamos para el nuevo club.

Ella no se mueve. Esos ojos oscuros oscilan entre su hermano y yo como si estuviera calculando rutas de escape. Chica lista. Debería huir.

Pero no lo hará.

Puedo verlo en la tensión de su mandíbula, en la forma en que sus dedos se curvan a los costados. Está aterrorizada, pero también está *furiosa*. Conmigo. Con la situación. Con cualquier broma cósmica que nos haya puesto en la misma habitación otra vez.

Bien. Quiero su fuego.

—Por supuesto —su voz suena firme, profesional. Finalmente se mueve y se acomoda en el sillón de cuero con una elegancia deliberada, manteniendo tanta distancia entre nosotros como el mueble permite.

Pietro empieza a hablar de la empresa conjunta. El primer negocio legítimo de nuestras familias juntas, un club en el West Loop que consolidará la alianza Baganov-Sartori. Debería estar escuchando. Este acuerdo representa meses de cuidadosa negociación, un puente entre la Bratva y los intereses italianos por el que mi padre luchó antes de su enfermedad.

En lugar de eso, observo cómo respira.

Inhalaciones cortas y controladas. Es hipersensible a mi presencia, con el cuerpo ligeramente angulado hacia otro lado, como si pudiera minimizar cuánto veo de ella. No funciona. Me fijo en todo. El pulso latiendo en su garganta. El rubor trepando por su cuello a pesar de su expresión serena. La forma en que evita mirarme directamente.

—... Vittoria diseñó todo el sistema ella misma —dice Pietro, recuperando mi atención—. Está por encima de cualquier cosa que haya actualmente en el mercado.

—Impresionante —mantengo la voz neutral, pero mis ojos permanecen en ella—. Cuéntame más.

Por fin se encuentra con mi mirada. Saltan chispas de desafío.

Ahí está.

—El sistema integra el reconocimiento facial con el análisis de comportamiento —se echa hacia delante, y el movimiento tensa la sudadera sobre su pecho— No solo identifica amenazas conocidas. Predice las potenciales basándose en patrones de movimiento, lenguaje corporal e incluso microexpresiones.

Su boca sigue moviéndose. Términos técnicos. Algoritmos. Velocidades de procesamiento.

No oigo ni una sola palabra.

Estoy demasiado ocupado recordando a qué sabían esos labios. El modo en que jadeó cuando la presioné contra la ventana. Cómo sus dedos se enredaron en mi pelo antes de empujarme.

Ese empujón.

Joder. Ese empujón me hizo algo.

He tenido mujeres que se tiraban a mis pies. Modelos y damas de la alta sociedad atraídas por el peligro. Ninguna me dijo nunca que no. Ninguna *podía*.

Pero Vittoria Sartori me apartó de un empujón y se marchó.

Debería haberme puesto furioso. En cambio, me sentí *intrigado*.

Aquella noche, hice que Igor siguiera su coche para asegurarme de que llegaba a casa a salvo. Luego puse vigilancia en la mansión. Vigilancia discreta; nada invasivo, solo lo suficiente para saber que estaba protegida. Durante un mes, observé a través de informes y grabaciones de cámaras cómo se encerraba en sí misma.

No salió. Ni una sola vez.

La princesa se construyó una jaula, y eso me volvió absolutamente loco.

Cada día que permanecía escondida, mi obsesión crecía. Me la imaginaba en ese dormitorio. Me preguntaba si pensaba en mí. Si se

tocaba recordando mis manos sobre su cuerpo. Si se arrepentía de haberse ido.

La dejé en paz. Le di espacio. Dejé que creyera que había escapado.

Pero la paciencia es mi mejor arma. Puedo esperar más que nadie.

Ahora está sentada a un metro de distancia, fingiendo que soy solo otro socio comercial, y lo único en lo que puedo pensar es en inclinarla sobre el escritorio de Pietro.

—... puedo formar a tu equipo en una semana —termina ella, haciendo por fin una pausa para respirar.

Pietro asiente, claramente satisfecho—. ¿Qué le parece, Dmitri?

Dejo que el silencio se prolongue. Observo cómo sube el color a sus mejillas mientras mi mirada recorre su cuerpo con deliberada lentitud.

—Creo —digo, bajando el tono de voz— que su hermana tiene un talento extraordinario.

Ella entorna los ojos. Ha captado el doble sentido.

Bien.

—El sistema parece perfecto para nuestras necesidades —me reclino en el asiento, manteniendo una postura relajada aunque todo mi interior está en tensión—. ¿Cuándo puede empezar la formación?

—Mañana mismo, si quiere —se ofrece Pietro—. Vittoria, puedes trabajar con su equipo en Nexus...

—No.

La palabra corta el aire de la habitación. Las manos de Vittoria aprietan los reposabrazos, con los nudillos blancos.

Pietro frunce el ceño—. ¿No?

—Quiero decir... —ella se corrige y suaviza su expresión—. Puedo hacer la formación a distancia. Videollamadas. No es necesario que esté allí en persona.

Ah, moya krasotka. ¿Crees que la distancia te salvará?

—La formación a distancia no servirá —digo, manteniendo un tono razonable—. Mis hombres aprenden mejor con instrucción práctica. Necesitarán que estés allí.

Su mandíbula se tensa—. Estoy segura de que vuestro equipo técnico puede...

—No tengo equipo técnico —me encojo de hombros—. La Bratva prefiere... métodos tradicionales. Tu experiencia es exactamente lo que necesitamos.

No es una mentira del todo. Pero tampoco es la verdad completa.

La verdad es que la quiero en mi espacio. En mi territorio. Donde pueda verla trabajar, oír su voz, respirar el mismo aire. Donde no pueda esconderse tras los muros de la mansión y puertas cerradas con llave.

Pietro mira a uno y a otro, con algo calculador en su expresión. No es tonto; percibe la tensión. Pero también es un hombre de negocios, y esta alianza importa más que la comodidad de su hermana.

—Vittoria —su voz tiene el peso del mando de un Don—. Trabajarás con el equipo de Dmitri en Nexus. A partir de mañana.

A ella le tiembla la garganta al tragar saliva. Por un momento, creo que va a discutir. A pelear. A mostrar ese fuego que tanto anhelo.

En lugar de eso, se levanta—. De acuerdo.

Una sola palabra. Fría como el hielo.

Se gira para irse y dejo que llegue casi a la puerta antes de hablar.

—Vittoria.

Se detiene. No se da la vuelta.

—Estoy deseando trabajar contigo.

Sus hombros se tensan. Luego se va, y la puerta se cierra con un clic tras ella.

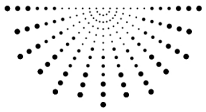
Pietro exhala—. Ha estado... difícil últimamente. Desde Riccardo.

—El duelo cambia a las personas —mantengo mi voz neutral, pero por dentro, ya estoy planeando. Mañana. Nexus. *Ella.*

El juego comienza de nuevo.

Y esta vez, juego para ganar.

CAPÍTULO CINCO



VITTORIA

El olor a café recién hecho y a frittata me arrastra escaleras abajo antes incluso de que suene la alarma.

Entro en la cocina arrastrando los pies, con una sudadera gigante y mallas, y el pelo recogido en un moño desordenado que grita: *He renunciado a ser adulta antes de empezar el día*. La luz de la mañana entra a raudales por las ventanas, proyectando rectángulos dorados sobre las encimeras de mármol.

Lorenzo está junto a los fogones, espátula en mano, mientras Sophia está encaramada en un taburete con los dedos envueltos alrededor de una taza de cerámica. Tienen un aspecto asquerosamente doméstico. Resultan de lo más adorables. Son el tipo de pareja que hace que los solteros quieran tirarles cosas.

—Buenos días, dormilona —Sophia me sonríe por encima del borde de su café—. ¿Noche difícil?

—Depurando un cortafuegos hasta las tres de la mañana —me deslizo en el taburete a su lado y alargo la mano hacia la cafetera—. El sistema no dejaba de señalar amenazas fantasma. Resulta que alguien... —lanzo una mirada intencionada a Lorenzo— ...se olvidó de actualizar su perfil biométrico después de su último corte de pelo.

Lorenzo ni siquiera tiene la decencia de parecer avergonzado.

—El pelo me crece rápido.

—Tu pelo va a hacer que nuestro propio sistema de seguridad te pegue un tiro.

Sophia suelta un bufido contra su café. Por eso la quiero. Dulce cuando necesitas consuelo, afilada cuando necesitas refuerzo. No me trata como a la princesa frágil que todos los demás ven. Cuando Lorenzo la trajo a nuestras vidas, me esperaba otra flor delicada que se marchitaría bajo el peso de la oscuridad de nuestra familia.

En su lugar, me encontré con una mujer que podía igualar la intensidad de mis hermanos y aun así hacerme reír hasta que me doliera el estómago.

Últimamente han venido al complejo más a menudo. Han pasado meses desde que todo lo de los Torrino saltó por los aires y, poco a poco —dolorosamente—, estamos reconstruyendo algo que se parece a la normalidad. O lo que sea que pase por normal en una familia donde las conversaciones de las cenas de los domingos incluyen disputas territoriales y logística de blanqueo de capitales.

Lorenzo da la vuelta a la frittata. Él fue quien supo lo de la familia secreta de nuestro padre. Nos lo ocultó a todos durante años. La traición todavía escuece a veces, como una astilla que no termino de poder sacar. Pero al verlo ahora, con la mirada ablandándose cuando Sophia se ríe, la forma en que está luchando por recuperar nuestra confianza desayuno a desayuno...

Las cosas están mejorando. No están curadas. Solo mejorando.

—Amanda me envió seis mensajes anoche —digo, revisando mi teléfono—. Quiere saber si he «conocido a alguien interesante».

Sophia arquea una ceja.

—¿Lo has hecho?

Sí. A un mafioso ruso que me besó como si intentara memorizar mi sabor. Un hombre al que ahora me veo obligada a entrenar porque mi hermano no tiene ni concepto de los límites.

—Nop. Hago sonar la «p» y me bebo el café solo como si fuera un chupito de vodka.

Amanda y yo somos amigas desde el parvulario. Veinte años de fiestas de pijamas, malas decisiones y pulseras de la amistad a juego

que definitivamente todavía tenemos escondidas en algún joyero. Ella es todo alegría y bolsos de diseño, una mujer que cree sinceramente que los mayores problemas de la vida son encontrar el tono perfecto de pintalabios y pescar a un tío con una AmEx negra.

No entiende la mafia. No de verdad. Para ella, los «negocios» de mi familia son solo un concepto vago que explica nuestros guardias de seguridad y los coches caros. Cree que lo que importa es estar buena y tener dinero. El peligro es algo que les pasa a otras personas, en las películas, lejos de su burbuja.

Pero, maldita sea, la quiero igual. Porque cuando Riccardo murió, se presentó en mi puerta con helado y programas de telerrealidad basura y no hizo ni una sola pregunta. Simplemente *se quedó*. Ese tipo de lealtad no tiene precio.

La puerta de la cocina se abre y entra Pietro a grandes zancadas. Tiene la mandíbula tensa de esa forma particular que significa que está a punto de dar noticias que ninguno de nosotros queremos oír.

—Buenos días —me besa la coronilla antes de coger un plato de manos de Lorenzo—. ¿Habéis dormido todos bien?

—Define «bien» —murmuro.

Pietro me ignora y se sienta a la cabecera de la mesa. Sophia y yo intercambiamos una mirada. Lorenzo deja la espátula y se cruza de brazos.

—Suéltalo ya —suspira Lorenzo—. Tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La de que no nos va a gustar lo que vas a decir a continuación.

Pietro toma un bocado de frittata, mastica despacio y traga. Ese hombre podría convertir el silencio en un arma.

—Mamma viene a quedarse una temporada.

Mi tenedor tintinea contra el plato.

—¿Qué?

—Ha llamado esta mañana. Su vuelo aterriza el jueves.

Aria Sartori. Mi madre. La mujer que crió a seis hijos en un mundo de sangre y balas, y que luego se retiró a Sicilia tras la muerte de mi hermano para vivir con su hermana, también viuda.

—¿Por cuánto tiempo? —La voz de Lorenzo es cuidadosamente neutra.

—No lo ha especificado.

Maravilloso. Porque lo que necesita esta casa son más minas emocionales. Más secretos que guardar. Más fingir que todo está bien mientras los cimientos se agrietan bajo nuestros pies.

Mi vida es un castillo de naipes y alguien acaba de anunciar un vendaval.

Fantástico.



Dmitri

Los monitores emiten pitidos con un ritmo constante que suena demasiado a una cuenta atrás.

El dormitorio de mi padre huele a antiséptico. Dos enfermeras se mueven cerca del equipo médico que ha transformado su suite principal en una sala de hospital. Las máquinas registran sus latidos, sus niveles de oxígeno, su lenta marcha hacia la muerte.

Alexei Baganov yace apoyado en almohadas de seda; su complexión, antaño poderosa, ha menguado, pero sus ojos siguen siendo tan afilados como el cristal roto. Al cáncer no le importa una mierda el poder o el legado. Se toma lo que quiere.

—Dejadnos —les dice a las enfermeras.

Se dispersan sin rechistar. Incluso moribundo, mi padre exige obediencia instantánea.

Cierro la puerta y me acerco a la silla que hay junto a su cama. El cuero cruje cuando me siento.

—Querías verme.

—Siéntate —agita una mano delgada—. No revolotees como un buitre.

—Ya estoy sentado.

Sus labios tiemblan. Casi una sonrisa.

—Así es.

Espero. La paciencia es un arma, y mi padre me enseñó a empuñarla. Los monitores continúan su sinfonía mecánica.

—Los médicos dicen que seis meses —dice finalmente—. Quizás menos.

Lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Pero oírle decirlo hace que la cuenta atrás sea real.

—Se han equivocado antes.

—No se equivocan ahora —se mueve contra las almohadas y veo el esfuerzo que le cuesta—. Lo que significa que tenemos que discutir la sucesión.

—Estoy listo.

—Eres capaz —sus ojos se clavan en los míos—. No es lo mismo.

No discuto. Tiene razón.

—Los hombres te respetan. Te temen. Eso es bueno. —Hace una pausa para recuperar el aliento. El simple hecho de hablar lo agota ahora—. Pero la Bratva necesita estabilidad. Continuidad. Un pakhan sin esposa es vulnerable.

Ahí está. La conversación que llevo esquivando tres años.

—Papá...

—No —su voz se afila a pesar de su debilidad—. Me estoy muriendo, Dmitri. No tengo tiempo para tus evasivas habituales.

—El matrimonio no es exactamente mi área de especialización.

—La especialización se puede aprender.

—Lo he intentado —las palabras salen más bruscas de lo que pretendía—. ¿Recuerdas a Katya?

Su expresión se tuerce.

—¿Esa criatura insípida que le gustaba a tu madre? Duró tres semanas.

Tres semanas de sonrisas forzadas y conversaciones vacías. La mujer se reía por nada y se quejaba de todo. Tres semanas queriendo atravesar una pared de un puñetazo cada vez que abría la boca.

Lo había terminado antes de hacer algo que no pudiera deshacer.

—Era... incompatible.

—Era una idiota —dice mi padre sin rodeos—. Pero no era la única opción.

—Todas son iguales —me echo hacia atrás en la silla—. Melindrosas. Calculadoras. Me miran y ven al heredero de la Bratva, no a un hombre.

—¿Acaso importa lo que vean, siempre que cumplan su función?

—A mí me importa.

La confesión nos sorprende a ambos. No soy un hombre que hable de sentimientos. Él tampoco. Hablamos con acciones, con lealtad, con sangre.

Mi padre me estudia durante un largo momento.

—Hay alguien.

No es una pregunta.

—No.

—Dmitri —pronuncia mi nombre como una advertencia—. Te enseñé a mentir mejor que eso.

El rostro de Vittoria cruza por mi mente. Ojos oscuros. Esa maldita boca. La forma en que me devolvió el beso antes de que su conciencia la alcanzara.

—No hay nadie.

—La chica Sartori.

Tenso la mandíbula.

—¿Qué pasa con ella?

—Me estoy muriendo, no estoy ciego —tose y alargo la mano hacia el agua que hay en su mesita de noche. Me rechaza con un gesto—. Has mencionado su sistema de seguridad tres veces esta semana. Tú nunca mencionas nada tres veces.

—Es un buen sistema.

—Seguro que lo es —sus ojos brillan con algo que podría ser diversión—. Una alianza con los Sartori reforzaría nuestra posición. Su territorio complementa el nuestro. Sus negocios legítimos proporcionan una cobertura excelente.

—Esto no va de estrategia.

—Todo va de estrategia —alarga la mano y me agarra la muñeca. Sus dedos parecen papel sobre hueso, pero su agarre sigue siendo

fuerte—. Busca una esposa. Pronto. Quiero verte casado antes de morir.

Las palabras caen como balas.

—Prométemelo.

Miro a mi padre; este hombre que me crió, me entrenó, me convirtió en el arma que soy hoy. Nunca me ha pedido nada. Ha ordenado, exigido, mandado. Pero nunca ha pedido.

—Te lo prometo.

Suelta mi muñeca y se recuesta contra las almohadas.

—Bien. Ahora lárgate. Las enfermeras armarán un escándalo si me cansas.

Me levanto. En la puerta, hago una pausa.

—Encontraré a alguien.

—Sé que lo harás —ya está cerrando los ojos—. Siempre haces lo que hay que hacer.

Salgo de su habitación con mi promesa ardiendo en el pecho.

Una esposa.

Entro en mi despacho privado y me sirvo tres dedos de vodka.

No quiero una esposa.

Quiero...

No.

Apuro el vaso y me sirvo otro.

Basta.

Dejo el vaso con tal fuerza que el vodka salpica el borde, encharcando el escritorio. Me quedo mirando cómo se extiende en lugar de limpiarlo.

Vittoria Sartori.

Su nombre resuena en mi cabeza como una canción que no puedo dejar de tararear.

Patético.

Soy Dmitri Baganov. Futuro pakhan de la Bratva de Chicago. Yo no me obsesiono con las mujeres. Las mujeres se obsesionan *conmigo*.

Excepto esta. Esta huyó.

Ese es el problema. Por eso no puedo dejar de pensar en ella. Me ha rechazado dos veces y mi orgullo no puede soportarlo. Así de

simple.

He tenido mujeres hermosas antes. Docenas. Cientos. Se desdibujan en mi memoria. Caras olvidables, cuerpos olvidables, todo olvidable. Me las follé y las olvidé y nunca lo pensé dos veces.

¿Pero Vittoria?

Recuerdo exactamente a qué sabían sus labios. Recuerdo el pequeño sonido que hizo cuando la acerqué a mí. Recuerdo la forma en que sus dedos se enredaron en mi pelo como si quisiera meterse bajo mi piel.

Y luego se detuvo. Me apartó. Se fue.

Por eso no puedes olvidarla. Es la que se escapó. Psicología clásica. Asuntos pendientes.

La explicación tiene sentido. Debería satisfacerme.

No lo hace.

Mi padre me quiere casado. Quiere estabilidad para la Bratva. Quiere morir sabiendo que su legado está a salvo.

Debería buscar a alguna mujer adecuada. Alguien de una familia con contactos. Alguien que entienda nuestro mundo, que no se inmute ante la sangre ni haga preguntas inoportunas. Alguien que luzca bien de mi brazo y no me estorbe.

Hay montones de candidatas. Hijas de aliados. Hermanas de socios. Mujeres que matarían por la oportunidad de ser la Sra. Baganov.

Ninguna de ellas me interesa.

Porque ninguna de ellas es ella.

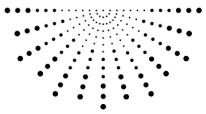
Golpeo la madera con el puño. El dolor me devuelve a la realidad. Me recuerda quién soy.

Esta obsesión es una debilidad. Mi padre estaría asqueado. Qué demonios, *yo* estoy asqueado. Yo no me lamento. Yo no persigo. Yo no me quedo despierto por la noche preguntándome qué estará pensando, sintiendo o deseando una mujer.

Pero anoche soñé con ella. Soñé con terminar lo que empezamos. Soñé con ella debajo de mí, rodeándome, diciendo mi nombre...

Basta.

CAPÍTULO SEIS



VITTORIA

Voy de camino a eso de «entrenar a su equipo de seguridad». Así es como lo llamó Pietro. *Colaboración profesional.*

Claro. Porque no hay nada más profesional que recordar a qué sabía la lengua de un hombre mientras les explicas el software de reconocimiento facial a sus empleados.

El Nexus se ve distinto a la luz del día. Menos seductor, más industrial. Los cordones de terciopelo han desaparecido y la cola de gente guapa ha sido sustituida por camiones de reparto y personal de paisano transportando cajas por una entrada lateral.

Elio se detiene ante la entrada principal y un hombre al que no reconozco da un paso al frente. Abre mi puerta antes incluso de que Elio pueda apagar el motor.

—Señorita Sartori —su acento es marcado, ruso—. Debo llevarla ante el señor Baganov.

Faltaría más.

Miro a Elio, que ya ha bajado del coche con la mano rozando su cadera. Tiene la mandíbula tensa. No ha olvidado lo que ocurrió aquí hace un mes.

—Guía el camino —digo al bajarme.

El hombre de granito nos guía por una entrada de servicio, pasillo abajo. Pasamos por la sala principal, con las sillas apiladas sobre las mesas y la pista de baile con un aspecto triste y corriente sin sus juegos de luces.

Nos detenemos ante una puerta que reconozco. La que lleva a las estancias privadas de arriba.

El hombre de granito se gira hacia Elio.

—Ella entra sola.

La mano de Elio se mueve hacia su arma.

—Eso no va a pasar.

—Órdenes del señor Baganov.

—Yo no recibo órdenes de...

—Elio —le pongo la mano en el brazo. Tiene los músculos tensos, listos para pelear—. No pasa nada.

—Señorita Vittoria...

—He dicho que no pasa nada —sostengo su mirada hasta que exhala por la nariz, rindiéndose—. Espérame aquí.

El hombre de granito abre la puerta y me indica que pase. El hueco de la escalera está en penumbra, resultándome familiar de una forma que hace que se me encoja el estómago. Subo las escaleras sola, con mis pasos sonando demasiado fuerte en el silencio.

La puerta de arriba ya está abierta.

Y allí está él.

Dmitri Baganov se apoya en su escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho, con aspecto de poseer el mundo y encontrarlo ligeramente entretenido. Hoy va en manga corta y la tela oscura se ciñe a unos hombros que parecen más anchos de lo que recordaba. Sus ojos siguen mi entrada.

Esa *mueca*. Esa maldita mueca, como si yo fuera el remate de un chiste que solo él entiende.

Algo en mi interior estalla.

Cruzo la habitación antes de que pueda pensarlo, deteniéndome a escasos centímetros de su rostro. Lo bastante cerca para ver los hilos plateados en sus sienes, la tenue cicatriz que cruza su ceja

izquierda, el modo en que se le dilatan las pupilas cuando invado su espacio.

—¿Qué cojones quieres?

Estoy furiosa. Me tiemblan las manos. Las cierro en puños a los costados.

Dmitri no se mueve. Esa mueca no hace más que acentuarse, marcando líneas alrededor de su boca.

—Ah —su voz es baja, divertida. Ese acento envolviendo cada sílaba como el humo—. Pensé que tal vez querías otro beso.

El calor me inunda la cara.

—*Vaffanculo* —escupo—. Eres un arrogante, manipulador...

—Cuidado, *solnyshko* —inclina la cabeza, estudiándome como si fuera fascinante.

—No me llames así. No me llames de ninguna forma —respiro demasiado rápido, con el pecho agitado contra las restricciones de mi blusa profesional—. Tú has montado esto. La reunión con Pietro, el entrenamiento; lo planeaste todo.

—Sí.

Sin negaciones. Solo esa sencilla confesión, pronunciada como si no le costara nada.

—¿Por qué? —exijo.

Dmitri descruza los brazos lentamente. No retrocede, no me cede ni un milímetro. Estamos tan cerca que puedo olerlo. Y huele malditamente bien.

—Huiste de mí —dice—. Dos veces.

—¿Así que esto qué es? ¿Venganza? ¿Algún juego retorcido?

—Yo no juego, Vittoria —la forma en que pronuncia mi nombre hace que me hormiguee la piel—. Esperé un mes. Te vi esconderte en tu recinto, fingiendo que aquella noche nunca sucedió.

—No sucedió —la mentira me sabe amarga—. Nos besamos. Eso es todo.

—¿Eso es lo que te dices a ti misma?

Su mano se mueve. Debería retroceder. *Debería*, pero mis pies están clavados al suelo mientras sus dedos rozan mi mandíbula, ligeros como una pluma. El contacto me quema como un hierro al rojo vivo.

—Lo recuerdo todo —murmura—. El sonido que hiciste cuando te besé. Cómo te presionaste contra mí. Cómo me miraste, como si quisieras devorarme entera.

Se me cierra la garganta.

—Estaba borracha.

—Te tomaste dos copas de champán —su pulgar recorre mi labio inferior—. Inténtalo de nuevo.

Le agarro la muñeca, con la intención de apartarlo de un empujón. En su lugar, mis dedos se envuelven en su piel cálida, sintiendo su pulso latir constante y seguro bajo mi agarre.

—Esto no puede pasar —digo.

—Tu sesión de entrenamiento empieza en diez minutos —dice retirándose—. Mi equipo de seguridad espera abajo. Sugiero que te compongas, *solnyshko*. Estás... acalorada.

Quiero gritar. Quiero borrarle esa mueca de la cara de un bofetón.

En lugar de eso, enderezo la espalda y sostengo su mirada con cada gramo de acero de los Sartori que poseo.

—Esto no volverá a pasar —le digo.

—No —su sonrisa es lenta, segura—. Esto es solo el principio.



Dmitri

Cojo el vaso de cristal de mi escritorio y vierto vodka. El ardor no hace nada por despejarme la cabeza. Solo puedo pensar en ella.

La puerta se abre sin llamar. Solo una persona hace eso.

Igor entra y la cierra tras de sí. Su rostro con cicatrices muestra esa expresión que he aprendido a reconocer con los años. Esa que dice que está a punto de hacer preguntas que no quiero responder.

—Ni se te ocurra —le advierto.

Me ignora.

—¿Qué estás haciendo?

—Dirigir un negocio —doy otro trago.

—¿Así es como llamas a esto? —Igor se cruza de brazos; tiene los antebrazos gruesos cubiertos de tatuajes de la cárcel— La viste una vez en una gala. *Una vez.* Apenas te dirigió la palabra.

—¿A qué quieres llegar?

Igor no se inmuta. Nunca lo hace. Por eso ha sobrevivido tanto tiempo a mi lado. Es el único hombre en la Bratva que me dice la verdad incluso cuando no quiero oírla.

—A lo que quiero llegar —dice despacio— es a que, desde esa noche, has tenido a Yuri siguiendo sus movimientos. Cada día. Cada ubicación. Con quién se reúne, a dónde va, a qué hora se despierta.

Se me tensa la mandíbula.

—Has escarbado en su pasado tan a fondo que sabes el nombre de su profesora de preescolar. *De preescolar*, Dmitri. Sabes qué marca de café pide. Sabes que sigue visitando la tumba de su hermano muerto todos los domingos exactamente a las siete de la mañana.

—Investigación exhaustiva para una alianza...

—Gilipolleces —la voz de Igor no se eleva, pero la palabra corta mi excusa como una hoja afilada—. Esto no es investigación. Esto es obsesión.

La palabra queda suspendida entre nosotros.

No lo niego.

—Este no eres tú —continúa Igor—. Tú eres paciente. Calculador. Esperas las oportunidades, no las fabricas. No manipulas reuniones de negocios para poder pasar tiempo con una mujer que no quiere saber nada de ti.

—Es la última vez que me hablas así.

Igor no se mueve. Ni parpadea.

—¿Ah, sí? —pregunta en voz baja.

El vodka me quema en el estómago. Dejo el vaso antes de estampárselo en la cabeza.

—Trabajas para mí. Recuérdalo.

—Trabajo para ti porque soy el único capaz de aguantar tus mierdas —Igor da un paso más. No es amenazador. Es peor. *Preocupado.*— Me quedé porque, después de aquella noche en Volgograd, te debía la vida. Pero también me quedé porque eres lo más parecido que tengo a una familia, *brat*.

Hermano.

—Ni se te ocurra —le advierto.

—Alguien tiene que decirlo —la voz de Igor se mantiene nivelada. Paciente. Del modo en que se le habla a un hombre que sostiene una granada activa— Ahora mismo vas a joderlo todo. Todo lo que hemos construido. La alianza con los Sartori. Tu posición como heredero. El legado de tu padre.

Cierro los puños.

—Cuidado.

—Si tan solo *una* persona se entera de que te has obsesionado con la princesa de los Sartori... —Igor niega con la cabeza— Las demás familias olerán la sangre. Pensarán que eres débil. Que estás comprometido. Y no se equivocarán.

Me muevo antes de pensar. Un segundo estoy detrás de mi escritorio; al siguiente tengo el cuello de Igor retorcido en mi puño, con nuestras caras a centímetros de distancia.

No se resiste. Ni siquiera levanta las manos.

Esa es la peor parte. Deja que lo haga porque sabe que necesito golpear algo, y está dispuesto a ser ese algo si eso evita que cometa un error mayor.

—Ella ha dejado claro que no te quiere —dice Igor en voz baja—. ¿Qué pasará cuando llegue el próximo rechazo? ¿Cuando corra hacia sus hermanos y les diga que el heredero Baganov la ha estado acechando como si fuera una presa?

Aprieto más. Los tendones de mis antebrazos arden.

—Pietro Sartori te meterá una bala en el cráneo él mismo. Y tu padre... —la mandíbula de Igor se tensa— Tu padre morirá sabiendo que su hijo lo tiró todo por la borda por una mujer que no soportaba ni verlo.

Lo empujo hacia atrás. Se apoya contra la pared, ajustándose la chaqueta sin quitarme los ojos de encima.

El silencio se prolonga. El pulso me martillea en las sienes, en la garganta, en los puños.

Tiene razón.

Blyad, tiene razón, y lo odio por ello.

Me paso ambas manos por el pelo. El vodka se me revuelve en las entrañas. A través del suelo, puedo sentir el bajo del club de abajo, la vibración de cientos de cuerpos moviéndose al ritmo de una música que suena como los latidos de mi corazón: implacable, atronadora, desesperada.

—No puedo parar.

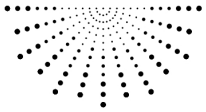
No miro a Igor al decirlo. En su lugar, miro los monitores de seguridad, la señal que muestra a mis hombres reunidos en la sala de entrenamiento, la silla vacía donde Vittoria se sentará en unos minutos.

—Sé que debería. Sé que esto es... —*Locura. Obsesión.*— Lo sé.

Igor exhala despacio. Cuando finalmente me giro, me está observando con algo que casi parece lástima. Si fuera cualquier otro, lo mataría por ello. Siendo él, solo puedo soportarlo.

—Entonces sé más inteligente al respecto —dice—. Si estás decidido a seguir con esto —y claramente lo estás—, deja de actuar como un hombre poseído. Deja de manipular situaciones. Deja de hacer que Yuri siga cada uno de sus movimientos.

CAPÍTULO SIETE



VITTORIA

La sesión de entrenamiento ha durado exactamente cuatro horas y doce minutos.

Lo sé porque los he contado todos, uno a uno, esperando a que Dmitri Baganov cruzara esa puerta.

Nunca lo ha hecho.

Sus hombres han absorbido los protocolos de seguridad como esponjas. Profesionales, competentes, haciendo preguntas inteligentes sobre los algoritmos de reconocimiento facial. Para cuando he terminado, entendían el sistema mejor que la mitad de los hombres de Pietro. El Hombre de Granito incluso ha esbozado algo parecido a una sonrisa cuando le he enseñado la anulación del análisis de comportamiento.

¿Y su jefe? Ni rastro de él.

Esto solo acaba de empezar.

—Vittoria, ¿me estás escuchando?

La voz de Lorenzo interrumpe mi espiral mental. Estamos en el comedor formal. El que mi madre ha insistido en que usemos esta noche en lugar de la cocina, donde comemos habitualmente como seres humanos. Hay flores frescas en cada superficie.

—Lo siento —me aliso el vestido, un modelo recatado en color burdeos que tapa todo lo que mi madre podría desaprobar—. ¿Qué decías?

—Te he preguntado si querías vino tinto o blanco para la cena. —Lorenzo sostiene dos botellas, con expresión paciente. Sophia está a su lado, colocando los indicadores de sitio con la precisión de un cirujano.

—Tinto. Definitivamente tinto.

Voy a necesitarlo.

La puerta principal se abre y el ambiente en la mansión cambia. Los guardias se yerguen.

Aria Sartori ha llegado.

Pietro y Nora aparecen primero, él ofreciéndole el brazo a mi madre mientras ella entra majestuosamente en el vestíbulo. A los sesenta y cuatro años, sigue siendo impactante. Viste de negro, como siempre. De luto por nuestro padre. De luto por Riccardo. De luto por la nuera que nunca tendrá ahora que Bruno está en una silla de ruedas en lugar de ante un altar.

—Hijos míos —su voz tiene la calidez de los veranos sicilianos y el acero de una mujer que sobrevivió a estar casada con Giuseppe Sartori—. Venid. Dejad que os vea.

Nos reunimos como cachorros obedientes. A Lorenzo le pellizca las mejillas. Pietro soporta una mirada inquisidora que probablemente cataloga cada noche de insomnio que ha tenido desde que se convirtió en Don. Sophia recibe un asentimiento de aprobación por la disposición de la mesa.

Abraza a Nico y a Kristen.

Entonces los ojos oscuros de mi madre se posan en mí.

—Vittoria. —Me toma la cara entre las manos, estudiándome como si fuera un código que no acaba de descifrar—. Pareces cansada, *tesoro*. ¿Estás durmiendo?

—Estoy bien, mamá.

—Mmm. —El sonido transmite exactamente lo poco que me cree —. Hablaremos más tarde.

Genial. Qué ganas.

La cena transcurre con la coreografía cuidadosa de una familia que ha sobrevivido a demasiado como para arriesgarse con una conversación casual. Hablamos de temas seguros: el último proyecto benéfico de Sophia, la nueva inversión de Lorenzo en un restaurante, el tiempo en Sicilia. Nadie menciona la silla vacía de Bruno. Nadie menciona a Riccardo.

Nadie menciona el matrimonio.

Hasta el postre.

—Pietro —mi madre deja su taza de café con un delicado *clink*—. He estado pensando en el futuro de Vittoria.

Mi tenedor se congela a mitad de camino hacia mi boca. De repente, el tiramisú me sabe a serrín.

—Mamá... —empiezo.

—Tienes veinticuatro años —continúa ella como si yo no hubiera hablado—. En nuestro mundo, eso es prácticamente ser una solterona.

—¿Una *solterona*? —La palabra sale estrangulada—. No estamos en el siglo XIX.

—Nuestro mundo se rige por reglas diferentes. Lo sabes. —La mirada de mi madre se suaviza, pero su determinación no flaquea—. Tu padre, que Dios lo tenga en su gloria, te habría buscado un destino hace años. Te he permitido tiempo para el duelo. Para encontrar tu sitio. Pero no podemos ignorar la practicidad para siempre.

Practicidad. Una palabra muy limpia para lo que quiere decir en realidad.

Alianza. Fusión. Transacción.

Examino la mesa. Lorenzo la mira fijamente como si guardara los secretos del universo. De repente, Sophia encuentra fascinante el bordado de su servilleta. Pietro tiene la mandíbula apretada, esa señal de que se está preparando para el impacto. Nico y Kristen también permanecen en silencio.

Ellos lo sabían.

—¿Habéis acordado esto entre todos? —Mi voz suena más firme de lo que me siento—. ¿Antes de esta noche?

Silencio.

Pietro finalmente me mira a los ojos. —Vittoria, sabías cómo funcionan estas cosas. Lo has sabido siempre.

Se me escapa una carcajada.

—¿Ah, sí? ¿De *verdad* lo sabía? —Me aparto de la mesa, haciendo que las patas de la silla rechinen contra el suelo—. Porque durante dos años —*dos años*— nadie ha mencionado esto. Ni una sola vez. Estábamos demasiado ocupados enterrando a Riccardo. Viendo cómo Bruno aprendía a vivir en una silla de ruedas. Intentando mantener unida a esta familia mientras la muerte y...

Me detengo a tiempo.

Secretos.

La palabra casi se me escapa. La otra familia de Giuseppe. El hecho de que Riccardo se estaba tirando a la prometida de Lorenzo y ella dio a luz a su hijo. Un niño que también nos ocultaron. Bruno lo sabía. Él era el único que lo sabía, y también nos lo ocultó. Pero no puedo decir todo eso delante de ella.

—... y la puta *tragedia* arrasaban nuestras vidas como un huracán. —Agarro el borde de mi asiento—. Pero ahora que todo el mundo se está asentando, ahora que Pietro tiene a Nora y Lorenzo tiene a Sophia y todos jugamos de nuevo a ser la familia feliz, ¿*ahora* recordáis que existo? ¿Ahora os olvidáis de los secretos y recordáis que soy una moneda de cambio?

—Vittoria —la voz de mi madre conlleva una advertencia.

—¿Qué secretos?

La pregunta queda suspendida en el aire. Los ojos oscuros de mi madre se agudizan, décadas de instinto de supervivencia centrándose en mí como un láser.

Merda.

Se me encoge el estómago. He hablado de más. He dejado que la emoción anulara los cautelosos muros que he construido alrededor de la verdad sobre Papà.

—¿A qué secretos te refieres, *tesoro*? —repite mi madre, ahora más suave. Más peligrosa—. ¿Hay algo que deba saber?

Fuerzo mis dedos para que suelten la silla. Respiro. Pienso.

—Todas las familias tienen secretos, mamá. —Mantengo la voz firme. Aburrida, incluso. El tono de alguien que expone hechos

obvios en lugar de desviar la atención de verdades catastróficas—. La nuestra más que la mayoría. No me refiero a nada específico. Solo... al peso de todo esto. Las cosas de las que no hablamos. Los elefantes que hay en cada habitación en la que entramos.

Mi madre me estudia durante un largo momento. Sostengo su mirada, rezando para que mi cara no delate la mentira.

—Estás siendo dramática —dice finalmente—. Un rasgo que has heredado de tu padre.

La ironía casi me hace reír de nuevo.

—Quizá lo soy —me encojo de hombros, dejando que la tensión abandone mis hombros—. Ha sido un día largo. Estoy cansada. Y no me gusta que me embosquen en la cena con mis candidatos matrimoniales como si viviéramos en la Sicilia medieval.

—No es medieval querer seguridad para tu hija —mi madre se levanta de su silla con la elegancia de una reina—. Es práctico. Es supervivencia. Y te guste o no, Vittoria, eres una Sartori. Tu matrimonio beneficiará a esta familia.

—¿O podría seguir soltera y continuar siendo útil con mis habilidades reales? Ya sabes, esas que mantienen nuestros sistemas de seguridad funcionando y a nuestros enemigos lejos de nuestros asuntos.

—Puedes hacer ambas cosas —Pietro habla por primera vez desde que la conversación se ha descarrilado—. Nadie te pide que dejes de trabajar.

Lo miro fijamente.

—Qué generoso —digo—. Puedo conservar mi trabajo *y* abrirme de piernas para quien más beneficie a la familia.

—*Vittoria* —la voz de mi madre restalla como un látigo.

—Estoy cansada —me aparto de la mesa. Mi apetito ha muerto en algún punto entre *solterona* y *práctico*—. Ha sido un día largo y mañana tengo trabajo.

—No hemos terminado de discutir...

—Sí, mamá. Lo hemos hecho —la miro a los ojos—. Al menos por esta noche.

—Hablaremos mañana. Cuando hayas descansado —dice Aria Sartori.

Cuando te hayas calmado, quiere decir. *Cuando estés más dócil.*

—Claro —no me molesto en ocultar mi escepticismo—. Mañana.

Le doy un beso en la mejilla porque no soy una salvaje total y porque, a pesar de todo, la quiero. Huele a Chanel No. 5 y al jazmín que crece salvaje alrededor de su villa en Sicilia. Por un momento, vuelvo a tener siete años, gateando hasta su regazo después de una pesadilla.

Luego recuerdo que está intentando venderme al mejor postor y la nostalgia se evapora.

—Buenas noches a todos.

No espero respuesta.



Dmitri

—La fuente en la casa lo ha confirmado —la voz de Yuri chisporrotea a través del altavoz—. Aria Sartori ha llegado esta tarde. Eso es todo lo que tenía.

—De acuerdo —termino la llamada y me guardo el teléfono.

La llegada de Aria Sartori no significa nada para mí ahora mismo, pero necesito saberlo todo y Yuri cumple con su trabajo.

—Jefe —Viktor me mira a los ojos por el espejo retrovisor—. Ya estamos aquí.

El almacén está al borde de nuestro territorio. Un edificio anodino que ha sido testigo de más confesiones que cualquier iglesia de Chicago. Me bajo.

En el interior, lo primero que me golpea es el olor. Sangre. Sudor. Orina. La santísima trinidad del miedo.

Igor me recibe en la puerta con expresión sombría. —Sigue sin hablar. Sergei lo ha trabajado durante tres horas. Nada.

Me subo las mangas hasta los codos, dejando a la vista el texto tatuado en mis antebrazos. Versículos bíblicos. Los favoritos de mi madre. Ella habría odiado el uso que les doy a estas manos ahora.

—Enséñamelo.

El hombre cuelga de unas cadenas en el centro de la sala, en ropa interior. Tiene unos treinta y tantos años, con una complexión de alguien que pensó que los músculos lo salvarían. Su cara es un desastre: labio partido, ojo hinchado, nariz rota. El trabajo de Sergei decora su torso de color púrpura y negro.

Aficionados.

Cojo una silla de metal y la arrastro por el hormigón; el chirrido hace que el hombre se estremezca. Bien. Todavía responde.

Me siento al revés en la silla, con los brazos cruzados sobre el respaldo, estudiándolo como si fuera un problema a resolver. Porque lo es.

—¿Sabes quién soy?

Escupe sangre al suelo. —Que te jodan.

—Eso no es una respuesta —saco un cigarrillo del bolsillo y lo enciendo sin prisas. El humo sube en espirales hacia el techo—. Déjame explicarte tu situación. Estabas vendiendo mercancía con *nuestra* marca. El águila bicéfala. Esa marca significa algo. Significa calidad. Significa protección. Significa que cualquiera que la compre sabe exactamente lo que está adquiriendo.

Me levanto, dejando el cigarrillo prendido entre mis dedos.

—Tu mercancía era basura. Cortada con fentanilo. Tres personas murieron la semana pasada. —Me pongo en cuclillas frente a él, lo suficientemente cerca para ver el terror dilatando sus pupilas—. Son tres muertes relacionadas con el nombre de mi familia. ¿Entiendes lo que eso nos cuesta?

—No sé nada —sisea—. Solo vendía lo que ellos me daban.

—¿Quiénes?

—No puedo... me matarán.

Me río. El sonido resuena contra las paredes de hormigón, frío y vacío.

—¿Que *ellos* te matarán? —me levanto y doy una larga calada al cigarrillo—. Moy drug, ya estás muerto. La única pregunta es cuánto

tiempo llevará.

Le presiono el cigarrillo contra el hombro.

Su grito rebota en las paredes, agudo y desesperado. El olor a carne quemada se mezcla con la sangre y el miedo.

—¿Quién te suministraba?

El hombre se ríe.

—No hablaré —dice, con las palabras pastosas por la sangre—. Irán a por mi familia. Mi mujer. Mis hijos. ¿Crees que *esto*... —señala con la barbilla su cuerpo destrozado— es peor que verlos sufrir a ellos?

Doy otra calada al cigarrillo. Paciente. Esperando.

—Pero una cosa está clara, Baganov —sonríe con sus dientes rotos—. Eres un puto idiota.

Igor hace un amago detrás de mí. Levanto una mano para detenerlo.

—Explícate.

—Tu familia —escupe sangre sobre el hormigón, entre nosotros —. Tirando el dinero con los Sartori. Comprando su favor como perros desesperados. ¿Y para qué?

Se me tensa la mandíbula. —¿Para qué?

—Otros van a hacer una alianza de *verdad*. Sin pagar ni un puto céntimo. —Sus ojos brillan con una satisfacción maliciosa—. Se van a quedar con la mismísima princesa.

El mundo se estrecha.

Princesa.

—¿De qué cojones estás hablando?

Vuelve a reírse, con ese sonido húmedo y estridente. —¿No te gustaría saberlo?

Me pongo en cuclillas frente a él, con el cigarrillo consumiéndose entre mis dedos. —Te lo pido por las buenas. Una vez.

—Vete a la mierda.

Le agarro la mandíbula con una mano y le hundo el cigarrillo en el ojo izquierdo.

El grito que desgarra su garganta es inhumano. Crudo. Primal. Su cuerpo convulsiona contra las cadenas, el sonido del metal rozando

el metal mezclándose con su agonía. El olor a carne quemada se intensifica, denso y acre.

Mantengo el cigarrillo ahí durante tres segundos. Cuatro. Cinco.

Cuando lo retiro, la cuenca del ojo es un despojo. Lágrimas y sangre corren por su cara mientras solloza, con todo el cuerpo temblando.

—Habla.

—Los Sartori —jadea, y las palabras salen a tropicones entre sollozos—. Van a sacar a su hermana al mercado. Buscan al mejor marido. Una alianza matrimonial. Eso es todo lo que he oído de ellos. *¡Eso es todo lo que he oído, joder!*

La sangre se me hiela.

Vittoria.

Están vendiendo a *Vittoria*.

—¿Quién? —Mi voz suena calmada. Firme. Todo lo contrario a la tormenta que ruge dentro de mi pecho—. ¿Quién está negociando la alianza?

Vuelve a reírse. Incluso a pesar del dolor, con un ojo destruido y el cuerpo roto, se *ríe*.

—¿De verdad no lo sabes? —Sacude la cabeza, dejando caer sangre y lágrimas al suelo—. No sabía que los rusos podían ser tan idiotas. Perdiendo alianzas fuertes antes incluso de poder forjarlas.

El cigarrillo se me cae de los dedos.

Me levanto lentamente. Cada movimiento es deliberado. Controlado.

—Igor.

Igor me entrega el cuchillo sin dudar. La hoja capta la luz tenue, brillando plateada contra las sombras del almacén.

El ojo que le queda al hombre se abre desmesuradamente.

Doy un paso adelante y lo agarro por el pelo, tirando de su cabeza hacia atrás para exponer su garganta.

—Dame el nombre —digo una última vez.

—Que te jodan, Baganov.

La hoja se desliza por su cuello en un movimiento limpio.

La sangre me salpica la camisa, caliente y espesa. Su cuerpo se sacude una vez, dos, y luego se queda inmóvil. Las cadenas

rechinan cuando su peso se asienta, con la cabeza ladeada hacia delante y el carmesí acumulándose bajo él.

Suelto el cuchillo. Resuena contra el hormigón.

—Limpia esto —le digo a Igor sin mirarlo—. Averigua quién está detrás de la operación de falsificación. Y averigua quién está moviendo ficha por la alianza Sartori.

—Dmitri...

—*Ahora.*

Salgo del almacén sin mirar atrás. El aire nocturno me golpea la cara, fresco contra la sangre que se seca en mi piel. Viktor se cuadra cuando me ve, con su expresión cuidadosamente neutral.

—A casa —digo, subiéndome al asiento trasero.

Mientras el coche arranca, miro por la ventanilla el perfil de Chicago. Mis manos están firmes. Mi respiración es pausada.

Pero por dentro, algo oscuro y primitivo se despliega en mi pecho.

Alianza matrimonial.

El mejor marido.

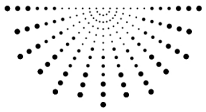
Alguien más.

Vittoria Sartori me pertenece.

¿Y quienquiera que piense que va a reclamarla en mi lugar?

Ya está muerto.

CAPÍTULO OCHO



VITTORIA

El sueño no llega.

Yazco en mi cama, con la vista fija en el techo, donde todavía quedan pegadas estrellas que brillan en la oscuridad de cuando tenía doce años. Papà me ayudó a colocarlas. Decía que toda principessa necesitaba su propia galaxia.

Ahora las estrellas se han descolorido hasta adquirir un tono verde amarillento enfermizo, Papà ha muerto y yo tengo veinticuatro años y me dicen que tengo que casarme por la familia.

Me pongo de lado, estrechando la manta contra mí. La seda me resulta incómoda sobre la piel. Todo en esta casa es caro, hermoso y asfixiante.

La verdad pesa en mi pecho: sabía que esto iba a pasar.

Lo sé desde que cumplí los veinte y Mamma empezó a soltar indirectas sobre «partidos adecuados» y «obligaciones familiares».

Intenté adelantarme a ellos. De verdad que lo hice.

Fabio fue mi primer intento. Veintitrés años, educado en Harvard, con una fortuna familiar más antigua que los Estados Unidos. Su padre dirigía negocios legítimos que de vez en cuando se cruzaban

con los nuestros. Lo bastante cerca para entender nuestro mundo, lo bastante lejos para sentirse a salvo.

Marco estaba... bien.

Guapo de esa forma genérica que sale bien en las fotos de las galas benéficas. Educado. Rico. *Aburrido de cojones.*

El hombre no era capaz de tomar una decisión ni aunque le fuera la vida en ello. —¿A qué restaurante vamos, Tori? —Lo que tú quieras, Tori. —¿Qué debería ponerme, Tori? —Pasé seis meses saliendo, básicamente, con un golden retriever con un Rolex.

Cuando finalmente lo dejé, él simplemente... asintió. Lo aceptó sin una sola discusión.

Eso fue lo que me destrozó. No su pasividad en los restaurantes ni su incapacidad para elegir una película. Fue ver cómo se doblegaba en el momento en que yo le llevaba la contraria, ver cómo se desmoronaba como papel mojado porque el enfrentamiento le incomodaba.

Necesito a alguien que pueda *conmigo*.

Mis hermanos no lo entienden. Ven a su hermana pequeña y piensan que necesito a alguien dulce, alguien que adore el suelo que pisa y que nunca alce la voz.

Se equivocan.

Necesito a alguien que no parpadee cuando le suelte un desplante. Alguien que me lo devuelva. Alguien con la suficiente entereza para estar al lado de una mujer Sartori sin marchitarse.

Después de Marco, dejé de intentar encontrar a *alguien*. Empecé a buscar simplemente *algo*.

Dos hombres. Ambos desconocidos. Ambas fueron aventuras de una noche en hoteles lejos de Chicago, donde el apellido Sartori no significaba nada.

Ninguno sabía mi nombre. A ninguno le importaba quién era yo.

Y, de alguna manera, eso lo hizo más vacío todavía.

Me incorporo en la cama, echándome el pelo hacia atrás. El reloj digital marca las 2:47 de la madrugada.

Esto es patético.

He pasado años evitando la intimidad porque cada hombre que se entera de que soy Vittoria Sartori, o bien huye, o bien intenta

utilizarme. Los que huyen son los listos.

Los que me utilizan son peores. Ven el símbolo del dólar, el poder y los contactos. Ven un atajo hacia la cima del submundo de Chicago. No me ven a *mí*.

Dos años de la nada. Dos años viendo a mis hermanos encontrar el amor mientras yo levantaba muros cada vez más altos a mi alrededor.

Y ahora Mamma quiere derribarlos con el anillo de un extraño.

Lo que pasa por ser la friki tecnológica de la familia es que nadie espera que tengas apetito sexual.

Durante años, mis hermanos asumieron que estaba demasiado ocupada con el código como para que me importaran los hombres. Demasiado absorta en cortafuegos y protocolos de cifrado para notar que el sexo opuesto existía. «Vittoria está en su habitación otra vez, probablemente hackeando algo. Vittoria no sale con chicos, sale con su ordenador».

Y, para ser sincera, dejé que se lo creyeran.

Es más fácil así. Sin Lorenzo dándome consejos suaves sobre encontrar al «adecuado». Sin Pietro amenazando con asesinar a cualquiera que me tocara.

Ignorancia bendita por su parte. Libertad absoluta por la mía.

Porque esto es lo que mi familia no sabe: descubrí lo que mi cuerpo necesitaba hace mucho tiempo.

Internet es algo maravilloso cuando eres una curiosa veinteañera con cero privacidad y cinco hermanos sobreprotectores. Aprendí a borrar mi historial de búsqueda antes de aprender a conducir. Vi vídeos que me hacían arder las mejillas y apretar los muslos. Descubrí exactamente qué tipo de caricia me hacía jadear, qué ritmo funcionaba, qué fantasías se proyectaban tras mis ojos cerrados cuando finalmente me dejaba llevar.

Mi mano se desliza bajo la almohada, y mis dedos rozan la bolsa de seda escondida allí.

Mi pequeño secreto.

Lo compré un año después de la muerte de Riccardo. Lo pedí a un apartado de correos de un pueblo a tres localidades de distancia,

pagué en efectivo y lo introduje en la mansión como si fuera contrabando. Lo cual, en esta casa, básicamente lo era.

La primera noche que lo usé, lloré después. No de vergüenza. De alivio.

Finalmente, *por fin*, algo que se sentía bien. Algo que era mío. Algo que no requería explicaciones ni disponibilidad emocional ni el riesgo de que alguien supiera mi apellido y saliera corriendo.

Durante dos años, esta ha sido mi única indulgencia. Mi secreta rebelión contra el duelo que se lo tragó todo lo demás.

Me pongo boca arriba, mirando de nuevo esas estrellas descoloridas. Mi cuerpo vibra con una energía inquieta, de esa que surge tras demasiadas emociones y falta de sueño.

Quizás...

Cierro los ojos. Dejo que mi mente derive.

E inmediatamente, *él* está ahí.

Dmitri Baganov. Esos ojos. Esa voz. La forma en que me tocó la cara en su oficina, tan suave que me dieron ganas de gritar.

—Esto es solo el principio, Vittoria.

El calor se acumula en el bajo vientre. Un calor traicionero y no deseado.

Mi mano se mueve sin permiso, deslizándose por mi estómago. Llevo una camiseta vieja y nada más, y el algodón se sube mientras mis dedos bajan más, más...

No.

Me quedo helada.

Abro los ojos de golpe.

Ni hablar, joder.

No voy a tocarme pensando en ese bastardo manipulador. El hombre que orquestó reuniones de negocios falsas solo para acorralarme.

Es todo lo que debería odiar. Arrogante. Calculador. El tipo de hombre que mueve a la gente como si fueran piezas de ajedrez y lo llama estrategia.

El tipo de hombre que le puso una pistola en la cabeza a alguien por tocarme el muslo.

No pienses en eso.

Pero estoy pensando en ello. En lo rápido que se movió, en lo calmada que se mantuvo su voz, en cómo su dedo ni siquiera tembló sobre el gatillo.

En cómo, por un instante de locura, me sentí *a salvo*.

Gimo y me presiono las palmas de las manos contra los ojos.

Esto es ridículo.

Me obligo a respirar. Inspiro por la nariz, expiro por la boca.

La atracción no es real. Es fabricada. Él es guapo y peligroso y *quiere* que yo le desee, porque eso hace que su pequeña alianza sea más fácil de asegurar.

No voy a darle esa satisfacción.

Mi mano se retira a territorio seguro, descansando sobre mi estómago. El calor se desvanece lentamente, dejando paso a la frustración.

Dos años sin que nadie me toque salvo yo misma, y ahora el primer hombre que hace que me hierva la sangre es aquel a quien absolutamente no puedo tener. No puedo desear. No puedo pensar en él mientras mis dedos...

Para.

Cojo el móvil de la mesilla de noche. 3:12 de la mañana. El último mensaje de Amanda brilla en la pantalla.

—Tía, estás rara desde esa noche en el club. Pase lo que pase, estoy aquí para cuando estés lista para hablar.

Escribo una respuesta: —No puedo dormir. Drama familiar. Luego te cuento.

Dejo el teléfono y me quedo mirando el techo.



Dmitri

El olor a muerte se agarra a la habitación de mi padre como un invitado no deseado. Las enfermeras se esfuerzan. Flores frescas cada mañana, difusores de aceites esenciales zumbando en las esquinas. Pero al cáncer no le importan la lavanda ni el eucalipto.

Papá está incorporado contra las almohadas; su complexión, antes poderosa, es ahora un conjunto de ángulos afilados bajo sábanas de algodón egipcio. Hace tres meses que envió a mis hermanos y hermanas a la casa de campo. No quería que le vieran consumirse. Tampoco me quería a mí aquí, pero alguien tenía que quedarse. Y el próximo pakhan parecía ser el más adecuado.

Palabras suyas, no mías.

—Llegas tarde. —Su voz suena como papel de lija sobre madera.

Cierro la puerta tras de mí y me acerco a la silla junto a su cama. La misma silla. La misma rutina. Cada mañana, me siento aquí y le cuento todo lo que pasó el día anterior. Él escucha, critica y, de vez en cuando, aprueba. Es lo más parecido al afecto que hemos compartido jamás.

—Cuéntame. —Mueve una mano esquelética—. ¿Qué requirió tu atención la otra noche?

Me reclino, cruzando un tobillo sobre la rodilla. —Encontré al hombre que vendía producto falsificado con nuestra marca. El responsable de esas tres sobredosis del mes pasado.

—¿Y?

—Ya no es un problema.

Los ojos de Papá se entrecierran ligeramente. —¿Limpio?

—Lo suficiente. —No doy detalles.

—Bien. —Se acomoda contra las almohadas, haciendo una mueca. No me ofrezco a ayudarle. Se negaría de todos modos—. ¿Qué más?

Esta es la parte que he estado temiendo. Mis dedos tamborilean contra mi muslo una vez antes de obligarlos a quedarse quietos. —Antes de morir, me dijo algo. Sobre los Sartori.

La atención de Papá se agudiza. Ni siquiera el cáncer puede nublar su instinto para los negocios.

—Están organizando un matrimonio para Vittoria. Su princesa. —La palabra me deja un sabor amargo en la boca—. Alguien más está

intentando conseguir la alianza. Sin pagar ni un céntimo.

—¿Y eso te sorprende? —La voz de Papá tiene un matiz que reconozco. Decepción—. Llevas un par de meses rondando a esa chica, Dmitri. Observándola a través de las cámaras. Siguiendo todos sus movimientos.

No me inmuto. —Soy consciente.

—Estás obsesionado. —Su mano golpea el colchón con una fuerza sorprendente—. Te he observado estas últimas semanas. ¿Crees que no me doy cuenta? De cómo miras el teléfono. De cómo pronuncias su nombre.

Aprieto la mandíbula. No respondo.

La ira de Papá se desvanece tan rápido como ha aparecido, dejando el agotamiento a su paso. Se recuesta, y el pecho le sube y le baja con respiraciones fatigosas.

—Escúchame con atención, syn. —Hijo. Rara vez usa ya esa palabra—. Esta alianza con los Sartori lo es todo. Nuestros territorios se complementan. Nuestros enemigos nos temen a ambos. Juntos, controlamos la mitad del inframundo de Chicago.

—Lo sé.

—¿Ah, sí? —Su mirada me clava en el sitio—. Porque si alguien más consigue ese matrimonio, todos los acuerdos comerciales que hemos hecho no significarán nada. Otra familia tendrá su oído. Su lealtad. Sus armas. —Hace una pausa, dejando que las palabras calen—. Y no tendremos más que un acuerdo de palabra que morirá en el momento en que resulte inconveniente.

La realidad de sus palabras se asienta en mi pecho como una piedra.

—El matrimonio es una moneda de cambio en nuestro mundo, Dmitri. Siempre lo ha sido. La chica viene con el poder de su familia. Sus recursos. Su nombre unido al nuestro permanentemente. —Los ojos de Papá no se apartan de mi rostro—. Si la quieres, deja de jugar. Haz la oferta. Asegura la alianza.

—¿Y si se niega?

Su risa se disuelve en una tos húmeda. Cuando se recupera, tiene sangre en los labios. Se la limpia sin darle importancia.

—¿Desde cuándo acepta un Baganov una negativa? —Señala débilmente hacia la puerta—. Ve. Habla con Pietro Sartori. Deja claras tus intenciones. Antes de que lo haga otro.

Me levanto, estirándome la chaqueta. —Papá...

—Quiero verte casado antes de morir. —Las palabras golpean como balas. Directas. Inquebrantables—. Quiero saber que nuestro legado está asegurado. Que todo lo que he construido no se desmoronará porque mi heredero fue demasiado testarudo para reclamar lo que desea.

Asiento una vez. No hay nada más que decir.

En la puerta, su voz me detiene.

—Dmitri. —Me giro. Se ve más pequeño contra esas enormes almohadas—. Ella merece que luches por ella. Pero solo si estás dispuesto a jugar sucio.

Lo estoy.

Siempre lo he estado.



El ascensor sube a la planta treinta y cinco. Mi reflejo me devuelve la mirada desde las puertas pulidas. Expresión controlada, ni una sola grieta en la máscara. Así es como se presenta un pakhan. Calmado. Mesurado. Estratégico.

Por dentro, soy de todo menos eso.

La secretaria de Pietro anuncia mi llegada por el interfono. Las puertas dobles de su despacho se abren de par en par y entro en la boca del lobo.

Pietro Sartori está sentado tras un escritorio macizo de madera oscura y acero pulido. Los ventanales a su espalda enmarcan la ciudad. Su hermano Nico se apoya en la pared a mi izquierda, con los brazos cruzados, observándome.

—Baganov. —Pietro señala la silla frente a él—. Ha insistido en que esto no podía esperar.

—No podía. —Me acomodo en el asiento de cuero, dejando que el silencio se prolongue exactamente tres segundos. Lo suficiente para establecer que no estoy nervioso. Lo bastante poco para mostrar respeto—. Me ha llegado la noticia de que su familia está concertando un matrimonio para su hermana.

Nico se separa de la pared. —¿Y por qué exactamente trae esto aquí?

Su tono tiene un deje cortante. Recelo envuelto en desafío. El tercer hermano Sartori; el que observa, calcula y no confía en nadie. He hecho mis averiguaciones. Nico se encarga de los números y la construcción, pero su verdadero valor reside en ese cerebro. Ve las amenazas antes de que se materialicen.

Ahora mismo, me ve a mí como una.

No muerdo el anzuelo. En casa, en mi propio territorio, podría permitir que se notara mi irritación. ¿Aquí, rodeado de hombres que me meterían una bala en el cráneo con gusto si amenazara a su princesa? Mantengo la voz firme. Agradable, incluso.

—Traigo esto aquí porque mi familia está abierta a un matrimonio entre nuestras casas. —Dejo que las palabras calen, observando cómo ambos hermanos las procesan—. La Bratva Baganov consideraría que una alianza a través del matrimonio sería mutuamente beneficiosa.

A Nico se le tensa la mandíbula. —Tú eres ruso. Nosotros somos italianos. Las cosas no funcionan así.

—Tradición. —Sonrío, y no es una expresión amable—. Dígame, Nico, ¿en qué familias italianas de Chicago confiaría para entregar a su hermana?

Todos sabemos la respuesta. Los Corelli intentaron destruirlos hace meses. Las otras familias italianas son o demasiado débiles para importar o demasiado traicioneras para confiar en ellas. Serpientes, todas y cada una.

Nico cierra la boca. Sus dedos tamborilean contra el bíceps —una vez, dos— y luego se detienen.

Me giro hacia Pietro.

El Don me estudia.

—Habla en serio —dice Pietro. No es una pregunta.

—No pierdo el tiempo con cosas que no van en serio.

—Mi hermana no es una transacción comercial.

—Nunca he dicho que lo fuera.

Pietro entrecierra los ojos. —¿Entonces qué está diciendo exactamente, Baganov?

Me inclino un poco hacia adelante. Lo justo para mostrar interés, no lo suficiente para parecer agresivo. —Digo que su familia necesita aliados en los que puedan confiar. La Bratva Baganov ha demostrado ser un socio fiable. Nuestros intereses coinciden. Nuestros enemigos son los mismos.

—Ha visto a Vittoria exactamente dos veces en entornos formales.

Tres veces, no digo. Y la segunda vez, tuve mi lengua en su boca.

—Dos veces es suficiente para reconocer el valor. —Mantengo la voz plana. Profesional—. La Bratva Baganov tiene recursos que su familia necesita. Redes de distribución por todo el Medio Oeste. Conexiones políticas que sus homólogos italianos no pueden igualar. Y a diferencia de las familias que les han traicionado antes, nosotros no tenemos antecedentes de engaños con los Sartori.

Pietro intercambia una mirada con Nico. Algo pasa entre ellos. Una conversación silenciosa de la que no formo parte.

Lo odio.

Pero me quedo quieto. Paciente. Esto es una negociación, no una conquista. He venido solo. Sin Igor a mis espaldas, sin guardias esperando abajo. Un riesgo calculado. Si me quisieran muerto, ya tendría una bala en el cráneo. El hecho de que siga respirando significa que, al menos, están dispuestos a escuchar.

—Habla de esto como si fuera una fusión. —Nico se separa de la pared y se acerca—. Acciones y activos. Cadenas de suministro.

—Porque eso es lo que es.

—No me venga con gilipolleces.

Se me tensa la mandíbula. Solo un poco. Me obligo a relajarla.

—Estoy planteando una alianza —digo—. Una que beneficie a ambas familias. La pericia técnica de su hermana combinada con nuestra infraestructura crearía algo que ninguna de las dos familias podría lograr por separado.

Me importa un bledo la infraestructura. La quiero a *ella*. La mujer que me miró y se marchó como si yo no fuera nada.

Nadie se aleja de mí.

Nadie excepto ella.

Y por eso precisamente no puedo dejar de pensar en ella. Cualquier otra mujer ve el poder, el dinero, el peligro. O caen a mis pies o huyen gritando. Vittoria Sartori no hizo ni lo uno ni lo otro. Me besó como si lo sintiera de verdad y luego me dejó plantado en mi propio club.

Desquiciante.

Pero si estos hombres vieran siquiera un destello de esa obsesión, me enterrarían antes del atardecer. Así que mantengo el rostro inexpresivo. La voz firme.

—Ya hemos iniciado conversaciones con otra familia —dice Pietro.

Rojo.

Todo se vuelve rojo durante medio segundo.

Mis dedos se curvan contra mis muslos, ocultos bajo el borde del escritorio. La sangre me ruge en los oídos. Otra familia. Alguien más cree que puede tenerla. Alguien más está sentado en reuniones, haciendo ofertas, planeando ponerle su anillo en el dedo y sus manos en su cuerpo...

Control.

Me obligo a enderezar la espalda. Respiro por la nariz. Cuando hablo, mi voz suena perfectamente tranquila.

—¿Qué familia?

Nico se ríe. Una risa seca y sin humor. —Afirmas que esto es solo negocios, Baganov. Pura estrategia. Entonces, ¿por qué te importa quién es el otro postor?

Porque los destruiré. Sean quienes sean. Reduciré toda su operación a cenizas y esparciré los restos por el lago Michigan.

—Debida diligencia. —Sostengo su mirada sin flaquear—. Si están considerando una alianza con una familia que tiene

debilidades, eso afecta a la estabilidad de cualquier futura asociación entre nosotros. Prefiero saber contra qué estoy compitiendo.

—Compitiendo. —La boca de Pietro se curva. No llega a ser una sonrisa—. Curiosa elección de palabras.

—Una elección de palabras precisa.

La habitación queda en silencio. Tras los ventanales, Chicago se extiende bajo nosotros. Millones de personas siguiendo con sus vidas, completamente ajenas a que tres hombres en un despacho están discutiendo el destino de imperios.

Me inclino hacia adelante. Apoyo los antebrazos en las rodillas. Que vean que hablo en serio.

—La Bratva Baganov ha sido un socio fiable para su familia hasta ahora. Hemos honrado cada acuerdo. Hemos cumplido cada promesa. Quienquiera que sea el otro que esté haciendo ofertas, pregúntense si puede decir lo mismo.

La expresión de Pietro no revela nada. Es bueno, este. Mejor de lo que esperaba cuando tomó el relevo de su hermano. El peso del mando lo ha curtido.

—El futuro de nuestra alianza depende de cómo manejen esto —continúo—. Si juegan bien sus cartas, ambas familias se fortalecerán. Si juegan mal... —Dejo que el silencio termine la frase.

Los dedos de Nico vuelven a tamborilear contra su brazo.

Pietro se levanta. La reunión ha terminado.

—Discutiremos su propuesta —dice—. Se le informará de nuestra decisión.

Ni un sí. Ni un no. Un tal vez que podría alargarse semanas mientras otra familia se acerca a reclamar lo que es mío.

Me levanto de la silla. Le tiendo la mano.

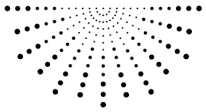
Pietro la estrecha. Apretón firme, contacto visual directo. Respeto entre depredadores.

—No tarden demasiado —digo—. Oportunidades como esta no esperan eternamente.

Salgo de ese despacho con la espalda erguida y el rostro impasible. Las puertas del ascensor se cierran tras de mí, y solo entonces dejo caer la máscara.

Seas quien seas, pienso, *quienquiera que crea que puede quitármela. No tienes ni idea de lo que te espera.*

CAPÍTULO NUEVE



VITTORIA

Me detengo en el umbral del comedor, observando la escena. Pietro en la cabecera de la mesa. Nico a su derecha, con la tableta ya en la mano porque ese hombre probablemente duerme con hojas de cálculo. Lorenzo frente a él, con cara de que preferiría estar en cualquier otro lugar. Bruno en su silla de ruedas al otro extremo, con la mandíbula tensa en ese ceño fruncido permanente que lleva desde que despertó.

Y Mamma. Sentada con la espalda recta como si posara para un retrato, con las perlas ya puestas a las ocho de la mañana.

Ni rastro de Sophia. Ni Nora. Ni Kristen. Nada de personal.

Solo la familia.

Esto es una emboscada disfrazada de desayuno.

—Buongiorno, tesoro. La sonrisa de Mamma es cálida, pero sus ojos analizan mi atuendo —vaqueros y un jersey de talla grande— con una ligera decepción—. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco. Cruzo hacia el aparador y me sirvo café, tomándome mi tiempo. Que esperen. Está claro que han estado discutiendo mi futuro sin mí, así que pueden sufrir treinta segundos de silencio mientras añado la crema.

—Vittoria. La voz de Pietro tiene ese peso particular. La voz del Don. Siéntate.

Ocupo la silla vacía entre Lorenzo y Mamma, rodeando la taza caliente con las manos. Supongo que esto no tiene que ver con mis protocolos de seguridad.

—Tenemos que discutir tus opciones —dice Pietro.

Opciones. Qué mono.

He ahí la cuestión de nacer en esta familia. No puedes permitirte fingir que la jaula no existe. Me di cuenta de eso alrededor de los doce años, cuando comprendí que mi fondo fiduciario podía comprar un país pequeño pero que yo no podía ir caminando a la tienda de la esquina sin un guardia. Esta vida conlleva jets privados, armarios de diseñador y el tipo de libertad que el dinero compra. He viajado por el mundo con Mamma, he ido de compras por Milán, he programado en cafés parisinos con Elio acechando a tres mesas de distancia.

Me *gusta* mi vida. Los recursos. El acceso. El hecho de que mi «pasatiempo caro» de construir sistemas de seguridad se financie sin rechistar.

Lo que no me gusta es esto. Las tradiciones. Los matrimonios concertados como fusiones empresariales. La expectativa de que sonría y acepte a quien hayan elegido porque eso es lo que hacen las mujeres Sartori.

Esta mujer Sartori, no.

—Antes de que sigas —digo, dejando la taza sobre la mesa—, tengo condiciones.

Bruno resopla— Condiciones. Ella tiene *condiciones.*

—Sí, Bruno —sostengo su mirada sin inmutarme—. Las tengo. ¿Quieres oírlas o debería irme y dejar que todos decidáis mi vida sin mí? ¿Otra vez?

—Deja que hable. La voz de Lorenzo es suave pero firme.

Tomo aire. Quiero conocer a cualquier candidato personalmente. Una cena, en un lugar público, en la ubicación que yo elija. Quiero poder de veto: si digo que no, es que no. Y quiero un compromiso mínimo de tres meses antes de cualquier boda. No negociable.

Mamma se aferra a sus perlas como si hubiera sugerido que empezáramos a adorar a Satanás. ¿Tres *meses*? Vittoria, eso es...

—Razonable —la interrumpe Pietro. Sus ojos oscuros me estudian—. Está bien. Los conocerás a los dos.

A los dos.

Se me encoge el estómago. ¿A los dos?

—James Rogers fue el primero en contactar con nosotros. —Pietro desliza una carpeta por la mesa—. Su familia se dedica a los automóviles de lujo. Quince concesionarios por todo el país. No pertenecen a la vida, pero quieren la protección que nuestro nombre proporciona.

Abro la carpeta. James Rogers me devuelve la mirada desde una foto satinada: rubio, pulcro, el tipo de guapo que parece fabricado. Lo conocí en una gala benéfica hace tres años. Cenamos una vez. Se pasó toda la comida hablando de su colección de coches.

—¿Y el segundo?

La mandíbula de Pietro se tensa de forma casi imperceptible—. Los Baganov hicieron una oferta ayer.

El café se me vuelve ácido en la garganta.

Dmitri.

—Ni hablar —la silla de ruedas de Bruno chirría contra el mármol mientras se inclina hacia delante—. Es *ruso*, Pietro. Eso no se hace.

—Los tiempos cambian —dice Pietro con calma.

—La tradición existe por una razón —los nudillos de Bruno se vuelven blancos sobre los reposabrazos—. Nuestro abuelo se revolvería en su tumba. La Bratva son animales. No se rigen por nuestras reglas, nuestro código...

—Su red de distribución cubre todo el Medio Oeste —interviene Nico, sin levantar la vista de su tableta—. Y sus conexiones políticas son más profundas que las nuestras. Estratégicamente, es sensato.

—Me importa un bledo la *estrategia* —Bruno eleva la voz—. Se trata de nuestra hermana. Nuestra *sangre*. ¿Y quieres entregársela a algún matón ruso que probablemente tenga una cámara de tortura en su sótano?

En realidad, estoy bastante segura de que es una habitación privada sobre un club nocturno, pero es cuestión de semántica.

—Dmitri Baganov es el heredero de la Bratva de Chicago —dice Pietro—. Tiene estudios, contactos, y su padre se está muriendo. En

seis meses, quizá menos, será el pakhan. Ese tipo de alianza...

—Es un insulto a todo lo que representa nuestra familia.

Los hermanos se miran fijamente. Hace dos años, Bruno habría estado sentado donde está Pietro. Él habría tomado estas decisiones. Ahora está atrapado al final de la mesa, luchando por tener relevancia en un mundo que siguió adelante sin él.

Casi siento lástima por él.

Casi.

—¿Qué piensa Vittoria? —pregunta Lorenzo en voz baja.

Todas las cabezas se giran hacia mí.

Pienso en cómo lo orquestó todo para acercarse a mí. Cómo me ha estado vigilando. Cómo probablemente sabía de esta conversación sobre el matrimonio antes que yo.

Bastardo manipulador.

Bastardo manipulador devastadoramente atractivo.

—Me reuniré con ambos —digo con cautela—. Empezando por Rogers.

Los hombros de Bruno se relajan ligeramente.

—La opción más segura —murmura Mamma con aprobación.

Pietro entorna los ojos, pero asiente—. Organizaré una cena para este fin de semana.

Cojo mi café y doy un sorbo largo, ocultando cualquier expresión que mi rostro intente formar.

Segura. Ya.

Porque nada en esta situación me parece seguro. Ni James Rogers con sus concesionarios de coches, ni el heredero de la Bratva que me besó como si estuviera marcando su territorio.

Y definitivamente no la forma en que se me acelera el pulso cada vez que pienso en unos ojos grises claros y en el retumbar grave de la voz de Dmitri Baganov.

Amanda se repantiga en mi cama como si fuera suya. Está a mitad de una frase sobre un tipo de su equipo de marketing que, al parecer, cree que enviar memes cuenta como ligar.

—...y entonces me envió un *gato cayéndose de una mesa*, V. Un gato. Cayéndose. De una mesa. —Lanza las manos al aire—. ¿Qué se supone que debo hacer con eso? ¿Responder con un emoji de risa como una milénica desesperada?

Suelto un bufido, encogiendo las piernas bajo mi cuerpo en el asiento de la ventana—. Tú *eres* milénica.

—En realidad, soy Generación Z. Me niego a reivindicar a la generación de la tostada de aguacate.

—Ayer mismo pediste una tostada de aguacate.

—Eso es diferente. Eso era un *brunch*. —Se tumba boca abajo, apoyando la barbilla en los puños—. El brunch no cuenta. Todo el mundo sabe que el brunch existe fuera de las reglas normales de la comida.

Dios, cuánto he echado de menos esto.

Lo que pasa con Amanda es que es *lista*. En plan, de dar miedo. Se graduó summa cum laude con una doble licenciatura en marketing y psicología, actualmente dirige campañas para una marca de moda de lujo y puede calcular porcentajes de propina más rápido de lo que yo puedo hackear un cortafuegos. La gente ve el pelo rubio y el maquillaje perfecto y asume que es puro envoltorio.

Craso error.

—Entonces —dice, mirándome con esa cara. La que significa que está a punto de hurgar—. Tu madre está aquí.

—Sí.

—Y quiere que te cases.

—También sí.

—Con alguien que ella elija.

Cojo un cojín y lo estrecho contra mi pecho—. La tradición perdura.

Amanda se incorpora, cruzando las piernas debajo de ella.

—Vale, pero... —hace un gesto vago—. Estamos en el siglo veintiuno. Puedes decir que no.

¿Puedo?

—Es complicado —digo.

—Es *arcaico*. —Alarga la mano hacia el vino que abrimos antes, rellenando su copa—. No eres ninguna princesa medieval que está siendo intercambiada por una alianza política.

La ironía escuece. Soy *exactamente* eso.

—Tengo mis condiciones —añado—. Poder de veto. Compromiso mínimo de tres meses. Tengo que conocerlos primero.

—¿A *ellos*? ¿En plural?

Mierda.

Amanda abre mucho los ojos. —Victoria Maria Sartori, ¿me estás diciendo que hay *varios* pretendientes? ¿En plan, pretendientes de verdad? ¿Compitiendo por tu mano?

—No lo digas así.

—¿Cómo? ¿Como si fuera lo más dramático que he oído en mi vida? —deja su copa con un *clinc* decisivo—. Esto es una locura. Esto es *increíble*. Esto es literalmente una novela romántica de la Regencia, pero con comida italiana y mejor ropa.

—No es romántico.

—Es *extremadamente* romántico. ¿Quiénes son? Espera... —levanta una mano—. Déjame adivinar. ¿Algún soso de las finanzas con un fondo fiduciario y un trastorno de personalidad?

—James Rogers. Su familia se dedica a los coches de lujo.

—Lo sabía. ¿Y el otro?

Se me encoge el estómago. El rostro de Dmitri cruza veloz mi mente: esos ojos pálidos, esa mueca de suficiencia, su mano en mi mandíbula en su despacho.

—Esto no ha terminado.

—Alguien más —digo con cautela—. Ruso.

Amanda arquea las cejas. —¿Ruso? ¿En plan, ruso *ruso*? ¿Ruso de la Bratva?

—Es el del club —admito—. El que...

—¡MADRE MÍA! —Amanda casi salta de la cama—. ¿El tío alto, moreno y desaparecido? ¿Con el que te escapaste y luego te negaste a contarme nada durante un *mes* entero?

—No me negué...

—No me soltaste *prenda*, V. ¡Nada! Pensé que tal vez por fin habías echado un polvo y estabas siendo modesta al respecto, ¿pero esto? —me coge las manos—. Esto es mucho mejor. Te está *cortejando*. En plan, formalmente. Con intenciones de matrimonio.

—No es...

—Es *exactamente* eso —aprieta el agarre—. ¿Te gusta?

Oh…

¿Me gusta Dmitri Baganov?

Me gusta cómo me mira. Me gusta que no me tratara como si fuera de cristal cuando nos besamos, que no me manejara como a la preciosa princesa Sartori que todos los demás ven. Me gusta su franqueza, su negativa a andarse con juegos.

Odio que me guste nada de eso.

—Es peligroso —digo finalmente.

La sonrisa de Amanda se vuelve cómplice. —Eso no es un no.

—Debería serlo.

—Pero no lo es —me aprieta las manos una vez más antes de soltarlas—. Muy bien. Hora de la peli. Vamos a ver algo con un interés romántico buenorro y de moral cuestionable, y vas a contármelo todo sobre ese ruso tuyo.

—No es *mi*...

—Claro, nena —ya está echando mano del mando—. Lo que te ayude a dormir por las noches.

La observo poner algo en el servicio de streaming, su perfil iluminado por el resplandor de la pantalla.

¿Pero de verdad me gusta?



Dmitri

El mensaje de texto llega a las 11:47 p. m.

Estoy en mi despacho en Nexus, revisando informes de distribución que no significan nada para mí en este momento. Mi mente no deja de volver a la misma mujer de pelo oscuro que ocupa cada uno de mis pensamientos.

Yuri: *Sábado. 20:00 h. Vittoria Sartori. James Rogers. Cena en Marchetti's.*

Leo el mensaje tres veces. Cada vez, mi agarre en el teléfono se tensa hasta que la funda cruje.

Marchetti's. El restaurante italiano de lujo en Michigan Avenue donde Rogers probablemente cree que puede impresionarla con vino carísimo y una conversación mediocre.

Me sirvo un vodka. Yuri llama treinta segundos después. Respondo sin saludar.

—¿Qué fiabilidad tiene esta información?

—Total —la voz de Yuri transmite esa satisfacción particular que siente cuando sus planes salen a la perfección—. Megan lo confirmó ella misma. Escuchó cómo se hacían los preparativos esta tarde.

Megan. La novia estadounidense de Yuri que, por una coincidencia asombrosa, consiguió un puesto en la casa Sartori hace tres meses.

La verdad es mucho menos romántica que una coincidencia.

Yuri la vio en una cafetería cerca del recinto de los Sartori hace seis meses. Joven, ambiciosa, desesperada por hacer contactos en los círculos de la élite de Chicago. Ella no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo cuando el encantador ruso del reloj caro empezó a flirtear con ella.

La cortejó como es debido. Cenas, flores, toda la actuación. Para cuando ella estaba profundamente enamorada de él, él ya la había posicionado para solicitar la vacante de trabajo en casa de los Sartori. Ella cree que está ayudando a su novio con inteligencia empresarial inofensiva.

No tiene ni idea de que es una espía.

—¿Qué más oyó? —pregunto.

—Al parecer, Vittoria aceptó sin rechistar.

Sin rechistar.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes.

—La madre está presionando mucho para esta unión —continúa Yuri—. Megan dice que Aria Sartori lleva planeando los colores de la boda desde que llegó la propuesta.

Me bebo el vodka de un trago y me sirvo otro. —Rogers no tiene territorio. Ni soldados. Su familia vende coches.

—Su familia tiene contactos en círculos de negocios legítimos a los que los Sartori quieren acceder. Donantes políticos. Promotores inmobiliarios —el tono de Yuri es prudente—. Lo ven como alguien seguro.

Seguro.

Creen que ella necesita seguridad. Un empresario insulso que le dará una vida insulsa en una mansión insulsa en algún lugar lejos de la sangre y las balas que construyeron el imperio de su familia.

No ven lo que yo veo.

Vittoria Sartori no quiere seguridad.

Quiere arder.

—¿Cuál es la agenda de Rogers para esta semana? —pregunto.

—Estoy en ello. Megan solo puede acceder directamente a la información de los Sartori. Pero tengo otras fuentes rastreándolo.

Dejo el vaso. —Quiero saber a todas partes adonde vaya. A todos los que conozca. A cada mujer a la que mire dos veces.

—¿Crees que está sucio?

—Todo el mundo está sucio, Yuri. Solo tenemos que encontrar la mancha adecuada.

Cuelgo y me sirvo otro vodka.

¿Por qué iba a aceptar?

Dejo el vaso con la fuerza suficiente para agrietar la base. La pregunta sigue dando vueltas, como un buitre sobre la carroña.

James Rogers.

Lo recuerdo de la gala. La forma en que acorraló a Vittoria cerca de la mesa del champán, con la mano envuelta alrededor de su brazo como si fuera de su propiedad. Ella se había apartado. Dijo que no.

Esa fue la noche en que le besé la mano. La noche en que huyó de mí como si yo fuera el peligroso.

¿Pero Rogers? ¿Con Rogers va a quedar para cenar?

Hay algo que no cuadra.

A menos que esté ganando tiempo.

Aceptó porque negarse significaría perder el control por completo. Su familia elegiría por ella. Al menos así puede fingir que tiene opciones.

Cree que tiene opciones.

No hay forma de que aceptara casarse con Rogers. No voluntariamente.

Por supuesto, tampoco hay forma de que aceptara casarse conmigo.

Lo sé.

Irrelevante. Se casará conmigo tarde o temprano. Solo que aún no lo sabe.

¿Verdad?

La duda me sabe a ceniza.

Mi teléfono está sobre el escritorio. Me quedo mirándolo, sopesando opciones que nunca antes me había planteado.

Dmitri Baganov no persigue a las mujeres. Las mujeres vienen a mí, atraídas por el poder, el dinero y el peligro que creen comprender. Nunca he tenido que cortejar. Nunca he tenido que demostrar nada.

Vittoria hace que quiera demostrarlo todo.

Antes de poder echarme atrás, cojo el teléfono. Su número lleva meses guardado.

Nunca lo he usado.

Mi pulgar se cierne sobre la pantalla.

Esto es una estupidez. Una temeridad. El tipo de decisión impulsiva que mi padre me habría quitado a golpes si aún tuviera fuerzas.

Aun así, escribo.

En Marchetti's sirven pasta pasada y vino aguado. Te mereces algo mejor.

Le doy a enviar antes de poder borrarlo.

El mensaje se queda ahí, entregado, burlándose de mí.

Aparecen tres puntos.

Desaparecen.

Aparecen de nuevo.

Estoy observando tres puntos como un adolescente que espera a que su ligue le conteste.

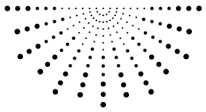
Patético.

Los puntos se desvanecen.

Pasa un minuto. Dos.

Mi teléfono vibra.

CAPÍTULO DIEZ



VITTORIA

Mi pulgar se cierne sobre la pantalla.

¿Quién es?

Pero ya lo sé. Lo he sabido en cuanto he visto *Marchetti's* en ese mensaje. Lo he sabido en mis huesos, en la forma en que mi pulso se ha disparado como un caballo asustado. Solo hay una persona lo suficientemente arrogante como para enviarme mensajes con opiniones no solicitadas sobre mis planes de cena.

La verdadera pregunta no es *quién*.

Es *cómo*.

¿Cómo sabe Dmitri Baganov dónde voy a cenar el sábado? ¿Cómo sabe lo de James Rogers? ¿Cómo ha conseguido mi número, para empezar?

Repaso mis protocolos de seguridad en la cabeza, analizando posibilidades como si fuera código. ¿Teléfono pirateado? Improbable; yo misma creé mi propio cifrado. ¿Alguien de la casa? Posible, pero ¿quién nos traicionaría ante la Bratva? ¿Vigilancia sobre Rogers? Más probable, pero eso sigue sin explicar...

Me está acosando.

El pensamiento aterriza con un golpe seco.

Es la única respuesta que tiene sentido. Me ha estado observando. Siguiéndome. Probablemente desde aquella noche en el Nexus, quizá desde antes. La forma en que se presentó en el despacho de Pietro, la forma en que orquestó esas sesiones de entrenamiento, la forma en que siempre parece saber exactamente dónde estoy y qué estoy haciendo.

Dmitri Baganov me ha estado acosando.

Debería estar aterrorizada. Debería estar corriendo hacia Pietro ahora mismo, teléfono en mano, exigiendo protección frente al psicópata ruso que, al parecer, me ha convertido en su proyecto personal de vigilancia.

En cambio, algo cálido y peligroso se enrosca en lo bajo de mi vientre.

¿Me pasa algo malo?

Pulso enviar.

¿Quién es?

Aparecen tres puntos de inmediato. Me estaba esperando.

No tienes permitido ir a cenar con otro.

Me quedo mirando la pantalla.

Y entonces empiezo a reír.

Una carcajada sonora, de esas que te hacen doler el estómago, que hace que Amanda levante la vista de su teléfono con las cejas arqueadas.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —le hago un gesto para que no le dé importancia, aún temblando—. Solo... nada.

Esto es de *locos*. Este hombre —este absoluto lunático— me acaba de decir que *no tengo permitido* cenar con otra persona. Como si él tuviera voz ni voto. Como si fuera de su propiedad. Como si fuéramos algo más que dos personas que compartieron un beso poco aconsejable en un club hace un mes.

Qué audacia. Qué *audacia* tan desquiciada.

Le respondo, con los dedos volando.

Lo que no está permitido es que me propongas matrimonio sin mi consentimiento. No te metas donde no te llaman, Baganov.

Enviar.

Su respuesta llega rápido.

Sabías que era yo.

Hago una pausa.

Quizá es hora de dejar de fingir que no me deseas, princesa.

Ese apelativo no debería provocarme nada. Es condescendiente. Aun así, noto que me arde la piel.

Traidor, le recrimino a mi propio cuerpo.

Ni siquiera te conozco.

Es verdad. Es algo total y objetivamente cierto. Conozco su nombre, su posición, su reputación. Sé que tiene unos ojos preciosos y una sonrisa fría y unas manos que sentí como fuego en mi cintura.

Pero no lo *conozco*.

Su respuesta hace que se me corte la respiración.

Para alguien que afirma no conocerme, has llegado más cerca que la mayoría.

Frunzo el ceño a la pantalla.

¿Qué se supone que significa eso?

Dejaste que mi lengua entrara en tu boca, Vittoria. Gemiste contra mis labios como si estuvieras lista para que te follara allí mismo. No me digas que no me conoces cuando sabes perfectamente a qué sabré.

El calor me inunda la cara.

Mis muslos se aprietan involuntariamente.

Maldito sea.

—Vale, te estás sonrojando —dice Amanda, incorporándose—. ¿Con quién te estás mensajeando?

—Con nadie.

—Mentirosa —intenta cogerme el teléfono.

Lo aparto de un tirón, apretándolo contra mi pecho como un escudo. —Amanda. Déjalo ya.

Me observa durante un largo rato, entornando los ojos. Entonces su rostro se ilumina con una sonrisa de oreja a oreja—. Dios mío. Es un *tío*.

—No es...

—¡Es totalmente un tío! ¿Es Rogers? ¿Te ha enviado un mensaje antes de vuestra cita? En realidad, eso es hasta tierno, de una forma desesperada...

—No es Rogers. —Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía.

La sonrisa de Amanda se desvanece y se vuelve algo más serio —. ¿Entonces quién?

Miro mi teléfono. Las palabras que aún brillan en la pantalla.

Sabes perfectamente a qué sabré.

—Nadie importante —miento.

No me cree. Lo veo en su cara. Pero es mi mejor amiga y sabe cuándo presionar y cuándo dejar las cosas estar.

Este es un momento para dejarlo estar.

—Vale —se recuesta de nuevo contra mis almohadas—. Guárdate tus secretos, Tori. Pero cuando esto te estalle en la cara —y lo hará —, quiero todos los detalles.

—No va a estallar nada.

—Ya, ya.

Vuelvo a mirar mi teléfono. Mis dedos se ciernen sobre el teclado.

Debería cortar esto. Debería bloquear su número, contarle a Pietro lo del acoso y no volver a pensar en Dmitri Baganov jamás. Esa es la opción inteligente. La opción segura.

Pero ¿cuándo he ido yo sobre seguro?

Un beso no significa que te desee.

Su respuesta es inmediata.

Sigue diciéndote eso, princesa. Nos vemos el sábado.

Frunzo el ceño.

He quedado para cenar con Rogers el sábado.

Lo sé.

Tres puntos. Luego:

Que aproveche. Estaré mirando.

Suspiro.

Me sale una exhalación más pesada de lo que pretendía.

Amanda levanta la cabeza de golpe.

—Vale, se acabó. —Tira su teléfono a un lado—. Llevas diez minutos suspirando, sonrojándote y actuando raro. Escupe.

—No es nada.

—Vittoria Maria Sartori.

El nombre completo otra vez. Está sacando la artillería pesada.

Miro mi teléfono. La conversación que aún brilla en la pantalla. Las palabras *Estaré mirando* que deberían aterrorizarme pero que, en cambio, hacen que se me revuelva el estómago de una forma que me niego a analizar.

Necesito hablar con alguien de esto.

No con Pietro; él empezaría una guerra. No con Lorenzo; se preocuparía hasta enfermar. No con Nico; entraría en modo cálculo frío y probablemente haría que asesinaran a Dmitri antes de que amaneciera.

¿Pero Amanda? Amanda es segura. Amanda es normal. Amanda no conoce la diferencia entre un capo y un consigliere, y eso es exactamente lo que necesito ahora mismo.

Alguien fuera de este mundo que me diga que no estoy completamente loca.

—Está bien. —Le tiendo el teléfono—. Pero tienes que prometerme que no vas a gritar.

Lo agarra antes de que pueda arrepentirme.

Sus ojos recorren la pantalla.

—Me cago en la *puta*.

Y entonces suelta un grito.

—¡AMANDA!

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —No lo siente en absoluto. Tiene los ojos muy abiertos, la boca abierta y se desplaza por la conversación como si contuviera los secretos del universo—. Dios mío. *Por Dios*. «¿Sabes perfectamente a qué sabré?». Vittoria, pero ¿qué...?

—Lo sé.

—«¿Estaré mirando?». Eso es...

—Psicótico. Lo sé.

—Iba a decir *sexi de cojones*, pero vale, aceptamos psicótico.

Me la quedo mirando. —Amanda. Me está acosando, literalmente.

—Ya, pero como que... —Señala vagamente la pantalla—. ¿De una forma sexi?

—¡No existe una forma sexi de acosar a alguien!

—Díselo a todas las novelas románticas que me he leído. —Vuelve a deslizar el dedo y luego se detiene—. Espera. ¿Quién es este?

Tomo aire—. Se llama Dmitri. Dmitri Baganov.

Amanda se queda muy quieta.

Entonces su rostro se ensancha en la sonrisa más grande que le he visto nunca.

—¿El que está BUENÍSIMO? ¿El alto, moreno y ruso? ¿Ese con el que *desapareciste* y luego te negaste a contarme nada?

—No desaparecí con él. Yo solo...

—Desapareciste con él totalmente. Te fuiste como veinte minutos y volviste con el pintalabios corrido y una cara como si acabaras de...

—Amanda.

—...tener el mejor beso de toda tu vida, el cual, basándome en estos mensajes, supongo que *tuviste*.

Cojo una almohada y me la aprieto contra la cara—. Te odio.

—No, no me odias. —Me quita la almohada de un tirón—. Vale, déjame ver a este tío. Porque, por lo que recuerdo de él, era como... devastadoramente atractivo. Pero estaba oscuro, y yo llevaba mucho champán encima, así que a lo mejor lo recuerdo mal.

—No lo recuerdas mal.

—¿Entonces por qué actúas como si esto fuera un problema?

—¿Porque es un *psicópata acosador*?

Amanda me ignora. Ya está tecleando en su propio teléfono, con los dedos volando por la pantalla—. Dmitri Baganov... Baganov... ah. Oh, *vaya*.

Gira la pantalla hacia mí.

Es una foto de algún evento social. Dmitri con un traje negro. No está sonriendo. Parece que está contemplando el asesinato de quienquiera que esté detrás de la cámara.

Tiene un aspecto demoledor.

—Dime otra vez por qué esto es un problema —dice Amanda.

—Esa foto no muestra su personalidad.

—¿Su personalidad en la que dice que te estará *mirando*? ¿Esa personalidad?

—¡Sí!

—Cariño. —Encuentra otra foto. Esta es más natural. Dmitri bajando de un coche negro, con gafas de sol y una mandíbula tan afilada que podría cortar cristal—. Creo que has perdido la puta memoria. Míralo. *Míralo*.

Miro.

He estado intentando no hacerlo. Intentando centrarme en las señales de alarma, en las advertencias, en el hecho de que es evidente que me ha estado vigilando durante semanas. Pero al mirarlo ahora, con esos hombros anchos, esa elegancia peligrosa y esa forma de moverse como si fuera el dueño de cada habitación en la que entra...

Sabes perfectamente a qué sabe mi boca.

Me arde la cara.

—¿Ves? —dice Amanda triunfante—. Te has vuelto a sonrojar.

—No estoy...

—Vaya que si lo estás. —Pasa a otra foto—. Y esta. Dios, mira qué *manos* tiene. Son unas manos de «te voy a arruinar la vida pero me darás las gracias por ello».

—Estás siendo ridícula.

—Estoy siendo realista. Este hombre —me sacude el móvil delante— está literalmente obsesionado contigo. Te escribe sobre tus planes para cenar. Te dice que *no tienes permiso* para ver a otros. Es un comportamiento desquiciado, sí, ¿pero también un poco romántico?

—No es romántico. Es aterrador.

—¿De verdad lo es? —Amanda inclina la cabeza—. Porque no has bloqueado su número. No se lo has dicho a tus hermanos. Estás aquí sentada respondiéndole a los mensajes en vez de llamar a la policía... No es que la policía sirva de mucho con temas de la mafia, pero ya me entiendes.

Abro la boca.

La cierro.

Tiene razón. Una razón terrible y desesperante.

Si de verdad pensara que Dmitri es una amenaza, se lo habría dicho a Pietro de inmediato. Habría bloqueado su número,

denunciado su vigilancia, exigido protección. Eso es lo que haría una persona inteligente.

En lugar de eso, estoy escondida en mi dormitorio, respondiéndole a los mensajes y enseñándole la conversación a mi mejor amiga como si fuera un *cotilleo*.

¿Qué dice eso de mí?

—No me interesa —digo, pero suena poco convincente incluso para mis propios oídos.

Amanda se limita a sonreír. —Claro, cielo. Lo que tú digas.

Me devuelve el teléfono.

El último mensaje de Dmitri me devuelve la mirada.

Estaré observando.

Y alguna parte de mí, rota y temeraria, *quiere* que lo haga.



Dmitri

La casa de campo se asienta sobre las dieciséis hectáreas de terreno que mi abuelo compró cuando llegó por primera vez a América. Por aquel entonces, no era más que una granja y un sueño. Ahora, es una propiedad inmensa con una casa principal, dependencias para invitados y suficiente seguridad como para rivalizar con una pequeña base militar.

Cruzo las puertas de hierro con el coche, saludando con la cabeza a Viktor, que custodia la garita de seguridad.

Debería estar centrado en James Rogers. En encontrar la mierda que lo hundirá antes del sábado. En lugar de eso, estoy aquí, conduciendo a una hora de Chicago porque Karolina ha llamado.

Mi hermana nunca llama.

La casa principal aparece entre los árboles, con su fachada de piedra suavizada por el jardín de mi madre, el que Karolina cuida

con devoción religiosa, incluso después de la muerte de nuestra madre.

Aparco junto a la camioneta de Vladimir y apago el motor. Me quedo un momento sentado en silencio, observando la luz del final de la tarde filtrarse a través de los robles. La moto de Aleksander está apoyada contra el garaje. El sedán de Oleg está aparcado cerca de la casa de invitados.

Están todos aquí.

Eso no puede ser bueno.

Dentro, la casa huele a borscht y pan recién hecho. Cosa de Karolina. Es la única que cocina las recetas antiguas, las que nuestra madre enseñó al servicio antes de morir dando a luz a Natalia.

—Dmitri. —Vladimir aparece en el pasillo, con un vaso de vodka ya en la mano. A los treinta y seis años, ha ganado cuerpo respecto al chico larguirucho que solía ser. Mismos ojos pálidos que yo, mismo pelo oscuro, pero con rasgos más suaves.

—¿Qué está pasando? —pregunto, aceptando el vaso que me sirve.

—Karolina ha encontrado algo en el desván.

Se me encoge el estómago. —¿Qué clase de algo?

—Los diarios de nuestra madre.

Joder.

Me bebo el vodka de un trago. El ardor no hace nada para prepararme para lo que viene.

Encontramos a los demás en la biblioteca. Aleksander está repanchingado en el sofá de cuero; Karolina, su gemela, está sentada en el reposabrazos a su lado. A sus veintisiete años, todavía se mueven al unísono, terminan las frases el uno del otro. Oleg está junto a la ventana; su cuello clerical destaca blanco sobre su camisa negra. Y Natalia...

Natalia está sentada en el sillón de nuestro padre, con un diario encuadernado en cuero abierto en el regazo.

Tiene veinte años.

—No deberías leer eso —le digo, con la voz más dura de lo que pretendo.

Natalia me mira a los ojos. —¿Por qué? ¿Porque podría decirme la verdad sobre cómo murió ella?

—Sabes cómo murió.

—Conozco la versión de la familia. —Sus dedos recorren la tinta desvaída de la página—. No sabía que el médico les advirtió. A los dos. Que otro embarazo después de los gemelos podría matarla.

El silencio en la habitación se vuelve denso.

Karolina se limpia los ojos. —Dmitri, nunca hemos hablado de esto. No de verdad. Papá mató a ese médico, y todos nosotros simplemente...

—Lo aceptamos —concluye Aleksander—. Como buenos pequeños Baganov.

Me acerco al mueble bar y me sirvo otro vodka. —¿Qué queréis que diga? Padre tomó una decisión. El médico pagó el precio.

—El médico no merecía morir. —La voz de Oleg conlleva el peso de su vocación—. Nos criaron para herir solo a las personas que lo merecieran. Padre rompió su propio código.

—Padre estaba de duelo.

—Padre estaba *equivocado*.

Me giro hacia él bruscamente. —¿Y qué? ¿Quieres que resucite a los muertos? ¿Que pida perdón a su familia? El hombre lleva veinte años bajo tierra.

—Quiero que lo *reconozcamos* —dice Natalia en voz baja—. Quiero dejar de fingir que yo maté a nuestra madre.

Las palabras me golpean como una bala en el pecho.

—Tú no...

—Cinco hermanos. —Se le quiebra la voz—. Cinco hermanos que la describen como un ángel. Que encienden velas en su cumpleaños. Que me miran y ven la razón por la que ella ya no está aquí. —Cierra el diario—. No soy tonta, Dmitri. Veo cómo me mira Padre. Cómo me ha mirado siempre. Como si yo fuera el precio que pagó por su propia temeridad.

Cruzo la habitación y me acuclillo frente a su sillón. Mis manos buscan las suyas, ásperas contra la delicadeza.

—Escúchame. —Espero hasta que sus ojos se encuentran con los míos—. Nuestra madre y nuestro padre tomaron una decisión. Se les

advirtió, y ellos eligieron intentarlo de todos modos. La culpa es de *ellos*. No tuya. Nunca tuya.

—¿Entonces por qué se siente como un castigo?

—Porque Padre necesitaba a alguien a quien culpar. El médico fue conveniente. Tú eras permanente. —Le aprieto los dedos—. Pero tú no eres responsable de sus decisiones. ¿Me oyes?

Las lágrimas surcan sus mejillas. —Te oigo.

Me levanto, de cara a mis hermanos.

Esta es mi familia. Rota, complicada, unida por la sangre y los secretos.

—No hablamos de esto lo suficiente —dice Karolina—. Sobre ella. Sobre lo que hizo Padre.

—No hay nada que discutir. —Me termino la copa—. Padre tomó una decisión. Vivimos con las consecuencias. Eso es lo que significa ser un Baganov.

—Eso es lo que significa ser *sus hijos* —corrige Aleksander—. No tiene por qué ser lo que dejemos en herencia.

Natalia se limpia la cara con el dorso de la mano y yo me quedo ahí parado como un idiota.

Debería decir algo. Algo que la hiciera sentir mejor.

Pero las palabras que se forman en mi cabeza no son las adecuadas. Datos. Soluciones a problemas que no pueden resolverse con estrategia.

Tú no eres responsable de sus decisiones.

Cierto. También completamente inútil.

Lo que Natalia necesita es que alguien la abrace. Alguien que se siente a su lado y la deje llorar. Alguien que sepa estar *presente* sin intentar arreglarlo todo.

Ese no soy yo.

Nunca he sido yo.

Karolina se acerca al sillón y rodea a Natalia con sus brazos. La mano de Aleksander busca el hombro de su gemela. Incluso Oleg cruza desde la ventana para acercarse, aportando un consuelo silencioso con su presencia.

Me quedo donde estoy. A un metro de distancia. Lo bastante cerca para ver las lágrimas de Natalia, lo bastante lejos para ser un

inútil.

Es lo que hago. Expongo hechos. Identifico problemas. Elimino amenazas.

La gente no quiere hechos. Quiere a alguien que esté a su lado, que comparta el peso de su dolor sin intentar cargarlo por ellos.

No soy capaz de eso.

Nunca lo he sido.

El móvil me vibra en el bolsillo. Igor con novedades sobre Rogers, probablemente. Información que puedo usar. Un problema que sí puedo resolver.

Pero no lo cojo.

En lugar de eso, observo cómo mis hermanos se consuelan unos a otros e intento buscar otra manera. Una manera distinta. Porque ofrecer consuelo con palabras no es algo que pueda dar, pero puedo dar *algo*.

—Natalia.

Ella levanta la vista, con los ojos enrojecidos.

—Los establos. —Me aclaro la garganta—. La yegua de nuestro padre tuvo un potro el mes pasado. Aún no lo has visto.

Ella frunce el ceño. —¿Quieres que vaya a ver un caballo? ¿Ahora?

—Quiero que salgas de esta habitación. —Señalo los diarios esparcidos por la mesa de centro—. Lejos de todo esto. Aire puro. Es una potra. Castaña con una mancha blanca en la frente.

Los ojos de Karolina se encuentran con los míos por encima de la cabeza de Natalia. Un destello de comprensión asoma en ellos.

—En realidad —dice Karolina—, me parece un plan perfecto. A todos nos vendría bien que nos diera el aire.

Natalia duda. —No lo sé...

—Aún no tiene nombre —añado—. Padre quería que lo eligieras tú.

Es mentira. Padre nunca dijo tal cosa. Pero es la mentira adecuada.

La expresión de Natalia cambia. Algo parecido a la esperanza se abre paso a través del dolor.

—¿De verdad?

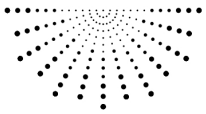
—De verdad.

Se levanta, dejando el diario a un lado. —De acuerdo. Vamos a ver a esa potra.

Salimos de la biblioteca, pasando por la cocina donde el borscht sigue hirviendo a fuego lento, y salimos por la puerta trasera hacia los establos.

Me quedo rezagado, dejando que los demás se adelanten.

CAPÍTULO ONCE



VITTORIA

Llaman a mi puerta a las ocho de la mañana. Un sábado.

Suelto un gruñido contra la almohada, contemplando seriamente cometer un asesinato. Más le vale a quienquiera que esté interrumpiendo mi único día para dormir hasta tarde que tenga una razón excelente o deseos de morir.

—Vittoria. —La voz de Pietro atraviesa la madera—. Tenemos que hablar.

Fantástico.

Me arrastro fuera de la cama.

Cuando abro la puerta, Pietro está allí plantado con un traje impecable, ya arreglado como si llevara horas despierto. Conociéndolo, es probable que así sea.

—¿Esto no podía esperar hasta el mediodía? —pregunto, haciéndome a un lado para dejarle pasar.

Él no se sienta. Nunca es buena señal. En su lugar, se cruza de brazos y me mira con esa expresión que he aprendido a reconocer; esa que dice que está a punto de darme una noticia que no me va a gustar.

—James Rogers ha cancelado.

Parpadeo. Proceso la información. Entonces, algo se libera en mi pecho que ni siquiera sabía que estaba tenso.

Gracias a Dios.

—Vaya. —Mantengo la voz neutral—. Eso es... una lástima.

Pietro entorna los ojos. Me conoce demasiado bien. —Estás aliviada.

—Estoy preocupada —corrijo, acercándome a la silla de mi escritorio para poner distancia—. ¿Qué era tan importante como para cancelar una cena con la familia Sartori?

—Una emergencia empresarial. Algo sobre un problema con un cargamento en uno de sus concesionarios. —Pietro agita la mano restándole importancia—. No importa. La cuestión es que estás libre esta noche.

La forma en que dice *libre* hace que se me encoja el estómago.

—Pietro...

—Dmitri Baganov está disponible.

Suelto una carcajada. El sonido sale más cortante de lo que pretendía. —No.

—Vittoria...

—Podemos esperar a que James proponga otra fecha. —Me cruzo de brazos, imitando su postura—. No hay ninguna prisa.

Pietro tensa la mandíbula. —Tendrás que conocer a Baganov tarde o temprano. ¿Por qué no aprovechar el día que ya tenías planeado para evaluar a un posible marido?

—Porque... —Me detengo antes de decir algo de lo que no pueda retractarme.

—¿Porque qué?

Niego con la cabeza, intentando un enfoque distinto. —¿Te estás oyendo? «Aprovechar el día que ya tenías planeado para evaluar a un posible marido». Como si estuviera comprando muebles.

—Odio esto —admite—. ¿Crees que no sé cómo suena?

—Entonces no me obligues a hacerlo.

—No puedo. —Se pasa una mano por el pelo, revelando una rara grieta en su compostura—. Mamma no deja de presionar. La alianza tiene que producirse. Y tú...

—¿Tengo que ser vendida al mejor postor?

—*Cazzo*, Vittoria. —Su voz baja el tono—. Eso no es justo.

—¿Ah, no? —Me pongo en pie, con la rabia creciendo en mi garganta—. Para ti es fácil decir que esto es solo negocios. Tú nunca habrías estado en esta posición.

Pietro se queda muy quieto.

—Te equivocas.

—¿Ah, sí? Tú eres el Don. Tú eliges con quién te casas. Tú eliges...

—Yo no he elegido nada. —Sus palabras cortan las mías como una cuchilla—. Desde el momento en que asumí este título, necesité encontrar una esposa. Una esposa adecuada. Alguien que pudiera manejar esta vida sin quebrarse. —Hace una pausa, y veo algo crudo en su expresión—. Lo de Nora simplemente sucedió en el momento oportuno. Eso es todo.

Quiero discutir. Quiero señalar que al menos él ama a Nora. Pero las palabras mueren en mi lengua.

—Tú no eres una Donna —continúa Pietro—. Tú solo... tuviste la mala suerte de nacer en esta mierda. Igual que todos nosotros.

Las ganas de pelear se me esfuman. Porque tiene razón. Ninguno de nosotros eligió esta vida. Nacimos entre sangre, secretos y obligaciones que se remontan a generaciones atrás.

Hago una pausa, con un pensamiento rondándome la cabeza.

—Espera. —Entorno los ojos hacia Pietro—. ¿Cómo sabes que Baganov está disponible esta noche?

La expresión de Pietro cambia. Solo un ápice. Pero lo capto.

—Pidió una cena hace dos días.

Hace dos días.

—Me negué. —Pietro levanta una mano antes de que pueda explotar—. Ya tenías planes con Rogers. Tenía sentido honrar ese compromiso primero.

—Pero ahora las cosas han cambiado. —Las palabras me saben amargas.

—Ahora las cosas han cambiado —confirma.

Me doy la vuelta, mirando por la ventana hacia los jardines de abajo.

Hace dos días.

Dmitri pidió cenar *hace dos días*. Antes de que James cancelara. Antes de la oportuna «emergencia de negocios» de esta mañana en el concesionario de los Rogers.

¿Coincidencia?

Casi me río. No existen las coincidencias en nuestro mundo. Solo existen la estrategia y los juegos de poder.

—¿Vittoria? —La voz de Pietro interrumpe mis pensamientos—. ¿Cuál es tu respuesta?

Me giro de nuevo para mirarle. Mi hermano. El Don. El hombre que carga con el peso de nuestra familia sobre sus hombros y nunca se queja. Él tampoco pidió esto.

—Sí.

Pietro parpadea. —¿Sí?

—Dile a Baganov que cenaré con él esta noche. —Me dirijo hacia la puerta de mi dormitorio y la abro de par en par con intención—. Ahora vete. Necesito dormir.

No se mueve de inmediato. Se limita a estudiarme con esos ojos oscuros que ven demasiado. —Tramas algo.

—Estoy cansada. —Señalo el pasillo—. Vete.

Finalmente, Pietro camina hacia la puerta, asiente y se marcha.

La puerta se cierra tras él con un clic.

Me apoyo contra ella, presionando la frente contra la madera fría. El corazón me late con fuerza en el pecho. No de miedo, sino por la adrenalina de *saberlo*.

James Rogers no ha tenido ninguna emergencia de negocios. A James Rogers lo han quitado de mi camino como a una pieza de ajedrez barrida del tablero.

Dmitri Baganov ha estado orquestando esto desde el principio.

Acosador. Manipulador. Obsesivo.

Debería contárselo todo a Pietro. Debería exigir que se disolviera la alianza con la Bratva y que se le prohibiera a Dmitri Baganov volver a contactar conmigo jamás.

En lugar de eso, sonrío.

Porque lo que pasa con el ajedrez es esto. No puedes ganar si no sabes que estás jugando. Y Dmitri ha cometido un error crítico.

Me ha dejado ver el tablero.

Me separo de la puerta y camino hacia mi vestidor. El sueño puede esperar. Tengo planes que hacer.

¿Quiere una cena? Oh, tendrá su cena.

La mejor cena de toda su vida.

Saco el móvil y busco entre mis contactos hasta dar con el nombre de Amanda. Responde al segundo tono, con voz somnolienta.

—Son las ocho de la mañana de un sábado. Más vale que alguien se haya muerto.

—Necesito tu ayuda.

Una pausa. Luego un suspiro, como si se estuviera incorporando en la cama. —Te escucho.

—Tengo una cita esta noche. Con el ruso.

—*Joder*. —La voz de Amanda se agudiza por el interés—. ¿El acosador buenorro?

—El acosador buenorro —confirmo—. Y necesito parecer que no me he esforzado y, al mismo tiempo, parecer lo mejor que ha visto en su vida.

—Esa es mi especialidad. —Puedo notar su sonrisa a través del teléfono—. ¿Cuál es la jugada?

Me miro en el espejo. Pelo revuelto. Pijama arrugado por el sueño. Ojeras por haberme quedado despierta hasta tarde pensando en un hombre al que no debería desear.

—Se cree que dirige este juego —le digo—. Ha estado moviendo hilos, vigilándome, manipulando situaciones para acercarse a mí.

—¿Y?

—Y esta noche voy a enseñarle qué pasa cuando alguien intenta jugar con una Sartori. —Sonrío a mi reflejo—. ¿Me quiere? Bien. Pero va a tener que currárselo.

Amanda ríe, encantada. —Estaré allí en una hora. No te duches todavía; llevo unos productos nuevos para el pelo.

Cuelga antes de que pueda responder.

Lanzo el móvil sobre la cama y me estiro, con la energía vibrando por mis venas.

¿Dmitri Baganov quiere juegos?

Que empiece el juego.



Dmitri

El teléfono vibra contra la caoba pulida de mi escritorio.

El nombre de Pietro Sartori parpadea en la pantalla y dejo que suene dos veces antes de responder. Paciencia. Control. Esas son las armas que separan a los hombres que lideran de los hombres que suplican.

—Baganov. —Mantengo mi voz neutral, incluso aburrida, como si no hubiera pasado las últimas cuarenta y ocho horas orquestando cada pieza de este tablero.

—Dmitri. —El tono de Pietro conlleva el peso de un hombre que preferiría estar haciendo cualquier otra cosa—. James Rogers ha tenido que cancelar su cena con mi hermana. Algo sobre una emergencia familiar.

Emergencia. Casi sonrío. Las fotografías que obtuvo Igor —Rogers con la mano bajo la falda de una camarera en el bar de un hotel hace tres noches— llegaron a manos de su prometida esta mañana. Una prometida que, por lo visto, los Sartori no sabían que existía.

—Es una lástima —digo.

—Si sigues disponible, Vittoria podría verte en su lugar. Esta noche.

Podría. Como si hubiera alguna duda. Como si no llevara contando las horas desde que envié aquel mensaje sobre Marchetti's.

—Reservaré una mesa privada en Celestine. —Las palabras salen fluidas, sin prisa—. ¿A las nueve te va bien?

Una pausa. Oigo a Pietro exhalar por la nariz. —Su chófer la llevará. Irá acompañada por dos de nuestros hombres.

—Por supuesto.

Otra pausa, más pesada esta vez. Pietro empieza a hablar, se detiene. El silencio se extiende entre nosotros como un cable tensado al máximo.

Sé lo que quiere decir. *Toca a mi hermana y te destripo. Hazle daño y no quedarán suficientes trozos de ti para enterrarlos.* Las típicas amenazas de hermano protector. Yo he hecho algunas similares sobre Karolina y Natalia.

Pero Pietro Sartori es un estratega. Sabe que amenazar al heredero de la Bratva de Chicago —un hombre cuya alianza necesita — sería una estupidez. Y sea lo que sea Pietro, no es estúpido.

—Respetaré a tu hermana —digo, ahorrándole el mal trago—. No voy a hacerle daño. Yo también tengo hermanas.

La tensión se disipa en la línea. —Bien. Hablaremos después.

Cuelga.

Dejo el teléfono y me quedo mirando el techo de mi despacho, dejando que la satisfacción me recorra como un vodka caro.

Respeto.

Sí. La respetaré.

Respetaré la curva de su cuello cuando incline la cabeza para mirarme. Respetaré el fuego de esos ojos oscuros cuando me desafíe, creyéndose capaz de ganar. Respetaré cada palabra afilada que brote de sus labios, cada inclinación desafiante de su barbilla.

La respetaré hasta llevarla a mi cama.

El tipo de respeto que tengo en mente no es el que imagina la mayoría. No es una distancia educada ni una cortesía cuidadosa. Es el respeto que un lobo muestra a su pareja: absoluto, devorador, total.

Busco el número privado de Celestine y hago la reserva. La recepcionista no hace preguntas cuando pido su mesa más apartada, esa en la esquina donde las luces de la ciudad se

extienden como diamantes esparcidos y el personal sabe que debe desaparecer a menos que se le llame.

Luego llamo a Igor.

—¿*Da*?

—Esta noche. Celestine. A las nueve. —Me aflojo la corbata, calculando ya lo que me voy a poner. Traje oscuro. El que me queda como una armadura—. Quiero que vigiles a Rogers. Asegúrate de que su *emergencia familiar* lo mantenga ocupado en el futuro previsible.

—La situación con la prometida está... yendo a más. —Igor suena divertido—. Ha tirado sus palos de golf a la piscina.

—Bien. Que siga yendo a más.

Cuelgo y lanzo el móvil sobre el escritorio.

Solo pienso en *ella*.

Vittoria.

El aspecto que tenía aquella noche en Nexus. Aquel vestido negro pintado sobre unas curvas que hacían que me picaran las manos. El pelo oscuro cayendo sobre sus hombros desnudos. Esos ojos —Dios, esos malditos ojos— atravesándome como si pudiera ver cada pensamiento sucio de mi cabeza.

Probablemente pudiera.

Se me agita la polla ante el recuerdo. El sabor de su boca. El suave gemido que soltó cuando la besé, como si no hubiera esperado desearlo tanto. Como si se odiara a sí misma por derretirse contra mí.

Me remuevo en la silla, de pronto incómodo. El cuero cruje.

Esta noche.

Dentro de unas horas, me sentaré frente a ella. Veré el juego de la luz de las velas sobre su piel. Escucharé esa lengua afilada despedazarme mientras imagino todas las formas en que podría silenciarla.

Mi mano se desliza hacia mi muslo. Se detiene. Esto es estúpido. No soy un adolescente que no sabe controlarse.

Pero a mi polla no le importa el control. Ya está tensando la cremallera, latiendo con el tipo de necesidad que hace que el pensamiento racional se evapore.

Pienso en sus manos. Pequeñas, delicadas, siempre moviéndose cuando habla. Esos dedos volando sobre teclados, creando sistemas de seguridad que harían llorar a las agencias gubernamentales. ¿Cómo se sentirían esas manos rodeando mi polla?

Joder.

Me palpo a través de los pantalones. Solo presión. Solo lo suficiente para calmarme un poco.

No ayuda.

La imagen cambia. Vittoria de rodillas en este despacho, mirándome con esos ojos desafiantes mientras su boca...

Me bajo la cremallera de los pantalones. El alivio es inmediato al quedar mi polla libre, ya goteando por la punta. La rodeo con el puño y aprieto.

Esto es patético, susurra alguna parte distante de mi cerebro. *Eres el heredero de la Bratva de Chicago.*

Me masturbo lentamente, dejando que la fantasía crezca. Vittoria tumbada sobre mi escritorio, con los papeles esparcidos por el suelo. Su vestido amontonado en su cintura. Esas piernas largas rodeándome mientras me hundo en ella, viendo su rostro retorcerse de un placer que no quiere sentir.

Aprieto más. Más rápido ahora.

Se resistiría al principio. Eso es lo que lo hace tan jodidamente perfecto. Me clavaría las uñas en los hombros y me diría que me odia, incluso mientras su coño se contrae alrededor de mi polla. Incluso mientras suplica por más.

Imagino los sonidos que haría.

—*Blyad'*—mascullo, con las caderas sacudiéndose.

Pienso en ponerla a cuatro patas en esta silla. Agarrando ese pelo oscuro mientras la follo por detrás. Obligándola a ver nuestro reflejo en la ventana: la princesa y el monstruo, enredados mientras la ciudad arde a nuestros pies.

La presión aumenta en la base de mi columna. Se me tensan los huevos.

Esta noche.

Esta noche tendré que sentarme frente a ella y fingir que soy civilizado. Fingir que no quiero echármela al hombro y llevarla a mi

cama. Fingir que lo único que me interesa es una *alianza empresarial*.

Mi mano se mueve más rápido. Con más rudeza. Ya estoy cerca, esa tensión familiar enroscándose...

Imagino su cara cuando se corra. La forma en que su control se haría añicos. La forma en que me miraría después, aturdida y furiosa y *hambrienta*.

El orgasmo me desgarra. Gruño, corriéndome sobre mi puño, con todo mi cuerpo estremeciéndose por la descarga. Por un momento, todo se vuelve blanco.

Luego, la realidad se filtra de nuevo.

Estoy sentado en mi despacho con semen en la mano y una reserva para cenar en unas pocas horas.

Patético, vuelve a susurrar esa voz.

Pero sonrío mientras me limpio. Porque esta noche no se tratará de paciencia ni de control ni de una estrategia cuidadosa. Esta noche se trata de mostrarle a Vittoria Sartori exactamente de qué ha estado huyendo.

Y exactamente hacia qué ha estado huyendo.

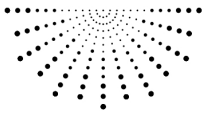
No será fácil. Cada instinto me grita que la reclame. Que la marque. Que deje tan jodidamente claro que me pertenece que ningún James Rogers ni nadie más se atreva siquiera a mirarla de nuevo.

Pero he esperado todo este tiempo.

Puedo esperar unas horas más.

Quizá.

CAPÍTULO DOCE



Vittoria

El espejo no miente. El rostro de Amanda, tampoco.

—Va a perder la puñetera cabeza —dice mientras permanece de pie detrás de mí, con las manos entrelazadas como si estuviera contemplando cómo se revela una obra maestra—. Tía. *Tía.* Ahora mismo tengo envidia de un mafioso ruso.

Deslizo las manos por la seda negra para alisarla. El vestido tiene un cuerpo ajustado que abraza mis curvas sin gritar *desesperada*, un escote que insinúa el busto sin mostrarlo todo, y una abertura que sube lo justo para que un hombre se quede con la duda. Elegante.

Sexy a más no poder.

—¿No es demasiado? —Alargo la mano hacia los pendientes de oro que hay en mi tocador. Unas gotas sencillas. Nada ostentoso.

—Es perfecto —Amanda me retoca un mechón de pelo, el cual hemos tardado cuarenta y cinco minutos en ondular—. Pareces alguien capaz de dirigir una gran multinacional de día y de destruir la existencia entera de un hombre de noche.

—Eso es... extrañamente específico.

—He estado dándole vueltas toda la tarde.

El oro se desliza por mis lóbulos. Me pongo la pulsera a juego. Mis uñas son de un rojo profundo, casi negro. He tardado dos horas en maquillarme. Ojos ahumados que hacen que el marrón parezca casi negro. Labios del color de las rosas marchitas.

Nueve horas. Hemos pasado nueve horas preparándonos para esta cena.

Es solo estrategia, me recuerdo a mí misma. *Jugar a su juego mejor que él.*

Unos golpes hacen vibrar la puerta.

—¿Vittoria? —La puerta se abre antes de que pueda responder y aparece la cabeza de pelo oscuro de Dante. Me recorre con la mirada una vez. Rápido y fraternal. —¿Estás lista? El coche espera.

Cómo no, es Dante. No solo Elio, que se quedaría en silencio y no haría ni una sola pregunta. No, Pietro ha enviado a *Dante*. El hombre que prácticamente se crió en nuestra casa, que me enseñó a dar un puñetazo cuando yo tenía doce años, que una vez amenazó con castrar a un chico por mirarme mal en una barbacoa familiar.

Esto va a ser una pesadilla.

—Tres minutos —digo.

Dante tensa la mandíbula. Esto no le gusta. No le gusta que vaya a cenar con un heredero de la Bratva, no le gusta el vestido, no le gusta nada de esto. Pero Pietro ha dado la orden, así que Dante asiente una vez y cierra la puerta.

Amanda espera hasta que sus pasos se desvanecen.

—¿Estás nerviosa?

—No —vuelvo a mirarme al espejo mientras me ajusto la pulsera —. Ni siquiera le deseo, ¿recuerdas? Esto es solo seguirle el juego.

Amanda se ríe.

—Ya. Claro —se deja caer en mi cama, con su pelo rubio desparramándose sobre mis almohadas—. Acabamos de pasarnos nueve horas en el spa. Limpiezas faciales. Manicuras. Peluquería. Maquillaje. Luego hemos ido a comprar *el* vestido —ni *un* vestido, sino *el* vestido— y te has probado diecisiete opciones antes de encontrar esta.

—Diecisiete no eran tantas...

—Has puesto nerviosa a la dependienta, Vittoria.

—Estaba siendo una dramática.

—Le has dicho que el color coral te hacía parecer un pez moribundo.

—Es que me lo *hacía*.

Amanda se incorpora apoyándose en los codos, con sus ojos verdes brillando de diversión. —¿Y pretendes que me crea que no le deseas? ¿Que todo esto —me señala a mí, al vestido, a las nueve horas de preparación— es solo *estrategia?*

Mis dedos se quedan quietos en el cierre de la pulsera.

Se equivoca. Tiene que estar equivocada.

No deseo a Dmitri Baganov. Quiero ganarle en su propio juego. Quiero entrar en ese restaurante con un aspecto tan demoledor que se asfixie. Quiero que se dé cuenta de que manipular a una Sartori tiene consecuencias.

Eso es todo.

Eso es todo.

—Es estrategia —repito. Esta vez con más firmeza.

Amanda pone los ojos en blanco con tanta fuerza que me sorprende que no se le queden trabados. —Vale, claro —se sienta, cruzando las piernas bajo el cuerpo—. Pero que sepas una cosa. Si decides mandar la estrategia a la mierda y simplemente te lo *follas*... esa también es una opción válida.

—*Amanda.*

—¿Qué? ¡Solo lo digo! —Levanta las manos—. Está bueno. Pero bueno de nivel *criminal*. Literalmente. Y llevas dos años en el celibato...

—No he estado...

—Tu vibrador no cuenta.

Me arden las mejillas. —Te odio.

—Me quieres. —Sonríe, totalmente impenitente—. Y yo te quiero a ti, por eso te digo que no pasa nada por desear algo. Incluso si ese algo es un ruso de un metro noventa y pico con problemas de control y la manía de acosarte.

Cojo mi bolso de mano del tocador. Raso negro. Lo bastante pequeño para que quepan el móvil, el pintalabios y el pequeño cuchillo que siempre llevo encima. —Me voy ya.

—¡Pásalo bien! —me grita Amanda mientras salgo—. ¡Usa protección! ¡No hagas nada que yo no haría!

—Eso deja el campo bastante abierto —murmuro al salir al pasillo.

Dante espera en lo alto de las escaleras. Sus ojos oscuros me encuentran de inmediato, y algo complejo cruza su expresión.

Dante no es muy hablador. Asiente y empieza a caminar.

Le sigo escaleras abajo.

Fuera, el aire nocturno me golpea los hombros desnudos. Fresco. Revigorizante. El SUV negro espera encendido junto a la acera, con el motor ronroneando.

Dante me abre la puerta trasera.

Hago una pausa, con una mano en el marco.

Es solo estrategia. Seguirle el juego. Nada más.

Me deslizo en la oscuridad del asiento trasero y la puerta se cierra tras de mí.

Elio conduce. Dante va en el asiento del copiloto.

Ninguno de los dos habla.

Esto es lo normal. Dante Castellani no conversa. Él hace silencios. Él impone su presencia. Mantiene ese tipo de quietud que pone nerviosos a los demás hombres porque no son capaces de descifrar qué está pensando.

Conozco a Dante de toda la vida. Ha formado parte de nuestra familia desde antes de que yo supiera andar. La sombra de Lorenzo. El soldado de mayor confianza de mi padre.

Y no sé absolutamente nada de él.

Si alguien me preguntara hoy —*háblame de Dante Castellani*— no tendría nada que decir. Ni historias familiares. Ni recuerdos de la infancia. Ni su comida favorita, ni su música, ni el lugar donde preferiría estar. El hombre es una caja fuerte. Cerrada a cal y canto. Una combinación que solo conoce él mismo y quizá, *quizá*, Lorenzo.

Miro su nuca mientras las luces de la ciudad se deslizan por las ventanillas. Pelo oscuro, perfectamente recortado. Hombros anchos que llenan el asiento. Es guapo de una forma objetiva. Mandíbula afilada. El tipo de rostro que sale en revistas o películas, salvo que no hay calidez tras él.

Robot. Así es como le llamó Amanda una vez.

No se equivocaba.



Dmitri

Llega tarde.

Veintitrés minutos tarde, para ser exactos. He contado cada uno de ellos.

El camarero se acerca por tercera vez. Le hago un gesto para que se retire sin mirarlo, con los ojos fijos en la entrada. Celestine atiende a la élite de Chicago. Políticos, hombres de negocios, algún que otro famoso en busca de intimidad. Esta noche, todas las mesas están llenas excepto las cuatro que rodean la mía.

Las he comprado todas.

Veinticuatro minutos ya.

Se cree muy lista. Piensa que llegar tarde me alterará, que me hará perder el equilibrio, que le dará alguna ventaja en este juego al que cree que estamos jugando.

Solnyshko, no tienes ni idea de con quién estás tratando.

He esperado lo suficiente. Puedo esperar veinticuatro minutos más.

El sumiller merodea cerca; una botella de Barolo está respirando sobre la mesa. La elegí específicamente. La añada de 2015 del viñedo de su propia familia en la Toscana. Un pequeño detalle. Un mensaje. *Lo sé todo sobre ti.*

Veintiséis minutos.

La puerta delantera se abre.

Dante Castellani entra primero, barriendo la sala con la mirada con la eficiencia de un hombre que ha matado en lugares como este. Me localiza de inmediato.

Entonces ella aparece detrás de él.

Bozhe moy.

Me quedo sin aire en los pulmones.

El vestido que lleva es de escote bajo, revelando sus clavículas, la suave sombra entre sus pechos. El oro cuelga de sus orejas, rodea su cuello, destaca en su muñeca. Su pelo oscuro cae en ondas más abajo de sus hombros, y sus labios...

Esos labios están pintados del color del pecado.

Me pongo en pie.

Se mueve como si fuera la dueña de la sala. Como si fuera la dueña de cada lugar en el que entra. Con la barbilla alta, los hombros hacia atrás, los ojos fijos en los míos con un desafío que hace que mi polla se agite contra la bragueta.

Se ha vestido así para mí.

Se ha vestido así para destruirme.

El maître la guía hasta mi mesa. Dante toma posiciones cerca de la pared, lo bastante cerca para intervenir, lo bastante lejos para darnos intimidad. Su presencia me irrita, pero era de esperar. Pietro Sartori protege lo que es suyo.

Pronto, ella será mía para protegerla.

Le tiendo la mano.

Duda. Solo un latido. Luego sus dedos se deslizan por mi palma. Me entran ganas de lamerle la muñeca. Quiero pasarle la lengua por el brazo, por el hombro, por el valle entre sus pechos. Quiero saborear cada centímetro de ella hasta que tiemble y grite mi nombre.

En lugar de eso, me llevo su mano a los labios.

Deposito un beso en sus nudillos. Mis ojos nunca se apartan de los suyos.

Su pulso se acelera bajo mi pulgar.

Aquí estás, solnyshko.

Se sienta sin hablar. El camarero aparece de la nada para ajustarle la silla, servirle el vino y recitar los platos especiales de la noche. Ella lo ignora por completo, con la mirada clavada en la mía a través de la mesa iluminada por velas.

Me siento.

El silencio se extiende entre nosotros.

El camarero se retira. Se oyen murmullos de conversaciones a nuestro alrededor. En algún lugar, una mujer ríe. Nada de eso importa. No existe nada excepto esta mujer y la electricidad que chisporrotea en el espacio entre nosotros.

Cree que ha empezado un juego.

Cree que su silencio me pondrá nervioso, me obligará a hablar primero y le dará la ventaja.

Moya krasotka. Mi niña hermosa. No entiendes nada de la paciencia. No entiendes lo que significa desear algo tanto que quemarías el mundo por poseerlo, y luego esperar años al momento perfecto para atacar.

He construido imperios basándome en la paciencia.

He destruido hombres con ella.

Cojo mi copa de vino. Doy un sorbo lento. La dejo.

Sus ojos siguen cada movimiento.

La luz de las velas juega en sus facciones: la línea afilada de su mandíbula, la curva carnosa de su labio inferior, la inteligencia que arde en esos ojos oscuros. Está calculando. Intentando encontrar mi debilidad.

No se da cuenta de que ya la ha encontrado.

Ella es mi debilidad.

El silencio se mantiene. Un minuto. Dos. El camarero nos mira de reojo con nerviosismo, sin saber si acercarse. No le doy ninguna señal.

Sus dedos se cierran alrededor del tallo de la copa de vino. Aún no ha bebido. Poniéndome a prueba. Esperando a que yo hable, a que me quiebre, a que le dé munición.

No lo haré.

He interrogado a hombres durante horas sin pronunciar una sola palabra. Me he sentado en habitaciones impregnadas de sangre y gritos, con el rostro totalmente inexpresivo y la respiración perfectamente pausada, hasta que mis objetivos se han derrumbado solo por el silencio.

Vittoria Sartori es magnífica.

Pero no es más fuerte que yo.

—¿Por qué quieres casarte conmigo?

Directa. Sin juegos. Sin fingimientos. Solo esos ojos oscuros clavados en los míos, exigiendo la verdad.

Admiro eso.

Dejo mi copa de vino. —Yo necesito una esposa. Tú necesitas un marido. Podemos hacer que ocurra.

Coge su propia copa y da un sorbo lento. El Barolo le tiñe los labios de un tono más oscuro.

—Eso no parece una respuesta. —Deja la copa con deliberado cuidado—. Eso suena a una transacción comercial.

—Es una transacción comercial.

—Entonces, ¿por qué yo específicamente? —Se inclina ligeramente hacia delante. La luz de las velas se refleja en el oro de su cuello, en las sombras entre sus pechos—. Hay docenas de mujeres de familias influyentes que se casarían contigo mañana mismo. Mujeres que realmente *querrían* este acuerdo. ¿Por qué perseguir a alguien que ha dejado claro que no le interesa?

Porque cada vez que cierro los ojos, veo tu cara.

No puedo decir eso. Todavía no.

En su lugar, alargo la mano hacia mi vino. Doy un trago largo. Dejo que el silencio se estire de nuevo entre nosotros.

—Me casaré contigo —digo finalmente— porque nadie más lo hará.

Arquea una ceja. Una curva perfecta de escepticismo. —¿Perdón?

—Cada hombre que se te acerque —dejo la copa—. Cada hombre que intente cortejarte. Cada hombre que piense que podría casarse con la princesa de los Sartori —le sostengo la mirada—. Todos acabarán muertos.

Ni se inmuta.

La mayoría de las mujeres lo harían. La mayoría se apartarían de la mesa, avisarían a su guardia y huirían en la oscuridad de la noche. Pero Vittoria Sartori se queda perfectamente inmóvil, con sus ojos oscuros buscando algo en mi rostro. La verdad, tal vez. O locura.

Su garganta se mueve al tragar saliva.

—Estás amenazando con matar a cualquiera que quiera casarse conmigo.

—Amenazando, no —dejo que la comisura de mi boca se eleve—. Prometiendo.

—Eso es de locos.

—Tal vez.

—Eso es *posesivo*.

—Sin duda.

Me mira fijamente durante un largo rato. El restaurante continúa su marcha a nuestro alrededor. Nada de eso nos toca. Existimos en nuestra propia burbuja de tensión y calor.

—A ver si lo he entendido bien —su voz se ha vuelto baja, controlada—. Esperas que acepte casarme con un hombre que asesinaría a cualquier otro que intentara tenerme. Un hombre que admite, abiertamente, en una cena y en un restaurante público, que está dispuesto a matar para hacerme suya.

Me echo atrás en la silla. —Sí.

—¿Y por qué iba a aceptar algo así?

Sonrío.

—Eso —digo en voz baja— es exactamente por lo que aceptarás.

Se le corta la respiración. Apenas un instante. Lo justo para que yo lo note.

Silencio.

La llama de la vela baila entre nosotros.

Entonces, poco a poco, de forma imposible, la comisura de su boca se curva hacia arriba.

—Estás absolutamente loco —dice.

—Sí.

—Llevas un mes acosándome.

—Más de un mes.

—Acabas de admitir que cometerías un asesinato para alejar a otros hombres de mí.

—Varios asesinatos, si es necesario.

Coge su copa de vino. Da un trago largo. La deja.

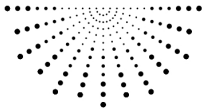
—Dime una cosa, Dmitri Baganov —se inclina hacia delante y percibo un rastro de su perfume. Huelo una flor que hace que quiera enterrar la cara en su cuello e inhalarla hasta que no huela a nada

más que a ella—. Si voy a casarme con un monstruo... ¿qué saco yo de todo esto, exactamente?

Mi sonrisa se ensancha.

Ahí está ella.

CAPÍTULO TRECE



VITTORIA

Dios, es precioso.

Odio que mi cerebro se vaya primero a eso. Aquí hay un hombre que acaba de prometer con total naturalidad que *asesinará* a cualquier otro que intente casarse conmigo, y mi primer pensamiento coherente es sobre sus pómulos. El corte afilado de su mandíbula. Esos ojos pálidos que parecen tormentas de invierno atrapadas en cristal.

Amanda tenía razón. Necesitaba volver a verlo. Porque el recuerdo no le hacía justicia.

Lo que ha dicho debería aterrarme. Pero no lo hace. Quizá eso signifique que estoy rota. Quizá he estado rodeada de violencia tanto tiempo que las amenazas de muerte me resbalan como el agua. O tal vez, y esta es la parte que hace que el calor se me acumule en el bajo vientre, sea por *cómo* lo ha dicho.

Me desea. El hambre en su voz cuando ha hecho esa promesa no tenía nada que ver con negocios o alianzas. Era algo visceral.

Pero no me ha tocado. Ni una sola vez en toda la noche. Ni siquiera cuando he entrado con este vestido que apenas califica como ropa. Me ha besado la mano como si estuviéramos en una

novela del siglo diecinueve, y luego se ha sentado frente a mí como un caballero.

Un caballero que acaba de amenazar con un asesinato durante la cena.

Dios, Vittoria. Contrólate.

—¿Qué le ha pasado a James? —pregunto, manteniendo la voz firme—. Su repentina «emergencia familiar» parece convenientemente oportuna.

Los labios de Dmitri se curvan. —Rogers estaba dispuesto a follarse a una camarera en el bar de su hotel. Hice que alguien sacara fotografías.

Parpadeo. —¿Y?

—Se las envié a su prometida.

—Su... —Me detengo. Proceso—. ¿James Rogers tiene prometida?

—Una secreta. Planeaba casarse contigo por las conexiones de tu familia mientras la mantenía a ella esperando en algún lugar tranquilo. Un bonito apartamento en Manhattan. Una asignación mensual. El acuerdo habitual que hacen los hombres como él.

Mis hermanos no lo sabían. Me lo habrían dicho si hubieran encontrado a una prometida oculta. Lo que significa que Dmitri ha encontrado algo que a ellos se les pasó por alto.

Una risa burbujea en mi garganta. Me la trago, pero por poco.

—Pareces divertida —observa Dmitri.

—Estoy imaginando la cara de James cuando llegaron esas fotos —alargo la mano hacia mi copa de vino.

Así que ha eliminado a la competencia. No con violencia, sino con información. Con estrategia.

Eso es casi peor. Eso significa que es inteligente.

Dejo la copa. —Esto es una cena. Nada más.

—Soy consciente.

—No decidiré esta noche si voy a casarme contigo —las palabras salen más duras de lo que pretendía. Bien. Que escuche el acero—. Tengo mis reglas.

—¿Qué reglas? —Su voz baja, interesada.

—Tres meses.

—Tres meses —repite él.

—Necesito pasar tiempo con cualquier candidato antes de aceptar casarme con él. Conocerlo. Ver si realmente puedo tolerar compartir mi vida con alguien —le sostengo la mirada directamente —. Haré esto con cada candidato. No solo contigo.

—¿Tres meses de qué, exactamente?

—Citas. Conversaciones. Ver cómo manejas las situaciones —me reclino en la silla, deliberadamente casual—. Ver si puedes pasar cinco minutos sin amenazar con matar a alguien.

—Eso parece poco probable.

¿Ha sido un chiste? Su expresión no revela nada, pero hay algo en sus ojos. Un destello de humor negro.

—Entonces suspenderás la prueba —digo con dulzura.

—Yo no suspendo.

—Todo el mundo acaba suspendiendo tarde o temprano.

Me estudia durante un largo momento. La luz de las velas capta los hilos plateados que recorren su cabello oscuro, la cicatriz que divide su ceja izquierda. De cerca, parece exactamente lo que es: un hombre hecho para la violencia que ha aprendido a vestir trajes caros.

—Tres meses —dice finalmente—. ¿Y durante estos tres meses, también estarás evaluando a otros hombres?

—Ese es el acuerdo.

Sus dedos tamborilean una vez sobre el mantel. Un solo toque controlado. —Tengo una contrapropuesta.

—Esto no es una negociación.

—Todo es una negociación —se inclina hacia adelante, apoyando los antebrazos en la mesa—. Tres meses. Seguiré tus reglas. Pero durante ese tiempo, solo me evaluarás a mí.

—Eso anula el propósito...

—Si suspendo tus pruebas, podrás buscar otros candidatos después. Pero dame tres meses primero —su voz es baja, segura—. Si no puedo convencerte en noventa días, retiraré mi propuesta yo mismo.

Debería decir que no. Esto es manipulación de nuevo; él intentando controlar la situación, limitar mis opciones, acorralarme.

Pero hay un atisbo de algo que parece casi desesperación en sus ojos, oculto rápidamente.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué importa si veo a otros hombres durante la evaluación?

—Porque yo no comparto.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Simples. Absolutas. No es una amenaza esta vez; solo la verdad.

Él no comparte.

Mi pulso se acelera. Lo ignoro.

—Consideraré tu contrapropuesta —digo—. Pero no voy a aceptar nada esta noche.

—Me parece justo —hace una señal al camarero—. Entonces, pidamos. Necesitarás energía para los próximos tres meses.

Dmitri habla con el camarero, pidiendo por los dos sin preguntar mis preferencias. En circunstancias normales, estaría furiosa. Pero estoy demasiado ocupada ahogándome en mis propios pensamientos para que me importe la comida.

Tres meses.

Pedí tres meses esperando una pelea. Esperando que se riera, que contraatacara con tres semanas, que me recordara que los matrimonios de la mafia no se ajustan a mis plazos. Así es como opera este mundo. A una princesa se la vende al mejor postor, la boda ocurre antes de que nadie pueda cambiar de opinión y ella aprende a vivir con su elección.

Pero Dmitri ha aceptado.

No solo ha aceptado. Ha *negociado*. Como si mis condiciones realmente importaran. Como si mi comodidad fuera un factor que valiera la pena considerar.

Ningún hombre de la mafia hace eso. *Ninguno.*

Lo observo despedir al camarero con un gesto, su atención ya volviendo a mí.

¿Por qué?

La pregunta me quema en el cráneo. ¿Por qué el heredero de la Bratva de Chicago, un hombre que podría chasquear los dedos y tener a una docena de princesas de la mafia en su puerta, me quiere

a *mí* específicamente? ¿Me quiere tanto como para jugar bajo mis reglas?

Esto no es por tradición. Si Dmitri necesitara una esposa por razones políticas, se habría casado hace años. La Bratva tiene conexiones con familias rusas, familias ucranianas, incluso con algunas organizaciones polacas. Mujeres criadas desde el nacimiento para ser esposas de pakhans. Mujeres que no exigirían periodos de evaluación de tres meses ni poder de veto.

Podría haber tenido a cualquiera de ellas. Podría haber celebrado la boda en una semana.

En su lugar, está sentado frente a mí en un restaurante. Está aceptando mis términos. Está prometiendo asesinar a mis otros pretendientes.

Esto no es un negocio.

Mis hermanos no lo cuestionarán. Claro que no. La alianza les beneficia demasiado.

Ninguno de ellos preguntará por qué Dmitri eligió a su hermana por encima de opciones más fáciles.

Pero yo necesito saberlo.

La pregunta me araña la garganta. Agarro mi copa de vino para evitar que me tiemblen las manos, o para no cruzar la mesa y darle una bofetada hasta que me dé una respuesta real.

¿Por qué yo? ¿Por qué la friki de la tecnología que se esconde en su habitación? ¿Por qué la hermana en duelo que apenas puede funcionar en las cenas familiares?

—Estás pensando muy alto —observa Dmitri.

—Estoy intentando averiguar cuál es tu jugada.

—Te he dicho mi jugada. Matrimonio. Alianza. Tú.

—Eso no es una jugada. Eso es una lista —dejo la copa con más fuerza de la necesaria—. Podrías tener a cualquier princesa de cualquier organización. Mujeres que no te harían saltar a través de aros. Mujeres que se casarían contigo mañana mismo.

—No las quiero a ellas.

—*¿Por qué?*

La palabra sale más afilada de lo que pretendía. Casi desesperada. Odio cómo suena.

La expresión de Dmitri no cambia, pero hay algo que varía en sus ojos. Una grieta en el hielo.

—Porque no son tú.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que importa.

Quiero gritar. Quiero volcar esta mesa y exigirle que deje de hablar en acertijos. Quiero agarrarlo de su cuello perfectamente planchado y sacudirlo hasta que salgan palabras reales.

En su lugar, me inclino hacia adelante. —Te vi una vez antes de lo del club. *Una vez.* En la gala de los Moretti. Me besaste la mano y salí corriendo. Eso es todo. Esa es toda nuestra historia antes de que me acorralaras en Nexus.

—Sí.

—Entonces, ¿qué diablos pasó en esos treinta segundos que te hizo decidir que yo valía tanto esfuerzo?

Dmitri se queda callado durante un largo momento. La vela entre nosotros parpadea, proyectando sombras sobre su ceja con cicatriz.

—Me miraste —dice finalmente—. Y luego corriste. He tenido mujeres que se han lanzado a mis pies por mi nombre —continúa Dmitri—. Por mi poder. Por lo que represento. Tú huiste de todo ello. Y no pude dejar de pensar en por qué lo hiciste.

—Así que esto es... ¿qué? ¿Un desafío? ¿Me quieres porque te dije que no?

—Te quiero porque eres la primera mujer que me ha hecho *querer* ser querido.

Oh, estoy jodida.

Estoy tan completa y catastróficamente jodida.

¿Por qué esa respuesta?

Es exactamente lo que necesitaba oír.

Dmitri

Vittoria come en silencio.

Corta su filete en trozos minúsculos y precisos. Toma bocados pequeños. Mastica despacio. Sus ojos permanecen fijos en el plato.

La he asustado.

Bien. Debería estar asustada. He dicho cada palabra en serio.

Pero verla retraerse en sí misma me provoca esta sensación desconocida. Me siento incómodo. No me gusta.

Doy un sorbo al vino. Espero.

Así es como funciono. No persigo. No doy explicaciones. Expongo los hechos y dejo que calen. Si no puede soportar la realidad de lo que soy, mejor que se entere ahora que después de que estemos vinculados.

Pero el silencio se prolonga. Su tenedor raspa el plato. No levanta la vista.

—No estás comiendo —dice finalmente—. Su voz es plana. Controlada.

—No tengo hambre.

Otro bocado. Otro raspado. Su mandíbula trabaja mientras mastica.

—¿Cómo lo haces?

Dejo la copa en la mesa. —¿Hacer qué?

Ahora sí levanta la vista.

—Acosarme —suelta el tenedor—. He revisado nuestros sistemas. Cada cámara, cada señal, cada punto de acceso. Nada. Sin brechas, sin alertas sospechosas, sin rastro digital —sus dedos tamborilean contra el mantel blanco—. Pensé que tal vez habías encontrado una forma de entrar que yo no podía rastrear. Algún exploit de día cero, alguna puerta trasera que se me hubiera pasado. Pero no hay nada.

El orgullo me recorre. Es buena. Más que buena. Es brillante.

—Así que tiene que ser inteligencia humana —continúa—. Alguien de dentro. Pero he pasado el reconocimiento facial a cada persona que ha entrado en el recinto en el último mes. He contrastado los datos con socios conocidos de la Bratva. Nada.

Se inclina ligeramente hacia delante.

—Nadie sabe que me has estado observando. Ni Pietro. Ni Nico. Ni siquiera Dante, y él se da cuenta de todo. —Una pausa—. Así que, ¿cómo?

Podría desviar el tema. La mayoría de los hombres lo harían. La mayoría se inventaría alguna historia sobre coincidencias, sobre información compartida entre nuestras familias, sobre conjeturas fundamentadas.

Pero yo no miento.

No es una postura moral. No es ningún principio noble que haya construido para sentirme superior. Es sencillamente cómo estoy hecho. Cómo funciona mi sistema. Las vías de mi cerebro que conectan el pensamiento con el habla no incluyen el desvío del engaño.

Una vez le dije a una mujer que no disfruté teniendo sexo con ella. Me había preguntado qué tal fue, buscando cumplidos, y las palabras salieron antes de que pudiera considerar suavizarlas. *Fue adecuado. Las he tenido mejores.* Lloró. Me llamó monstruo. No le faltaba razón.

No miento para ser cruel. No miento para ser amable. Simplemente no miento.

—A la antigua usanza —digo—. Un hombre te vigila. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

La expresión de Vittoria no cambia. Pero sus dedos dejan de tamborilear.

—¿Un hombre?

—Un principal. Dos de reserva para cubrir los turnos.

—¿Dónde?

—Varía. La cafetería frente a tu lugar de desayuno favorito los jueves. El gimnasio que visitas los martes y sábados por la mañana. El aparcamiento cerca de la entrada este del recinto. —Doy otro sorbo al vino—. El edificio de apartamentos de tu amiga Amanda tiene unas vistas excelentes desde la azotea de enfrente.

Su garganta se mueve al tragar saliva.

—¿Desde la gala?

—Desde la gala.

Coge su copa de vino. Su mano está más firme de lo que esperaba. Bebe un trago largo, la deja y me sostiene la mirada de frente.

—Ese hombre que me vigila —dice despacio—, quiero saber quién es.

—No.

Levanta la barbilla. —¿Por qué no?

—Porque intentarás despistarlo. Y entonces tendré que asignar a alguien mejor. Alguien a quien no verás ni aunque lo busques. —Me inclino hacia delante, acortando la distancia entre nosotros—. Prefiero que las cosas sigan siendo sencillas.

—Sencillas —se ríe; una risa de verdad esta vez, aguda y amarga —. ¿Crees que algo de esto es sencillo?

—Sencillo —repito. Me aparto de la mesa lentamente. Me pongo en pie. Sus ojos siguen mi movimiento.

Rodeo la mesa. Dante se tensa en mi visión periférica, con la mano moviéndose hacia su chaqueta. Pero no se acerca. Sabe que es mejor no interferir en una conversación entre aliados potenciales.

Me detengo junto a la silla de Vittoria.

Ella no levanta la vista. Sus dedos se cierran alrededor del tallo de su copa.

Me inclino. Mis labios rozan el borde de su oreja.

—¿Quieres saber qué sería sencillo? —mi voz baja de tono. Íntima. Solo para ella—. Arrancarte ese bonito vestido aquí mismo. Doblarte sobre esta mesa. Follarte hasta que grites mi nombre tan fuerte que todos en este restaurante lo oigan.

Se le corta la respiración. Observo el rubor subiendo por su cuello. Veo su pulso saltar en su garganta.

—Eso sería sencillo —continúo—. Mostrarles exactamente lo hermosa que estás cuando te desmoronas. Hacer que miren mientras te arruino para cualquier otro hombre.

Me enderezo un poco. Dejo que mis nudillos rocen su hombro desnudo. Ella se estremece.

—Pero necesitas tus tres meses. —Lo digo como una concesión. Como si fuera generoso—. Tiempo para ponerme a prueba. Para decidir si soy digno de ti.

Vuelvo a inclinarme. Dejo que mi aliento sea una sombra sobre su piel.

—Te daré ese tiempo, *solnyshko*. Aunque ambos sepamos la verdad.

—¿Cuál es?

La pregunta sale entrecortada. Apenas audible.

Sonrío contra su oreja. —Que me suplicarás que te folle mucho antes de que pasen esos tres meses.

Silencio.

Puedo sentir el calor que emana de su piel. Puedo ver cómo aprieta los muslos bajo la mesa. Cómo su pecho sube y baja demasiado rápido.

Está mojada. Lo sé con tanta certeza como sé mi propio nombre. Mojada y dolorida y luchando contra cada instinto que le dice que gire la cabeza y deje que la bese.

Pero Vittoria Sartori no se rinde tan fácilmente.

Coge su copa de vino. Da un sorbo largo y deliberado. La deja con cuidadosa precisión.

Entonces me mira.

Sus ojos están firmes. Claros. Ni rastro del temblor que puedo sentir bajo su piel.

—Tienes una opinión muy alta de ti mismo, Dmitri.

Arqueo una ceja. Espero.

—No te suplicaré nada. —Levanta la barbilla. Desafiante. Hermosa—. Ni ahora. Ni en tres meses. Nunca.

La comisura de mi boca se contrae.

Ahí está ella.

Me enderezo. Doy un paso atrás. Le doy espacio para respirar.

—Ya lo veremos.

—Lo veremos. —Alisa su servilleta sobre su regazo. Coge el tenedor. Corta otro trozo preciso de su filete.

Echo un vistazo al restaurante. Todas las miradas que antes se desviaban con cuidado están ahora fijas en nosotros.

Dante todavía tiene la mano dentro de la chaqueta. Su mandíbula podría cortar cristal.

Vuelvo a mi asiento. Me acomodo en el cuero. La observo comer con la misma precisión cuidadosa de antes, como si no acabara de amenazarla con follarla en público.

—Tu guardaespaldas parece que me quiere matar —observo.

—Lo quiere. —No levanta la vista—. A Dante no le caes bien.

—No le caigo bien a la mayoría.

—No puedo imaginar por qué.

Su voz gotea sarcasmo. Me sorprendo sonriendo.

—¿Qué significa eso?

Me detengo a mitad de camino de alcanzar mi copa de vino. —¿Qué significa qué?

—*Solnyshko*. —Hace rodar la palabra en su boca. Logra la pronunciación casi perfecta. Lo bastante cerca para que algo en mi pecho se apriete—. Me has llamado así. ¿Qué significa?

Podría desviar el tema. Cambiar de asunto. Hacer que se lo trabaje.

Pero ella ha preguntado. Y yo no miento.

—Solecito.

Su tenedor se detiene a mitad de camino de su boca. —¿Solecito?

—Sí.

Suelta el tenedor. Me mira fijamente.

—¿Me llamas solecito mientras me amenazas con follarme en la mesa de un restaurante?

—Sí.

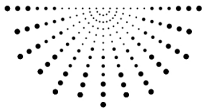
—¿Y no ves ninguna contradicción en eso?

Doy un sorbo de vino. Considero la pregunta seriamente. —No.

Ella se ríe.

Y me encanta.

CAPÍTULO CATORCE



VITTORIA

Muevo los huevos revueltos por el plato, evitando la mirada de todos. El comedor parece más pequeño con todos ellos observándome.

—Bueno. —Dejo el tenedor—. He decidido concederle tres meses a Dmitri Baganov.

La voz de Mamma se eleva. —Como ya he dicho, eso es demasiado tiempo, Vittoria. Deberías saber en cuestión de semanas si...

—Tres meses. —Sostengo su mirada con firmeza—. Para ver si lo aguanto lo suficiente como para casarme con él.

O si me vuelve loca de remate antes.

Doy un sorbo al zumo de naranja, dejando que el filo de la acidez borre el sabor de la cena de anoche. Del juramento de Dmitri de matar a cualquier otro que intente casarse conmigo. De la forma en que se me aceleró el pulso cuando susurró lo que quería hacerme. —¿O preferiríais que lo rechace por completo?

Silencio.

—Porque podría hacerlo. —Mi voz suena casual, pero perciben el acero que hay debajo—. Podría cruzar esa puerta ahora mismo y

desaparecer. Nueva identidad, nuevo país. Todos sabéis que tengo los recursos necesarios.

—No serías capaz. —El rostro de Mamma palidece.

—¿Ah, no? —Me echo hacia atrás en la silla—. Seguid presionándome y lo descubriréis.

Saben que no voy de farol. Después de la muerte de Riccardo, pasé seis meses aprendiendo a desvanecerme por completo. A borrarme de cada base de datos, cada rastro. Fue algo que hice para no ahogarme en el dolor.

Pietro se aclara la garganta. —Tres meses es razonable.

—Está bien. —Mamma yergue los hombros, cambiando de tema con la eficacia de quien ha gestionado cenas de la mafia durante décadas—. Valentino llega mañana.

Nuestro primo de Sicilia, el que dirige la seguridad de Mamma y de su hermana, Carmela.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta Pietro, aunque su expresión revela que ya lo sabe.

—El tiempo que haga falta. —Los dedos de Mamma recorren el borde de su taza de café—. La situación en Sicilia es... delicada.

Traducción: alguien está intentando matar a nuestra familia allí.

Nico levanta la vista de su móvil. —¿Los Greci?

—Entre otros. —La voz de Pietro tiene ese tono particular que significa que pronto empezarán a caer cadáveres—. Necesitaremos los contactos de Valentino.

—Vittoria, tú le actualizarás los permisos de seguridad cuando llegue —dice Pietro.

Asiento.

—Bien. —Se pone en pie, indicando que el desayuno ha terminado—. Nico, a mi despacho. Tenemos que hablar del cargamento de Miami.

Salen uno tras otro y yo sigo sentada, mirando mis huevos fríos.

Nora recoge las tazas de café vacías; sus movimientos son eficientes y silenciosos. Me sostiene la mirada un momento antes de desaparecer por la puerta de la cocina.

El silencio se alarga.

Mamma no se va. En su lugar, se sienta en la silla de al lado.

—Vittoria. —Su mano cubre la mía sobre la mesa. Sus dedos están fríos, elegantes, adornados con la alianza de diamantes que Papà le regaló hace treinta años—. ¿Cuándo nos volvimos así?

Me quedo mirando nuestras manos.

—¿Así cómo?

—Como extrañas. —La palabra sale suave, herida—. Solías contármelo todo. Cuando eras pequeña, te metías en mi cama durante las tormentas y me susurrabas tus secretos al oído.

Eso fue antes de que aprendiera lo que significan realmente los secretos.

—Crecí. —Retiro la mano, buscando el zumo de naranja como si necesitara algo a lo que aferrarme—. Las cosas cambian.

—No tienen por qué. —Se acerca más y noto un ligero temblor en su voz—. Sé que no fui... sé que siempre fuiste la hija de tu padre. Su pequeña sombra. Pero me encantaba veros juntos. La forma en que se te iluminaban los ojos cuando él entraba en una habitación.

Se me cierra la garganta.

Basta. No hagas esto.

—Él ya no está, Mamma.

—Lo sé. —Se le quiebra la voz—. Yo también lo echo de menos. Todos los días. Pero perderlo a él no significa que tengamos que perdernos la una a la otra.

Me obligo a mirarla.

Aria Sartori sigue siendo hermosa. Rayas plateadas surcan su cabello oscuro y finas líneas enmarcan sus ojos, pero se desenvuelve con la sobriedad de la reina que siempre ha sido. Fuerte. Elegante. *Amable.*

Esa es la peor parte.

Es genuinamente amable. Hace donaciones a organizaciones benéficas, recuerda el cumpleaños de cada empleado, envía flores a las esposas de los hombres que trabajan para nuestra familia.

Mi madre es una buena persona.

Y le estoy mintiendo a la cara.

—¿Vittoria? —Frunce el ceño por lo que sea que vea en mi expresión—. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Todo.

Tu marido tenía otra familia. Otra mujer. Hijos. La mantuvo oculta como un secreto sucio, y nos enteramos después de que muriera. Pietro lo sabe. Nico, Lorenzo, Bruno; todos lo saben. Y decidimos que tú no podrías soportarlo. Que la verdad te destrozaría.

Así que sonreímos, mentimos y fingimos que Giuseppe Sartori era el marido perfecto, el padre perfecto, el Don perfecto.

Y cada vez que miras su foto con lágrimas en los ojos, me entran ganas de gritar.

—No pasa nada. —Las palabras me saben a ceniza—. Solo estoy cansada.

—Te estás alejando de mí. —Su mano busca la mía de nuevo y esta vez no puedo evitar estremecerme—. Te has estado alejando durante dos años. Desde que Riccardo...

—No. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía—. Por favor. No lo metas a él en esto.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

No puedo seguir con esto.

—Tengo trabajo. —Me aparto de la mesa y las patas de la silla chirrían contra el suelo de madera—. Protocolos de seguridad para la llegada de Valentino. Debería...

—Vittoria María Sartori. —Su voz me detiene en seco. El nombre completo. El que usaba cuando rompí su jarrón favorito a los siete años, cuando me escapé a una fiesta a los quince, cuando le dije que dejaba el MIT para trabajar para la familia.

Primero Amanda y ahora mi madre.

Me vuelvo lentamente.

Ahora está de pie, con las manos juntas frente a ella como si estuviera rezando. Quizá lo esté haciendo.

—No sé qué hice —dice en voz baja—. No sé por qué ya no puedes mirarme a los ojos. Pero soy tu madre. Sea lo que sea, sea cual sea el secreto que guardas... puedo soportarlo. Soy más fuerte de lo que crees.

No. No lo eres.

Ninguno de nosotros lo es.

—No hay ningún secreto, Mamma. —Fuerzo mis labios en algo parecido a una sonrisa—. Solo estoy estresada por todo este asunto del matrimonio. Ya sabes cómo me pongo.

No me cree. Lo veo en la forma en que se le tensa la mandíbula, en el ligero entrecerrar de ojos. Pero es demasiado Sartori para presionar cuando sabe que no llegará a ninguna parte.

—Está bien. —Se alisa la falda, recomponiéndose—. Hablaremos más tarde. Cuando estés lista.

Nunca estaré lista.

Me marcho antes de que pueda verme las manos temblar.



Dmitri

La caja de terciopelo pesa en mi palma.

Llevo mirándola tres minutos. Quizá cuatro. El dependiente merodea por algún sitio detrás de mí, probablemente sudando y preguntándose si estoy a punto de atracarlo o de comprarle la mitad del inventario.

Ni lo uno ni lo otro.

Simplemente estoy aquí parado como un puto idiota, pensando en anoche.

Vittoria.

Es exactamente como la imaginaba. Más afilada. Más exasperante. *Perfecta.*

No soy un hombre que hable durante horas. La charla trivial me aburre. Las conversaciones de negocios cumplen un propósito y luego terminan. ¿Pero la voz de Vittoria en mis oídos? Eso es algo totalmente distinto. El hechizo de una sirena enredándose en mi cráneo, haciéndome desear escucharla leer una maldita lista de la compra con tal de que no dejara de hablar.

Le pregunté por la sesión de entrenamiento. Cómo se las apañó para que mis hombres entendieran protocolos de seguridad complejos en cuatro horas.

Empezó a explicármelo. Algo sobre arquitectura de código e integración de redes neuronales y reconocimiento de patrones de comportamiento. Sus manos se movían mientras hablaba, gesticulando ante pantallas invisibles, trazando diagramas en el aire. Sus ojos oscuros se iluminaron como si hubiera olvidado quién estaba sentado frente a ella.

Entendí quizá el treinta por ciento de los tecnicismos.

Escuché cada uno de ellos.

—La clave es hacer que el sistema sea intuitivo —había dicho, inclinándose un poco hacia delante—. Tus hombres no necesitan entender el algoritmo. Necesitan confiar en que cuando la pantalla parpadea en rojo, algo va mal. He construido la interfaz basándome en ese instinto.

Construido. Como si lo hubiera creado de la nada. Porque así fue.

Esta mujer podría hackear bases de datos gubernamentales, hundir mercados de valores, probablemente iniciar guerras con un portátil.

Luego bostezó.

Solo un pequeño detalle. Su mano subiendo para cubrirse la boca, esas pestañas oscuras aleteando contra sus mejillas, todo su cuerpo suavizándose por un momento de descuido.

Jodidamente hermosa.

Quise llevármela a casa. Meterla en mi cama. Verla dormir. Montar guardia en la puerta hasta la mañana.

Una locura. Lo sé.

Pero he aceptado mi particular clase de locura en lo que a Vittoria Sartori se refiere.

—Esta —le digo al hombre, abriendo por fin la caja de terciopelo de nuevo.

—Excelente elección, señor Baganov. ¿Se la envuelvo?

—No. —Cierro la caja con un chasquido y me la guardo en el bolsillo—. Yo me ocupo.

Fuera, el tráfico de la tarde de Chicago avanza lentamente mientras me acomodo en el asiento trasero de mi coche. Igor espera al volante, con el motor ya en marcha.

—¿Adónde vamos, jefe?

—A la mansión. Tengo que organizar una entrega.

La caja de terciopelo me quema contra el pecho mientras conducimos.

Mañana por la noche. Otra cena. Otra oportunidad de verla luchar contra su atracción mientras finge que apenas tolera mi presencia. Otra oportunidad de resquebrajar esos muros que ha construido. Muros que reconozco porque yo construí otros idénticos a mi alrededor.

Pero primero, este regalo.

Toda guerra comienza con un primer movimiento. Toda seducción empieza con un solo roce.

Probablemente lo odiará. Me lo tirará a la cara.

Pero pensará en ello. En mí.

Se lo preguntará.

Y el preguntarse es el primer paso hacia el deseo.

Suena mi teléfono.

—Habla.

—Jefe. —La voz de Yuri tiene ese tono particular, el que significa que está intentando no reírse—. Esto te va a encantar.

Recoloco la caja de terciopelo en mi bolsillo. —¿Qué pasa?

—Rogers. El idiota estadounidense. —Una pausa—. Ha enviado flores a la mansión de los Sartori.

—Flores.

—No solo flores, jefe. *Flores.* —Yuri suelta una risita—. Megan dice que cubren todo el salón. Rosas, lirios, orquídeas... el hombre ha comprado las existencias de la mitad de las floristerías de Chicago. Hay una tarjeta del tamaño de un plato llano disculpándose por faltar a su cita.

La risa brota de lo más profundo de mi pecho. La dejo salir; un sonido bajo y ronco que hace que Igor me mire por el espejo retrovisor.

Flores.

James Rogers cree que puede ganarse a Vittoria Sartori con *flores.*

—¿Cuánto? —pregunto, aún divertido.

—Megan estima que unos quince o veinte mil dólares. Los camiones de reparto bloquearon la entrada de la propiedad durante una hora. Pietro no estaba contento.

Puedo imaginármelo. Vittoria de pie en un mar de pétalos, con sus ojos oscuros inexpresivos por la molestia.

Lo odia. Sé que lo odia.

No porque las flores sean ofensivas por naturaleza. Sino porque Rogers eligió la cantidad sobre el detalle. Lanzó dinero a un problema sin entender cuál era el problema en realidad.

Vittoria no quiere ser enterrada en rosas. Quiere ser *deseada.*

Quiere a alguien que se dé cuenta de cuándo está cansada. Alguien que pregunte por sus algoritmos de seguridad y escuche de verdad la respuesta.

Rogers la miró y vio a una princesa de la mafia. Un premio.

Yo la miré y vi a una mujer que podría poner imperios de rodillas con un ordenador portátil y seguir bostezando como una gatita somnolienta a medianoche.

—¿Debería preocuparme por esto? —pregunta Yuri—. Claramente está intentando volver al juego.

Considero la cuestión.

James Rogers. Veintiocho años. Niño de papá jugando a ser hombre de negocios. Su familia vende coches de lujo a gente con más dinero que gusto. Es bastante guapo, supongo. Refinado. El tipo de hombre con el que madres como Aria Sartori sueñan para sus hijas.

Inofensivo.

Eso es lo que representa. Una conexión segura y legítima. Sin sangre en las manos. Sin enemigos acechando en las sombras. Sin interrogatorios en almacenes ni cadáveres desapareciendo en el lago Michigan.

Hace un mes, podría haber sido una amenaza.

Ahora está dando palos de ciego. Probablemente su padre lo llamó, furioso por las fotos filtradas de su prometida secreta. Exigió

que James arreglara este desastre antes de que les costara la alianza con los Sartori.

Cumpliendo órdenes.

Casi siento lástima por él.

Casi.

—No —le digo a Yuri—. No es una preocupación. Solo es un niño haciendo lo que su padre le dice.

—¿Y si se convierte en una preocupación?

—Entonces me ocuparé yo.

Las palabras salen fáciles. Naturales. Porque son ciertas.

Podría acabar con James Rogers esta misma noche si quisiera. Una llamada telefónica. Un accidente discreto. Un atraco que sale mal en el barrio equivocado. Su familia guardaría luto, la policía no investigaría nada y Vittoria nunca lo sabría.

Pero no tiene mérito matar a un cachorro.

A menos que muerda.

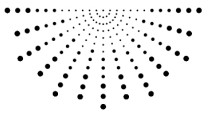
—Sigue vigilándolo —digo—. Y dile a Megan que me informe de cómo reacciona Vittoria a las flores.

—Ya se lo he preguntado. Me ha dicho que... —Yuri hace una pausa, claramente leyendo un mensaje—. Dice que Vittoria echó un vistazo al salón, dijo «tienes que estar de broma» y volvió a su habitación. No ha salido desde entonces.

Perfecto.

Termino la llamada y me recuesto contra el asiento de cuero.

CAPÍTULO QUINCE



VITTORIA

Los protocolos de seguridad para la llegada de Valentino se emborronan en mi pantalla. Llevo veinte minutos mirando la misma matriz de acceso, pero mi cerebro se niega a cooperar. Mañana, mi primo aterriza desde Sicilia y necesito tener listos sus permisos.

Mi teléfono vibra. Amanda, probablemente, queriendo detalles sobre la cena de anoche. La ignoro.

Concéntrate, Vittoria.

Vuelvo a abrir el archivo de Valentino. El hombre es un paranoico de la seguridad, lo que, sinceramente, facilita mi trabajo. Él realmente *utilizará* los protocolos que yo establezca en lugar de tratarlos como sugerencias, como solía hacer Bruno.

Unos golpes en la puerta interrumpen mi concentración.

—¿Vittoria? —la voz de mamma se filtra a través de la puerta—. Alguien te ha enviado un regalo. Está en el salón.

Mis dedos se congelan sobre el teclado.

—Ya voy —respondo, guardando mi trabajo.

El camino hacia el salón se me hace más largo de lo habitual. Me sorprendo a mí misma alisándome el jersey como si estuviera a

punto de enfrentarme a un pelotón de fusilamiento en lugar de a un paquete.

Contrólate. Solo es un regalo.

Doblo la esquina del salón y me quedo muerta.

Flores.

No solo flores. Una *explosión* de flores. Rosas en todos los tonos de rojo imaginables, desde el burdeos profundo al rosa pálido y al rojo sangre. Lirios. Cubren la mesa de centro, las mesas auxiliares, el suelo cerca de las ventanas. Jarrones de cristal bordean cada superficie disponible, con su contenido desbordándose como algo salido del sueño febril de una funeraria.

Se me revuelve el estómago.

—¿No es precioso? —mamma aparece a mi lado, con la mano sobre el corazón—. Debe de haber doscientas rosas aquí. Quizás más.

Doscientos cadáveres, pienso. *Doscientos seres vivos, cortados del tallo para que puedan morir lentamente en cristal caro para el deleite visual de alguien.*

Odio las flores.

No las que crecen. Tengo tres suculentas en el alféizar de mi ventana que he logrado mantener vivas durante dos años. Pero ¿*esto*? ¿Este derroche de vida para aparentar? ¿Cortar algo hermoso de sus raíces solo para verlo marchitarse en un jarrón?

Es bárbaro. Y la gente llama monstruos a *mi* familia.

—¿Quién las ha enviado? —mi voz suena plana.

—James Rogers —mamma sonríe radiante como si acabara de anunciar que me ha tocado la lotería—. Se está disculpando por cancelar vuestra cena. La tarjeta dice...

—No me importa lo que diga la tarjeta.

Me adentro más en la habitación, con mis pies descalzos crujiendo sobre los pétalos dispersos que ya han caído. Seres muertos desprendiéndose de trozos muertos. Qué poético.

El arreglo debe de haber costado una fortuna. Miles de dólares gastados en algo que será basura en una semana.

Idiota.

Dmitri no haría esto.

El pensamiento surge sin querer, y odio que sea verdad. Dmitri es muchas cosas, pero no es *estúpido*. No malgastaría dinero en algo tan obviamente desacertado. Anoche, en la cena, prestó atención. *Escuchó* cuando hablé de mis sistemas de seguridad, incluso cuando sus ojos se nublaron durante las partes técnicas. Hizo preguntas.

Él sabría que una mujer que se gana la vida construyendo sistemas de vigilancia no quiere que compren su afecto con plantas moribundas.

¿Pero James Rogers? James Rogers ve a una «esposa trofeo» y piensa en *flores*, *joyas* y *grandes gestos* porque eso es lo que a los hombres como él les han enseñado que funciona. Tírale suficiente dinero a una mujer y acabará abriendo las piernas por gratitud.

Se me tensa la mandíbula.

—Vittoria —el tono de mamma se vuelve cortante—. Al menos podrías agradecer el gesto. El pobre chico está claramente prendado de ti.

El pobre chico tiene una prometida secreta, me dan ganas de gritar. *Al pobre chico lo pillaron con otra mujer y tuvo que cancelar nuestra cita porque su verdadera novia se enteró.*

Pero no puedo decir eso sin explicar *cómo* lo sé, lo cual significaría admitir que Dmitri me lo contó, lo que abriría toda una nueva línea de interrogatorio para la que no estoy preparada.

—Es excesivo —me giro para mirarla—. Y un derroche. Y completamente impersonal.

—Es *romántico*.

—Es un hombre tirando dinero a un problema en lugar de pensar realmente en lo que yo podría querer —hago un gesto hacia la masacre floral que nos rodea—. ¿Preguntó cuál es mi flor favorita? ¿Consideró que tal vez, solo tal vez, yo podría tener *preferencias*? ¿O simplemente llamó a una floristería y dijo «dadme todo lo que sea rojo»?

La expresión de mamma cambia de complacencia a confusión y luego a preocupación en el lapso de tres segundos.

—Cara, solo son flores.

—No, mamma. Es una declaración —recojo la tarjeta sin leerla y la arrugo en mi puño—. Dice: «Tengo dinero y estoy dispuesto a

gastarlo en ti, así que deberías estar agradecida». No dice «te veo» ni «te entiendo» ni nada que requiera un esfuerzo real.

Las rosas parecen burlarse de mí con sus pétalos perfectos y su belleza manufacturada. Mañana empezarán a marchitarse. En tres días, el agua se volverá turbia. Para la semana que viene, el servicio las estará tirando, y James Rogers habrá pasado a su siguiente gran gesto, sin considerar ni una sola vez que tal vez algunas mujeres no quieren ser enterradas en cadáveres caros.

Respiro hondo. Una vez, y otra más.

—Devuélvelas.

Mamma parpadea. —¿Qué?

—Todas ellas. Hasta la última. Devuélveselas a Rogers con una nota que diga «No, gracias» —dejo caer la tarjeta arrugada sobre el arreglo más cercano—. No las quiero en esta casa.

—Vittoria, no puedes simplemente...

—*Ahora*, mamma.

La palabra sale alta y clara. La boca de mamma se cierra de golpe, y sus ojos se abren de par en par como si le hubiera dado una bofetada.

La culpa me recorre, pero la reprimo. Estoy tan cansada de que me manejen. Cansada de que mi futuro se negocie en mesas de comedor. Cansada de hombres que creen que pueden comprarme con flores muertas y sonrisas gastadas.

—Tengo trabajo que hacer —paso por su lado hacia el pasillo—. Valentino llega mañana y sus permisos de seguridad no se van a configurar solos.

No miro atrás.

El perfume de las rosas me sigue por el pasillo, pegándose a mi ropa como un fantasma. Para cuando llego a mi habitación, me tiemblan las manos.



Llaman a la puerta pasadas las nueve, cuando finalmente he logrado obligar a mi cerebro a volver al modo de trabajo.

—Adelante.

Megan entra; trabaja para nosotros. Su coleta rubia se balancea mientras sostiene una pequeña caja de terciopelo. —Alguien ha enviado esto para usted, señorita Sartori.

Me aparto del escritorio. —¿Quién?

—Dijo que se llamaba Igor —coloca la caja en mi mesita de noche como si pudiera morderla—. De parte de Dmitri Baganov.

Cómo no.

—Gracias, Megan.

Ella asiente y sale, cerrando la puerta con un suave clic.

La caja se queda ahí, burlándose de mí con su elegancia. Lo suficientemente pequeña como para caber en mi palma. Ya sé que es una joya. Algún collar de diamantes hortera o unos pendientes destinados a marcarme como su propiedad antes de que se haya ganado siquiera el derecho.

La agarro, dispuesta a indignarme.

Una nota doblada descansa encima. Su letra es marcada, inclinada y segura.

Lleva esto mañana en la cena. —D

—Imbécil presuntuoso —murmuro, abriendo la tapa.

Me quedo con la boca abierta.

No es una joya.

Es un plug. Un pequeño plug de oro rosa con una delicada base de cristal que atrapa la luz. Del tipo que Amanda me ha enseñado en fotos, riendo sobre cómo su último novio le compró uno. Del tipo que va *dentro*.

El calor inunda mi cuerpo tan rápido que casi se me cae la caja.

No lo ha hecho.

Lo miro fijamente, con mi cerebro cortocircuitado entre la furia y algo más. Una sensación que pulsa bajo mi vientre y hace que mis muslos se aprieten involuntariamente.

Vaya si lo ha hecho.

Mis dedos tiemblan mientras deposito la caja como si estuviera contaminada. Lo cual es cierto. Con su audacia. Con su completa y

absoluta *desfachatez*.

Cojo mi teléfono, escribiendo tan rápido que casi rompo la pantalla.

Eres un imbécil.

Tres puntos aparecen de inmediato. Porque, por supuesto, está despierto. Por supuesto, está esperando.

Te lo pondrás.

Se me tensa la mandíbula. ***Ni hablar.***

Es una orden, solnyshko.

Las palabras me golpean como un impacto físico. *Una orden.*

Debería estar furiosa. *Estoy* furiosa. Me tiemblan las manos, mi pulso golpea en las sienes, y hay esta sensación tensa y caliente en mi pecho que quiero llamar rabia.

Pero no es solo rabia.

Es la forma en que su orden resuena en mi cabeza. La forma en que mi cuerpo responde a esas tres palabras como si lo hubiera entrenado para ello. El recuerdo de su boca cerca de mi oído en el restaurante, prometiendo que me tendría suplicando.

Nunca suplicaré.

Respondo: ***Yo no acepto órdenes tuyas.***

Su respuesta llega en segundos. ***Lo harás.***

Dios. *Dios.*

Tiro el teléfono sobre la cama y camino hacia la ventana, apoyando la frente contra el cristal frío. En algún lugar ahí fuera, Dmitri Baganov está sentado en su club o en su ático o donde sea que los monstruos pasen sus noches, sonriendo a su teléfono como si ya hubiera ganado.

No ha ganado.

No me lo pondré. No le daré la satisfacción de saber que se me ha metido bajo la piel. Que ahora mismo, mi cuerpo se siente como un cable de alta tensión, soltando chispas y peligroso, porque un hombre al que conozco desde hace semanas me ha enviado un *juguete sexual* con instrucciones.

¿Qué clase de persona hace eso?

La misma clase que admite estar acosándote. Que promete asesinar a cualquier otro que intente casarse contigo. Que te llama

«pequeño sol» mientras describe exactamente cómo te tomaría en la mesa de un restaurante.

Cierro los ojos, pero eso solo lo empeora. Detrás de mis párpados, veo sus ojos de color gris pálido siguiendo cada uno de mis movimientos. Siento su aliento contra mi cuello. Escucho esa voz profunda volviéndose un gruñido.

Mi reflejo me devuelve la mirada desde la ventana, las mejillas encendidas, los labios entreabiertos. Parezco alguien que ya ha perdido.

No he perdido.

Me niego a perder.

Pero tampoco puedo quedarme aquí vibrando como una cuerda pulsada mientras él está sentado al otro lado de la ciudad, satisfecho de sí mismo.

Ducha fría. Eso es lo que necesito. Agua helada para sacar esta locura de mi sistema de un golpe y recordarle a mi cuerpo que no puede tomar decisiones sin la aprobación de mi cerebro.

Me quito la ropa y entro en el cuarto de baño, girando el mando hasta que el agua sale gélida. El primer chorro golpea mi piel como agujas, y jadeo, obligándome a permanecer bajo el asalto.

Piensa en códigos. Piensa en cortafuegos. Piensa en los protocolos de seguridad de Valentino.

Pero mi mente sigue volviendo a esa caja de terciopelo. Al peso del plug en mi palma. A la forma en que él espera que entre en la cena mañana con esa cosa *dentro de mí*, sabiéndolo él mientras yo me siento frente a él fingiendo que nada es diferente.

Quiere desequilibrarme. Distraerme. Que piense en él cuando debería estar pensando en cualquier otra cosa.

Y maldita sea, está funcionando.

Me quedo bajo el agua fría hasta que me castañetean los dientes y se me entumece la piel. Luego me envuelvo en una toalla y vuelvo a mi habitación, evitando deliberadamente mirar la caja de mi mesita de noche.

Mi teléfono vibra.

No debería mirar. Sé que no debería mirar.

Miro.

Dulces sueños, solnyshko.

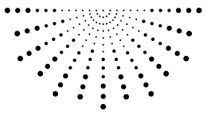
Lanzo el teléfono al otro lado de la habitación.

Cae sobre mi almohada, con la pantalla hacia arriba, su mensaje brillando en la oscuridad como una mofa.

No me lo voy a poner.

No lo haré.

CAPÍTULO DIECISÉIS



DMITRI

Vittoria está sentada frente a mí en Celestine, en la misma mesa que reservé la última vez.

Tiene la mandíbula tensa de esa forma particular que significa que alguien está a punto de arrepentirse de haberle llevado la contraria. Sus ojos oscuros echan chispas contra el menú que aún no ha abierto. Sus dedos tamborilean sobre el mantel blanco con un ritmo que rezuma una furia contenida.

Preciosa.

Elio espera cerca de la entrada, lo bastante lejos para darnos privacidad, pero lo bastante cerca para no servir de nada si decido hacer algo con la tensión que chisporrotea entre nosotros. Los Sartori solo han enviado a un guardia esta noche. Un progreso, tal vez. O una prueba.

Levanto mi copa de vino. Doy un sorbo pausado. Espero.

Los ojos de Vittoria se clavan en los míos.

—¿Así es como te acercas a las mujeres? —Su voz corta la música ambiental del piano—. ¿Enviándoles... *cosas* y esperando que simplemente accedan a cualquier fantasía retorcida que hayas urdido?

Dejo la copa en la mesa. —No.

Ella arquea las cejas, sorprendida de que haya respondido con tanta sencillez.

—En realidad, es la primera vez que hago algo así. —Mantengo un tono uniforme, coloquial—. Pero volveré a hacerlo. Por ti.

El color sube a sus mejillas.

—Esto no formaba parte de nuestro trato. —Se inclina hacia delante, bajando la voz para que Elio no pueda oírla—. Tres meses para demostrar que eres tolerable, ¿recuerdas? No tres meses para que me trates como a una especie de...

—Respeto tus condiciones —la interrumpo, sosteniéndole la mirada—. El plazo. Tu derecho a marcharte. Pero lo que yo elija darte, lo que decida hacer *por* ti, es algo que me corresponde determinar a mí.

Vittoria se ríe.

—Tú no mandas aquí, Baganov. —Se echa hacia atrás, cruzándose de brazos. El movimiento hace cosas interesantes en su escote que me obligo a no mirar—. No puedes enviarme juguetes sexuales y actuar como si me estuvieras haciendo algún tipo de favor.

—¿Te lo has puesto?

—No.

La palabra cae entre nosotros como un desafío. Vittoria levanta la barbilla, desafiante. Esos ojos oscuros me retan a contraatacar.

Me inclino hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa. Lo bastante cerca para percibir el sutil aroma floral de su perfume mezclado con algo más cálido debajo. Algo que es simplemente *ella*.

—Tarde o temprano aprenderás a obedecer mis órdenes, solnyshko. —Mantengo la voz baja, íntima—. Sé que puedes ser mi chica buena cuando quieres.

Sus labios se parten. Un rubor le trepa por el cuello.

—No voy a caer en nada de esto. —Hace un gesto vago entre nosotros—. Los comentarios posesivos, los regalos, el... sea cual sea el juego al que estés jugando. No funcionará conmigo.

Estudio su rostro. El pulso acelerado visible en la base de su garganta. La forma en que sus dedos han dejado de tamborilear con

furia y ahora aprietan el borde del mantel.

Mentirosa.

—Ya lo veremos. —Me recuesto, dejando que la tensión se prolongue un momento antes de cambiar de tercio—. ¿Qué te gustaría cenar esta noche?

Vittoria parpadea ante el repentino cambio de tema. Abre la boca y la vuelve a cerrar.

—¿En serio... me estás preguntando por la comida ahora mismo?

—Te estoy preguntando en serio por la comida. —Señalo el menú intacto frente a ella—. A menos que prefieras seguir discutiendo tu resistencia a mi encanto. Me parece bien de cualquier manera.

Ella agarra el menú. Lo escanea con más intensidad de la que merece.

—Vieiras a la plancha —dice finalmente—. Con el risotto de trufa.

—Excelente elección.

Le hago una seña al camarero. Pido sus vieiras, un chuletón para mí y otra botella de Barolo. El camarero asiente y se retira.

Vittoria lo ve alejarse y luego se vuelve hacia mí con los ojos entrecerrados. Sigue desconfiando. Sigue esperando a ver por dónde salgo ahora.

Chica lista.

Me acomodo en la silla. Meto la mano con naturalidad en el bolsillo de mi chaqueta. Mis dedos encuentran el pequeño mando que he llevado encima toda la noche.

Vittoria alarga la mano hacia su copa de vino. Se la lleva a esos labios perfectos.

Pulso el botón.

El efecto es inmediato. Devastador.

Se le ponen los ojos en blanco. La copa de vino resbala, casi estrellándose contra la mesa antes de que ella la agarre con los nudillos blancos. Un sonido estrangulado escapa de su garganta, mitad jadeo, mitad gemido, mientras el vino salpica su barbilla.

Se aferra al borde de la mesa con ambas manos. Los nudillos están níveos. Su pecho sube y baja con fuerza. Esos ojos oscuros, cuando finalmente logran enfocar, están nublados por el impacto y algo mucho más interesante.

Joder.

He visto cosas hermosas en mi vida. Amaneceres sobre el lago Michigan. El jardín de mi madre en plena floración. La primera nevada del invierno cubriendo la finca.

Nada de eso es comparable a ver a Vittoria Sartori asimilar que esa cosa de cristal que se introdujo es un vibrador con control remoto.

Y que yo lo controlo.

Su boca se mueve en silencio. Las mejillas encendidas. Las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecen casi negros.

—Por favor... —La palabra sale rota. Desesperada—. *Para*.

Suelto el botón.

La vibración cesa. Vittoria se desploma ligeramente hacia delante, respirando con dificultad. El pelo le ha caído sobre la cara, ocultando su expresión por un breve momento.

Entonces levanta la vista.

Si las miradas matasen, yo me estaría desangrando en este suelo. Sus ojos prometen asesinato. Un asesinato lento, doloroso y creativo que involucra cada cubierto de esta mesa.

Nunca he estado más excitado en mi vida.

—Eres... —Apenas puede articular palabra—. Eres un auténtico *bastardo*.

—Dijiste que no lo llevabas puesto. —Ladeo la cabeza, manteniendo mi expresión neutral a pesar del calor que se acumula en mi bajo vientre—. Me has mentido, solnyshko.

—Voy a matarte. —Le tiembla la voz. No sé si de furia o de excitación residual. Posiblemente por ambas cosas—. Voy a buscar el cuchillo más afilado de este restaurante y...

—Baja la voz. —Hago un gesto hacia Elio, que nos observa con preocupación desde su puesto cerca de la puerta—. A menos que quieras que tu guardia sepa por qué te cuesta tanto quedarte quieta.

La mandíbula de Vittoria se tensa tanto que casi puedo oír rechinar sus dientes.

Se limpia el vino de la barbilla con una servilleta. Se alisa el pelo con dedos temblorosos. Se yergue con un esfuerzo visible hasta

volver a ser la viva imagen de la elegancia serena.

Casi.



Vittoria

Ha sido un error.

Lo supe en el momento en que me introduje esa cosa esta tarde, de pie en mi cuarto de baño como una idiota, diciéndome a mí misma: *Él no lo sabrá*. No puede ver a través de la ropa. No puede leer la mente. Me lo pondría solo para demostrar que no le tenía miedo, luego me lo quitaría antes de la cena y me reiría de lo patético que era su pequeño juego de poder.

Excepto que no me lo quité.

Y ahora estoy sentada frente a Dmitri Baganov en un restaurante con estrella Michelin, con los muslos tan apretados que tengo calambres, el pulso martilleando entre mis piernas y mi cerebro gritando: *¿Por qué coño te has hecho esto a ti misma?*

Las vibraciones se detuvieron hace treinta segundos, pero mi cuerpo no se ha dado por aludido. Sigo en tensión, sigo al borde del abismo al que me arrastró con nada más que la presión de su pulgar en ese maldito mando. Si lo hubiera mantenido otros diez segundos —tal vez cinco— me habría corrido aquí mismo. En la mesa. Con Elio sentado a cinco metros.

Chica buena.

Su voz resuena en mi cráneo.

Odio lo mucho que quiero volver a oírla.

—Esta es la última vez —digo, y mi voz suena más firme de lo que me siento. Una pequeña victoria—. La última vez que haces algo así. Jamás.

Dmitri ladea la cabeza. El mando ha desaparecido pero aún puedo ver el rastro de su sonrisa burlona. No es del todo una sonrisa. Es algo más oscuro. Más satisfecho.

—¿Ah, sí?

—Lo digo en serio. —Alcanzo mi vaso de agua, agradecida de que no me tiemble la mano—. Sea cual sea el juego al que crees que estás jugando...

—No estoy jugando a nada, solnyshko. —Se recuesta en su silla, completamente a gusto. Como si no acabara de provocarme en público. Como si esto fuera un lunes cualquiera—. Te lo pusiste. Te recompensé. Sencillo.

Recompensé.

El calor inunda mis mejillas. Quiero arrojarle el agua a la cara. Quiero saltar sobre esta mesa y...

No. De ninguna de las maneras.

—No me lo puse por ti —le espeto.

Arquea una ceja. Solo un poco. —¿Entonces por qué lo hiciste?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, y no tengo respuesta. Al menos no una que esté dispuesta a decir en voz alta.

Porque tenía curiosidad.

Porque nunca había tenido uno y quería saber qué se sentía.

—No lo sé —admito.

La expresión de Dmitri no cambia.

—Inténtalo de nuevo.

—¿Perdona?

Él se inclina hacia delante. —Sabes exactamente por qué te lo pusiste. Solo que no quieres admitirlo.

—¿Y cuál es tu teoría? —Imito su postura, negándome a retroceder—. Ya que parece que lo sabes todo sobre mí.

—Te lo pusiste porque quieres recibir órdenes. —Su voz se vuelve profunda—. Quieres obedecer como la chica buena que eres.

Se me revuelve el estómago. —Eso no es...

—Quieres que yo domine tu cuerpo. —Lo dice como si fuera un hecho. Como algo tan obvio que no admite debate—. Simplemente tienes miedo de admitirlo.

—No. —La palabra sale demasiado rápido. Demasiado a la defensiva—. Me lo puse porque...

—Porque yo te lo dije.

Abro la boca. La cierro. Mi cerebro se apresura a buscar una respuesta que no le dé la razón.

Porque querías ver si seguías sus órdenes.

Porque a una parte de ti le gustaba que le dijeran qué hacer.

—Esto era una prueba —continúa Dmitri. Sus dedos recorren el borde de su vaso de whisky. Despacio. Deliberadamente—. No sabía si realmente te lo pondrías. Tenía la esperanza. Pero no estaba seguro.

Se me cierra la garganta. —¿Una prueba?

—Mm. —Esa casi sonrisa otra vez—. Y has aprobado. O suspendido, según se mire.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

Se echa hacia atrás. Me estudia como si fuera un código que por fin ha descifrado.

—Significa que tenía razón contigo, solnyshko. Eres sumisa. —La palabra aterriza entre nosotros como una granada—. Quieres que alguien tome el control. Que tome las decisiones. Que te diga exactamente qué hacer y cuándo hacerlo.

El calor me trepa por el cuello. —Yo no... eso no es...

—Y voy a darte eso. —Su voz se vuelve ronca—. Voy a hacerte sentir cosas que nunca has sentido. Empujarte más allá de cada límite que crees tener. Darte el mejor sexo de tu vida. —Hace una pausa—. Todas y cada una de las veces.

Lo miro fijamente.

El pulso me retumba en los oídos. Entre las piernas. Contra las costillas.

Sumisa.

La palabra resuena en mi cabeza. Sé lo que significa. No soy idiota. He visto cosas por internet. He leído artículos. Pero yo nunca... yo no...

¿O sí?

El plug de cristal sigue dentro de mí. Pesado. Presente. Un recordatorio constante de que seguí su orden. De que una parte de

mí *quería* seguirla.

Pero eso no significa...

—Lo estás procesando —observa Dmitri. Como si pudiera leer mis pensamientos desfilando por mi cara—. Bien. Tómate tu tiempo.

—Necesito... —Se me quiebra la voz. Me aclaro la garganta—. Necesito un minuto.

Él asiente una vez. —Por supuesto.

Me aparto de la mesa. Siento las piernas inestables al ponerme de pie, pero las obligo a funcionar. Me obligo a caminar con normalidad por delante de las demás mesas, por delante del pianista.

El baño es de mármol y oro. Iluminación suave. Flores frescas en jarrones de cristal. Me encierro en una cabina y apoyo la espalda contra la puerta fría.

Respira.

Mi reflejo me devuelve la mirada desde el espejo de enfrente. Mejillas sonrosadas. Ojos brillantes. Labios hinchados como si me hubieran besado, aunque él no me ha tocado.

Sumisa.

Me tiemblan las manos mientras me sujeto al borde del lavabo. El cristal dentro de mí se mueve con el movimiento y reprimo un sonido.

Te lo pusiste.

No tenías por qué hacerlo.

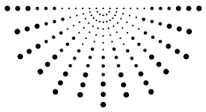
Podrías haberlo tirado, haber bloqueado su número.

Pero te lo pusiste.

Me echo agua fría en la cara. Me la seco con la toalla más suave que he tocado nunca. Miro a la mujer del espejo que se parece a mí pero que se siente como una extraña.

Me yergo. Me aliso el vestido. Compruebo que mi maquillaje no se haya corrido.

CAPÍTULO DIECISIETE



VITTORIA

Abro la puerta.

Dmitri se mueve tan rápido que no me doy cuenta hasta que mi espalda golpea la pared. Su cuerpo me acorrala, con una mano apoyada contra el papel pintado junto a mi cabeza, la otra...

Sus dedos se envuelven alrededor de mi garganta. No con fuerza. Sin hacerme daño. Simplemente están *ahí*. Una promesa y una amenaza entrelazadas.

—Dmitri... —empiezo a protestar, pero la palabra muere en mi boca porque, en realidad, no quiero que se detenga.

Sus ojos se clavan en los míos, leyendo cada microexpresión, cada latido de mi pulso contra su palma. Lo sabe. Siempre lo sabe.

Entonces me besa.

No es delicado. No es tierno. Su boca reclama la mía como si llevara semanas muerto de hambre y yo fuera lo único que pudiera salvarlo. Su lengua se abre paso entre mis labios, saboreando, tomando, exigiendo todo lo que tengo.

Mis manos encuentran su pecho, con los dedos enroscándose en la tela de su camisa.

Su agarre en mi garganta se aprieta lo justo para que me dé vueltas la cabeza, y en su lugar me derrito contra él.

Cuando se aparta, ambos respiramos con dificultad. Su pulgar recorre mi mandíbula, con la ligereza de una pluma contra mi piel encendida.

—Hermosa —murmura, más para sí mismo que para mí.

Entonces levanta la otra mano.

El mando descansa en su palma como una granada a la que ya le han quitado la anilla.

El pánico inunda mi sistema. —Ni se te ocurra...

Su pulgar presiona el botón.

La vibración me golpea como un relámpago, robándome cualquier pensamiento. Mis rodillas flaquean y me agarro a sus antebrazos solo para mantenerme en pie. El gemido que escapa de mis labios es vergonzoso: desesperado, necesitado y *fuerte*.

—Eso es, solnyshko. —Su voz baja a un susurro ronco contra mi oído—. Deja que te oiga.

—No puedo... —jadeo, con las uñas clavándose en su piel a través de la camisa—. Alguien...

—No va a venir nadie. —Sus labios rozan mi sien—. Solo tú.

La vibración se intensifica. O tal vez es igual y simplemente estoy perdiendo la cabeza. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo se concentra en ese único punto de sensación, creciendo y creciendo hasta que no puedo respirar.

—Estás tan mojada por mí. —Sus dientes rozan el lóbulo de mi oreja—. Lo has estado toda la noche. Sentada frente a mí, fingiendo que no estabas chorreando, fingiendo que no querías exactamente esto.

—Dmitri... —Su nombre sale roto, fracturado.

—Lo sé, malyshka. —Me besa en la comisura de los labios—. Sé lo que necesitas.

Su mano libre se desliza por mi cuerpo, sobre mi cadera, con los dedos presionando mi muslo a través del vestido. Sin tocar donde más lo necesito. Simplemente *ahí*. Añadiendo presión sin alivio.

—Por favor...

La palabra se me escapa antes de que pueda evitarlo.

Su sonrisa se curva contra mi mejilla. —Ahí está.

Me besa de nuevo, tragándose mis gemidos mientras el placer llega al máximo. Su lengua acaricia la mía al mismo ritmo que las vibraciones, y me rompo.

El orgasmo me atraviesa como un incendio forestal, robándome el aliento, el equilibrio, la cordura. Le agarro los brazos tan fuerte que podría dejarle moratones, y no me importa. No puede importarme. No puedo pensar en nada excepto en las olas de sensación que recorren mi cuerpo.

Cuando finalmente aterrizo, temblando y desmadejada contra la pared, Dmitri apaga el mando.

Su mano deja mi garganta para acunar mi rostro, inclinándolo hacia arriba. Su beso esta vez es más suave. Casi tierno. Una recompensa por darle lo que quería.

Lo que yo quería, susurra una voz traicionera.

Él se aparta, con los ojos buscando mi rostro.

—Buena chica —murmura.

Entonces se aleja.

El aire fresco invade el espacio entre nosotros y me desplomo contra la pared, con las piernas todavía temblando.

Dmitri se ajusta los puños como si no hubiera pasado nada. Como si no acabara de hacerme correrme en el baño de un restaurante.

—La cena se está enfriando —dice, con esa sonrisa burlona y exasperante asomando en sus labios—. Le diré a Elio que necesitabas un momento.

Se marcha.

Me quedo allí, con el corazón acelerado, el vestido descolocado y la mente dando vueltas.

Presiono las palmas de las manos contra la fría pared de azulejos y me obligo a respirar.

Inhala. Exhala. Inhala. Exhala.

Mis piernas aún tiemblan.

Será cabrón.

Se ha ido. Simplemente *se ha ido*.

Me miro en el espejo. Mejillas encendidas. Labios hinchados. Ojos demasiado brillantes, demasiado salvajes. Parezco una mujer a la que acaban de arruinar por completo.

Porque así ha sido.

Una risa burbujea en mi pecho. Me tapo la boca con la mano para ahogarla.

Se va a arrepentir tanto de esto, joder.

El pensamiento se asienta en mis huesos y, de repente, dejo de temblar. Una sonrisa lenta se extiende por mi rostro.

Dmitri Baganov cree que ha ganado este asalto.

Cree que me ha doblegado, que me ha reducido a un despojo que gime y suplica y al que puede controlar con un botón.

Se equivoca.

Esto ha sido *perfecto*. Esto era exactamente lo que necesitaba para entenderlo. Me ha mostrado sus cartas esta noche. Su necesidad de control, su obsesión con mis reacciones, su debilidad por mi rendición.

La información es poder. Y Dmitri acaba de entregarme un arma cargada.

Abro el grifo y mojo un trozo de papel, presionándolo contra mis mejillas calientes. La humedad fresca me ayuda a despejar la cabeza. Me aseo lo mejor que puedo, haciendo una mueca ante la humedad entre mis muslos. *Chorreando* no era una exageración.

Mi mano se detiene en mi cadera.

El vibrador.

Debería quitármelo. La parte lógica de mi cerebro me grita que elimine la prueba de su control.

Pero ¿dónde lo pongo?

Este vestido no tiene bolsillos. Mi bolso de mano es del tamaño de una tarjeta de crédito. No puedo volver exactamente a la mesa con un vibrador de oro rosa en la mano mientras Elio me mira.

Cazzo.

Me ajusto el vestido, aliso la seda y decido que el vibrador se queda donde está.

Compruebo mi reflejo una última vez. Perfecta. Serena. Como si no hubiera pasado nada en absoluto.

Que empiece el juego, Baganov.

Empujo la puerta del baño y salgo al restaurante.

El ruido ambiental me envuelve. Todo se ve exactamente igual que antes. Los demás comensales no tienen ni idea de que a tres metros de distancia, un mafioso ruso ha hecho que una princesa Sartori se corra de esa manera en el baño.

Mantengo la espalda recta, la barbilla alta.

Entonces lo veo.

Dmitri está sentado a nuestra mesa, con un brazo apoyado casualmente en el respaldo de su silla y una copa de vino en la otra mano. Parece completamente relajado. Satisfecho. Como un depredador que acaba de terminar una caza exitosa.

Nuestros ojos se encuentran a través de la sala.

Su mirada sigue mi aproximación, catalogando cada detalle. Observo cómo cambia su expresión, solo por un instante. Un destello de sorpresa. Luego algo más oscuro. Más hambriento.

Bien.

Esperaba que volviera alterada. Avergonzada. Quizá incluso lo bastante enfadada como para marcharme.

En lugar de eso, camino hacia él como si fuera la dueña de este restaurante y de todos los que están en él.

Me deslizo en mi asiento frente a él, alargando la mano hacia mi copa de vino como si no hubiera pasado nada.

Elio está ahora más cerca. Ha percibido que hay tensión entre nosotros.

—Elio —digo con dulzura, sin romper el contacto visual con Dmitri—. ¿Podrías darnos un momento?

Mi guardia duda. Siento su confusión sin mirarlo.

—Solo cinco minutos —añado—. Prometo que no lo apuñalaré con un cuchillo de mantequilla.

Elio murmura algo entre dientes pero se desplaza a una mesa cerca de la entrada, lo bastante lejos para darnos privacidad pero lo bastante cerca para intervenir si es necesario.

Dmitri me observa con esos ojos calculadores, intentando interpretar el cambio en mi actitud.

—Pareces... recuperada —dice con cautela.

—Lo estoy. —Doy un sorbo lento al vino, dejando que el silencio se prolongue—. Ha sido divertido.

Su ceja tiene un tic. —¿Divertido?

—Mmm. —Dejo la copa.

Me inclino ligeramente hacia delante, bajando la voz.

—Tarde o temprano, vas a follarme, Dmitri. Ambos lo sabemos. —Las palabras salen más firmes de lo que me siento—. *Quiero* que lo hagas. No voy a fingir lo contrario.

Su agarre se tensa sobre la copa de vino. La única grieta en su compostura.

—Pero. —Levanto un dedo—. No vas a ganar tan fácilmente. ¿Crees que enviarme un juguete y hacerme correrme en público significa que me tienes calada?

Me pongo en pie, alisándome el vestido.

—Ni siquiera has arañado la superficie.

Me doy la vuelta y me alejo, sintiendo su mirada quemándome la espalda a cada paso.

Te toca mover ficha, Baganov.



Dmitri

Me quedo sentado a la mesa como un hombre al que le han pegado un tiro pero que aún no ha notado la herida. El camarero se acerca, me mira a la cara una vez y se retira.

Sus palabras resuenan en mi cráneo. La confianza en su voz. La forma en que se ha marchado sin mirar atrás, con la espalda recta, la barbilla levantada, ese puto vestido pegándose a unas curvas que aún puedo sentir bajo mis palmas.

Se equivoca. La tengo perfectamente calada.

En lo que me he equivocado es en mí mismo.

El mando pesa en mi bolsillo. Inútil ahora. Lo saco, le doy vueltas entre los dedos. Oro rosa. Completamente inadecuado para la mujer que llevaba su pieza compañera a una cena con su guardaespaldas a un metro de distancia.

Vittoria Sartori me ha mirado fijamente a los ojos y me ha dicho que no he ganado.

Blyad.

Me bebo mi whisky de un trago. El ardor no sirve de nada para calmar el calor que se enrosca en lo bajo de mis entrañas. Sus gemidos aún resuenan en mis oídos; esos pequeños sonidos desesperados que intentaba tragarse, la forma en que su cuerpo se arqueaba contra el mío, sus uñas clavándose en mi antebrazo con la fuerza suficiente para dejar marcas.

El camarero reaparece con la cuenta. Firmo sin mirar, dejo suficiente efectivo para comprar su silencio y saco el móvil.

Yuri responde al primer tono. —Jefe.

—¿Dónde está?

—El SUV acaba de pasar la salida de Lake Forest. Se dirigen a la base.

A casa. A salvo tras muros y guardias y hermanos que me destriparían si supieran lo que acabo de hacerle a su hermana en el baño de un restaurante.

—No le quites los ojos de encima hasta que esté dentro.

—Entendido. —Otra pausa—. ¿Todo ha ido bien?

Me río. Suena hueco incluso para mí. —Va a ser mi fin, Yuri.

—Lo dices como si fuera una novedad.

Termino la llamada y me recuesto, dejando que el peso de la noche presione mi pecho.

Esta noche he demostrado exactamente lo que soy.

He presionado demasiado, demasiado rápido. Pero ella lo llevaba puesto. Se ha sentado frente a mí con ese desafío ardiendo en sus ojos oscuros, retándome a hacer algo al respecto.

Y lo he hecho.

Y ahora estoy sentado solo en un restaurante con una erección de espanto y el sabor de ella aún en mis labios.

Tal vez no. Pero sé esto: no se lo ha quitado. Estoy seguro de que no. Cuando se ha marchado, cuando ha despedido a su guardia, cuando se ha inclinado sobre la mesa y ha soltado esa frase demoledora, todavía llevaba mi regalo puesto.

Mi polla late ante el pensamiento.

Me acomodo bajo la mesa, agradecido de que el restaurante esté casi vacío. El personal finge no notar a su cliente más peligroso sentado inmóvil en un reservado privado, mirando a la nada.

Debería irme a casa. Darme una ducha fría. Revisar los informes de seguridad que Igor dejó en mi escritorio. Hacer cualquier cosa excepto lo que realmente quiero hacer, que es seguirla hasta esa base, trepar por su ventana y terminar lo que empezamos.

Metido en ella hasta los huevos.

La imagen me golpea como un puñetazo en el estómago. Vittoria abierta bajo mi cuerpo, todo ese fuego y desafío suavizándose mientras la penetro. Esos ojos afilados volviéndose nublados. Su boca formando mi nombre.

Lo he imaginado mil veces desde la gala. Desde que me miró como si fuera algo peligroso y luego *huyó*.

Mi teléfono vibra. Yuri otra vez.

Está dentro. Puerta asegurada.

Escribo de vuelta: *Bien. Retiraos por esta noche.*

Estoy a mitad de camino hacia mi coche cuando mi teléfono vibra de nuevo. No es Yuri esta vez.

Aleksander.

Mi pulgar se queda suspendido sobre la pantalla. Debería haberle llamado después de lo que pasó con Natalia. Debería haberme interesado, asegurarme de que estaba bien tras descubrir esos diarios. En lugar de eso, he estado demasiado consumido por Vittoria.

Respondo. —Hermano.

—No llamaste. —La voz de Aleksander no conlleva reproche. Solo constata un hecho. Siempre ha sido el calmado, el pacificador entre nosotros. El que repara los daños que dejo a mi paso.

—Lo sé. —Me apoyo contra el coche, dejando que el frío aire de Chicago corte el calor que aún hierve bajo mi piel—. ¿Cómo está ella?

—Mejor. —Una pausa. Aleksander exhala—. Lo del caballo ayudó. Ayer pasó tres horas en los establos. Ha llamado al potrillo Mishka.

Osito. Algo se afloja en mi pecho. —Bien.

—Fue una mentira piadosa, Dmitri. Decirle que Papá quería que fuera ella quien le pusiera nombre.

—Papá habría querido que dejara de llorar. —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendo—. Le di algo que hacer. Eso es todo.

Aleksander no insiste. Nunca lo hace. Eso es lo que lo hace peligroso a su manera. Espera, paciente como la piedra, hasta que te quiebras tú solo.

—Karolina se quedará en la finca unos días más —continúa—. Le preocupa que Natalia esté sola.

—Natalia tiene personal. Guardias. No está sola.

—Sabes a lo que me refiero.

Lo sé. Karolina siempre ha sido la "mamá gallina", aunque es once años más joven que yo.

—Dile a Karolina que se tome todo el tiempo que necesite —digo —. La familia puede arreglárselas sin ella.

—Se lo diré. —Otra pausa. Más larga esta vez. Oigo el tintineo de hielo en un vaso. Aleksander está bebiendo. Eso no es propio de él —. ¿Cómo está, Dmitri? Papá. ¿Cómo está realmente?

La pregunta aterriza como un golpe en el plexo solar.

Miro fijamente la entrada del restaurante, observando a una pareja joven salir riendo. No tienen ni idea de que a seis metros, un hombre está de pie contemplando cómo decirle a su hermano que su padre se está muriendo.

—No muy bien. —La admisión me raspa la garganta.

Silencio. Luego la respiración de Aleksander, temblorosa y entrecortada.

—*Blyad*. —Su voz se quiebra—. ¿Él... tiene dolores?

—Lo mantienen controlado. Morfina. Otras cosas. —Me paso una mano por el pelo, de repente agotado—. Está lúcido la mayoría de

los días. Sigue dando órdenes. Sigue diciéndome que no estoy listo para ser pakhan.

—Llevas años estando listo.

—Él no lo cree. —La amargura se filtra antes de que pueda detenerla—. Me quiere casado. Establecido. Una esposa para demostrar a las otras familias que soy estable.

—¿Y la chica Sartori?

Se me tensa la mandíbula. —¿Qué pasa con ella?

—Vas detrás de ella. Me lo dijo Igor.

Por supuesto que sí. Igor y Aleksander han sido íntimos desde niños. No hay secretos entre ellos.

—Es complicado.

Aleksander se ríe, pero no tiene ninguna gracia. —Contigo, hermano, siempre es complicado. No haces nada por el camino sencillo.

—Ella es... —Me callo, buscando palabras que no existen. ¿Cómo explico a Vittoria Sartori?

—Es única —digo finalmente—. No me tiene miedo.

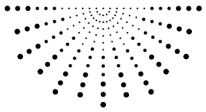
—Todo el mundo te tiene miedo, Dmitri.

—Ella no. —Pienso en sus ojos en aquel baño, oscuros y desafiantes incluso mientras se deshacía en mis brazos—. Me mira como si fuera un problema con solución.

—Tal vez lo seas.

—Tal vez. —Me separo del coche—. Debería dejarte. Es tarde.

CAPÍTULO DIECIOCHO



VITTORIA

Bruno está sentado en su silla de ruedas junto a la ventana, con los hombros rígidos y la mandíbula apretada con ese ceño fruncido permanente que lleva desde que despertó del coma. Tiene cuarenta años, pero ahora parece mayor. Más duro. Como si alguien lo hubiera esculpido en granito y se hubiera olvidado de añadirle la calidez.

Valentino está de pie junto a la estantería, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho. Nuestro primo llegó hace tres días y ha pasado más tiempo en esta habitación que en cualquier otro lugar del complejo. Sus rasgos y las distinguidas canas en las sienes le dan el aspecto de haber salido directamente de una vieja película italiana. De esas en las que todos mueren al final pero se ven hermosos mientras lo hacen.

—No tienes por qué quedarte —me gruñe Bruno sin apartar la vista de la ventana.

Me acomodo más a fondo en el sillón que me he agenciado. —No he pedido permiso.

Sus dedos tamborilean contra el brazo de la silla de ruedas. *Toc, toc, toc.* El ritmo de un hombre tramando algo. —No quiero

compañía.

—¿Entonces por qué sigue Valentino aquí?

El silencio se extiende entre nosotros. Los ojos oscuros de Valentino se dirigen a Bruno y luego vuelven a mí. No habla; solo se santigua con ese gesto católico automático suyo, como si le pidiera paciencia a Dios.

La verdad pesa en la habitación, tácita. Bruno tolera a Valentino porque nuestro primo no lo trata como si estuviera roto. No le ofrece ayuda, ni lástima, ni esas miradas cautelosas que el resto de nosotros no parecemos poder controlar. Valentino simplemente *está*. Sólido. Presente. Sin pedir nada.

¿Y el resto de nosotros? Le recordamos a Bruno todo lo que ha perdido.

—Pietro te ha enviado para ver cómo estoy —dice Bruno tajante —. Dile que sigo respirando. Eso debería calmar su sentimiento de culpa.

—Pietro no me ha enviado.

Bruno finalmente gira su silla. El movimiento es brusco; se ha vuelto aterradoramente hábil maniobrando ese trasto. Sus ojos oscuros me clavan en el sitio, fríos y crueles de una forma que nunca antes lo habían sido. —Entonces ha sido Mamma. Queriendo asegurarse de que su pobre hijo lisiado no ha hecho nada *drástico*.

Se me oprime el pecho. —He venido porque quería verte.

—*Cazzate.*— Gilipolleces. Escupe la palabra como si fuera un arma. —Nadie quiere verme, sorellina. Quieren ver al que solía ser. El chico de oro. El heredero. El que se suponía que iba a liderar esta familia antes de... —Su voz se corta. El brazo de la silla de ruedas cruje bajo su agarre.

Valentino se mueve entonces. No hacia Bruno, sino hacia el pequeño carrito de bebidas junto a la pared. Sirve dos vasos de whisky. Sin decir palabra, deja uno en la mesa al lado de la silla de Bruno.

Bruno lo mira fijamente durante un largo rato. Luego, su mano se cierra alrededor del vaso.

—Grazie —murmura.

Valentino asiente una vez. Nada más.

Así es como se comunican ellos. Valentino no llena el silencio con palabras de consuelo. No le dice a Bruno que las cosas mejorarán. Simplemente se queda. Sirve copas. Se sienta en el rincón a limpiar su pistola mientras Bruno monta en cólera contra las paredes.

Es más de lo que el resto de nosotros hemos logrado.

—Las mejoras de seguridad están terminadas —digo, virando hacia terreno más seguro—. Tus permisos están activos, Val. Biometría, códigos de acceso, todo.

A Valentino le tiembla la mandíbula. Sigue odiando el apodo, que es exactamente por lo que lo uso. —Bene. ¿Y los sensores del perímetro?

—Se instalaron ayer. Cámaras activadas por movimiento en la valla norte, imágenes térmicas en la del este. Si alguien se acerca a menos de doscientos metros, lo sabré.

—Imágenes térmicas —el labio de Bruno se curva—. Estás convirtiendo este lugar en una prisión.

—Os estoy manteniendo a salvo.

—¿De qué? —Se ríe, y el sonido me raspa la piel como cristales rotos—. Las balas ya me encontraron, Vittoria. Tus cámaras llegan dos años tarde.

Me obligo a no estremecerme.

Valentino deja su propio vaso con un seco *clink*. —Basta. —Suficiente. Su voz conlleva el peso de la autoridad del viejo mundo, esa que se adquiere al dirigir la seguridad de la propiedad de nuestra abuela en Sicilia—. Ella está protegiendo a la familia. Eso es lo que hacemos.

Bruno entrecierra los ojos. Por un momento, creo que también arremeterá contra Valentino. Pero algo pasa entre ellos y Bruno aparta la mirada.

—Está bien —murmura—. Juega con tus cámaras. No cambiará nada.

Me levanto, alisando mis manos sobre los vaqueros para ocultar el temblor. —Os dejo con vuestro concurso de melancolía. Intentad no superaros el uno al otro en amargura.

Bruno no responde. Valentino me cruza la mirada mientras paso, con expresión indescifrable. Pero me dedica un levísimo

asentimiento.

Sigue intentándolo, dice ese gesto. *Todavía está ahí dentro, en alguna parte.*

Ojalá me lo creyera.

La puerta se cierra detrás de mí y me apoyo contra la pared del pasillo, presionando las palmas de las manos sobre los ojos. El móvil me vibra en el bolsillo.

Dmitri.

Pienso en ti, solnyshko. ¿Cenamos mañana?

Me quedo mirando el mensaje.

Mis pulgares se mueven antes de que pueda detenerlos.

Siempre estás pensando en mí. Es inquietante.

Su respuesta llega de inmediato.

Te gusta.

¿Lo peor?

Que no se equivoca.

Mis pulgares revolotean sobre el teclado.

Cena no.

Empiezo a caminar hacia mi habitación, viendo cómo aparecen los tres puntos.

¿Qué quieres entonces?

Me detengo ante la puerta de mi dormitorio, apoyándome en el marco. *¿Qué quiero yo?* Esa es la cuestión, ¿no? Quiero dejar de pensar en él cada vez que cierro los ojos. Quiero dejar de recordar el peso de su mano en mi garganta en aquel baño del restaurante, la forma en que bajó la voz cuando me llamó *solnyshko*.

Quiero verle en algún lugar que no sea su territorio. En algún sitio donde no pueda controlar cada variable.

Teatro.

La respuesta tarda demasiado.

Cuento los segundos. Cinco. Diez. Quince. Mi sonrisa se ensancha.

Apuesto a que nunca has pisado un teatro.

Dentro de mi cuarto, me quito los zapatos y me desplomo sobre la cama. Las sábanas están frescas contra mi espalda. El móvil vibra.

Te llevaré a la ópera si es lo que quieres.

Suelto una carcajada. La imagen de Dmitri Baganov —un metro ochenta y pico de músculo de la Bratva en sus trajes, con manos que definitivamente han roto huesos— aguantando tres horas de tragedia griega es casi demasiado buena.

¿Tú? ¿Sentado quieto durante toda una ópera? Me lo creeré cuando lo vea.

Mientras tú estés allí, aguantaré lo que sea.

Se me entrecorta la respiración.

Maldito sea.

Me pongo boca abajo, hundiendo la cara en la almohada. ¿Qué demonios me hace este hombre? Un minuto está amenazando con asesinar a cualquiera que me mire, y al siguiente está prometiendo soportar la ópera solo para pasar tiempo conmigo.

Cojo el móvil de nuevo, desesperada por una distracción.

Eres un trozo de pan.

Le doy a enviar antes de pensarlo demasiado. Las palabras son deliberadamente ridículas; el tipo de cosa que le dirías a un golden retriever, no a un hombre como él.

Su respuesta es inmediata.

Retira eso.

Me presiono la mano sobre la boca para ahogar la risa.

No. Oficialmente eres un trozo de pan. Ya consta en acta.

Vittoria.

Solo mi nombre. Pero puedo *oír* el gruñido detrás. Puedo imaginar su mandíbula tensándose, sus dedos apretando el teléfono con fuerza suficiente para romper la pantalla.

Me río en la almohada.

Buenas noches, trozo de pan.

Pagarás por eso.

Promesas, promesas.

Apago el teléfono antes de que pueda responder, todavía riendo.



Dmitri

Trozo de pan.

Ella sabe exactamente lo que hace. Esa pequeña provocación, envuelta en burbujas de texto inocentes, diseñada para hacerme hervir la sangre. Vittoria Sartori cree que puede provocar al oso y salir ilesa.

Ya te mostraré lo que este trozo de pan le hace a las princesitas respondonas.

Ya estoy redactando mi respuesta cuando mi móvil vibra con una llamada entrante.

La identificación de la llamada dice: *Enfermera Katya.*

Se me cae el alma a los pies.

—Señor Baganov. —Su voz es calmada. Demasiado calmada. Ese tipo de serenidad profesional que le enseñan al personal médico—. Su padre está teniendo algunas dificultades esta tarde. El doctor está de camino.

—¿Qué clase de dificultades? —Ya me estoy moviendo, apartándome del escritorio. Los papeles vuelan. No me importa.

—Su respiración se ha vuelto forzada. La presión arterial está bajando. El doctor cree que...

—Voy para allá.

No espero a su respuesta. El teléfono sigue en mi mano mientras atravieso el pasillo trasero del club, apartando a un camarero que lleva una bandeja de vasos. Se hacen añicos detrás de mí. Alguien maldice.

Ahora no. Por favor, todavía no.

La oración me resulta extraña en la lengua. Dejé de creer en Dios cuando tenía dieciséis años, arrodillado sobre la sangre en el suelo

de un almacén. Pero ahora esas palabras me suben por la garganta de todos modos.

Marco el número de Aleksander mientras salgo a toda prisa por la salida trasera.

—Hermano. —Su voz es tranquila, relajada. Aún no lo sabe.

—Lleva a todo el mundo a la casa. —Mi voz sale ronca, como si me hubieran raspado la garganta—. Ahora.

Silencio. Después: —¿Cómo de grave?

—Lo suficiente. Karolina, Natalia, todos. Llámalos.

—Me encargo.

Se corta la comunicación. Confío en que Aleksander lo manejará.

Mi chófer aparece con el coche antes de que llegue al bordillo. Debe de haberme visto correr en el monitor de seguridad. Buen hombre. Me acordaré de esto más tarde.

—A la mansión —le ladro, deslizándome en el asiento trasero—. Rápido.

El motor ruge. Los neumáticos chirrían contra el asfalto.

Mi padre se está muriendo.

Lo sé desde hace meses.

Pero saberlo y *sentirlo* son bestias completamente distintas.



La puerta del dormitorio está abierta.

Papá yace en el centro de la enorme cama, empequeñecido por las almohadas y los monitores. Tiene los ojos cerrados. Su pecho no se mueve.

Durante tres segundos, no puedo respirar.

He llegado demasiado tarde.

Entonces sus dedos se mueven contra las sábanas blancas, y la presión en mi pecho se libera tan rápido que tengo que agarrarme al marco de la puerta.

—Señor Baganov. —El doctor Petrov aparece a mi lado, cerrando la mano sobre mi brazo—. Una palabra, por favor.

No quiero marcharme. Quiero sentarme al lado de mi padre, estrechar su mano como no lo he hecho desde que tenía ocho años y él me enseñó que los hombres Baganov no lloran. Pero el apretón del médico es insistente, y dejo que me lleve al pasillo.

La puerta se cierra tras nosotros.

—¿Cuánto queda? —Mi voz suena vacía. Firme. La voz que uso cuando ordeno ejecuciones.

La cara del doctor Petrov me lo dice todo antes de hablar. —Una semana. Quizá menos.

Las palabras aterrizan en algún lugar distante, como si pertenecieran a la vida de otra persona. He sabido que esto llegaría desde hace meses. Me he preparado para ello. He hecho listas, planes de contingencia, he hablado con abogados y capitanes.

Nada de eso importa ahora.

—Antes —continúa el doctor, con su acento marcándose como me sucede a mí cuando estoy cansado—, se ha angustiado mucho. Lloraba. Llamaba a alguien. —Hace una pausa—. El nombre de una mujer. Yelena.

Mamá.

No reacciono. Mi rostro sigue siendo de piedra, mis hombros erguidos, mis manos relajadas a los lados. Esto es lo que él me enseñó. *Nunca muestres debilidad. Nunca dejes que te vean sangrar.*

—He aumentado su dosis de morfina —dice el doctor Petrov—. Debería estar tranquilo durante la noche. Sus hermanos...

—Están de camino.

Él asiente, con la compasión suavizando su expresión. Lo odio. Odio que me mire como si estuviera a punto de romperme, como si fuera una cosa frágil que necesita cuidados.

Soy el próximo pakhan. Yo no me rompo.

—Llámeme si algo cambia. —Me doy la vuelta antes de que pueda ofrecer más consuelos inútiles.

El balcón de la sala de estar de arriba da al este, hacia las luces de la ciudad de Chicago. Abro las puertas francesas y salgo al aire frío de la noche, con los pulmones ardiendo al inhalar.

Me tiemblan las manos.

Me doy cuenta con una curiosidad distante, como si estuviera observando el cuerpo de otra persona. Los temblores empiezan en las puntas de los dedos y suben hacia arriba, sutiles pero innegables.

La llama del mechero vacila con el viento. La protejo con la mano, y la primera calada de humo llena mis pulmones como si volviera a un lugar que odio.

Estaba llorando. Llamando a Mamá.

En treinta y ocho años, nunca he visto llorar a mi padre.

Pero esta noche, solo en la oscuridad, ha llorado por su difunta esposa.

Por un momento de locura, me entran ganas de llamar a Vittoria. Quiero oír su voz, afilada y desafiante, cortando esta oscuridad como lo corta todo lo demás. La quiero aquí, aunque no debería estar, aunque esta no sea una carga que ella deba llevar.

Quiero no estar solo.

El cigarrillo se consume hasta mis dedos. Dejo que lo haga, agradeciendo el pequeño dolor, el recordatorio de que sigo aquí, respirando todavía, siendo todavía el hijo que tiene que mantenerlo todo unido cuando todo se desmorona.

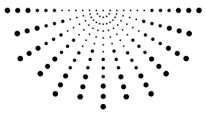
A mis espaldas, se oyen portazos de coches.

Mi familia está aquí.

Respiro hondo una vez más el aire frío, apago el cigarrillo contra la barandilla de piedra y compongo mi rostro con la máscara que Papá me enseñó a llevar.

Es hora de ser el pakhan.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Vittoria

El apartamento de Amanda me resulta tan familiar como mi propio dormitorio. De hecho, quizá más familiar. He pasado innumerables noches aquí desde la universidad, acurrucada en su ridículo sofá de terciopelo, comiendo comida para llevar y fingiendo que el mundo exterior no existe.

Esta noche necesito ese fingimiento más de lo habitual.

—¿Simplemente... ha cancelado? —Amanda me tiende una copa de vino—. ¿Sin explicaciones?

—Le ha surgido algo. —Doy un largo sorbo; el Pinot Grigio está fresco contra mi lengua—. Es literalmente todo lo que ha dicho.

Me hundo en su sofá —de terciopelo púrpura oscuro, porque Amanda no conoce la sutileza— y encojo los pies bajo el cuerpo. Su salón es un santuario al maximalismo. Espejos con marcos dorados, cojines en tonos joya apilados tan alto que podrías ahogarte en ellos. Todo lo contrario a mi espacio minimalista y lleno de tecnología en el complejo.

Probablemente por eso me encanta estar aquí.

—Le ha surgido algo —repite Amanda, sentándose a mi lado. Lleva un pijama de seda y su pelo platino está recogido en un moño

desordenado que, de alguna manera, parece de revista—. Eso es tan... vago. Sospechosamente vago.

Dímelo a mí.

Le ha surgido algo. Lo dejamos para otro momento.

Sin explicaciones. Sin disculpas. Sin indicación de cuándo volveríamos a quedar.

—A lo mejor se ha muerto alguien —murmuro.

—¡Vittoria!

—¿Qué? Es de la Bratva. Muere gente a su alrededor todo el tiempo.

Amanda me da un manotazo en el brazo. —Eso es oscuro incluso para ti.

No le falta razón. Pero algo en su mensaje me ha parecido... extraño. Dmitri Baganov no cancela. Él manipula, orquesta, controla cada variable hasta que el resultado coincide con su visión. El hombre saboteó literalmente mi cena con James Rogers solo para ocupar su lugar.

¿Así que por qué cancelar esta noche?

—En fin. —Amanda rellena su copa, aunque apenas la ha probado. Un clásico tic nervioso—. Basta de hablar de tu misterioso ruso. Tengo noticias.

—¿Noticias de verdad o noticias del tipo «me he comprado otro par de Louboutins»?

—Noticias de verdad. —Se muerde el labio y, de repente, parece menos una glamurosa dama de la alta sociedad y más la chica que conocí en el primer año de carrera: con los ojos brillantes y desesperada por conectar con alguien—. He conocido a alguien.

Me yergo en el asiento. —¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué me entero ahora?

—Se llama Dylan. Es fotógrafo; de fotografía artística de verdad, no de esa de Instagram. Nos conocimos en la inauguración de aquella galería la semana pasada. —Ahora habla rápido, las palabras se atropellan unas a otras—. Es inteligente, V. Pero inteligente de verdad. Y escucha cuando hablo, lo cual, al parecer, es raro en los hombres hoy en día...

—Amanda.

Se detiene. Toma aire.

—Parece estupendo —digo con cautela—. Entonces, ¿por qué tienes cara de terror?

Su sonrisa flaquea. Solo un segundo, pero me doy cuenta. Siempre me doy cuenta.

—Porque quiere ir despacio. —Se ríe, pero no hay humor en ello —. ¿Te lo imaginas? ¿Un tío que no quiere meterse en la cama a toda prisa? ¿Qué le pasa?

Nada, pienso. *Lo que pasa es que ir despacio significa que podrías tener que estar a solas con tus pensamientos.*

No lo digo. No hace falta. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo para eso.

Amanda creció en un ático tres veces más grande que este, criada por un elenco rotativo de niñeras mientras sus padres perseguían sus carreras por distintos continentes. Su madre es una ejecutiva de moda que habla cuatro idiomas y no puede recordar el cumpleaños de Amanda sin un recordatorio en el calendario. Su padre dirige algún fondo de inversión en Singapur y envía cheques en lugar de tarjetas de Navidad.

Aprendió pronto que las habitaciones vacías son el enemigo.

—Anoche me mandó un mensaje de buenas noches —continúa, agitando su vino—. Solo... buenas noches. Con un emoticono de una lunita. Y casi lo llamo para que viniera de todas formas porque el silencio en este apartamento era tan fuerte que no podía... —Se detiene. Traga saliva—. Dios, parezco patética.

—Pareces humana.

—Es lo mismo, ¿no?

Estiro el brazo y le aprieto la mano. Sus dedos están fríos a pesar de lo caldeado que está el apartamento.

—Quizá ir despacio sea bueno —le digo—. A lo mejor significa que realmente quiere conocerte, no solo...

—¿Acuéstate conmigo y desaparece? —Suelta un bufido—. Un concepto novedoso.

Mi móvil vibra. Lo ignoro.

—Deberías mirarlo —dice Amanda—. Podría ser tu misteriosa cancelación con una explicación.

Quiero decir que no me importa. Que Dmitri Baganov puede esperar a que el infierno se congele por lo que a mí me importan sus explicaciones.

Pero mis dedos ya están buscando el teléfono.

La pantalla brilla con un único mensaje: ***Lo siento. Una emergencia familiar. Te lo explicaré cuando pueda.***

Algo se relaja en mi pecho. Algo que no me había dado cuenta de que estaba tenso.

—¿Y bien? —Amanda se asoma por encima de mi hombro—. ¿Qué ha dicho?

—Emergencia familiar. —Me quedo mirando las palabras—. Se ha disculpado.

—¿Dmitri Baganov se ha disculpado? —Suelta un silbido bajo—. Debe de ser grave.

Debe de serlo.

Le respondo antes de podérmelo pensar demasiado: ***Espero que todo esté bien.***

Lo estará. Buenas noches, solnyshko.

—Estás sonriendo —me acusa Amanda—. ¡Estás sonriéndole al móvil como una mujer enamorada!

—No es verdad.

—Claro que sí. —Sonríe y, por un momento, parece más ligera. Menos atormentada por las habitaciones vacías y los padres ausentes—. Dios mío, en realidad te *gusta*.

Le tiro un cojín a la cabeza.

Ella lo atrapa, riendo, y de repente ambas nos reímos, y el vino se derrama, y el apartamento de Amanda ya no parece tan vacío.

Ni tampoco mi pecho.



Dmitri

La puerta de mi despacho se abre sin que nadie llame.

Entra Karolina. Lleva el pelo oscuro recogido y sus ojos reflejan un agotamiento que intenta ocultar. Se acomoda en la silla de cuero frente a mi escritorio.

Mi hermana. La psiquiatra. La que escapó de este mundo solo para seguir siendo arrastrada a él.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta.

Sirvo dos vasos de vodka. Deslizo uno por el escritorio. —Bien.

—Dmitri.

—He dicho que bien.

Coge el vaso pero no bebe. Se limita a mirarme con esa expresión que probablemente les pone a sus pacientes. Esa que dice *veo a través de tus mentiras.*

—Llevas en este despacho tres horas —dice—. Todos los demás están con él.

—Alguien tiene que gestionar las cosas.

—¿Gestionar qué? Son las dos de la mañana.

No respondo. Karolina deja el vaso intacto sobre el escritorio. —¿Por qué haces esto?

—¿Hacer el qué?

—Encerrarte en ti mismo. Cada vez que algo duele, desapareces. Te conviertes en... —Me señala—. Esto. El pakhan. El arma. Como si el resto de ti no existiera.

Se me tensa la mandíbula. —Hay trabajo que hacer.

—Siempre hay trabajo que hacer. Eso no es una respuesta. —Se inclina hacia delante—. Habla conmigo. No como tu hermana intentando arreglarte. Solo... habla. ¿Cuándo fue la última vez que le dijiste a alguien cómo te sientes realmente?

La pregunta cae en un lugar incómodo.

—No lo sé —admito.

Karolina asiente despacio. —Yo sí.

—Karolina...

—Padre amaba a Madre —dice, y su voz es firme con ese tono clínico que ha perfeccionado—. La amaba más que a nada en este mundo. Más que a la Bratva. Más que al poder. Definitivamente más que a nosotros.

Me quedo inmóvil.

—Cuando ella murió, él no supo qué hacer con ese amor. Así que lo volcó en convertirte en algo. Un arma. Un legado. Algo de lo que estar orgulloso. —Hace una pausa—. Olvidó que también debía amar a sus hijos. No solo moldearlos.

—Hizo lo que tenía que hacer.

—Te exigía cada vez más. Cada vez que tenías éxito, el listón subía. Cada vez que demostrabas tu valía, encontraba otra prueba. —Sus ojos sostienen los míos—. Nunca fuiste suficiente, Dmitri. No porque fallaras. Sino porque él no podía permitir que fueras suficiente. Si lo fueras, tendría que detenerse. Tendría que *verte* de verdad a ti en lugar de al fantasma de ella.

Mi mano se aprieta alrededor del vaso vacío. —No necesito sesiones de terapia.

—No, necesitas que alguien te diga la verdad. —Karolina se levanta, alisándose el vestido—. Te aterroriza que sin el arma, sin el pakhan, no quede nada. Que Padre tuviera razón al seguir presionando porque tal vez realmente no haya nada más en ti que lo que él construyó.

—Karolina.

—Pero lo hay. —Rodea el escritorio y se detiene junto a mi silla. Apoya la mano en mi hombro, un gesto de afecto poco común en una familia que demuestra el cariño a través de la lealtad, no del contacto—. Yo lo he visto. Aleksander lo ha visto. Incluso Natalia, que adora el suelo que pisas, sabe que hay un hombre bajo toda esa armadura.

No me muevo. No respiro.

—Padre se está muriendo —dice en voz baja—. Y cuando se haya ido, tú podrás decidir en quién te conviertes. Puedes seguir siendo el arma que él forjó. O puedes averiguar quién es realmente Dmitri Baganov.

Me aprieta el hombro una vez y luego lo suelta.

—Estaré con los demás. Cuando estés listo.

La puerta se cierra tras ella con un clic.

Karolina tiene razón.

Sé que tiene razón.

La silla de cuero cruje mientras me reclino, mirando el techo. Las sombras se estiran por el yeso, moviéndose con el parpadeo de la lámpara del escritorio. En algún lugar del pasillo, mi familia se reúne en torno a nuestro padre moribundo. Y yo estoy aquí. Solo. Haciendo exactamente aquello de lo que ella me ha acusado.

Retrayéndome. Desapareciendo en el arma.

El vodka quema al bajar. Me sirvo otro.

Esto es lo que Karolina no comprende, lo que ninguno de ellos comprende. Yo *sé* lo que soy. Siempre lo he sabido. La frialdad no es una armadura que me ponga. No es un mecanismo de defensa que desarrollara para sobrevivir a los estándares imposibles de nuestro padre.

Soy simplemente... yo.

Hay personas que son cálidas. Sienten las cosas con facilidad, las expresan libremente. Lloran en los funerales y ríen en las bodas y sus emociones fluyen como el agua, naturales y sin complicaciones. Aleksander es así. Natalia también.

Yo no.

Nunca lo he sido.

Cuando Madre murió, yo tenía dieciocho años. Suficiente edad para entender la muerte. Suficiente edad para ver a mi padre desmoronarse hasta convertirse en algo irreconocible. Mis hermanos lloraron. Se abrazaron. Necesitaban consuelo.

Yo me mantuve aparte. No porque no la amara. La amaba. Pero el dolor no salió en forma de lágrimas. Se asentó en un lugar más profundo. Se convirtió en algo que cargaba en lugar de algo que liberaba.

Padre se dio cuenta. Por supuesto que se dio cuenta.

—*Eres fuerte* —me dijo aquella noche, mientras mis hermanos dormían y mis hermanas lloraban hasta quedar exhaustas—. *Los demás sienten demasiado. Pero tú eres como yo. Algún día serás pakhan.*

Lo decía como un elogio.

Quizá lo fuera.

Karolina cree que puedo cambiar. Que una vez que Padre muera, tendré alguna opción sobre en quién convertirme. Como si hubiera estado interpretando un papel todos estos años, esperando permiso para ser alguien diferente.

Pero la gente no cambia. No de verdad.

Solo aprenden a fingir mejor.

He visto cómo ocurre. Hombres que afirman haber «encontrado a Dios» en prisión, solo para volver a las calles en el momento en que son liberados. Mi propio padre, que afirmó que sería diferente tras la muerte de Madre y luego pasó años convirtiéndome en su arma perfecta.

El mundo está lleno de mentirosos que se han convencido a sí mismos de que sus mentiras son una transformación.

Yo prefiero la honestidad.

Soy lo que soy.

Un monstruo.

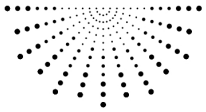
La palabra no me molesta. Es exacta.

Lo que me molesta es la idea de que deba fingir ser otra cosa. Que deba envolver mi naturaleza con un lenguaje bonito y explicaciones psicológicas. Que deba afirmar que estoy «trabajando en mi interior» o «intentando ser mejor» cuando ambos sabemos que es una actuación.

Al menos soy honesto con la oscuridad.

Al menos no hago promesas que no puedo cumplir.

CAPÍTULO VEINTE



VITTORIA

—Siéntate —dice Pietro desde detrás de su escritorio.

Nico permanece junto a la ventana, con los brazos cruzados y el rostro inexpresivo.

Me dejo caer en el sillón de cuero frente a Pietro. —¿Qué está pasando?

Mi hermano baraja unos papeles sobre su mesa. Una táctica dilatoria. Lo he visto hacerlo mil veces antes de dar una noticia que sabe que no me va a gustar.

—Ha llamado Rogers.

Se me tensa la espalda. —¿Y?

—Quiere cenar contigo.

—No.

La palabra sale seca. Rotunda. Ni siquiera necesito pensarlo.

Pietro suspira, apretándose el puente de la nariz. —Vittoria...

—He dicho que no. Voy a cumplir el periodo de prueba de tres meses con Dmitri. Ese fue el acuerdo.

—Esto no se trata de reemplazar a Baganov —la voz de Nico interviene desde su sitio junto a la ventana. No se ha movido, pero

sus ojos oscuros siguen cada una de mis reacciones—. Se trata de las apariencias.

Me giro para mirarlo. —¿De las apariencias?

—La familia Rogers representa conexiones comerciales legítimas —explica Pietro—. Conexiones que necesitamos independientemente de con quién te cases.

—Pues ve a cenar con él tú mismo.

A Pietro se le tensa la mandíbula. —Sabes que esto no funciona así.

Lo sé. Ese es el problema.

—A ver si lo he entendido bien —me echo hacia atrás en la silla, cruzando los brazos para imitar la postura de Nico—. ¿Queréis que tenga una cita con James Rogers solo para tener una excusa para decirle a su padre por qué no me voy a casar con él?

Silencio.

Entonces Nico asiente. —Sí.

Increíble.

—¿Me estáis pidiendo que desperdicie una noche con un hombre por el que no tengo el más mínimo interés, para que *vosotros* podáis mantener una relación comercial sin que parezca que los habéis rechazado de plano?

Pietro tiene la decencia de parecer ligeramente incómodo. —Dicho de esa manera...

—No hay otra manera de decirlo.

—La alianza con los Rogers importa —dice Nico—. Aunque no se selle con sangre. Darle a James una oportunidad justa —o la apariencia de dársela— facilita las negociaciones de cara al futuro.

—¿Facilita para quién?

—Para todos.

Odio esto. Odio que me muevan como a una pieza de ajedrez en su tablero. Odio que mis planes para cenar, mi tiempo, mi *vida* se decidan en conversaciones en las que no participo.

Pero entonces recuerdo algo.

La voz de Dmitri en mi oído en el Celestine, baja y divertida: *Rogers tiene prometida. Una secreta.*

Me muerdo el interior de la mejilla para no sonreír.

James Rogers no quiere esta cena más que yo. Está jugando al mismo juego que yo: tener a su padre contento mientras gana tiempo. La única diferencia es que yo conozco su secreto y él no sabe que yo lo sé.

Esto podría ser hasta entretenido.

—Está bien.

Mis dos hermanos me miran fijamente.

—¿Qué? —me encojo de hombros—. Queréis que vaya, iré. Una cena. Seré educada, y luego volveré a casa y le diré a Mamma que no es el indicado. Todos contentos.

Pietro entrecierra los ojos. —Eso ha sido demasiado fácil.

—¿Preferirías que montara una escena? ¿Que rompiera algo? ¿Que me fuera dando un portazo dramático?

—Preferiría saber qué estás tramando.

—Pienso que tienes razón —la mentira me sabe a miel en la lengua—. Una cena para cerrar la puerta adecuadamente. Tiene sentido.

Nico se separa de la ventana, estudiándome con esa intensidad inquietante que heredó de sabe Dios dónde. —Aceptas porque estás planeando algo.

—Acepto porque soy una jugadora de equipo.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora mismo. Crecimiento personal. Deberíais probarlo alguna vez.

La expresión de Nico no cambia, pero hay sospecha en sus ojos. Es demasiado listo para su propio bien.

—El sábado —dice Pietro—. A las siete. Va a hacer una reserva en...

—Déjame adivinar. ¿Algún sitio carísimo con raciones minúsculas y una lista de espera de tres meses?

—En el Bellini's.

Cómo no.

—Me pondré algo apropiado —me levanto, alisándome los vaqueros con las manos—. ¿Algo más?

Pietro niega con la cabeza. —Solo... sé civilizada.

—Siempre soy civilizada.

—Le dijiste a Marco Benedetti que su colonia olía a desesperación.

—Eso fue una observación, no un insulto. Y tenía razón: se divorció seis meses después.

Estoy casi en la puerta cuando Nico vuelve a hablar.

—Vittoria.

Me detengo, con la mano en el marco de la puerta. —¿Qué?

—Si Rogers dice o hace cualquier cosa que te incomode, se lo dices a Dante. Inmediatamente.

Algo en su tono hace que me dé la vuelta. El rostro de Nico sigue siendo indescifrable, pero hay un matiz protector bajo el hielo. El mismo que tienen todos mis hermanos, enterrado bajo sus diversas capas de daños colaterales.

—Puedo manejar a James Rogers.

—Sé que puedes. Eso no es lo que he dicho.

Por un momento, nos limitamos a mirarnos. Luego asiento.

—Se lo diré a Dante.

Me marcho antes de que cualquiera de los dos pueda añadir más condiciones, más advertencias, más recordatorios de que soy la princesa Sartori que necesita protección.

Bruno espera en el pasillo.

Su silla de ruedas bloquea el camino a las escaleras, colocada como si lo hubiera planeado. Quizá lo hizo. Sus ojos me siguen mientras salgo del despacho de Pietro, y ya puedo ver la tormenta gestándose tras ellos.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

Mantengo la voz ligera. Casual. —Nada importante.

—Nada importante —repite las palabras como si le supieran a podrido—. ¿Entonces por qué no se me llamó?

—Bruno...

—Todo es importante —su voz sube de tono, rebotando en los suelos de mármol y los techos altos—. Cada puta discusión que ocurre en esta casa me incumbe. Yo debería estar en esa habitación. Debería saber qué se está decidiendo.

—Se trataba de mis planes para cenar. Eso es todo.

—Gilipolleces.

La palabra restalla en el aire como un látigo. Las manos de Bruno aprietan los reposabrazos de su silla de ruedas, con los nudillos blancos contra el cuero. Hace dos años, esas manos podían romperle el cuello a un hombre. Ahora solo aprietan y sueltan, aprietan y sueltan, buscando algo que controlar.

La puerta del despacho de Pietro se abre detrás de mí.

—¿Qué pasa? —Pietro sale al pasillo, con Nico como una sombra a su espalda.

Bruno gira su silla para encararlos. —Lo que pasa es que se me está excluyendo. Otra vez. De los asuntos de mi propia familia.

—No estábamos discutiendo negocios —la voz de Pietro se mantiene nivelada, pausada. La voz del Don—. Estábamos hablando del horario de Vittoria.

—¡Me da igual si estabais hablando del puto tiempo! —el grito de Bruno resuena por el corredor—. Tengo derecho a estar presente. Tengo derecho a saber.

Pietro levanta una mano, con la palma hacia fuera. Un gesto tranquilizador. —Bruno. Respira.

—No me digas que respire.

—Entonces no me grites en mi propio pasillo.

—Tu pasillo —se ríe, pero no hay humor en ello—. Tu despacho. Tus decisiones. Harás de Don para todos los demás, Pietro, pero no tienes derecho a hablarme como si fuera uno de tus soldados.

La expresión de Pietro no cambia, pero veo cómo se le tensan los hombros bajo la chaqueta del traje.

—No te estoy tratando como a un soldado.

—Me estás tratando como si no existiera —Bruno avanza con la silla, acortando la distancia entre ellos—. Como si fuera un mueble. Un adorno. Algo que sacar para las cenas familiares y guardar cuando hay que hacer el trabajo de verdad.

—Eso no es...

—Yo soy el Don —la voz de Bruno se quiebra al pronunciar la palabra—. Fui entrenado para ello. Yo debería estar sentado detrás de ese escritorio, no pudriéndome en esta puta silla mientras tú tomas decisiones sin mí.

El silencio que sigue es asfixiante.

Observo a mis hermanos enfrentarse entre sí.

—Increíble.

La palabra sale de mi boca antes de que pueda evitarlo.

La cabeza de Bruno se gira bruscamente hacia mí. —¿Qué has dicho?

Algo se rompe dentro de mi pecho. Toda la paciencia que he estado acumulando, toda la comprensión amable que he intentado mantener cada vez que Bruno arremete... se hace añicos como cristal cayendo sobre mármol.

—He dicho increíble —doy un paso adelante, poniéndome entre mis hermanos. Estúpido, probablemente. Temerario, sin duda. Pero estoy tan harta de andar de puntillas ante su rabia—. ¿Tienes idea de en qué te has convertido? ¿Alguna idea?

—Vittoria —la advertencia de Pietro llega suave. La ignoro.

—Te sientas en esa silla y le gruñes a todo el que intenta ayudarte. Le gritas al servicio. Has alejado a todos los que te quieren con tu crueldad, con tu amargura y con tu puta y eterna autocompasión.

El rostro de Bruno palidece. —Mucho cuidado con lo que dices.

—No —la palabra me sabe a libertad—. ¿Quieres saber por qué no estabas en esa reunión? Porque cada vez que te pedimos que te unas a nosotros, dices que no. Todas y cada una de las veces. Te escondes en tu habitación o te sientas junto a la ventana como un personaje trágico de un cuadro, y luego nos gritas por dejarte fuera.

—Vittoria.

—Giulia se fue.

Bruno se queda inmóvil.

—Se fue de la mansión hace tres meses porque no aguantaba más. La mujer que nos crió, la que mantuvo unida a esta familia cuando Mamma no podía salir de la cama tras la muerte de Papà, hizo las maletas y se fue a vivir con la tía Carmela porque *tú* la hiciste llorar. Otra vez.

—Yo no...

—Lo hiciste —se me quiebra la voz, pero sigo adelante—. Le dijiste que era una inútil. Estampaste tu cena contra la pared porque

no estaba bastante caliente. Le dijiste que deberíamos haber dejado que te murieras en aquel hospital.

Bruno ha perdido el color por completo. Abre la boca, la cierra. La abre de nuevo.

—A ninguno de nosotros nos importa el título, Bruno —las lágrimas me queman tras los ojos, pero me niego a dejar que caigan —. No nos importa quién se sienta en qué escritorio o quién da las órdenes. Nos importas *tú*. El hermano que me enseñó a montar en bici. El hermano que se quedaba despierto toda la noche ayudando a Lorenzo a estudiar para sus exámenes. El hermano que solía hacer reír a Mamma hasta que no podía respirar.

Me pongo en cuclillas para estar a la altura de sus ojos. Para que no pueda desviar la mirada.

—Ese hermano sigue ahí dentro en alguna parte. Pero ¿esta persona en la que te has convertido? ¿Este hombre colérico, amargado y cruel que hace daño a todos los que lo rodean? —niego con la cabeza—. No lo conozco. Y no creo que quiera conocerlo.

Bruno me mira fijamente. Sus manos han dejado de apretar los reposabrazos. Ahora solo cuelgan allí, inertes e inútiles.

Detrás de mí, Pietro y Nico no dicen nada.

Entonces Bruno hace retroceder su silla. Una vez. Dos veces. Se da la vuelta sin decir una palabra y desaparece por el pasillo hacia su habitación.

Dmitri

Estoy sentado en el estudio contiguo a su dormitorio, con el portátil abierto y las hojas de cálculo brillando en la penumbra. Calendarios de envíos. Rutas de distribución. La maquinaria mundana del imperio que no deja de girar solo porque el emperador se esté muriendo.

Los números se emborronan ante mis ojos. Me los froto y alcanzo el vodka que me serví hace una hora, todavía intacto. No puedo permitirme estar borracho. No puedo permitirme ser nada que no sea estar preparado.

A través de la pared, oigo el suave pitido de los monitores. El roce de los zapatos de la enfermera Katya. Mi padre no habla desde ayer por la mañana, cuando me agarró la muñeca con una fuerza sorprendente y dijo: *Yelena*.

Debería entrar ahí. Debería sentarme a su lado, sostener su mano, decir algo significativo. Decirle que haré que se sienta orgulloso.

Pero no me muevo.

Porque ¿y si me mira con esos ojos que se apagan y ve exactamente lo que creó?

Suena mi teléfono. El nombre de Yuri parpadea en la pantalla.

—Da.

—Jefe —la voz de Yuri transmite esa tensión particular que he aprendido a reconocer. Se avecinan malas noticias—. Tenemos una situación.

Minimizo la hoja de cálculo. —Habla.

—Vittoria Sartori. Va a cenar con James Rogers esta noche.

El vaso de vodka estalla en mi mano antes de darme cuenta de que lo he apretado. Los fragmentos de cristal se me clavan en la palma. La sangre brota, caliente y roja contra mi piel.

—*¿Qué?*

—Megan acaba de confirmarlo. Cena en el Bellini's. A las ocho.

Me quedo mirando la sangre que gotea sobre el escritorio antiguo de mi padre, viendo cómo se acumula en las vetas de la madera. —¿Cuándo ha pasado esto? ¿Por qué me entero ahora?

—Esa es la cuestión —Yuri hace una pausa—. No lo han discutido abiertamente. Sin reuniones familiares, sin anuncios formales. Megan dice que estos dos últimos días las cosas han estado intensas en la mansión. Pasó algo entre Vittoria y Bruno. Una gran discusión. Pero Megan no estaba presente, así que no conoce los detalles.

Cojo un pañuelo del cajón y me envuelvo la palma sangrante. Apenas noto el dolor. Todo lo que veo es a Vittoria sentada frente a

ese *niñato*, su sonrisa de suficiencia, sus manos largas...

—¿Ella ha aceptado esto?

—Al parecer. Megan la oyó decirle a Amanda que tiene un «plan». Sea lo que sea lo que eso signifique.

Un plan. Por supuesto que lo tiene. Mi pequeño sol, siempre pensando que puede superar a todo el mundo.

Pero Rogers no es solo un tonto enamorado. Su familia quiere la conexión con los Sartori. Presionarán. Y si Vittoria cree que puede lidiar con él sola...

—¿A qué hora? —vuelvo a preguntar, necesitando los detalles, necesitando algo concreto a lo que aferrarme.

—A las ocho. Bellini's en Michigan Avenue.

Miro mi reloj. Las seis y media. Noventa minutos.

—Consígueme todo sobre los movimientos de Rogers hoy. Con quién ha hablado, dónde ha estado. Y averigua qué pasó con Bruno.

—Ya estoy en ello —Yuri duda.

Termino la llamada y me levanto, acercándome a la ventana.

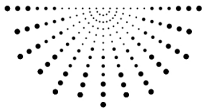
Detrás de mí, oigo los pasos de Aleksander en el pasillo. Se detiene en la puerta del estudio.

—Papá está despierto. Pregunta por ti.

La mano me late con fuerza. La sangre cala el pañuelo.

—Estaré allí en un minuto.

CAPÍTULO VEINTIUNO



VITTORIA

Bellini es el tipo de restaurante donde los camareros juzgan tus zapatos antes que tu reserva. El ojito derecho de Lorenzo.

Y, al parecer, necesito dos escoltas armados para comer pasta aquí, a pesar de que mi hermano es el dueño del local.

Dante camina a mi izquierda y Elio a mi derecha. Avanzamos por la entrada en formación, y pillo a la recepcionista abriendo mucho los ojos antes de que recupere una expresión de neutralidad profesional.

—La mesa está en la esquina del fondo —dice Dante, con la voz lo bastante baja para que solo yo pueda oírlo—. Campo de visión despejado hacia ambas salidas. Lorenzo la dejó preparada esta mañana.

Claro que lo hizo. Porque nada dice *cena informal* como un posicionamiento táctico.

Hago una pausa antes de llegar al comedor principal y me giro para mirar a Dante. Lleva su habitual conjunto totalmente negro. Un Armani que le queda como una armadura, ocultando sabe Dios cuántas armas. Sus ojos oscuros recorren la sala incluso mientras me escucha.

—Si os necesito, os haré una señal —mantengo la voz firme—. Si no, quedaos atrás. Esta no es una situación que requiera intervención.

Dante tensa la mandíbula. —Vittoria...

—No le tengo miedo a James Rogers —me aliso la parte delantera de mi vestido negro. Sencillo. Nada que diga *me estoy esforzando demasiado*—. Es una molestia, no una amenaza.

—Tu hermano no opinaría lo mismo.

—Mi hermano cree que todo el mundo es una amenaza —sostengo la mirada de Dante directamente—. Puedo encargarme de un hombre cuyo mayor logro es heredar los concesionarios de coches de su papaito.

La expresión de Dante es indescifrable. Con él es difícil saberlo. El hombre tiene aproximadamente tres configuraciones faciales: inexpresivo, ligeramente menos inexpresivo y *alguien está a punto de morir*.

—Haz una señal si me necesitas —repite, y no es una pregunta.

Asiento una vez y luego me dirijo al comedor.

James Rogers ya está sentado en la mesa de la esquina, exactamente donde Lorenzo lo colocó. Me ve en el momento en que cruzo la entrada, y su rostro se divide en esa sonrisa ensayada que probablemente le funciona con universitarias y modelos de Instagram.

Se levanta cuando me acerco, abriendo los brazos como si esperara un abrazo.

Ni hablar.

—Vittoria. —Su voz rezuma una calidez falsa—. Estás deslumbrante. Como siempre.

Me detengo justo fuera de su alcance, tendiéndole la mano en su lugar. Él la toma, sosteniéndola un instante de más, y su pulgar roza mis nudillos de una forma que me pone los pelos de punta.

—James. —Retiro la mano y me deslizo en la silla frente a él—. Gracias por reorganizar tu agenda.

—Faltaría más. —Se recuesta en su asiento, ajustándose los gemelos. Un Rolex en la muñeca. Traje de Tom Ford. Todo en él grita *mira qué éxito tengo* de una forma que la gente que realmente

tiene éxito nunca hace—. Estaba deseando que llegara este momento.

Seguro que sí.

El camarero aparece con las cartas y la lista de vinos. James pide una botella de algo sin preguntar mi preferencia, y yo lo archivo en *razones para odiarlo*.

Dmitri también lo hizo.

Pero no es lo mismo, ¿verdad?

—Me ha sorprendido que aceptaras cambiar la fecha —dice una vez que el camarero desaparece—. Después de todo.

¿Después de que te pillaran con una prometida secreta, quieres decir?

—Mi familia cree en dar segundas oportunidades —desdoblo mi servilleta y la coloco sobre mi regazo—. Y tenía curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Por ver qué podrías decir para explicarte.

Su sonrisa permanece fija, pero su mirada se endurece. Ahí está. El verdadero James Rogers, escondido tras el exterior encantador. Ya he visto esa mirada antes en la gala, cuando le dije que dejara de tocarme y fingió no oírme.

Los hombres como James no oyen un *no*. Oyen un *esfuérzate más*.

—Bueno, verás... —comienza James, inclinándose hacia delante con esa expresión de sinceridad que los hombres ponen cuando están a punto de mentir.

—Para —levanto la mano—. Sé lo de tu prometida.

Su rostro se queda completamente paralizado. Como si alguien hubiera pulsado la pausa en su encanto ensayado.

—No sé de qué me hablas. —Su voz baja una octava, perdiendo esa calidez fingida—. ¿Quién te ha dicho...?

—Déjate de tonterías, James.

El camarero aparece con nuestro vino. El momento perfecto. James se yergue en su silla y esa sonrisa de plástico vuelve a su sitio mientras el camarero sirve. En el segundo en que volvemos a estar solos, su máscara cae.

—Escucha, Vittoria...

—No, escucha tú. —Me recuesto en mi silla, cruzando los brazos —. Mi familia no sabe nada de ella. Todavía. Pero yo sí. Así que esto es lo que va a pasar: vamos a terminar esta cena porque mi madre me enseñó modales. Luego vas a volver con tu queridísimo padre y le vas a decir que la alianza con los Sartori no va a ser mediante matrimonio. Los dos nos iremos contentos.

Sencillo. Limpio. Todo el mundo salva las apariencias.

James coge su copa de vino y da un sorbo pausado.

—Así no es como funciona esto.

—¿Perdona?

—Nos vamos a casar, Vittoria.

Suelto una carcajada. No puedo evitarlo. La audacia de este hombre.

—No, no lo haremos.

—Sí. —Se inclina hacia delante y, de repente, ya no parece un niño rico mimado. Parece alguien acostumbrado a conseguir exactamente lo que quiere—. Lo haremos.

—Tienes una prometida.

—Tenía. —Se encoge de hombros—. Tiempo pasado. Esa situación ha sido... resuelta.

Resuelta.

—No me importa si la dejaste o...

—Tu familia necesita esta alianza —su voz sigue tranquila, razonable. Como si estuviéramos discutiendo opciones sobre acciones en lugar de mi vida—. Las conexiones de mi padre abren puertas que los vuestros no pueden alcanzar. Influencia política. Cosas que los Sartori necesitan para expandirse más allá de Chicago.

—Nos va muy bien sin vosotros.

—¿En serio? —Inclina la cabeza—. Bruno está lisiado. Pietro tiene dificultades para mantener el control. Los Torrino pueden estar controlados, pero hay otras familias rondando. Los Corsetti. Los Moretti. Incluso los rusos están moviendo ficha.

Aprieto la mandíbula al mencionar a los rusos. Al pensar en Dmitri, que canceló nuestros planes por una emergencia familiar y no ha vuelto a mandarme un mensaje desde entonces.

—Mi familia puede encargarse de sus propios asuntos.

—Tu familia es vulnerable. —Los dedos de James tamborilean contra la mesa—. Y se está debilitando. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien decida que los Sartori ya no merecen respeto?

—¿Es eso una amenaza?

—Es la realidad. —Hace una señal al camarero para pedir la carta —. Tus hermanos lo saben. Por eso te están ofreciendo por ahí como si fueses mercancía.

Las palabras dan justo donde él pretendía. Porque no se equivoca. Eso es exactamente lo que es esto. Lo que soy yo. Moneda de cambio en un mundo de hombres.

—He dicho que no.

—Y yo te digo que eso no importa. —Abre su carta, con total naturalidad—. El salmón aquí es excelente, por cierto.

Lo miro fijamente. Este pedazo de mierda arrogante sentado frente a mí, hablando tranquilamente de pescado mientras planea comprarme como un coche en uno de sus concesionarios.

—Les hablaré de tu prometida.

—Exprometida. Y adelante. —Ni siquiera levanta la vista de la carta—. Diles que tuve una relación antes de conocerte. ¿Crees que les importará? Los hombres tienen un pasado, Vittoria. Es lo que se espera.

Tiene razón. Dios, odio que tenga razón. Pietro tuvo otras mujeres antes de Nora. Lorenzo tuvo aquel desastre con Luna. Incluso Nico probablemente tenga una historia que no conocemos. Pero para ellos, es solo experiencia. Para las mujeres, es daño.

—No me casaré contigo.

—Lo harás. —Deja la carta y sus ojos fríos se encuentran con los míos—. Porque tu familia lo necesita. Porque eres una buena hija que hace lo que es necesario. Y porque, sinceramente... no tienes elección.

—Todo el mundo tiene elección.

—No. —Se echa hacia atrás, completamente relajado—. No la tienen. Tu madre ya está planeando la boda. ¿Te lo ha dicho? Ella y mi madre almorzaron ayer. Al parecer, junio es un mes precioso para las ceremonias.

Mis dedos se curvan alrededor del borde del mantel. El lino es caro, suave contra mi piel. Me concentro en esa sensación porque todo lo demás parece estar dando vueltas.

—Mientes.

—¿Ah, sí? —James coge su copa de vino, agitando el líquido rojo con soltura ensayada—. Llámala. Pregúntaselo tú misma.

No le daré esa satisfacción. Pero se me cae el alma a los pies porque puedo verlo. Mamma en algún café de lujo, discutiendo arreglos florales y listas de invitados mientras yo me quedaba en mi habitación pensando que tenía algún control sobre mi propia vida.

—Aunque eso sea cierto...

—Lo es.

—... no cambia mi respuesta. —Mi voz sale más firme de lo que me siento—. No me voy a casar contigo.

James abre la boca para responder.

Y entonces la oigo.

Esa voz. Grave, con el acento justo para que las consonantes suenen más afiladas de lo que deberían.

—Vittoria.

Todo mi cuerpo se tensa.

Dmitri Baganov está de pie al borde de nuestra mesa, y todo en él emana cólera. Sus ojos se clavan primero en mí antes de deslizarse hacia James con una expresión que hace que la temperatura de la sala baje diez grados.

—Baganov. —James no se levanta. No le ofrece la mano. Se limita a quedarse ahí sentado con esa sonrisa de suficiencia, como si Dmitri fuera un inconveniente en lugar del heredero de la Bratva de Chicago—. No sabía que te unirías a nosotros.

—No era consciente de que necesitara una invitación. —La mirada de Dmitri no se aparta del rostro de James—. Para hablar con mi prometida.

Prometida.



Dmitri

James Rogers se levanta de su silla.

Movimiento a mi izquierda. Dante Castellani se materializa entre las sombras y, de repente, estoy mirando por el cañón de una Glock que apunta directamente a mi cara.

El frío metal no me hace inmutar. Me han apuntado con armas desde que aprendí a caminar.

—Dante, retírate. —La voz de Vittoria corta la tensión. Ahora está de pie, con la palma de la mano apoyada de plano sobre la mesa y los ojos oscuros echando chispas—. He dicho que *te retires*.

—Cálmate, solnyshko. —Mantengo la voz serena, con las manos visibles a los lados. Sin movimientos bruscos. El dedo de Castellani descansa junto al guardamonte; es un profesional, alguien controlado, pero su mandíbula me indica que le encantaría tener una excusa—. Nadie tiene por qué morir esta noche.

Dirijo mi atención a Rogers. El chico permanece paralizado, y de repente el traje parece quedarle grande para su complexión. El sudor le perla la sien.

—Esta es la última vez —digo, dejando que cada palabra caiga como una piedra en aguas tranquilas— que permito semejante falta de respeto por tu parte o la de tu familia. Considera esto como tu único aviso.

Rogers traga saliva con dificultad. Su nuez de Adán sube y baja. —Nadie me informó de que estuvierais comprometidos. —Se le quiebra la voz en la última palabra. Patético—. Tenía todo el derecho a intentarlo...

—Aún no lo habíamos hecho público. —No rompo el contacto visual con él mientras hablo—. Pero lo haremos. —Hago una pausa,

dejando que el silencio se prolongue. Luego me giro hacia Vittoria—. ¿Verdad, Vittoria?

Los dedos de Vittoria se curvan alrededor del borde de la mesa. Se le quedan los nudillos blancos. Observo la rápida evaluación de opciones tras sus ojos, resultados, consecuencias. Es brillante, mi solnyshko. Sabe exactamente lo que le estoy pidiendo que haga.

Sabe lo que le costará.

Y aun así, levanta la barbilla. Me sostiene la mirada directamente.

Asiente.

Algo se quiebra en mi pecho. Una fisura que no sabía que existía.

Rogers emite un sonido ahogado. —Esto es... no puedes simplemente...

—Puedo. —No lo miro. No puedo apartar la vista de ella—. Lo estoy haciendo.

Dante aún no ha bajado su arma. La Glock permanece firme, apuntando a mi cráneo. Respeto su dedicación.

—Voy a escoltar a Vittoria a su casa —le digo.

Dante entrecierra los ojos. El arma sigue nivelada. Da un paso más cerca.

—Ni de puta coña.

Las palabras caen entre nosotros como un guante arrojado.

Antes de que pueda responder, Vittoria se mueve. Se coloca directamente entre nosotros, de espaldas a mí, frente a su guardaespaldas.

—Me voy con Dmitri. —Su voz no admite discusión—. Elio y tú seguidnos por detrás.

—No. —Dante tensa la mandíbula—. Rotundamente no. Las órdenes de Pietro...

—*Esto* es una orden.

Las palabras restallan en el aire como un látigo. Los hombros de Vittoria están rígidos, su postura es firme. Está magnífica así.

La mirada de Dante se desvía hacia mí por encima del hombro de ella. En esos ojos habita el asesinato puro. Una promesa de violencia, retrasada pero no olvidada.

La sostengo sin pestañear.

Vittoria agarra su bolso de la mesa. El movimiento es brusco, decidido. Ni siquiera mira a Rogers. Lo ignora por completo, como si ya hubiera dejado de existir.

Entonces echa a andar.

Me pongo a caminar a su lado, siguiendo su ritmo. Detrás de nosotros, oigo a Dante maldecir en italiano.

—Te acabas de ganar un enemigo —murmura Vittoria, sin aminorar el paso.

—Tengo muchos.

—Dante es diferente. Él no olvida.

—Yo tampoco.

Cruzamos las puertas principales del restaurante. Mi chófer ya tiene abierta la puerta trasera del Mercedes, esperando.

Vittoria se detiene ante el coche. Se gira para encararme.

La luz de la farola le da en la cara, iluminando sus pómulos altos y esos ojos oscuros que ven demasiado. Parece furiosa. Parece agotada. Parece que quiera besarme o matarme.

—Acabas de anunciar nuestro compromiso a James Rogers.

—Sí.

—Sin consultarlo conmigo primero.

—Sí.

—Mi madre va a perder la cabeza. Probablemente Pietro te pegue un tiro él mismo por la falta de respeto.

—Probablemente.

Ella aprieta los labios. Un músculo late en su mandíbula. —Eres un arrogante, manipulador e insufrible...

—También sí. —Me acerco más. Lo suficiente como para sentir el calor que emana de su piel en el aire frío de la noche—. Y te vas a subir a mi coche de todas formas.

Me mira fijamente durante un largo rato. Algo cambia en su expresión: una grieta en la armadura, rápidamente ocultada.

—Solo porque quiero gritarte en privado.

—Lo que necesites decirte a ti misma, solnyshko.

Se desliza en el asiento trasero. Yo la sigo, cerrando la puerta tras nosotros.

Vittoria se gira para mirarme.

El interior del Mercedes está a oscuras. Solo las farolas que pasamos iluminan su rostro en destellos: dorado, luego sombra, luego dorado otra vez. Sus ojos escudriñan los míos y me siento expuesto de una forma que no sentía desde que era niño.

—¿Qué te pasa?

La pregunta queda suspendida entre nosotros. Simple. Directa. El tipo de pregunta de la que me he zafado mil veces con mil personas distintas.

Suspiro.

El sonido me sorprende. No es algo que yo haga. Yo no suspiro. No muestro agotamiento, ni incertidumbre, ni sea lo que sea este maldito sentimiento que lleva días arañándome el pecho.

Pero con ella, sentado en la oscuridad de mi coche, el peso de la última semana me oprime los hombros...

—Mi padre se está muriendo.

Miro fijamente hacia adelante, viendo la ciudad pasar borrosa por las ventanillas tintadas. No la miro. No puedo mirarla.

—Los médicos dicen que le quedan días. Quizá menos.

Silencio.

Espero las condolencias vacías. *Lo siento mucho. Debe de ser duro. ¿Puedo hacer algo por ti?* Las palabras sin sentido que la gente ofrece cuando no sabe qué más decir.

En su lugar, Vittoria se acerca más. Sin tocarme. Solo... más cerca.

—¿Es por eso por lo que cancelaste nuestros planes la semana pasada?

—Sí.

—¿Y no me lo dijiste porque...?

Finalmente me giro para mirarla. No me está compadeciendo. No hay una suave simpatía en su expresión, ni una incomodidad torpe. Solo me está observando. Esperando.

—Porque yo no hablo de esto. —Se me tensa la mandíbula—. No hablo de *nada*. Ni con mis hermanos, ni con mis hombres, ni con nadie.

—Pero estás hablando conmigo.

No es una pregunta. Es una observación. Y tiene razón.

Ni yo mismo lo entiendo. Aleksander llama cada pocas horas para ver cómo estoy y no le doy más que actualizaciones de negocios. Mi padre yace moribundo en una cama a veinte minutos de aquí y yo he pasado más tiempo en mi despacho que a su lado.

Pero esta mujer me hace una sola pregunta y las palabras empiezan a brotar como la sangre de una herida abierta.

—Lleva meses enfermo —continúo con voz baja—. Cáncer. Sabíamos que era terminal. He tenido tiempo para prepararme. —Hago una pausa—. Pensé que estaba preparado.

—No lo estás.

—No. —Admitirlo me cuesta algo. Lo siento en mi pecho, una grieta en la armadura que he llevado tanto tiempo que parece mi propia piel—. Es un cabrón. Cruel. Me convirtió en un arma antes de que tuviera edad para entender lo que eso significaba. —Exhalo lentamente—. Y no estoy listo para que muera.

Vittoria se queda callada un largo momento. El coche gira hacia Lake Shore Drive y las luces de la ciudad se reflejan en las aguas oscuras.

—Mi padre murió cuando yo tenía trece años.

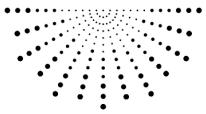
Su voz es suave. No frágil, sino tranquila de una manera que no le había oído antes.

—Una mañana me estaba enseñando a forzar cerraduras y, por la tarde, ya no estaba. —Mira por la ventana—. Yo tampoco estaba preparada. No creo que se esté nunca.

Alargo la mano por el espacio que nos separa. Mi mano encuentra la suya en la oscuridad.

Ella no se aparta.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



VITTORIA

El Mercedes se desliza por las puertas del recinto y el estómago se me cae hasta los talones.

Oh, por el amor de Dios.

Pietro y Nico están de pie en la entrada principal como un comité de bienvenida del infierno. Brazos cruzados. Mandíbulas tensas. Detrás de ellos, al menos ocho guardias se despliegan por los escalones, con las manos apoyadas en armas que reflejan la luz de la luna.

—Parece que tenemos una recepción —dice Dmitri, con voz monótona mientras el coche se detiene por completo.

—Van a dispararte. —Me desabrocho el cinturón de seguridad con dedos temblorosos—. De verdad van a dispararte en la entrada de nuestra casa.

—No lo harán.

El chófer abre primero la puerta de Dmitri. Él sale con esa clase de calma deliberada que hace que mi pulso se dispare. Sin prisas. Sin preocupaciones. Como si estuviera entrando en una reunión de negocios en lugar de a una posible ejecución.

Salgo disparada por mi lado antes de que nadie pueda abrirme la puerta, casi tropezando con mis tacones en mi afán por ponerme entre Dmitri y mis hermanos.

Demasiado tarde.

Dmitri avanza hacia ellos, cada paso medido y sin prisas. Los guardias se mueven. Las manos se aprietan sobre las armas. Se oye el clic de alguien quitando el seguro.

—¿Qué demonios está pasando? —exijo, con la voz más afilada de lo que pretendo.

Pietro me ignora por completo. Sus ojos se clavan en Dmitri con esa clase de intensidad concentrada que suele preceder al derramamiento de sangre.—¿Qué significa esto, Baganov? Se lleva a mi hermana de un restaurante, se anuncia como su prometido delante de testigos, ¿y ahora se presenta en mi propiedad?

Dmitri se detiene a un metro de mi hermano. Lo suficientemente cerca como para ser peligroso. Lo suficientemente cerca como para que cualquiera de esos guardias pudiera meterle una bala antes de que parpadeara.

—Significa exactamente lo que he dicho. —Los ojos pálidos de Dmitri no vacilan—. Vittoria y yo vamos a casarnos.

El silencio que sigue es tan denso que casi ahoga.

La cabeza de Pietro gira hacia mí. Su expresión... *Dio*, su expresión. La confusión lucha con la furia en sus rasgos, con la mandíbula tensa como si se estuviera conteniendo físicamente para no recurrir a la violencia.

—No me habías dicho esto. —Las palabras salen bajas, controladas, pero oigo la acusación subyacente—. Teníamos un acuerdo. Tres meses. No dijiste nada sobre aceptar su propuesta.

Se me cierra la garganta. Porque tiene razón. No dije nada.

Porque no lo *sabía*.

Dmitri anunció nuestro compromiso sin preguntarme. Sin previo aviso. Sin darme ni un segundo para procesarlo antes de reclamarme frente a James Rogers y la mitad del personal del restaurante de Lorenzo.

Pero estando aquí ahora, con los guardias de mis hermanos listos para convertir a Dmitri en queso gruyère, con la mano de Nico

acercándose a su arma, con Pietro mirándome como si hubiera traicionado todo lo que nuestra familia representa...

Tomo mi decisión.

—Así es. —Mi voz suena más firme de lo que me siento—. Vamos a casarnos.

Las aletas de la nariz de Pietro se dilatan. Durante un largo momento, nadie se mueve.

Entonces Pietro exhala entre dientes.

—Retiraos —ordena, sin quitar los ojos de Dmitri—. Todos vosotros. Adentro. Ahora.

Se mueven. A regañadientes. Bajando las armas, entrando en fila por la entrada principal hasta que solo quedamos nosotros cuatro en los escalones: yo, Dmitri, Pietro y Nico.

—Síganme. —Pietro da media vuelta sobre sus talones—. Los dos.

Observo el rostro de Dmitri. No está acostumbrado a seguir órdenes. Cada línea de su cuerpo grita resistencia, grita: *Yo doy las órdenes, no las recibo*.

Pero se mueve.

Un paso. Dos.

Cruzamos el umbral hacia el vestíbulo.

Pietro nos guía hacia su despacho sin mirar atrás. Nico se sitúa detrás de nosotros y siento su mirada clavada en mi nuca.

Genial. Simplemente genial.

He vuelto a casa tras una cena desastrosa para anunciar un compromiso sorpresa.

Entramos en el despacho y Pietro se dirige a su escritorio. No se sienta en la silla. En su lugar, se apoya contra la parte delantera de la mesa, con los brazos y los tobillos cruzados. Casual si no lo conoces. Letal si lo conoces.

Nico cierra la puerta tras nosotros. Se queda allí, con la espalda contra la madera, bloqueando la única salida. Su mano descansa en su cadera. Cerca de su arma. Preparado.

Me quedo a un metro de Dmitri. Lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradia su cuerpo. Lo suficientemente lejos para que mis hermanos vean espacio entre nosotros.

Como si eso importara ahora.

Los ojos oscuros de Pietro pasan de mí a Dmitri. Vuelven a mí. Luego se posan en Dmitri con esa clase de quietud concentrada que precede a la violencia.

—Sabe mejor que nadie —dice Pietro, con voz baja y controlada — que estas cosas no funcionan así.

Las palabras quedan suspendidas en el aire.

Dmitri no se inmuta.

—Quería un matrimonio para Vittoria. —Sus ojos pálidos se encuentran con los de Pietro sin vacilar—. Ya lo tiene.

La mandíbula de Pietro se tensa. —Esto no es...

—He respetado a usted y a su familia lo suficiente como para traerla de vuelta aquí esta noche. —La voz de Dmitri corta la objeción de mi hermano. Suave. Definitiva—. Vamos a casarnos.

El silencio que sigue es sofocante.

Debería hablar. Debería decir algo. Defenderme, explicar, protestar... *algo*.

Pero mantengo la boca cerrada.

Porque esto es lo que noto bajo mi piel, lo que hace que me suden las palmas de las manos y se me acelere el corazón: Dmitri no se equivoca.

Querían un matrimonio.

Dmitri les está dando uno.

Bajo *sus* condiciones.

Y estando aquí, viendo la furia de mi hermano hervir tras esa máscara controlada, me doy cuenta de algo que debería aterrorizarme.

Estoy de acuerdo con él.

Pietro se separa del escritorio. Da un paso hacia Dmitri. Luego otro. Tienen casi la misma altura, mi hermano y este monstruo ruso con el que he aceptado casarme.

—¿Cree que puede llevársela así de fácil? —La voz de Pietro baja a un tono peligroso—. ¿Anunciarlo en público sin discutirlo conmigo primero? ¿Sin pedir mi bendición?

—No estoy pidiendo su bendición. —Dmitri inclina ligeramente la cabeza—. Le estoy informando de lo que va a pasar.

Nico se mueve junto a la puerta. Oigo el crujido del cuero mientras su mano se aprieta sobre su arma.

—Vittoria. —Pietro no me mira. Sus ojos permanecen clavados en Dmitri—. ¿Es esto lo que quieres?

Se me cierra la garganta.

¿Lo es?

Pienso en los tres meses que exigí. En el control que creía tener. En la cuidadosa evaluación que planeaba realizar, sopesando pros y contras como si Dmitri fuera una decisión de negocios.

Todo eso se ha esfumado. Se hizo añicos en el momento en que anunció nuestro compromiso ante testigos.

La decisión está tomada. No más cenas con James Rogers. No más candidatos. No más suspiros de decepción de mi madre ni comentarios amargos de Bruno ni el desfile constante de hombres que me ven como un peldaño hacia el poder.

Solo Dmitri.

—Sí. —La palabra sale más firme de lo que esperaba—. Esto es lo que quiero.

La cabeza de Pietro gira bruscamente hacia mí. —¿Estás segura? —No es una pregunta. Es una exigencia.

Miro a mi hermano a los ojos. —Estoy segura.

Durante un largo momento, nadie se mueve.

Entonces Pietro exhala. Un suspiro lento y controlado que parece drenar parte de la tensión de sus hombros. No toda. Ni siquiera la mayor parte. Pero sí la suficiente.

—Bien. —La palabra suena cortante. Dura—. ¿Quiere casarse con mi hermana, Baganov? Entonces lo haremos adecuadamente. Contratos. Negociaciones. No pasará nada sin mi aprobación.

Los labios de Dmitri se curvan en algo que es casi una sonrisa. —No esperaba menos.

—Fuera de mi casa. —La voz de Pietro es monótona—. Discutiremos los términos mañana.

Dmitri no discute. Se vuelve hacia la puerta, deteniéndose solo cuando llega a mi altura. Su mano roza la mía —solo un toque, apenas perceptible— y sus ojos pálidos encuentran los míos en la penumbra.

—*Spokoynoĭ nochi, solnyshko.* —Las palabras rusas salen de su lengua como la seda—. Buenas noches, mi pequeño sol.

Entonces se va, y Nico se hace a un lado para dejarle pasar.

La puerta se cierra.

La mirada de Pietro aterriza sobre mí con el peso de la hoja de una guillotina.

—Tienes mucho que explicar.



Pietro está sentado tras su escritorio, con la mandíbula tensa. Nico se apoya en la estantería de libros, con los brazos cruzados, observándome con esa mirada que me hace sentir como si ya hubiera diseccionado cada decisión que he tomado en el último mes. La silla de ruedas de Bruno está situada cerca de la ventana, su expresión es una máscara de furia fría. Dante está junto a la puerta como una estatua tallada en granito. Y Mamma está sentada en el borde del sofá, con las manos entrelazadas en el regazo, irradiando decepción por cada poro.

Una gran familia feliz.

—A ver si lo entiendo bien —dice Pietro, con una voz peligrosamente calmada—. Aceptaste casarte con Dmitri Baganov. Luego fuiste a cenar con James Rogers. ¿Y en ningún momento se te ocurrió *mencionármelo*?

Le sostengo la mirada. —¿Quieres una respuesta? Bien. No pensé que tuviera opción.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa exactamente lo que parece, Pietro. —Me inclino hacia adelante, presionando las palmas de las manos contra mis muslos—. Todos os sentasteis conmigo en el desayuno y me dijisteis que me casaba. No me lo *preguntasteis*. Me lo dijisteis. Como si fuera una propiedad pasando de un comprador a otro.

Mamma hace un sonido de protesta. —Vittoria, eso no es...

—¿Ah, no? —La interrumpo, e inmediatamente me arrepiento de la brusquedad de mi voz. Pero he pasado el punto de las evasivas educadas—. Me disteis dos nombres y me dijisteis que eligiera. Así que sí, me reuní con ambos. Evalué mis opciones. Como una buena princesita Sartori.

Silencio.

Pietro exhala por la nariz. —¿Y lo de Baganov? ¿Cuándo se convirtió *eso* en un compromiso?

—Esta noche. En el restaurante. —Hago una pausa, eligiendo mis palabras con cuidado—. James fue... informativo.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que James Rogers tenía una prometida secreta hasta hace muy poco.

El brusco jadeo de Mamma corta el aire de la habitación. —¿Qué?

—Es verdad. —Me giro para mirarla directamente—. Él mismo me lo dijo. De hecho, presumió de ello. Dijo que cortó con ella porque yo era un movimiento político mejor.

—Eso no es posible. —Mamma sacude la cabeza, con sus uñas perfectamente cuidadas hundiéndose en las palmas de sus manos—. Su madre nunca mencionó a otra mujer. Hablamos la semana pasada sobre...

—¿Sobre nuestra boda? —termino por ella.

El color desaparece de su rostro.

—Sí. —Asiento despacio—. James también me contó eso. Dijo que tú y su madre ya estabais planeando una ceremonia en junio. Sin preguntarme. Sin decírselo a Pietro.

Pietro se levanta de su silla y, por un momento, veo al Don. El hombre que dirige un imperio criminal. Sus ojos pasan de mí a nuestra madre con una furia apenas contenida.

—¿Qué *demonios* le pasa a todo el mundo en esta casa?

Mamma se pone de pie, con postura defensiva. —Estaba intentando protegerla...

—¿Organizando su matrimonio a mis espaldas? —La voz de Pietro sube de tono—. ¿A espaldas de *ella*?

—La familia Rogers tiene conexiones que necesitamos. Y es una buena familia. —Mamma levanta la barbilla—. Estaba haciendo lo que era mejor para esta familia.

—Estabas haciendo lo que *tú* creías que era mejor. —Pietro rodea su escritorio—. Sin consultarme. Sin consultar a Vittoria. En incumplimiento directo de todo lo que acordamos cuando me convertí en Don.

Bruno se ríe; un sonido frío y amargo que me pone la piel de gallina. —Bienvenido al club, Pietro. Tu propia familia te sabotea. ¿Qué se siente?

—Bruno. —La voz de Nico es una advertencia.

—No, déjalo hablar —suelta Pietro—. Que todo el mundo diga lo que le dé la puta gana, por lo visto. Así es como funcionamos ahora.

Me pongo en pie con esfuerzo. —Pietro...

—Siéntate. —Su orden es lo suficientemente afilada como para cortar cristal.

No me siento. —Elegí a Dmitri.

—Lo elegiste *esta noche*. Después de ir a cenar con otro hombre. Después de guardar secretos. Después de...

—¿Después de ser tratada como si no tuviera voz en mi propio futuro? —Le sostengo la mirada—. Sí. Hice lo que tuve que hacer para averiguar qué opción era menos terrible. ¿Y sabes lo que descubrí? Que James Rogers es un *stronzo* manipulador y engreído que creía que podía amenazarme para que obedeciera. Me dijo que la familia Sartori se está volviendo débil. Que *necesitamos* la protección política de su padre.

Nico se separa de la estantería. —¿Dijo eso?

—Palabra por palabra. —Cruzo los brazos—. Así que sí. Elegí al ruso. Porque al menos Dmitri Baganov no finge ser algo que no es.

La voz de Mamma es débil. —Vittoria...

La miro. Y veo el miedo bajo la máscara cuidadosamente construida de autoridad materna. Tiene miedo. Miedo de perder el control.

Pero el miedo no justifica el engaño.

—Deberías habérmelo dicho —digo en voz baja—. Lo de la reunión con su madre. Lo de los planes. Merecía saberlo.

Sus ojos brillan. —Solo quería...

—Sé lo que querías. —Suavizo la voz, solo un poco—. Pero ya no tengo trece años, Mamma. No soy la niña pequeña a la que puedes proteger guardando secretos.

No se me escapa la ironía. Le estoy dando sermones sobre secretos mientras oculto el más grande de todos.

Pietro se pasa una mano por el pelo, obligándose visiblemente a recuperar la compostura. —Bien. Será Baganov. Pero a partir de ahora esto se hace a *mi* manera. Todo pasa por mí.

—De acuerdo.

Señala a Mamma. —Y tú. Nada de reuniones secretas. Nada de planificar bodas sin mi aprobación. *¿Capisce?*

Mamma asiente con rigidez.

Bruno gira su silla hacia la puerta. —Bueno. Esto ha sido entretenido. Despertadme cuando alguien se acuerde de que existo.

Se marcha antes de que nadie pueda responder.

Dante le abre la puerta y luego la vuelve a cerrar, volviendo a su posición como si nada hubiera pasado.

Nico cruza su mirada con la mía. —¿Estás segura de lo de Baganov?

Pienso en la mano de Dmitri buscando la mía en el coche. En la grieta de su armadura cuando me dijo que su padre se estaba muriendo.

—Estoy segura.

Nico asiente una vez. No es aprobación, pero tampoco es desaprobación.

Pietro se desploma de nuevo en su silla. —Ve a dormir un poco. Mañana empezaremos las negociaciones.

Me dirijo a la puerta, con las piernas más firmes de lo que deberían estar tras ese interrogatorio. Pero antes de llegar, la voz de Mamma me detiene.

—Vittoria.

Me doy la vuelta.

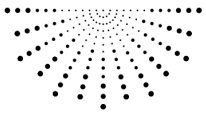
Está allí de pie, pareciendo más pequeña de lo que la he visto nunca. Más vieja. Humana.

—Lo siento —susurra—. Debería haber... Debería haber hablado contigo.

Trago saliva para deshacer el nudo de mi garganta. —Sí. Deberías haberlo hecho.

Luego me marcho, porque si me quedo un segundo más, podría decir algo que no pueda retirar.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



DMITRI

La puerta se abre sin llamar.

Igor.

Se queda en el umbral, de brazos cruzados, con esa expresión en el rostro que le he visto mil veces. La que dice que he hecho algo monumentalmente estúpido y que está a punto de decirme exactamente cuánto.

—Estás siendo un imprudente —su voz corta el silencio como una cuchilla.

Me sirvo otra copa. —Déjalo ya, Igor.

—No.

La palabra queda suspendida en el aire entre nosotros. Igor nunca me dice que no. No así. No con ese deje en la voz que suena casi a miedo.

Entra en el despacho y cierra la puerta tras de sí. —Esta noche has entrado en territorio Sartori. En *su* restaurante. Te has anunciado como el prometido de su princesa sin ningún plan de respaldo, sin ningún...

—He dicho que lo dejes.

—Podrías haber acabado muerto —no alza la voz. No lo necesita. Las palabras impactan como balas de todos modos—. Dante Castellani tenía una Glock apuntando a tu cráneo. Una palabra de Pietro Sartori, un leve movimiento de ese dedo en el gatillo, y te habrías desangrado en el suelo de ese restaurante.

Dejo la copa. El cristal golpea el escritorio con más fuerza de la que pretendía.

Tiene razón.

Sé que tiene razón.

Si Vittoria no me hubiera seguido el juego, si no hubiera confirmado el compromiso, si no se hubiera interpuesto entre la ira de su hermano y yo... ahora sería un cadáver. Los Sartori estarían limpiando mi sangre de sus suelos y empezando una guerra con la Bratva.

Pero lo hizo.

Miró a su hermano a los ojos y dijo que sí. Dijo que me elegía a mí. Dijo que esto es lo que quiere.

Eso me dice todo lo que necesito saber.

—Ella interpretó su papel —digo en voz baja—. Podría haber dejado que me mataran. No lo hizo.

Igor sacude la cabeza—. ¿Eso es lo que sacas de esta noche? ¿Que no dejó que murieras?

—Es suficiente.

—No es *suficiente*, Dmitri —se acerca, y veo algo que rara vez veo en los ojos de Igor. Preocupación genuina—. No estás razonando con claridad. Estás tomando decisiones basadas en... ¿qué? ¿Obsesión? ¿Lujuria? ¿Sea lo que sea lo que tienes con esa chica Sartori?

Tenso la mandíbula—. Cuida tu tono.

—Alguien tiene que decirlo —no retrocede—. Tu padre se está muriendo. Estás a punto de convertirte en pakhan. Y en lugar de prepararte para eso, en lugar de asegurar alianzas de la forma adecuada, irrumpes en territorio enemigo como un tonto enamorado.

Enamorado.

La palabra me sabe mal. Demasiado blanda para lo que es esto.

—Fuera —mi voz desciende a un tono frío y definitivo.

Igor me sostiene la mirada durante un largo momento. Luego asiente una vez, con brusquedad, y se dirige hacia la puerta.

Se detiene con la mano en el pomo. —Controla tus emociones, Dmitri. Antes de que hagan que te maten.

La puerta se cierra tras él con un clic.

Me quedo solo en la oscuridad de mi despacho, con las luces de la ciudad de Chicago brillando tras el ventanal como diamantes esparcidos. Mi mano busca de nuevo la botella de vodka, pero no me sirvo. Solo la sujeto. Siento el cristal frío contra mi palma.

Controla tus emociones.

¿Cuándo perdí el control?

Dejo la botella y apoyo las palmas de las manos sobre el escritorio, inclinándome hacia delante hasta que mi cabeza cae entre mis hombros. Mi respiración suena demasiado fuerte en la habitación vacía.

No es solo Vittoria.

Esa es la verdad que he estado evitando. Lo que no puedo decir en voz alta, ni siquiera a Igor.

Estoy llorando el duelo por un hombre que aún no ha muerto.

Y el duelo vuelve estúpida a la gente. La vuelve temeraria. Hace que busquen *cualquier cosa* que se sienta como vida en lugar de esa lenta marcha hacia la muerte.

¿Por qué fue a cenar con él para empezar?

La pregunta me ha estado carcomiendo desde la llamada de Yuri. Desde que aplasté aquel vaso de vodka y me abrí la palma con los trozos. Desde que conduje hasta ese restaurante con ganas de matar en el alma y sin más plan que *sacarla de allí y alejarla de él*.

Saco el móvil. La pantalla ilumina mi rostro en la oscuridad.

Mi pulgar se cierne sobre el icono de mensajes.

Esto es estúpido. Es casi medianoche. Está lidiando con su familia. Lo último que necesita es que yo le exija respuestas como un... celoso...

A la mierda.

¿Por qué fuiste a cenar con él?

Pulso enviar antes de que pueda convencerme de lo contrario. El mensaje aparece como entregado. Luego leído.

Aparecen los tres puntos suspensivos.

¿En serio? ¿Eso es lo que quieres preguntarme ahora mismo?

Responde a la pregunta.

Acabas de anunciar nuestro compromiso sin consultármelo. Entraste en el restaurante de mi familia como si fueras el dueño del lugar. ¿Y ESTO es lo que te preocupa?

Sí.

Los puntos parpadean durante un largo rato.

Vittoria: Eres increíble.

Yo: Ya me lo han dicho. Responde.

Tenía un plan, ¿vale? Pietro y Nico querían que me reuniera con él. Iba a usar lo que sabía sobre su prometida secreta para humillarlo. Hacer que se retirara permanentemente.

Por supuesto que lo tenía.

Buenas noches, solnyshko.

Me guardo el móvil y me aparto del escritorio. Siento las piernas inestables.

El pasillo se extiende oscuro e interminable mientras me dirijo a mis aposentos privados.

El baño principal está frío cuando entro. El mármol blanco y los accesorios cromados brillan bajo las potentes luces del techo. Me quito la chaqueta, la camisa, los pantalones.

Mañana me enfrento a Pietro Sartori en una mesa de negociación.

Esta noche, solo estoy cansado.

El agua de la ducha impacta en mis hombros como agujas de hielo antes de calentarse hasta algo soportable. Apoyo las palmas de las manos contra los azulejos y dejo que el agua golpee mi espalda.

Presiono la frente contra el azulejo frío.



Las puertas del ascensor se abren y entro en el edificio de Importaciones y Exportaciones Sartori. Domingo por la mañana. El vestíbulo está vacío, salvo por el guardia tras el mostrador de recepción, que se yergue al ver acercarse a Igor y a mí.

—Sr. Baganov —la mano del guardia se mueve hacia el teléfono —, le están esperando.

Asiento una vez y sigo caminando. Hoy no hay civiles. No hay secretarias tecleando en sus escritorios. No hay hombres de negocios barajando papeles y fingiendo que no saben lo que realmente ocurre en este edificio.

Los domingos nos pertenecen. Al trabajo real.

Igor se queda medio paso por detrás de mí mientras entramos en el ascensor privado. No ha hablado desde que salimos de la finca. Sabe que mi paciencia es escasa hoy.

Mi padre ha preguntado por mí esta mañana. Me he sentado junto a su cama y he observado cómo su pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales y estertóreas. No podía hablar. Solo me miraba con esos ojos que se apagaban, intentando comunicar algo que no he podido descifrar.

Sé fuerte, tal vez. O *no la cagues*.

Ambas cosas suenan a él.

Aleksander le ha dicho que estaba a punto de cerrar el matrimonio con Vittoria.

El ascensor asciende. Me crujo los nudillos. Igor cambia el peso del cuerpo, pero no dice nada.

Cuando las puertas se abren en la planta ejecutiva, Dante Castellani está esperando. Tiene la mano apoyada en la cadera, los dedos rozando la pistola enfundada. Una advertencia. Un recordatorio de lo que pasó anoche.

—Baganov. Su voz tiene la calidez de un invierno siberiano.

—Castellani —le devuelvo el tono—, tu jefe me espera.

La mandíbula de Dante se tensa. Se hace a un lado, pero sus ojos siguen cada uno de mis movimientos mientras paso por delante. Igor se posiciona junto al ascensor.

Las puertas dobles del despacho de Pietro Sartori están abiertas. Entro sin llamar.

Cuatro hombres esperan dentro.

Pietro está sentado tras su enorme escritorio, con los dedos entrelazados, el rostro tallado en piedra. Nico Sartori está junto a la ventana, de brazos cruzados. Lorenzo se apoya en la pared del fondo, despreocupado de una forma que no engaña a nadie. He visto los archivos sobre él, sé de lo que es capaz bajo esa sonrisa de diplomático.

Y Bruno.

El antiguo heredero está sentado en su silla de ruedas cerca de la esquina, situado para verlo todo y a todos. Sus ojos arden con una furia apenas contenida.

Me he enfrentado a cosas peores.

—Caballeros —inclino la cabeza—, gracias por reunirse conmigo con tan poco margen de tiempo.

Pietro señala la silla frente a su escritorio. —Siéntese.

Tomo asiento.

—¿Quiere beber algo? —Pietro alarga la mano hacia un decantador de cristal.

—Estoy bien.

Él se sirve una copa de todos modos. Whisky. Del bueno, por el color. Se toma su tiempo, dejando que el silencio se prolongue. Un juego de poder. He usado la misma táctica cien veces.

Podría terminar con esto en treinta segundos. Decirles que me importan un bledo sus tradiciones o su bendición. Que Vittoria ya ha dicho que sí, y que ese es el único permiso que necesito. Que lo que quieran —territorio, derechos de distribución, conexiones políticas— pueden tenerlo. Todo. Firmaré la mitad de mi imperio si eso es lo que hace falta.

Pero estos son sus hermanos.

Y ella los quiere, y eso significa que tengo que jugar esto con inteligencia.

Sé astuto, me recuerdo.

Pietro deja su vaso. —Seré claro, Baganov. Vamos a hablar. A hablar de verdad. Sin gilipolleces, sin bailes diplomáticos.

—No esperaría menos.

—Bien —se inclina hacia delante, con los codos en el escritorio—, porque nadie en esta habitación sabe cómo ha conseguido que mi hermana decida que se casa con usted.

Bruno resopla desde su rincón. El sonido rezuma puro desprecio.

—Hace un mes apenas sabía que existías —añade Nico. Mantiene los brazos cruzados, su postura rígida—. ¿Ahora, de repente, te elige a ti antes que una alianza con los Rogers? ¿Antes que cualquier otra opción que le hayamos presentado?

Le sostengo la mirada sin inmutarme—. Quizá tenga mejor gusto de lo que creéis.

—O quizá la manipulaste —Bruno avanza con su silla, con las ruedas rechinando contra el suelo de madera—. La acorralaste. Dios sabe qué hiciste para convencerla de...

—Bruno —la voz de Pietro corta como una cuchilla—, basta.

La mandíbula del antiguo heredero se tensa, pero guarda silencio.

—Sea como sea que lo hicieras —continúa Pietro—, ella ha tomado su decisión. Y vamos a honrar esa decisión.

Mantengo el rostro inexpresivo.

—Pero —los ojos de Pietro se endurecen—, debemos dejar algo muy claro antes de discutir cualquier acuerdo.

Espero.

—A pesar de los acuerdos que hagamos hoy en esta sala, nada de eso importará si le hace daño.

—No tengo intención...

—No he terminado —la palma de Pietro golpea el escritorio. El vaso de whisky tiembla—. Si nos llega una sola palabra de que le ha faltado al respeto. Una queja. Una sola lágrima que ella no haya elegido derramar. Un solo moretón que ella no haya pedido. Empezará la guerra. El matrimonio terminará. Y usted también.

Debería erizarme ante esto. Debería recordarle que estoy a punto de convertirme en pakhan de la Bratva de Chicago. Que mis hombres superan en número a los suyos. Que amenazarme en mi posición conlleva consecuencias.

En lugar de eso, siento algo inesperado.

Respeto.

Estos hombres reducirían a cenizas su alianza conmigo si yo hiciera daño a su hermana. Sacrificarían territorio, dinero y ventajas políticas por su seguridad.

Y eso es poco común en este mundo. He visto a padres vendiendo a sus hijas por dinero. También he visto cosas peores que esa.

Así es como se ve una familia, me doy cuenta. *Esto es lo que ella tiene.*

Me recuesto en mi silla—. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —Nico se separa de la ventana—. Porque no pareces un hombre que acepte órdenes.

—No lo soy —le sostengo la mirada—. Pero esto no es una orden. Es una promesa que ya pensaba cumplir.

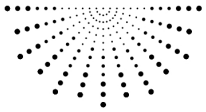
Silencio.

—Vittoria Sartori será mi esposa —continúo, bajando la voz—. Eso significa que su seguridad, su felicidad y su bienestar pasan a ser mi responsabilidad —la palabra se me escapa antes de que pueda evitarlo. Es verdad, pero quizá revele demasiado.

Los ojos de Bruno se entrecierran.

—No la busqué por la alianza —me dirijo directamente a Pietro—. La alianza es conveniente. Útil. Pero la habría buscado igualmente sin ella.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



Dmitri

Pietro levanta una mano antes de que pueda continuar. —Nadie en esta sala está preparado para escuchar por qué la elegiste a ella. Estamos hablando de nuestra hermana pequeña.

Me parece justo. Cierro la boca y espero.

El Don se reclina en su silla.

—Le he respetado a usted y a su familia desde el principio, Baganov. Su padre construyó algo sólido. Usted lo ha mantenido. Espero que no me demuestre que me equivoco.

—No tengo intención de hacerlo.

—Bien. —Pietro se yergue, y el cambio en su postura indica que pasamos de los asuntos familiares a los negocios—. Cualquier cosa que gestionemos juntos: reparto al cincuenta por ciento. Mitad por mitad, sin complicaciones.

Asiento despacio. Era de esperar.

—No nos importa lo que los rusos ya posean —añade Nico con los brazos cruzados sobre el pecho—. Sus operaciones actuales seguirán siendo suyas. Esta alianza crea nuevas empresas. Esas se dividen a partes iguales.

—De acuerdo.

Lorenzo habla por primera vez desde que entré. —Las conexiones políticas fluyen en ambos sentidos. Su familia tiene alcance en ciertos círculos a los que nosotros no llegamos. Nosotros tenemos acceso a otros que usted necesita.

—Beneficio mutuo. —Inclino la cabeza—. Las conexiones de mi padre en el Ayuntamiento, la Autoridad Portuaria... pasan a ser mías. Tendrán acceso a ellas.

—Está el asunto de los activos de Vittoria —dice Pietro con cautela.

Se me tensa la columna. Aquí viene.

—Ella posee una cantidad sustancial. Su participación en los negocios familiares, inversiones personales, fondos fiduciarios de nuestro padre. —Pietro me observa la cara como si esperara alguna reacción—. Es considerable.

Sé exactamente cuánto vale Vittoria Sartori. Yuri recopiló los informes financieros hace semanas. La cifra tiene siete ceros antes de la coma decimal.

—No quiero nada de eso.

El silencio cae sobre la habitación como una manta pesada.

La silla de ruedas de Bruno cruje mientras se inclina hacia delante. —¿Qué?

—Su dinero sigue siendo suyo. Cuentas separadas, activos separados. —Sostengo la mirada de Pietro sin pestañear—. No me caso con su hermana por su herencia.

Pietro me mira fijamente durante un largo rato. Tensa la mandíbula como si masticara mis palabras, poniéndolas a prueba en busca de mentiras. Dejo que me analice. No tengo nada que ocultar a estas alturas.

Finalmente, asiente. Un movimiento único y seco.

—Eso es... inesperado —admite Nico.

—Asumí que iba a pedir más que eso.

Nico descruza los brazos y se inclina hacia delante.

—Podríamos —dice Nico. Su voz es plana, pragmática—. Podríamos exigir una participación de control en sus redes de distribución. Podríamos requerir auditorías trimestrales de su

contabilidad. Podríamos insistir en tener derecho a veto en sus decisiones de negocios.

Espero. Sé que viene algo más.

—Pero no la estamos vendiendo. —Los ojos oscuros de Nico se clavan en los míos—. No estamos subastando a nuestra hermana al mejor postor. Estamos asegurándonos de que no la manipulen. De que no acabe casada con alguien que pueda destruirla.

La habitación vuelve a quedarse en silencio.

La están protegiendo.

Nada de esto ha tenido que ver nunca con alianzas o ventajas comerciales. Se trataba de encontrar a alguien que no la rompiera.

Vittoria no lo sabe.

—Una última cosa.

Me giro para mirarlo. Lorenzo ha estado callado durante la mayor parte de esta reunión.

—La familia Sartori tiene códigos —dice Lorenzo—. Líneas que no cruzamos. Trata de personas. Prostitución forzada. Explotación de los vulnerables. —Hace una pausa, dejando que cada palabra caiga con peso—. Si los Baganov empiezan alguna vez a trabajar en cualquiera de estas áreas, el trato se cancela. Vittoria obtiene el divorcio. La alianza termina.

Se me tensa la mandíbula.

Si cualquier otro hubiera insinuado que yo traficaría con seres humanos, le habría metido una bala entre los ojos. La sola sugerencia sería suficiente para iniciar una guerra. Mi padre construyó la Bratva sobre principios; despiadados, sí, pero *con principios*. Comerciamos con armas, drogas, información e influencias. Controlamos territorios y eliminamos a la competencia. Pero no vendemos personas.

Jamás.

Pero estos no son enemigos lanzando acusaciones. Son hombres que han visto cómo su mundo destruye a inocentes. Hombres que han visto lo que ocurre cuando las organizaciones abandonan sus códigos. No me están insultando. Están trazando una línea en la arena.

La misma línea que mi propia familia trazó hace generaciones.

—Los Baganov no comercian con carne —digo en voz baja—. Nunca lo hemos hecho. Nunca lo haremos. —Sostengo la mirada de Lorenzo sin vacilar—. Mi madre murió al traer a mi hermana pequeña a este mundo. Mi padre enloqueció de dolor y mató al médico que no pudo salvarla. No estuvo bien que lo hiciera, pero lo hizo porque la amaba. —Hago una pausa—. Entendemos el valor de la vida humana, incluso cuando la quitamos.

Lorenzo me estudia durante un largo momento. Luego asiente.

—Bien.

Pietro abre la carpeta y desliza un montón de papeles sobre el escritorio. —Nuestros abogados redactaron esto anoche. Términos estándar de alianza, cláusulas de separación financiera, las condiciones que Lorenzo acaba de exponer. —Golpea con el dedo la primera página—. Léalos. Haga que su gente los revise. Firmaremos cuando esté satisfecho.

Cojo la carpeta pero no la abro. —Se los devolveré mañana.

—No hay prisa. —La voz de Pietro se suaviza ligeramente—. Su padre... ¿cuánto tiempo le queda?

La pregunta me pilla desprevenido. Esperaba negocios, no simpatía.

—Días —admito—. Quizá menos.

—Tómese el tiempo que necesite —dice Pietro—. Los papeles pueden esperar.

Asiento una vez. Me pongo en pie. Igor se levanta a mi lado, con la postura aún rígida por la tensión.

—Estaremos en contacto.

Vittoria

—Adelante.

Megan empuja la puerta cargando una caja negra atada con una cinta plateada. —Ha llegado esto para usted, señorita Sartori.

—Gracias, Megan.

Ella asiente y sale discretamente, cerrando la puerta tras de sí.

Doy vueltas a la caja en mis manos. El peso sugiere que hay algo importante dentro. Mis dedos desatan la cinta y levanto la tapa.

Acomodadas sobre terciopelo negro descansan un par de esposas de oro rosa, forradas con cuero suave, con una cadena que las une. Hermosas y aterradoras.

Debajo de ellas hay un sobre de color crema.

Desdoblo la nota y mi pulso ya empieza a acelerarse.

Solnyshko,

A las 18:00 hoy. Grand Theatre.

Trae esto.

—D

El calor me invade al instante. Aprieto los muslos al imaginar lo que planea hacer con ellas.

Joder. Ya estoy mojada y él ni siquiera está aquí.

Recorro con el dedo el metal pulido, pensando en sus manos cerrándolas alrededor de mis...

La puerta de mi habitación se abre de golpe.

—¡Tía! No te vas a creer lo que Dylan acaba de...

Amanda se queda helada a mitad de frase, con su pelo platino balanceándose.

Escondo las esposas tras mi espalda. Demasiado tarde. Muchísimo más tarde.

Sus ojos azul verdosos se clavan en mis manos. Luego en la caja. Luego en mi rostro encendido.

—¡DIOS MÍO! —grita lo suficientemente fuerte como para despertar a los muertos—. ¿ESO SON...?

Me lanzo a través de la habitación y le tapo la boca con la palma de la mano. —¿Te has vuelto *loca*? ¡Se te va a oír en toda la propiedad!

Masculla algo contra mi mano, con los ojos enormes y llenos de júbilo.

—Si te suelto, ¿prometes bajar la voz?

Asiente frenéticamente.

La suelto. Inmediatamente dice en un susurro gritado: —¿Eso son *esposas*? ¿Tu maromazo prometido ruso te ha enviado unas *esposas*?

—Amanda...

—¡Déjame ver! —Se escabulle a mi alrededor y arrebata la caja de mi cama antes de que pueda detenerla—. ¡Madre mía, son *preciosas*! ¿Oro rosa? ¿Forradas de cuero? Vittoria, este hombre tiene *gusto*.

—Devuélvemelas.

Ella las levanta hacia la luz, ignorándome por completo. —Hay una nota. ¿Qué dice la nota?

—Nada.

—Mentirosa. Tienes la cara del color de la salsa marinara.

Intento coger las esposas. Ella me esquiva riendo y acabamos enredadas sobre mi cama, ambas soltando carcajadas como cuando estábamos en la residencia universitaria.

—¡Vale! —jadeo, apartándola de mí—. Vale. Te lo contaré. Pero tienes que *prometer* que no volverás a gritar.

Amanda se santigua solemnemente, para luego estropearlo dando botes sobre el colchón. —Cuéntamelo todo. Empieza por el principio. ¿Por qué canceló la semana pasada? ¿Qué pasó en la cena con James? ¿Por qué estás *comprometida* de repente? Me he estado muriendo, Vittoria. *Muriendo*.

Llevo las rodillas al pecho, con el metal frío de las esposas contra mi palma. —Su padre se está muriendo. Cáncer. Solo le quedan días.

El entusiasmo de Amanda se apaga. —Oh. Eso es... eso es horrible.

—Sí. —Pienso en la voz de Dmitri en el coche, despojada de su confianza habitual—. Me lo contó en el coche después de haberme secuestrado, básicamente, de la cena con James.

—Espera, ¿*qué*?

Así que se lo cuento. Todo.

La prepotencia de James, sus amenazas sobre la debilidad de la familia Sartori. Dmitri apareciendo de la nada como una especie de ángel vengador con un traje de tres mil dólares. La forma en que me

llamó su prometida delante de todo el mundo sin pedir permiso. El enfrentamiento con Pietro después.

—¿Y tú simplemente... le seguiste el juego? —pregunta Amanda.

—Lo confirmé. —Niego con la cabeza, todavía sin estar del todo segura de por qué—. No me dio opción, pero cuando Pietro preguntó si era lo que yo quería, dije que sí.

—Porque *es* lo que quieres.

—No sé qué es lo que quiero.

Amanda señala las esposas en mi regazo. —Cariño. Te ha enviado *accesorios de sumisión* con instrucciones para verle en un teatro. Estás tan roja que podría freír un huevo en tus mejillas. Sabes perfectamente lo que quieres.

Gruño y me dejo caer hacia atrás sobre las almohadas. —Es exasperante. Me acosa. Toma decisiones sin consultarme. Amenazó con *matar* a cualquier hombre que intente casarse conmigo.

—¿Y?

—Y no puedo dejar de pensar en él. —La confesión escapa antes de que pueda frenarla—. Cuando me cogió la mano en el coche... Amanda, mi padre murió cuando yo tenía trece años. Dmitri está perdiendo al suyo ahora. Nos quedamos allí sentados a oscuras, sin hablar, y fue la mayor conexión que he sentido con alguien en años.

Amanda se tumba a mi lado, con su hombro apretado contra el mío. —Eso no es poca cosa, V.

—Lo sé. —Miro al techo—. Eso es lo que me asusta.

El silencio de Amanda se prolonga durante exactamente tres segundos. Entonces sus ojos se abren de par en par.

—Ah, no. —Se incorpora rápido—. No, no, no. No vamos a ponernos en plan triste ahora mismo.

Se me cierra la garganta. —No estoy...

—Estás a punto de llorar. —Da una palmada, y el sonido es tan seco que me hace sobresaltar—. Ni hablar. De ninguna manera. Tenemos cosas que hacer.

—No tenemos nada que hacer.

—Oh, ya te digo que sí. —Amanda salta de la cama con la energía de alguien que se ha tomado tres espressos—. Vamos a ir a por unos lattes y unas galletas a ese sitio nuevo de Division Street.

¿Crumbl o algo así? No, espera... *Batter & Bloom*. Me sale en el feed desde hace semanas. Dicen que su galleta de mantequilla tostada y sal marina le cambió la vida a alguien.

La miro fijamente. —¿Una galleta le cambió la vida a alguien?

—Según TikTok, sí. —Me agarra de las manos y me obliga a ponerme en pie—. ¿Y quiénes somos nosotras para llevarle la contraria a TikTok? Vamos. Arriba. Ahora.

—Amanda...

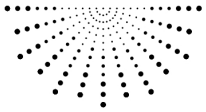
—Tienes aproximadamente cuatro horas antes de que tengas que estar en ese teatro con esas esposas divinas. —Ya está rebuscando en mi armario—. Lo que significa que tenemos tiempo para una dosis de azúcar y cafeína de apoyo emocional. Además, tienes que contarme más sobre ese ruso que, por lo visto, quiere atarte en un *teatro*, porque eso es una *ida de pinza* total y me tiene *obsesionada*.

A pesar de todo, me río.

—Vale. —Me levanto de la cama—. Pero no voy a hablar de las esposas.

—Claro que vas a hablar de ellas. —Amanda me lanza un jersey crema a la cabeza—. Póntelo. Hace que tus tetas parezcan increíbles.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Vittoria

El Grand Theatre parece abandonado cuando bajo del SUV.

Sin luces en la marquesina. Sin multitudes. Solo una fachada oscura y una única figura de pie en la entrada como un fantasma de una película de cine negro de los años cuarenta.

—Señorita Sartori —el hombre asiente una vez—. El señor Baganov la espera en la Sala 1.

Miro de reojo a Elio. —Quédate aquí.

Los ojos de Elio dicen que no está muy convencido, pero no me sigue.

El guardia de la Bratva sostiene la puerta abierta y entro.

Silencio.

El tipo de silencio que te pone la piel de gallina. Ni el zumbido de un proyector, ni charloteo lejano, ni música de fondo emitida por altavoces invisibles. Solo el rítmico clic de mis tacones contra la alfombra gastada.

Paso por el puesto de palomitas. Vacío.

La taquilla. A oscuras.

El vestíbulo con sus accesorios art déco y carteles de películas clásicas. Ni una sola alma.

¿Ha alquilado el cine entero?

La Sala 1 se encuentra al final de un pasillo estrecho flanqueado por fotos enmarcadas de la edad de oro de Hollywood. Garbo. Bogart. Dietrich mirándome con esos ojos de párpados pesados como si supiera exactamente en qué tipo de lío me estoy metiendo.

Sí, Marlene. Lo sé. Las malas decisiones son un poco lo mío últimamente.

Empujo la puerta.

La sala se extiende ante mí: hileras e hileras de asientos de terciopelo rojo que caen en cascada hacia una pantalla enorme que domina la pared del fondo. Y allí, de pie en la parte inferior como si fuera el dueño del lugar (que, conociéndolo, probablemente lo sea ya), está Dmitri.

Detrás de él, una pequeña plataforma se eleva desde el suelo. Una única silla descansa encima, posicionada como un trono.

O un estrado de testigos.

¿Qué demonios es esto?

La sonrisa de Dmitri corta la tenue iluminación mientras empiezo a bajar por el pasillo.

—Has venido —dice cuando estoy lo bastante cerca para percibir su aroma a cedro y humo.

—Me enviaste unas esposas —me detengo a un metro de él, cruzándome de brazos—. Es difícil ignorar ese tipo de invitación.

Sus ojos bajan a mis muñecas. —No las llevas puestas.

—No soy idiota del todo.

—Discutible. Pero sigue sonriendo, y algo cálido se despliega en mi pecho a pesar de mis esfuerzos por mantenerlo a raya.

Señalo el cine vacío a nuestro alrededor. —¿En serio has alquilado todo este sitio?

—Alquilar implica algo temporal —dmitri mete las manos en los bolsillos, un gesto informal en contraste con las líneas afiladas de su traje negro—. Lo he comprado.

Lo ha comprado.

—¿Has comprado un cine histórico de Chicago para una cita?

—He comprado un cine histórico de Chicago porque dijiste que querías ir. —Se encoge de hombros como si esto fuera normal. Como

si la gente comprara edificios emblemáticos por capricho.

—Dmitri... —no sé qué decir. Esto es una locura. *Él* está loco—. Esto es demasiado.

—Nada es demasiado para ti. Las palabras aterrizan entre nosotros, sencillas y devastadoras.

El pulso me retumba en la garganta. Los asientos de terciopelo parecen inclinarse a nuestro alrededor, testigos de aquello en lo que esto se está convirtiendo.

—Tu padre —logro decir—. ¿Cómo está?

La suavidad en la expresión de Dmitri se endurece, solo un poco. —Igual. Peor —hace una pausa—. Ha preguntado por ti esta mañana.

—¿Por mí?

—Le he dicho que me iba a casar con la mujer más inteligente de Chicago. —Sopesa sus palabras con una media sonrisa.

Antes de que pueda responder, sus manos están sobre mí.

Un brazo me rodea la cintura, pegándome contra su pecho. La otra mano acuna la parte posterior de mi cabeza, entrelazando sus dedos en mi pelo. Apenas tengo tiempo de jadear antes de que su boca choque contra la mía.

Su lengua se desliza tras mis labios y suelto un gemido en su boca. Sus dedos se aprietan en mi cabello, ladeando mi cabeza exactamente como él quiere.

Dios.

Cuando finalmente se aparta, estoy jadeando. Siento los labios hinchados. Todo mi cuerpo vibra como un cable de alta tensión.

Dmitri no dice ni una palabra.

Simplemente se da la vuelta, camina hacia la primera fila y se sienta en uno de los asientos de terciopelo. Con las piernas abiertas. Los brazos relajados. Esos ojos clavados en mí como si fuera lo único que vale la pena mirar.

Lo miro fijamente, aún intentando recuperar el aliento.

—Quítate la ropa.

Las palabras me golpean como agua helada.

—¿Qué? —me río porque seguramente le he oído mal—. Estás bromeando.

—Yo no bromeo. Su expresión no cambia. Ni un rastro de diversión.

Ah.

Habla en serio.

—Dmitri, no voy a... —señalo vagamente el cine vacío a nuestro alrededor—. Estamos en un sitio *público*.

—Estamos solos —ladea la cabeza, estudiándome—. Quítatela.

—No —cruzo los brazos sobre el pecho—. De ninguna de las maneras.

—Si no lo haces tú sola —dice él—, lo haré yo por ti. Y entonces tendrás que volver a casa desnuda.

El calor inunda mi centro tan rápido que me marea.

Eso no debería ponerme. Eso no debería ponerme en absoluto.

Pero mis muslos se aprietan de todos modos, traicionándome.

Dmitri se da cuenta. Por supuesto que se da cuenta. El amago de una sonrisa curva sus labios mientras levanta los brazos y apoya las manos detrás de la cabeza. La viva imagen de la arrogancia casual. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Como si supiera que voy a ceder.

Bastardo.

Mis dedos encuentran la cremallera a mi costado antes de que mi cerebro reaccione. El sonido de su deslizamiento resuena en el cine silencioso.

¿Qué estoy haciendo?

No me detengo.

El vestido se amontona a mis pies. Salgo de él, quedándome solo con mi sujetador de encaje negro, las bragas a juego y unos tacones de diez centímetros.

—Déjate los tacones puestos. La voz de Dmitri ha bajado una octava. Ahora es más ronca.

El aire se siente eléctrico contra mi piel desnuda. Puedo sentir su mirada recorriendo cada centímetro de mí, catalogando, *devorando*.

Entonces lo veo.

Su mano se desplaza hacia su regazo, presionando contra el bulto evidente que tensa sus pantalones. No intenta ocultarlo. Solo

se acaricia a través de la tela, mientras me observa de pie, medio desnuda, ante él.

—El resto. Su pulgar sigue el rastro de su longitud—. Quítatelo.

Me tiemblan las manos mientras llevo los brazos a la espalda y me desabrocho el sujetador. Cae al suelo, y el aire fresco del cine me eriza los pezones al instante.

Dmitri emite un sonido gutural. Casi un gruñido.

Engancho los pulgares en mis bragas y me detengo, mirándole a los ojos.

Deslizo el encaje por mis muslos y salgo de él.

Ahora estoy allí de pie, solo con mis tacones, completamente desnuda, mientras Dmitri Baganov me observa desde su trono de terciopelo y se acaricia la polla a través de los pantalones.



Dmitri

Mi polla tira de mis pantalones mientras me acaricio. Verla allí de pie, despojada de todo excepto esos tacones, es la tortura más exquisita que he experimentado jamás.

—Bozhe moy —susurro, mientras mi mano se mueve con trazos lentos y deliberados—. ¿Tienes idea del aspecto que tienes ahora mismo?

Ella se estremece pero no se cubre. Buena chica.

—Tu piel... —Dejo que mi mirada viaje desde su rostro hasta sus pechos, erizados por el aire frío del cine vacío—. Y esas curvas... —Mi voz se vuelve bronca mientras observo la curva de su cintura, el ensanchamiento de sus caderas—. Hechas para mis manos.

Aprieto el agarre sobre mí mismo. Si sigo así, me correré en los pantalones. Eso es lo que ella me provoca.

Me obligo a dejar de acariciarme, con la respiración entrecortada. Levantándome del asiento de terciopelo, acorto la distancia entre nosotros. Cada paso resuena en el cine vacío como un latido.

Ella me observa acercarme, con el pecho subiendo y bajando más rápido ahora. Pero no retrocede. No intenta cubrirse. Mi pequeño sol tiene una columna de acero bajo toda esa piel suave.

Me detengo lo bastante cerca como para sentir el calor que emana de su cuerpo.

—Date la vuelta.

Vacila solo un segundo. Luego se gira, dándome la espalda. La curva de su columna, los hoyuelos justo encima de su culo. Reprimo un gemido.

—Las esposas —digo, con la voz apenas bajo control—. ¿Dónde están?

—En mi bolso —señala hacia donde lo ha dejado cerca de la primera fila de asientos—. En el bolsillo interior.

Recupero las esposas de oro rosa. Cuando vuelvo junto a ella, dejo que mis dedos recorran su omóplato. Ella se estremece.

—Camina hacia la plataforma.

Vittoria se dirige hacia el escenario, con sus tacones haciendo clic contra el suelo de madera desgastada. El foco que preparé antes la alcanza cuando sube a la plataforma, bañándola en una luz dorada. Como si perteneciera a ese lugar. Como si hubiera sido creada para ser exhibida ante mí.

Una única silla preside el centro del escenario. Antigua. Cojín de terciopelo rojo. Hice que Igor la trajera de un marchante que nos debía dinero. No me costó nada más que una deuda perdonada.

—Siéntate.

Vittoria se sienta en la silla, con la espalda recta y la barbilla alta. Incluso desnuda, incluso siguiendo mis órdenes, parece una reina en un trono.

Subo los tres escalones del escenario con las esposas colgando de mis dedos. El metal capta la luz del foco, brillando como una promesa.

Arrodillarme ante ella resulta lo correcto. Como un culto. Como una oración.

Tomo sus muñecas entre mis manos.

—Estas manos —murmuro, presionando mis labios contra su pulso. Su corazón late acelerado contra mi boca—. Estas manos que construyen sistemas de seguridad y escriben código y que probablemente podrían derrocar gobiernos si quisieras.

Cierro la primera esposa alrededor de su muñeca izquierda. El clic resuena por todo el cine vacío.

—Voy a poseerlas esta noche.

La segunda esposa se cierra alrededor de su muñeca derecha. Ahora está atada, con las manos juntas frente a ella como si estuviera rezando. El oro rosa queda precioso contra su piel.

—Dmitri. Mi nombre en sus labios es apenas un susurro.

La miro a la cara, con mis manos aún acunando sus muñecas atadas. Tiene los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas. Sus labios entreabiertos. No tiene miedo. Está *hambrienta*.

Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y mis dedos se cierran sobre terciopelo. La cinta roja que traía se desliza libremente.

Los ojos de Vittoria siguen el movimiento.

—Abre las piernas.

Se le corta la respiración. Por un momento, creo que se negará. Que me desafiará.

Pero no lo hace.

Lentamente, sus muslos se separan. La silla es lo bastante ancha, con los brazos curvos y ornamentados. Perfecta para lo que tengo planeado.

Me arrodillo a sus pies.

Envuelvo la cinta de terciopelo alrededor de su tobillo izquierdo. Ella se estremece. Lo ato a la pata tallada de la silla, comprobando el nudo. Seguro pero no doloroso.

—Dmitri...

—Silencio.

Paso a su tobillo derecho. La misma cinta. Cuando termino, está abierta para mí. Atada de muñecas, ligada por los tobillos, completamente expuesta bajo el foco dorado.

Está perfecta.

La miro a la cara. Tiene las mejillas encendidas, los labios hinchados de mordérselos.

Me levanto despacio. Inclinándome, acuno su rostro con mis manos. Presiono mis labios contra los suyos.

Cuando me aparto, sus ojos se abren con un aleteo.

—Eres mi reina —le digo—. Sabes esto, ¿verdad? Desde el momento en que te vi en aquella gala, huyendo de mí como si fuera algo peligroso.

—*Eres* algo peligroso.

Sonrío. —Sí. Pero ahora soy *tu* algo peligroso. —Rozo su labio inferior con el pulgar—. Y las reinas merecen adoración, solnyshko. Merecen que se les muestre el respeto debido.

Vuelvo a caer de rodillas. Esta vez, no voy por sus tobillos.

Presiono mi boca contra la parte interna de su muslo. Sus músculos se tensan bajo mis labios. Puedo olerla ahora... dulce. Mi polla late dolorosamente contra mi cremallera, pero lo ignoro. Esto no se trata de mí.

Se trata de hacerle entender lo que ella es para mí.

Arrastro la lengua hacia arriba. Sus caderas dan una sacudida contra las ligaduras.

—Quédate quieta —le ordeno contra su piel.

—No puedo...

—Puedes. Lo harás.

Llego al ápex de sus muslos y hago una pausa. Solo respiro contra ella. Dejo que sienta mi aliento en su coño, húmedo, hinchado y a la espera.

Entonces la lamo.

Un trazo largo y lento desde su entrada hasta su clítoris.

—*Dmitri*... —Su voz se quiebra al pronunciar mi nombre.

Lo hago de nuevo. Y de nuevo. Trazos lentos que hacen que sus muslos tiemblen. Sus manos atadas bajan para aferrarse a mi pelo.

—Joder —jadea—. Oh, *joder*...

Sello mi boca alrededor de su clítoris y succiono. Suelta un grito, y el sonido resuena por todo el cine vacío. Rebota en las paredes. Llenando el espacio donde antes el público se sentaba a ver actuaciones.

Esto es una actuación. Mi adoración por ella. Mi devoción hecha carne.

Subo una mano y acuno su pecho. Su peso llena mi palma perfectamente. Hago rodar su pezón entre mis dedos, tirando suavemente, y siento cómo su coño se contrae contra mi lengua.

Está cerca. Puedo sentirlo en la forma en que le tiemblan los muslos. En los sonidos desesperados que emite. En el modo en que sus dedos se aprietan en mi pelo como si intentara anclarse a la tierra.

Me aparto lo justo para hablar contra su carne henchida. —Sabes a todo lo que siempre he deseado, solnyshko.

—No pares... —está suplicando ahora, mi reina, suplicándome a *mí*—. Por favor, Dmitri, no...

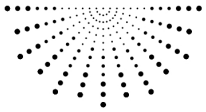
Introduzco mi lengua en su interior. Ella grita.

Mi pulgar busca su clítoris, girando al compás de las embestidas de mi lengua. Mi otra mano sigue trabajando su pecho, pellizcando y masajeando hasta que se retuerce contra las ligaduras. La silla chirría. Las cintas de terciopelo se tensan.

Está completamente a mi merced. Atada, abierta y desesperada.

La adoro con mi boca hasta que sus muslos se cierran alrededor de mi cabeza. Hasta que su espalda se arquea despegándose de la silla. Hasta que se deshace sobre mi lengua, gritando mi nombre en el cine vacío como si fuera una plegaria.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



VITTORIA

Las réplicas aún ondean a través de mí, diminutos pulsos eléctricos que hacen que me tiemblen los muslos. Mis muñecas tiran inútilmente de las esposas de oro rosa. Estoy totalmente expuesta, totalmente deshecha, y Dmitri Baganov me está dando suaves besos en la parte interna del muslo como si fuera algo preciado. Mi cuerpo agotado vibra con un nuevo tipo de hambre.

Se levanta lentamente, sin apartar esos ojos de los míos. Tiene el aspecto de un hombre que acaba de conquistar algo. Quizá lo haya hecho.

Su mano baja hacia su cinturón y se me corta la respiración.

Una caricia. Solo una, su palma presionando contra el evidente bulto que tensa sus pantalones. Un sonido grave retumba en su pecho.

—Mírame —dice.

No podría apartar la vista ni aunque el teatro empezara a arder.

La hebilla del cinturón se abre con un clic. Se toma su tiempo, y me doy cuenta de que me está dando un espectáculo. Una compensación por haberme hecho desnudar pieza por pieza.

Se me seca la boca cuando caen los pantalones.

Bóxers negros. Y no hacen absolutamente nada para ocultar lo que hay debajo. Él es... *Dio mio*, es enorme. La tela se estira de forma obscena, perfilando cada centímetro de grosor.

Mis dedos se curvan contra los reposabrazos. Las esposas se me clavan en las muñecas.

—¿Sigues mirando, solnyshko?

—Es difícil no hacerlo —consigo decir—. Mi voz suena destrozada. Estás tapando el escenario.

Su risa es grave. —Esa boca.

Se lleva la mano a los botones de la camisa. Uno a uno, la tela blanca se separa, revelando un pecho que hace que mi cerebro sufra un cortocircuito.

Ancho. Imposiblemente ancho, con planos de músculo que se desplazan y se tensan con cada movimiento. Un rastro de vello oscuro baja por su esternón, desapareciendo bajo sus bóxers. Su piel está bronceada, tensa sobre un cuerpo que claramente ha sido forjado a través de la violencia y la disciplina.

Pero son las cicatrices las que me roban el aliento.

Una línea en relieve se curva bajo su pectoral izquierdo. Otra cruza sus costillas, más reciente, todavía rosada en los bordes. Una marca circular cerca de su cadera que se parece sospechosamente a una herida de bala curada.

Es un mapa de supervivencia. Una historia escrita en tejido dañado.

La camisa cae al suelo del escenario.

Sus hombros podrían tapar el sol. Sus brazos están surcados de músculos, con las venas prominentes a lo largo de los antebrazos. Esos nudillos con cicatrices se flexionan a sus costados. Los mismos nudillos que acaban de sujetar mis muslos mientras me devoraba.

He visto hombres atractivos antes. Crecí rodeada de ellos, todo encanto italiano de pelo oscuro y cuerpos perfectos. Pero Dmitri Baganov no es atractivo.

Es devastador.

Construido como un arma que alguien olvidó guardar. Peligroso incluso estando quieto.

—Estás mirando fijamente —dice, acercándose.

—Me dijiste que mirara.

—Lo hice —se detiene entre mis muslos abiertos—. ¿Te gusta lo que ves?

Sí. Dios, sí. Eres el hombre más hermoso que he visto en mi vida.

—No está mal —digo en su lugar.

Su mano rodea mi mandíbula, inclinando mi rostro hacia arriba. Su pulgar recorre mi labio inferior, todavía hinchado de tanto reprimir los gritos.

—Mentirosa —murmura. Su dedo recorre mi garganta, presionando ligeramente contra el latido martilleante—. Tu cuerpo no me miente, Vittoria.

Trago saliva con dificultad. —Mi cuerpo está actualmente atado a una silla en un teatro vacío. Ha tenido una noche confusa.

—¿Ah, sí? —Se inclina, su boca rozando mi oreja—. ¿O por fin sabe exactamente lo que quiere?

—Dmitri.

—¿Sí, solnyshko?

—Desátame.

—No.

—¿No? —repito.

El pulgar de Dmitri recorre mi mandíbula, inclinando mi cara hacia arriba. Esos ojos se clavan en los míos. —Aún no vas a tocarme. No con las manos.

Tardo exactamente dos segundos en entender lo que quiere decir.

Ah.

Mi mirada baja hacia la tela tensa de sus bóxers. Hacia el grueso contorno que parece aún más obsceno de cerca. Mi lengua sale disparada, humedeciendo mi labio inferior antes de que pueda evitarlo.

—Ahí está ella —murmura—. Mi pequeña reina hambrienta.

El calor me inunda las mejillas. Entre mis muslos. En todas partes.

Engancha los pulgares en la cinturilla. Tira de la tela hacia abajo. Los bóxers caen hasta sus tobillos y se me olvida cómo respirar.

Eso no va a caber.

Él es grueso. Imposiblemente grueso, con una ligera curva que hace que mis músculos internos se contraigan. Una vena recorre la parte inferior, latiendo visiblemente. El glande ya está goteando.

—Vittoria. —Su voz es pura grava—. Ojos aquí arriba.

Arrastro mi mirada hacia su rostro.

—Pareces asustada, solnyshko.

—Estoy haciendo cuentas —consigo decir—. La geometría no cuadra.

Él se ríe. Se mueve hacia mi lado izquierdo. Su mano sube, acariciando mi cabello.

—Qué lengua tan audaz —dice—. Veamos qué más sabe hacer.

Sus dedos se aprietan en mi pelo. Sin dolor. Solo lo suficiente para que me hormiguee el cuero cabelludo.

—Vas a meterme en esa boca tan bonita. —Su voz baja a un gruñido—. Y vas a disfrutar cada segundo.

Sí. Dios, sí.

—Abre.

Separo los labios.

Él se guía hacia delante, el glande presionando contra mi lengua. El salitre y el almizcle inundan mis sentidos. Cierro los ojos, dejando que el sabor de él sature todo lo demás.

—Más.

Estiro la mandíbula y él empuja más profundo. El peso de él llena mi boca, pesado y caliente. Mi lengua recorre la parte inferior, encontrando esa vena gruesa, y él sisea entre dientes.

Joder. —Su agarre se aprieta en mi pelo—. Justo así.

Hundo las mejillas y succiono. Fuerte.

El sonido que emite se dispara directo entre mis piernas. Un gemido arrancado de algún lugar profundo de su pecho.

Quiero más.

Lo tomo más profundamente, dejando que llegue al fondo de mi garganta. Se me saltan las lágrimas. No me importa. Sus caderas dan una sacudida hacia delante y yo gimo a su alrededor, la vibración haciendo que todo su cuerpo se estremezca.

—Mírate. —Su voz es ahora irregular. Apenas controlada—. Tomándome tan bien. Como si hubieras nacido para esto.

Retrocedo, mi lengua dando vueltas alrededor del glande, y luego me lanzo hacia delante de nuevo. Sus muslos tiemblan contra mi hombro. El poderoso heredero de la Bratva, temblando por culpa de mi boca.

Poder. Esto es poder.

—Más —exijo, apartándome lo justo para hablar—. Dame más.

—Ten cuidado con lo que pides.

Ambas manos me agarran ahora el pelo. Me mantiene quieta y empuja, lento pero implacable, follándome la boca. Cada embestida llega más profundo.

Estoy empapada. Con necesidad. Las cintas de terciopelo se clavan en mis tobillos mientras me retuerzo contra la silla. Cada gemido que suelta me tensa más.

—Tan jodidamente perfecta —gruñe—. Esa boca. *Blyad*, esa boca.

Succiono con más fuerza. Más rápido. Mi lengua trabaja el punto sensible bajo el glande y su ritmo flaquea. Su pecho jadea. El sudor brilla en esos músculos con cicatrices.

—Vittoria. —Mi nombre suena como una oración. Una maldición —. Voy a...

Se retira de repente, su polla deslizándose de mis labios. Su mano se envuelve alrededor de sí mismo, acariciándose rápida y bruscamente.

—Abre los ojos —ordena—. Mira.

Lo hago.

Su mandíbula se tensa. Cada músculo de su cuerpo se queda rígido. Entonces se viene, caliente y espeso, decorando mis pechos con vetas blancas. Gotea por mi piel.

Dmitri me mira desde arriba, el pecho agitado, los ojos salvajes. Su pulgar recorre el desorden sobre mi pecho, extendiéndolo.

—Mía —jadea—. Cada centímetro de ti. *Mía.*—

La palabra se instala en mis huesos. Se marca allí a fuego.

¿Y la parte aterradora?

Que no quiero discutirlo.



Dmitri

El pecho de Vittoria sube y baja. Parece un cuadro. Algo de incalculable valor que debería estar en un museo tras un cristal a prueba de balas.

Me agacho y recojo su ropa interior de donde la tiré antes.

—Vas a llevar esto más tarde —le digo, usando la tela para limpiarme los dedos. Sus ojos se agrandan al verme pasar el encaje por mis nudillos, recogiendo la evidencia de lo que hemos hecho juntos—. Y cuando lo hagas, ya estarán cubiertas con mi semen.

Su garganta se mueve al tragar. Pero no aparta la vista. No me dice que soy asqueroso ni me exige que pare.

—¿Tienes hambre? —pregunto, guardándome la ropa interior arruinada en el bolsillo.

Vittoria parpadea, claramente desconcertada por el repentino cambio. —¿Qué?

—Comida, solnyshko. ¿Cuándo comiste por última vez?

Se lo piensa, frunciendo el ceño de esa forma que hace cuando está procesando información. Como si todo fueran datos que analizar. —He tomado café esta mañana. Y luego algunas galletas.

—Eso fue hace doce horas.

—Estaba ocupada.

Niego con la cabeza, acercándome ya a ella. —No te cuidas.

—Me cuido perfectamente.

Una pequeña llave de oro cuelga de una cadena sujeta a las propias esposas.

Giro la llave y el mecanismo se abre con un clic. Las muñecas de Vittoria quedan libres, con marcas rojas rodeando su piel donde el metal presionaba demasiado.

Blyad. Debería haberlas comprobado antes.

Llevo su muñeca a mi boca y presiono mis labios contra la piel irritada.

—Podría comer algo —dice finalmente—. Si estás ofreciendo.

—Siempre te estoy ofreciendo cosas, Vittoria. Eres tú la que no deja de negarse.

Saco su ropa interior del bolsillo y la uso para limpiar mi rastro de sus pechos. El encaje roza sus pezones y ella inhala bruscamente. Me tomo mi tiempo, asegurándome de que cada rastro de mí se empape en la tela.

Cuando termino, vuelvo a guardarla en mi bolsillo.

Me agacho para desatar las cintas de terciopelo de sus tobillos. Las marcas rojas aquí son más suaves, la tela es más delicada que el metal. Paso el pulgar por las hendiduras de todos modos, memorizando el patrón.

Cuando ambas piernas están libres, le tiendo la mano.

Su palma se desliza en la mía.

Tiro de ella hacia arriba y se tambalea ligeramente, inestable sobre sus tacones. La agarro por la cintura, sujetándola contra mí. Es tan pequeña comparada conmigo.

La beso.

Cuando me retiro, tiene los ojos cerrados.

—Dmitri —susurra.

La levanto en mis brazos antes de que pueda decir nada más. Suelta un jadeo y sus manos vuelan a mis hombros.

—¿Qué estás...?

—La noche acaba de empezar —le digo—. Aún no he acabado contigo.

Se acurruca contra mi pecho. Su cabeza encuentra el espacio entre mi hombro y mi cuello como si estuviera hecha para descansar allí.

El teatro está en silencio a nuestro alrededor. Sin público, sin orquesta, sin aplausos. Solo el sonido de mis pasos resonando por el escenario vacío y la mujer en mis brazos que, de alguna manera, lo llegó a ser todo.

Ahora mismo. Justo aquí. Quiero que el tiempo se congele.

Quiero vivir en este momento para siempre.

Que el mundo deje de girar.

La dejo cerca de los escalones del escenario.

—Vístete.

Se mete en su vestido, subiéndoselo por las caderas.

Recorro la distancia entre nosotros. Mis dedos encuentran la cremallera y la suben lentamente. Dejo que mis nudillos rocen su columna mientras lo hago.

Ella se estremece.

—Mi ropa interior —dice, girándose hacia mí—. Necesito recuperarla.

—No. Todavía no.

Sus cejas se disparan hacia arriba. —¿No?

—Ya me has oído.

Su boca se abre. Se cierra. Vuelve a abrirse.

Entonces suelta una carcajada.

El sonido llena el teatro vacío. Brillante y jodidamente hermoso.

No discute. No exige. Solo sacude la cabeza.

Recojo su bolso y se lo entrego.

—Ven. —Le ofrezco el brazo—. Tenemos una reserva.

—¿Una reserva? —Pasa el brazo por mi codo—. ¿Dónde?

—Tsuki to Umi.

Vittoria deja de caminar.

Me giro para mirarla. Las luces del escenario iluminan el oro de sus pendientes y el rubor que aún persiste en sus mejillas.

—Es mi restaurante favorito —dice en voz baja.

—Lo sé.

—Eres aterrador —susurra.

—No dejas de decirlo. Y aun así... —Hago un gesto entre nosotros—. Aquí estás.

No lo niega. Simplemente echa a andar de nuevo, apretando su mano sobre mi brazo.

Salimos por la puerta lateral donde nos espera mi coche. Yuri está junto al Mercedes, con el rostro cuidadosamente inexpresivo mientras abre la puerta trasera.

Ella le dice a Elio adónde se dirigen. Él asiente y sube a su propio coche.

Ayudo a Vittoria a entrar. Me deslizo tras ella. Los asientos de cuero están calientes por la calefacción. Se acomoda contra el respaldo y la veo hacer una ligera mueca de dolor.

La silla era demasiado dura.

Tomo nota mental. La próxima vez, cojines. Mantas. Algo suave debajo de ella.

—Deberías saber algo —dice Vittoria mientras el coche se aleja de la acera.

—Dime.

—Si sigues malcriándome con comida japonesa, te vas a arrepentir.

—¿Por qué iba a arrepentirme?

Se gira hacia mí. Las luces de la calle pasan veloces por sus rasgos mientras conducimos. Luz. Oscuridad. Luz. Oscuridad.

—Porque la querré todos los días. —Sus labios se curvan en una sonrisa—. Cada. Santo. Día. Desayuno, comida, cena. Sopa de miso y sashimi y esas bolitas de arroz con el...

—Onigiri.

—Sí. Esas. —Me da un toquecito en el pecho—. Estarás harto de pescado crudo en una semana.

Le agarro la mano. La presiono contra mi corazón.

—¿Estarías allí? —pregunto.

Ella parpadea. —¿Qué?

—Cada día. Desayuno, comida, cena. —Sostengo su mirada—. ¿Estarías allí conmigo?

La sonrisa desaparece de su rostro. Otra cosa ocupa su lugar. Algo que no sé nombrar pero que deseo desesperadamente comprender.

—Dmitri...

—Porque si fueras a estar allí... —Llevo su mano a mis labios. Beso sus nudillos. Cada uno de ellos. Lentamente—. Podría comer sushi todos los días por el resto de mi vida.

Ella no aparta la mano.

—No lo dices en serio —dice suavemente.

—Digo en serio todo lo que te digo, Vittoria. —Le doy la vuelta a su mano. Le planto un beso en la palma—. Cada palabra. Cada

promesa. Cada amenaza.

—Vas a romperme el corazón —susurra.

Las palabras me golpean como una bala en el pecho.

—No. —Le tomo la cara entre las manos. La obligo a mirarme—. Voy a adorarlo. A protegerlo. A matar a cualquiera que intente tocarlo. —Mi pulgar recorre su labio inferior—. Tu corazón es lo más seguro que hay en Chicago, solnyshko. Porque me pertenece ahora.

No dice nada.

Pero cuando se inclina hacia delante y presiona sus labios contra los míos, tengo mi respuesta.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo.

Me aparto del beso de Vittoria, con la irritación recorriéndome. *Ahora no.* Sea lo que sea, puede esperar.

Pero la pantalla muestra el nombre de Karolina. Mi hermana nunca llama a menos que sea importante.

Deslizo para responder. —¿Qué?

Sollozos. Sonidos entrecortados y rotos que me hielan la sangre.

—Dmitri. —La voz de Karolina se quiebra al pronunciar mi nombre—. Tienes que venir. Ya. Tan rápido como puedas.

Se me oprime el pecho. Las palabras no calan al principio. O quizá sí, y mi cerebro se niega a procesarlas.

—Karolina...

—Por favor. —Está llorando tan fuerte que apenas puedo entenderla—. Solo ven. Él está... Dmitri, *por favor*.

La línea se corta.

Me quedo mirando el teléfono.

Él está...

No ha terminado la frase.

No le ha hecho falta.

—¿Dmitri? —La mano de Vittoria me toca el brazo. Su voz suena lejana. Amortiguada. Como si estuviera bajo el agua—. ¿Qué ha pasado?

No puedo mirarla. Si la miro, algo dentro de mí se romperá. Y no puedo romperme. Todavía no. No hasta que lo sepa con seguridad.

—Mi padre.

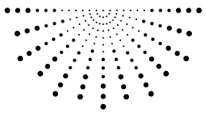
Dos palabras. Eso es todo lo que consigo decir.

El agarre de Vittoria en mi brazo se aprieta. No pregunta nada más. No presiona. Solo se aferra a mí.

—Yuri, a casa. Ya.

El coche sale disparado.

CAPÍTULO VEINTISIETE



VITTORIA

El coche reduce la velocidad al girar hacia un largo camino de entrada de grava flanqueado por robles desnudos. A través de las ventanillas tintadas, observo cómo una extensa propiedad emerge de la oscuridad.

Yuri aparca cerca de la entrada principal, donde ya se encuentran dos todoterrenos negros. Detrás de nosotros, los faros de Elio cortan la noche.

Dmitri no ha hablado desde la llamada. Su mano sigue apretando la mía, pero sus ojos miran fijamente hacia adelante, sin ver nada.

—Dmitri. —Le aprieto los dedos— Debería irme. Esta es tu familia. Tu padre.

Él se vuelve hacia mí, y la crudeza de su mirada me corta la respiración. —Quédate.

Una sola palabra.

No puedo dejarlo solo. No así. No cuando me mira de esta manera.

—Está bien. —Me llevo su mano a los labios, presionando un beso en sus nudillos cicatrizados— Me quedaré.

Él asiente una vez, luego me suelta la mano y abre la puerta del coche.

Lo sigo fuera, con los tacones crujiendo sobre la grava mientras me giro para ver a Elio bajando ya del todoterreno que viene tras nosotros.

Levanto la mano para captar su atención. Niego levemente con la cabeza.

Espera aquí.

La mandíbula de Elio se tensa, pero asiente. No le gusta dejarme sola en territorio de la Bratva, pero confía en mi criterio. O al menos confía en que sé lo que estoy haciendo.

Yo no estoy tan segura de que sea así.

Dmitri me espera al pie de los escalones de piedra que conducen a unas enormes puertas de madera.

La puerta se abre de par en par antes de que lleguemos, y una mujer aparece bajo la luz dorada del vestíbulo. Alta, con los mismos pómulos afilados de Dmitri y el cabello oscuro recogido en una trenza desordenada. Las lágrimas surcan su rostro y tiene los ojos enrojecidos e hinchados.

—Dmitri. —Se le quiebra la voz— Tienes que entrar. Él no... —Un sollozo la interrumpe— Aún no se ha ido, pero el médico ha dicho que será esta noche. Esta es la última noche.

Durante un latido, él se queda paralizado. Luego se mueve, pasando por delante de su hermana y desapareciendo en el interior de la casa; sus pasos resuenan sobre el suelo de madera antes de desvanecerse por un pasillo.

Me quedo en el umbral, de repente consciente de lo fuera de lugar que estoy. Esto es dolor. Un duelo familiar, privado. No debería estar aquí, no debería ser testigo de este momento que solo les pertenece a ellos.

La mujer se limpia las mejillas con el dorso de la mano y me mira.

—Eres Vittoria. —No es una pregunta.

—Sí.

Me tiende la mano. —Soy Karolina. La hermana de Dmitri.

Se la estrecho. Su agarre es firme a pesar del temblor de sus dedos. —Lo siento mucho. Por vuestro padre.

La risa de Karolina suena húmeda, rota. —Es un bastardo. Era un bastardo. Pero sigue siendo nuestro padre. —Retrocede, abriendo más la puerta—. Ven. Siéntate con nosotros en el salón. Los demás están allí.

Vacilo. —No quiero molestar...

—No lo haces. —Los ojos enrojecidos de Karolina se encuentran con los míos con una intensidad que me recuerda vívidamente a su hermano— Dmitri te ha traído aquí. Eso significa algo.

Entro en la casa.

Karolina cierra la puerta tras de mí, dejando fuera el frío. —Por aquí.

La sigo por la casa, pasando por delante de cuadros y puertas que dejan ver bibliotecas y salas de estar.

El salón se abre ante nosotras y me detengo.

Dos personas están sentadas en un sofá de color crema cerca de una chimenea crepitante. Una mujer joven con el pelo rubio miel recogido tras las orejas, con el rostro pálido y demacrado. A su lado, un hombre de hombros anchos y la misma mandíbula afilada que Dmitri, aunque su pelo es más claro, casi castaño.

Ambos levantan la vista cuando entramos.

—Esta es Vittoria —dice Karolina.

La joven se levanta primero, alisándose el vestido sobre los muslos. No debe de tener más de veinte años, quizá veintiuno. Tiene los ojos hinchados y la nariz roja de tanto llorar.

—Natalia. —Me ofrece la mano y yo se la tomo. Sus dedos están fríos y tiemblan ligeramente— Soy la pequeña.

El hombre se pone en pie a continuación, superando en altura a su hermana. Se mueve con la misma gracia controlada que Dmitri, la misma consciencia de su propio cuerpo en el espacio. La postura de un soldado.

—Vladimir. —Su apretón de manos es breve y firme— Gracias por venir.

Asiento, sin saber muy bien qué decir. Un «gracias por invitarme» me parece inapropiado. Un «lo siento» resulta insuficiente.

Seis hijos. Recuerdo haber leído eso en los archivos que Pietro me enseñó hace semanas. Seis hermanos Baganov. Dmitri es el mayor, el heredero. Luego está Aleksander, a quien no he conocido. Karolina. Vladimir. Natalia. Y otro hermano cuyo nombre no consigo recordar.

—Por favor. —Karolina señala un sillón cerca del fuego— Siéntate. ¿Puedo traerte algo? ¿Té? ¿Café? ¿Algo más fuerte?

—No. —Me dejo caer en el sillón. Todavía no llevo ropa interior. Dmitri la tiene en su bolsillo.

Junto las rodillas. —Estoy bien. Gracias.

Karolina se acomoda en el sofá junto a Natalia, estrechando a su hermana pequeña contra ella. Vladimir permanece de pie, de espaldas a la chimenea, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Se hace el silencio.

No sé qué decir. ¿Qué podría decir?

Natalia solloza, limpiándose la nariz con un pañuelo arrugado. Karolina le acaricia el pelo distraídamente, con la mirada perdida.

Vladimir cambia el peso de un pie al otro. Su mandíbula trabaja, tensando y relajando los músculos.

Estudio mis manos en el regazo. Hace menos de una hora, estaba atada a una silla en un teatro vacío mientras Dmitri se arrodillaba entre mis muslos. Ahora estoy aquí, en esta habitación cargada de duelo y expectación.

La muerte no espera a los momentos oportunos.

Mi padre me enseñó eso. Una mañana estaba bebiendo un café expreso en la mesa del desayuno, quejándose del retraso de un cargamento. Al mediodía, ya no estaba. Sin previo aviso. Sin despedidas.

El recuerdo surge espontáneamente y lo reprimo. Esto no se trata de mí. Este no es mi duelo.

Pero lo entiendo. La forma en que el tiempo se estira y se comprime, los minutos parecen horas y las horas parecen segundos.

El llanto silencioso de Natalia llena el silencio. Karolina le susurra algo al oído, demasiado bajo para que yo lo capte.

La mirada de Vladimir recae en mí, evaluándome. Me encuentro con sus ojos sin vacilar.

—Disculpadme. —Saco el teléfono del bolso— Tengo que hacer una llamada.

Karolina asiente, con su atención aún puesta en Natalia. Vladimir me observa levantarme pero no dice nada.

Me muevo hacia el rincón más alejado de la sala, cerca de una ventana que da a los oscuros jardines. El cristal refleja mi rostro: pálido, con el maquillaje ligeramente corrido, pero el pelo todavía perfecto tras el peinado de Amanda de hace unas horas. Parezco una mujer que estaba en una cita, no alguien que se encuentra en una casa donde la muerte aguarda al final del pasillo.

Pulso el contacto de Pietro.

Responde al primer tono.

—¿Dónde demonios estás? —Su voz es cortante, autoritaria. Su voz de Don.

—Estoy en casa de la familia de Dmitri. En la finca Baganov.

—Lo sé. —Hace una pausa cargada de ira— Elio ya me ha informado. Lo que quiero saber es por qué estás dentro de esa casa sin tu equipo de seguridad.

Cierro los ojos. —Fue inesperado. Su padre...

—*Cazzo*. —La maldición suena áspera, cansada—. Deberías haberme llamado inmediatamente.

—Lo sé. Lo siento. Todo ha sucedido muy rápido.

—Últimamente todo sucede rápido contigo. —Pero el tono de su voz se ha suavizado. Solo un poco— Dante está de camino. Esperará fuera con Elio hasta que estés lista para marcharte.

Pongo los ojos en blanco, agradecida de que no pueda verme. Dante. Por supuesto. Porque con un guardaespaldas sentado al frío no es suficiente. Necesito dos.

Pero este no es el momento de discutir.

—Está bien.

—Vittoria. —El tono de Pietro cambia de nuevo, hay algo casi amable bajo la autoridad— Ten cuidado. Los Baganov son aliados ahora, pero el dolor hace que la gente sea impredecible.

—Lo sé.

—Llámame cuando te vayas.

—Lo haré.

La línea se corta.

Me quedo mirando el teléfono un momento, con la pantalla oscura reflejando mi rostro. Luego vuelvo a guardarlo en el bolso y regreso al sillón junto al fuego. Suelto un suspiro y ellos deben de haberme oído.

Karolina levanta la vista cuando me siento. —¿Todo bien?

—Sí. Solo avisaba a mi familia de dónde estoy.

Ella asiente, y la comprensión brilla en sus ojos enrojecidos. —Claro. Tus hermanos deben de ser muy protectores.

—Es una forma de decirlo.

Una sombra de sonrisa cruza su rostro. —Dmitri es igual. Con todos nosotros. —Su mirada se dirige hacia la puerta por la que ha desaparecido su hermano— Especialmente ahora.

Natalia se remueve contra el hombro de su hermana, con nuevas lágrimas resbalando por sus mejillas. —No quiero que se vaya —susurra—. Sé que a veces era terrible, pero sigue siendo...

—Shhh. —Karolina le besa el cabello— Lo sé. Lo sé.

Vladimir no se ha movido de su posición junto a la chimenea. Sigue con los brazos cruzados y la mandíbula tensa. Pero noto cómo traga saliva y el ligero temblor de sus manos, que oculta apretándose sus propios bíceps.

El fuego crepita y chasquea.

Me acomodo más en la silla, estrechando el abrigo alrededor de mis hombros. El calor de las llamas no llega a alcanzarme del todo.

Esperamos.



Dmitri

La puerta está abierta. Me detengo en el umbral.

Aleksander está cerca de la ventana, de espaldas a mí. Tiene los hombros rígidos y las manos metidas en los bolsillos. No se gira cuando entro.

Oleg está sentado en una silla contra la pared, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha.

El doctor Petrov ronda cerca de la cama, revisando los monitores y ajustando los tubos. La enfermera Katya está a su lado con el rostro profesionalmente inexpresivo.

Y en el centro de todo, engullido por sábanas blancas y equipo médico, yace mi padre.

Parece pequeño. Es lo primero de lo que me doy cuenta. Mi padre nunca ha parecido pequeño. Llenaba cada habitación en la que entraba e imponía su presencia en cada espacio que ocupaba. Incluso tras el diagnóstico de cáncer, incluso mientras la enfermedad lo devoraba por dentro, mantuvo esa presencia.

Ya no.

Su piel ha adquirido una palidez grisácea, tensada en exceso sobre unos huesos que parecen sobresalir más que esta mañana. Su respiración se produce en estertores superficiales; cada inhalación es una batalla, cada exhalación, una rendición.

Pero sus ojos.

Sus ojos encuentran los míos en el momento en que entro en la habitación.

Azul pálido, casi incoloros. Los mismos ojos que veo en el espejo cada mañana. Los mismos ojos que me vieron matar a mi primer hombre a los dieciséis años, que evaluaron cada una de mis decisiones, que nunca llegaron a mostrar el orgullo que yo anhelaba.

Esos ojos se clavan en mí ahora con una intensidad que me roba el aliento.

Cruzo la habitación.

Aleksander por fin se gira, con el rostro demacrado. Asiente una vez y luego aparta la mirada. Oleg no se mueve, no levanta la cabeza.

Acerco una silla al lado de la cama y me siento.

De cerca, el daño es peor. Los huecos bajo sus pómulos se han profundizado. Tiene los labios agrietados, con un tinte azulado. La

mano que descansa sobre la manta parece la de un esqueleto, con las venas resaltando como ríos en un mapa.

No estaba así cuando lo he visto esta mañana. O yo estaba ciego y no lo vi.

Pero esos ojos. Esos malditos ojos no me sueltan.

Abre la boca. Emerge un sonido: húmedo, estrangulado, apenas humano.

—Papá —la palabra sale de mí como un raspado, áspera y rota—. No...

—Señor Baganov —el doctor Petrov da un paso al frente, con voz suave pero firme—. Por favor. No debería intentar hablar. Su cuerpo necesita...

La mirada de mi padre se clava en el médico con tal ferocidad que Petrov llega a retroceder. Incluso ahora, incluso agonizando, Alexei Baganov puede silenciar una habitación con una mirada.

Vuelve a abrir la boca.

—Dmi... —Una tos sacude su cuerpo, húmeda y horrible. La enfermera Katya se mueve para ajustarle el oxígeno, pero él la aparta con una mano temblorosa— Dmitri.

Mi nombre. Destrozado, apenas reconocible, pero es mi nombre.

—Estoy aquí —me inclino más cerca— Estoy aquí, papá.

Su mano se mueve sobre la manta, con los dedos crispados. Buscando.

La tomo.

Su agarre es débil. Muy débil. Esta mano que me enseñó a empuñar un arma, que me golpeó cuando fallé, que dio una palmada en mi hombro el día que gané mi primer millón... esta mano apenas puede cerrarse alrededor de mis dedos.

—Tú... —Otra tos. Manchas de sangre salpican sus labios— Tú serás...

—Señor Baganov, por favor —la voz del doctor Petrov denota ahora una angustia genuina— Se está dañando la garganta. El tumor...

—Déjelo hablar.

Petrov se queda en silencio.

Los ojos de mi padre nunca dejan los míos. Algo arde en ellos.

—Tú serás... —jadea, luchando por respirar—... *pakhan*.

—Lo sé.

—No —sus dedos se aprietan sobre los míos con una fuerza sorprendente— No lo... sabes —otro aliento ruidoso— Te pondrán... a prueba. En cuanto... me haya ido.

—Que lo intenten.

Se le escapa un sonido. Podría ser una risa. Podría ser un sollozo. Ya no soy capaz de distinguirlo.

—Orgulloso —la palabra sale en una exhalación, casi inaudible—. Debería habértelo... dicho. Antes.

Siento que el pecho se me rompe.

Tantos años de esfuerzo, de demostrar mi valía, de esperar esas palabras. Y me las da ahora.

Su mano vuelve a apretar la mía. Con menos fuerza esta vez.

—Tráelos —sus ojos se desvían hacia la puerta— A todos... ellos. Mis hijos.

Miro a la enfermera Katya. Ella ya se está moviendo, saliendo de la habitación sin decir palabra.

Aleksander se acerca más a la cama. Oleg finalmente levanta la cabeza.

Esperamos.

La respiración de mi padre llena el silencio. Cada exhalación dura más que la anterior.

No suelto su mano.

Los minutos se estiran hasta la eternidad. Los monitores pitan con su ritmo constante. El doctor Petrov comprueba las lecturas, toma notas, no dice nada.

Mi padre mantiene los ojos cerrados. Ahorrando fuerzas. Esperando.

La puerta se abre.

Karolina entra primero, Vladimir la sigue y, tras ellos, Natalia.

Mi hermana menor parece un fantasma. Su cabello oscuro cuelga lacio alrededor de su rostro pálido. Tiene los ojos demasiado grandes, demasiado brillantes, fijos en la figura de la cama con algo cercano al terror.

No quiere estar aquí. Puedo verlo en la forma en que se queda cerca de la puerta, en cómo retuerce sus manos, en cómo no parece capaz de obligarse a dar un paso al frente.

Los ojos de nuestro padre se abren.

Recorren la habitación, contando a sus hijos. Todos estamos aquí.

Su mirada se posa en Natalia.

Su mano se levanta de la manta. Temblando. Buscando.

—Natalia —su nombre sale roto, apenas un susurro— Ven... aquí.

Ella no se mueve.

Karolina le pone una mano en la espalda, empujándola suavemente. Natalia da un paso. Luego otro. Todo su cuerpo tiembla.

Se detiene al borde de la cama, justo fuera de su alcance.

La mano de nuestro padre sigue buscándola.

—Más cerca.

El rostro de Natalia se desmorona. Pero obedece. Ella siempre obedece. Se inclina y los dedos esqueléticos de él rozan su mejilla.

—Eres... —Una tos húmeda lo interrumpe. Lucha por superarla— ...exactamente igual... a tu madre.

Natalia se rompe.

El sollozo que surge de ella es crudo, animal. Sus rodillas ceden. Se habría desplomado si Vladimir no la hubiera sostenido.

—Mamá... —se atraganta con la palabra— Lo siento, lo siento, no quería...

Me muevo antes de pensar.

La aparto de la cama, lejos de la mano de nuestro padre que intenta alcanzarla, lejos de las palabras que la destruirán. Me resiste por un momento y luego se desploma contra mi pecho, sollozando con tanta fuerza que todo su cuerpo convulsiona.

—Sacadla de aquí —la empujo hacia Karolina— Ahora.

Karolina rodea a Natalia con sus brazos y la guía hacia la puerta. Vladimir los sigue, con el rostro como tallado en piedra.

La puerta se cierra tras ellos.

Vuelvo a mirar hacia la cama.

La mano de mi padre ha caído de nuevo sobre la manta. Sus ojos encuentran los míos. Algo parpadea en ellos: confusión, tal vez. O decepción.

—Ella necesitaba... oír...

—No —vuelvo a sentarme y tomo su mano de nuevo— No lo necesitaba.

Me mira fijamente. Por un momento, creo que va a discutir. Incluso ahora, incluso muriendo, a Alexei Baganov no le gusta que le lleven la contraria.

Pero la lucha lo abandona. Sus ojos se cierran lentamente.

—Papá —me inclino más cerca— Estaremos bien. Todos nosotros. Yo cuidaré de ellos.

Sus dedos se agitan entre los míos.

—Protegeré a esta familia. Todo lo que construiste. Todo por lo que te sacrificaste —se me quiebra la voz. No me importa— No me pondrán a prueba por mucho tiempo. Y cuando lo hagan, aprenderán lo que tú me enseñaste.

Se le escapa un sonido. Ese mismo estertor húmedo que podría ser una risa.

—Bien.

Su respiración cambia.

Lo siento antes de escucharlo. El ritmo tartamudea. Se traba. Se ralentiza.

Sus ojos no se abren.

El pitido constante del monitor se vuelve errático. Luego más rápido. Luego...

Un tono largo y continuo.

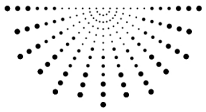
El doctor Petrov se acerca. Comprueba las lecturas. Presiona sus dedos en la garganta de mi padre.

Yo ya lo sé.

La mano que tengo entre las mías se ha quedado laxa. El pecho bajo las sábanas blancas ha dejado de subir.

Alexei Baganov, *pakhan* de la Bratva de Chicago, ha muerto.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



VITTORIA

El salón del recinto parece demasiado luminoso tras la penumbra de la mansión Baganov.

—Alexei Baganov ha muerto.

Las palabras caen en el silencio como piedras en aguas tranquilas.

La expresión de Nico no cambia. Ya lo sospechaba, probablemente. Siempre sabe las cosas antes de que nadie se las diga.

A Bruno se le tensa la mandíbula. Eso es todo.

Me hundo en el sofá de cuero, con el agotamiento tirando de cada uno de mis músculos. El trayecto a casa se me ha hecho eterno. Dante no ha dicho ni una palabra en todo el camino.

—¿Cuándo? —pregunta Nico.

—Hace unas horas. Presiono las palmas de las manos contra los muslos, intentando mantener la compostura.

Mi mente regresa a la mansión Baganov. Al momento en que la puerta se abrió y apareció Vladimir, casi cargando con Natalia. Ella tenía la cara roja e hinchada, las lágrimas le surcaban las mejillas y todo su cuerpo temblaba como una hoja en medio de una tormenta.

¿Puedes quedarte con ella? La voz de Vladimir sonaba ronca. *Solo un rato.*

No hice preguntas. Simplemente abrí los brazos.

Natalia se desplomó sobre mí como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Sus sollozos empaparon mi vestido, mientras sus dedos se aferraban a mi espalda con una fuerza desesperada. No hablaba. No podía hablar. Solo lloraba y lloraba y lloraba.

La sostuve.

Le acaricié el pelo. No le dije que todo saldría bien. No dije absolutamente nada.

Así que me limité a abrazarla. Dejé que llorara. Dejé que temblara. Dejé que sufriera su duelo.

Pasaron los minutos. Quizá más. Los sollozos se fueron calmando gradualmente. El temblor remitió. Su respiración pasó de jadeos entrecortados a algo más constante.

No se apartó. Yo tampoco.

Después de una hora —quizá más, el tiempo había perdido todo sentido—, la puerta se abrió.

Dmitri estaba en el umbral. Tenía el rostro inexpresivo, completamente vacío, pero sus ojos... sus ojos reflejaban algo roto.

—Es tarde —su voz salió ronca, rasposa—. Deberías irte a casa.

Natalia se removió contra mí, levantando por fin la cabeza. Tenía los ojos tan hinchados de llorar que casi no podía abrirlos.

La ayudé a ponerse en pie y la guié hacia Karolina, que apareció tras Dmitri. Las hermanas se abrazaron, con nuevas lágrimas brotando de los ojos de ambas.

Dmitri me acompañó hasta la puerta. No habló. No hizo falta.

En el umbral, me detuvo. Me rodeó la nuca con la mano y me presionó los labios contra el cabello. Solo eso. Un beso en la cabeza.

Luego me marché.

—¿Cuántos guardias tenía el recinto?

La voz de Bruno me devuelve bruscamente al presente.

Me giro y lo miro.

El hermano con el que crecí ha desaparecido. Este desconocido lleva su rostro.

—¿Estás intentando ser un desalmado? —la pregunta sale en un susurro, es genuina—. ¿O siempre has sido así y simplemente nos lo ocultaste a todos?

La expresión de Bruno flaquea. Solo por un segundo. Luego, la máscara vuelve a encajarse en su sitio.

—Estoy haciendo una pregunta estratégica...

—Esa familia está de luto —me pongo en pie, con las manos temblorosas—. Su padre acaba de morir. Dmitri lo ha visto dar su último suspiro. Su hermana se ha desmoronado en mis brazos. —se me quiebra la voz—. Quizá puedas recordar lo que se siente. Quizá puedas dejar de ser así por un maldito minuto.

Él no dice nada.

Nico tampoco.

Salgo del salón sin mirar atrás. Las escaleras se extienden ante mí y las subo en piloto automático, con el cuerpo en movimiento mientras mi mente sigue atrapada en aquella habitación en penumbra de la mansión Baganov.

Los ojos destrozados de Dmitri. Los sollozos desgarradores de Natalia. El peso del duelo aplastándolo todo.

Llego a la puerta de mi dormitorio y la abro. El espacio familiar me recibe.

Doy apenas tres pasos antes de que se me doblen las rodillas.

Un sonido se me escapa de la garganta. Un sonido entre un grito y un sollozo. Me presiono el puño contra la boca, intentando contenerlo, pero es demasiado tarde. El dique se ha roto.

El dolor de Natalia ha desbloqueado algo que yo intentaba controlar.

Giuseppe Sartori. El hombre que me enseñó a montar en bicicleta. El que me llamaba su *principessa*. El que me hizo creer que era especial, amada, protegida.

Las lágrimas caen ahora más rápido. Calientes. Llenas de rabia.

Amaba a mi padre. Lo *idolatraba*.

Y era un fraude.

Mi puño golpea la alfombra. Una vez. Dos. Apenas noto el impacto.

Riccardo. Mi hermano mayor. Mi protector. El que ocupó el lugar de Papá tras su muerte. El que me sostenía cuando lloraba, el que amenazaba a cualquier chico que me mirara mal, el que me hacía sentir segura en un mundo que quería devorarnos.

Riccardo. El que tuvo una aventura con la prometida de Lorenzo. El que mintió, engañó y traicionó a la familia que decía amar.

Ahora estoy sollozando. Unos sollozos feos, jadeantes, que sacuden todo mi cuerpo.

Los odio.

Los *odio*.

Odio a mi padre por hacerme creer en cuentos de hadas mientras llevaba una doble vida. Odio a Riccardo por ser exactamente igual que él: encantador y cariñoso en la superficie, podrido por dentro.

Pero sobre todo, me odio a mí misma.

Por haber estado tan ciega. Por ser tan estúpida. Por estar tan desesperada por creer en la mentira.

La chica que era antes ha muerto.

Lloré la muerte de mi padre.

Lloré la muerte de mi hermano.

Pero nunca guardé luto por *ella*. Esa chica ingenua y confiada que pensaba que el amor significaba algo en este mundo.

Merecía algo mejor que ser asesinada por la verdad.

Me acurruco sobre mí misma en el suelo, con los brazos rodeando las rodillas y la frente apoyada contra la alfombra. Los sollozos no cesan. Ola tras ola de pena, de rabia y de un sentimiento nuevo.

Antes estaba triste.

La tristeza es fácil. La tristeza es suave. La tristeza te permite recordar los buenos tiempos y fingir que los malos no importan.

¿Pero esto? ¿Esta furia ardiente y agitada que me está devorando viva?

Esto es diferente.

Levanto la cabeza. Mi reflejo me devuelve la mirada desde el espejo al otro lado de la habitación. Máscara de pestañas corrida por

las mejillas. Ojos rojos e hinchados. El cabello hecho un nido de enredos.

Parezco un desastre.

Parezco alguien que por fin ha dejado de fingir.

—Basta —la palabra sale raspando mi garganta—. Basta.

Me incorporo del suelo. Las piernas me tiemblan, pero me sostienen.

He terminado de ser la princesa triste encerrada en su torre. He terminado de ser la hermana doliente que no puede seguir adelante.

Necesito hacerme fuerte.

Necesito sobrevivir.

Cojo mi teléfono de donde lo había dejado caer. Mis manos aún tiemblan, pero mi agarre es firme.

El contacto de Amanda parpadea ante mí.

Pulso llamar antes de que pueda echarme atrás.

Responde al segundo tono. —¡Cielo! Precisamente estaba pensando en ti. Dylan quiere...

—¿Puedes venir? —mi voz suena mal. Hueca. Quebrada.

Silencio al otro lado.

—¿Vittoria? —el tono de Amanda cambia al instante; la energía burbujeante desaparece—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No —la palabra sale pequeña, sincera—. No estoy bien. Necesito... necesito que estés aquí. Por favor.

—Ya estoy cogiendo las llaves —oigo movimiento al otro lado, una puerta cerrándose—. Veinte minutos. Quizá quince si me salto todos los semáforos en rojo.

—Amanda...

—Ni se te ocurra decirme que no corra. Estaré allí. Solo... solo espera, ¿vale? Sea lo que sea, lo solucionaremos juntas.

Se corta la comunicación.

Me limpio la cara con el dorso de la mano.

Amanda viene de camino.

Y cuando llegue, voy a contárselo todo.



Dmitri

El teléfono rompe el silencio a las 04:17 de la madrugada.

No estoy dormido. No lo he estado. El cuerpo de mi padre yace en la habitación al final del pasillo, esperando a que la funeraria pase a recogerlo al amanecer.

El nombre de Igor parpadea en la pantalla.

—Dime.

—Hemos encontrado algo. ¿Recuerdas al falsificador de aquel cargamento del mes pasado? El que vendía producto con nuestra águila.

Me incorporo, bajando las piernas del sofá de cuero. —¿El que mencionó la boda Sartori?

—La misma operación. Un soldado distinto —una pausa—. Este no es tan fuerte como el anterior. Ha hablado en veinte minutos.

Mi sangre entra en calor por primera vez desde que vi cómo el pecho de mi padre dejaba de elevarse. —¿Dónde lo tenéis?

—En el almacén de Kedzie. El que usamos para las conversaciones delicadas.

Ya estoy echando mano de mi chaqueta. —Voy para allá.

—Dmitri —Igor duda—. Tu padre acaba de...

—Sé perfectamente lo que acaba de pasar. Me pongo la chaqueta, comprobando que mi Glock esté bien encajada en la funda.

Igor no discute más.

El pasillo se extiende oscuro y silencioso mientras atravieso la casa. Paso por delante del salón donde mis hermanos se reunieron hace horas, por delante de la cocina donde el personal dejó comida que nadie ha tocado, por delante de la habitación donde el cuerpo de mi padre yace bajo una sábana blanca.

No me detengo. No miro.

Yuri está junto al Mercedes; debe de haber oído la puerta.

—Conduciré yo esta noche.

Él parpadea. —¿Señor?

—Dame las llaves.

Yuri me las entrega sin más preguntas.

El motor cobra vida con un ronroneo y salgo de la entrada circular de la finca. Las puertas se abren automáticamente y enseguida me encuentro en la carretera desierta, rodeado de nada más que oscuridad y el resplandor del salpicadero.

Debería sentir algo.

Eso es lo que diría Karolina. Lo que los consejeros de duelo, los terapeutas y los parientes bienintencionados dicen siempre tras la muerte de alguien. Deberías estar triste. Deberías sentirte perdido. Deberías sentir que el mundo ha cambiado su eje.

No siento nada de eso.

El duelo por mi padre lo pasé mientras él estaba vivo.

El duelo ocurrió en tiempo real. Ahora solo queda... vacío. Y con el vacío puedo trabajar.

Los negocios ayudarán. Siempre lo hacen. Cifras y negociaciones y la violencia ocasional necesaria. Esas cosas tienen sentido. Siguen reglas. Responden a la acción.

Vittoria también ayudará.

Sabía que esto iba a ocurrir. La muerte de mi padre. El vacío posterior. La forma en que mi mente pivotaría inmediatamente hacia los negocios, hacia la estrategia, hacia el siguiente problema que requiere una solución.



El almacén de Kedzie se encuentra en el límite de nuestro territorio, un edificio de ladrillo achaparrado que parece abandonado desde

fuera. Puertas de metal oxidadas, ventanas rotas cubiertas con tablones de madera, grafitis de bandas que ya ni existen.

Por dentro es distinto.

Aparco el Mercedes en el aparcamiento trasero y apago el motor. Dos de mis hombres montan guardia en la entrada de servicio, con el aliento formando vaho en el aire frío. Se yerguen al verme bajar.

—Jefe. Asiento con la cabeza y entro por la puerta.

El interior es austero. Suelos de hormigón, tuberías a la vista, una única silla atornillada al suelo bajo una lámpara de trabajo colgante. Igor está a un lado, con los brazos cruzados, observando la figura desplomada en esa silla.

El hombre levanta la cabeza al oír mis pasos y me detengo.

Es joven. Demasiado joven. Piel tersa, ojos muy abiertos, el tipo de rostro que aún conserva la grasa de bebé en las mejillas. No debe de tener más de dieciocho años.

Quizá menos.

—¿Cómo te llamas? —mi voz suena gélida.

Traga saliva con dificultad, y se le ve bailar la nuez. —Drake.

Es negro. De complexión delgada, perdido en una sudadera con capucha de varias tallas más grande. Tiene las muñecas sujetas a los brazos de la silla con bridas de plástico, pero no forcejea. Solo está sentado allí, temblando como una hoja en medio de una tormenta.

Doy una vuelta a su alrededor lentamente, examinándolo. Un golpe en la cara. Solo uno. Un hematoma de color púrpura en el pómulo izquierdo y el labio partido, pero no de gravedad. Los hombres de Igor apenas lo han tocado.

Se ha quebrado en veinte minutos sin apenas una marca en el cuerpo.

No me gustan los hombres que se quiebran rápido. Suele significar que o mienten o no tienen nada que merezca la pena proteger. Pero este... este no está calculando. Está aterrorizado. El tipo de terror que sientes cuando te das cuenta de que te has metido donde no te llaman.

—¿Cuántos años tienes, Marcus?

Duda. Sus ojos se clavan en Igor y luego vuelven a mí.

—¿Cuántos años? —repito, esta vez con más dureza.

—Diecisiete —la palabra sale con un hilo de voz.

Cierro los ojos.

Diecisiete.

Un niño. Un puto niño sentado en mi silla de interrogatorios, atado y sangrando porque se ha visto envuelto en algo que no comprende.

He visto esto antes. Demasiadas veces. Jóvenes de barrios marginales, situaciones desesperadas, sin padre o con el padre en prisión, madres con tres empleos solo para mantener la luz encendida. Ven el dinero, el respeto, el poder que conlleva esta vida y piensan que es su única salida.

No ven la silla. No ven el almacén. No ven las tumbas poco profundas.

Abro los ojos y cojo una silla plegable de metal que hay contra la pared, colocándola frente a Marcus. Me siento, inclinándome hacia delante con los codos en las rodillas.

—¿Para quién trabajas?

—Yo no... —niega con la cabeza rápidamente—. Yo no trabajo para nadie. No así, no de continuo. No estoy en ninguna banda ni nada.

—¿Entonces por qué estás vendiendo producto con la marca de mi familia?

Sus ojos se abren aún más. —No sabía que fuera vuestra, lo juro. No sabía nada de marcas ni territorios ni nada de eso. Un tipo me dio las bolsas y me dijo adónde ir.

—¿Qué tipo?

—No sé su nombre —su voz se vuelve más aguda—. No lo había visto nunca. El amigo de un primo conocía a alguien que conocía a alguien. Me dijo que podía sacar quinientos dólares solo por entregar unos paquetes. Eso es todo. Eso es todo lo que tenía que hacer.

Estudio su rostro. No ha dejado de temblar. Tiene las pupilas dilatadas y la respiración es rápida y superficial. La respuesta clásica al miedo. No detecto señales de engaño.

—¿Para qué necesitabas el dinero?

—Mi madre —traga saliva de nuevo—. Está enferma. Ya no puede trabajar. Tenemos facturas, ¿sabes? Debemos tres meses de alquiler. Nos van a echar a la calle. —se le quiebra la voz—. Solo necesitaba hacer dos entregas. Solo dos. Sacar lo suficiente para cubrir este mes, ganar algo de tiempo.

Dos entregas. Quinientos dólares. Una madre que no puede trabajar.

He oído esta historia mil veces. Nunca se hace más fácil de digerir.

—El hombre que te dio el producto —digo lentamente—, ¿te dijo para quién trabajaba?

Drake asiente, ansioso ahora, desesperado por ser útil. —Sí. Sí, dijo... dijo que era de los Corelli. Dijo que se estaban expandiendo, que necesitaban chavales para la calle. Dijo que si lo hacía bien, quizá me contratarían fijo.

Los Corelli.

Me quedo inmóvil.

Los Corelli representan la vieja fortuna. El viejo poder. Han controlado el South Side durante tres generaciones y no han llegado hasta ahí cometiendo descuidos. No contratan a chavales de diecisiete años de la calle para mover droga. No dejan que su nombre circule entre reclutas aleatorios. No cometen errores como este.

Lo que significa una de estas dos cosas:

O bien alguien está usando el nombre de los Corelli para despistarnos y han plantado a este chico como cebo para llevarnos en la dirección equivocada.

O bien los Corelli se han vuelto repentinamente lo bastante incompetentes como para contratar a niños sin formación que se quiebran tras veinte minutos de un interrogatorio suave.

La segunda opción no es posible. Giorgio Corelli es muchas cosas, pero estúpido no es una de ellas.

Así que alguien está jugando con nosotros.

Me echo hacia atrás en la silla, observando el rostro de Drake. Él cree lo que me está contando. Eso está claro. Realmente piensa que trabajaba para los Corelli porque eso fue lo que le dijeron.

¿Pero quién se lo dijo? ¿Y por qué?

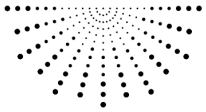
—Igor —no aparto los ojos de Marcus—. Tráele agua. Y averigua todo sobre el hombre que lo reclutó. Descripción, ubicación, cómo se hizo el contacto. Todo.

Igor camina hacia la puerta, pero se detiene. —¿Y el chico?

Miro a Drake. Diecisiete años. Una madre enferma.

—Que esté cómodo. No volváis a tocarlo —me levanto, apartando la silla—. Necesito pensar.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



VITTORIA

El incienso me quema la garganta.

Me siento entre Nico y Dmitri en el primer banco de la Catedral Ortodoxa Rusa de San Nicolás, con el peso de mil ojos presionando mi espalda. La iglesia rebosa de deudos vestidos de negro, cuyos susurros crean un zumbido bajo que compite con los cánticos del sacerdote.

Karolina está en el podio; su voz es firme a pesar de las lágrimas que surcan sus mejillas. Habla primero en ruso y luego en inglés, pintando el retrato de un padre que le enseñó a montar a caballo y a leer a Tolstói antes de dormir.

—Él no era un hombre tierno —dice, con los dedos aferrados a los bordes de madera—. Pero amaba con ferocidad. Completamente. Sin reservas.

Mantengo la mirada al frente, con las manos entrelazadas en el regazo.

Tenemos que presentar un frente unido, había dicho él esta mañana, con voz plana y hueca. *Mi familia. Tu familia. Juntos.*

Había querido bromear con él por hacer tal declaración el día del funeral de su padre. Las palabras se habían formado en la lengua,

algo ligero acerca de que estaba siendo dramático, acerca de que el momento elegido era morboso.

Pero entonces lo había mirado a la cara.

Las sombras bajo sus ojos. El rictus rígido de su mandíbula. La forma en que sus manos no dejaban de moverse, ajustándose los gemelos, alisándose la corbata, buscando algo que no estaba allí.

Así que simplemente había asentido y había venido.

Nico se mueve a mi lado y su hombro roza el mío. Ha estado en silencio desde que llegamos, con sus ojos oscuros escaneando a la multitud con la precisión de una cámara de vigilancia. Lorenzo y Pietro están sentados al otro lado de Nico.

Diez de nuestros hombres combinados con soldados rusos por todas partes, dentro y fuera de la iglesia.

La voz de Karolina se quiebra en una palabra que no he oído. Algo sobre madres e hijos y los espacios entre los latidos del corazón.

La mano de Dmitri busca la mía.

Su agarre es demasiado fuerte. No me zafo. Entrelazo mis dedos con los suyos y aguanto.

Me he enfrentado a esto dos veces antes.

Esta tercera vez no se trata de mi familia de sangre.

Pero de alguna manera, sentada aquí con la mano de Dmitri aplastando la mía, viendo a su hermana luchar con palabras que nunca serán suficientes... siento que se trata de mi futura familia.

Karolina termina de hablar y baja del podio. Natalia se levanta inmediatamente para abrazarla; ambas hermanas se aferran la una a la otra en el pasillo. Vladimir es el siguiente en levantarse, con movimientos rígidos mientras ocupa su lugar para hablar.

Estudio a la multitud mientras él habla.

Las primeras filas las ocupan la familia Baganov, la mía y los socios cercanos. Detrás de ellos, la iglesia se llena de rostros que reconozco de informes de inteligencia y fotos de vigilancia. Jefes de organizaciones más pequeñas. Representantes de familias aliadas. Hombres y mujeres que han venido a presentar sus respetos y, lo que es más importante, a evaluar.

Están observando a Dmitri.

Cada uno de ellos está midiendo, preguntándose si el nuevo pakhan será tan formidable como su padre. Preguntándose si hay debilidad que explotar. Una oportunidad que aprovechar.

Reconozco esa mirada. Se la he visto dirigida a Pietro cien veces desde que relevó a Riccardo.

El pulgar de Dmitri traza círculos en mi nudillo. Pequeños, repetitivos. No creo que se dé cuenta de que lo está haciendo.

Anoche, Dmitri me llamó a las dos de la mañana.

Su voz había sonado ronca, raspada tras horas de silencio. Me había hablado del plan de Karolina: una fundación benéfica para pacientes con cáncer y sus familias. Un edificio dedicado a la investigación, el apoyo, la comunidad. Algo permanente. Algo que les sobreviviría a todos.

En memoria de Alexei Baganov, había dicho él. *Quiere anunciarlo en la recepción después del funeral.*

Yo estaba medio dormida, acurrucada en mi cama con el portátil aún abierto a mi lado. *Eso es precioso*, había murmurado.

También anunciaremos nuestro compromiso allí.

Eso me había despertado del todo.

Dmitri, es demasiado pronto.

Las cosas se están moviendo rápido ahora, solnyshko. Voy a asumir el título. La gente necesita ver estabilidad. Fuerza. Necesitan ver que la familia Baganov no está fracturada por el dolor.

Me había incorporado en la cama, apartándome el pelo de la cara. *Tu padre acaba de morir.*

Sí. Una pausa. *Y en una semana, celebraremos una gala en Nexus.*

Esa es la parte que me pesa en el pecho, presionando mis costillas como una piedra.

Lo sé porque lo he vivido.

Tres semanas después de la muerte de mi padre, celebramos una gala benéfica.

Todos los miembros de su familia reían y hablaban. Y yo estaba junto a la ventana, viendo caer la nieve en el jardín, preguntándome por qué nadie más parecía notar que mi padre estaba muerto.

Así es como funciona, había dicho Dmitri.

Tiene razón.

Organizas galas. Haces anuncios. Sonríes hasta que te duele la cara y das la mano hasta que se te entumecen los dedos.

Porque en el momento en que dejas de moverte, los buitres empiezan a rondar.

Lo he visto ocurrir. Familias que tardaron demasiado en recuperarse de una pérdida. Organizaciones que mostraron demasiada humanidad. Fueron engullidas enteras por rivales que olieron sangre en el agua.

Así que nos convertimos en robots.

Nos programamos para funcionar, para actuar, para proyectar fuerza incluso cuando estamos vacíos por dentro. Celebramos cumpleaños y fiestas y hitos porque la alternativa es una sentencia de muerte por derecho propio.

Pienso en la gente de fuera de nuestro mundo. Los que pierden a alguien y simplemente... se detienen. Que no pueden afrontar la Navidad sin su madre o su cumpleaños sin su hermano. Que se dan permiso para desmoronarse, para tomarse su tiempo, para sanar al ritmo que sus corazones exijan.

No los juzgo por ello.

Los envidio.



Dmitri

Vladimir termina de hablar.

Mi hermano baja del podio, con el rostro tallado en la misma piedra de la que será la lápida de nuestro padre.

Suelto la mano de Vittoria.

Mis piernas me llevan hacia adelante sin pensamiento consciente. Años de entrenamiento. Años de preparación. Cada paso medido,

cada respiración controlada. El sacerdote asiente cuando paso a su lado, sus vestiduras ondeando como oraciones susurradas.

El podio parece más pequeño de lo que se veía desde el banco.

Coloco las manos sobre la madera desgastada, sintiendo los surcos dejados por generaciones de dolientes antes que yo. El discurso está doblado en el bolsillo de mi chaqueta. Tres páginas de palabras cuidadosamente elaboradas que mi abogado Mikhail pasó dos días ayudándome a escribir. Profesional. Respetuoso. Estratégico.

Cada frase diseñada para lograr algo.

Miro al mar de rostros.

Si Dios mismo observa desde algún lugar por encima de esta catedral, debe de estar conteniendo el aliento. Los ángeles pintados en el techo miran hacia abajo con ojos dorados, sus expresiones congeladas en un juicio eterno.

—Alexei Baganov —comienzo, con mi voz llenando el espacio abovedado—, no era un hombre que inspirara consuelo. No ofrecía palabras tiernas ni caminos fáciles. Exigía la excelencia porque creía que éramos capaces de alcanzarla. Nos empujaba a nuestros límites porque sabía que esos límites eran mentiras que nos contábamos a nosotros mismos.

Busco el rostro de Karolina en la primera fila. Sus ojos están rojos, pero asiente una vez. Permiso para continuar.

—Mi padre construyó un imperio de la nada. Llegó a este país con los bolsillos vacíos y un nombre que nadie sabía pronunciar. En veinte años, había creado algo que nos sobrevivirá a todos los presentes en esta sala.

Los representantes de las familias aliadas se inclinan un poco hacia adelante. A esto han venido. No por el dolor. No por el sentimiento.

Poder.

—Enseñó a sus hijos que la lealtad no se regala. Se gana mediante el sacrificio. Nos enseñó que la familia es lo primero. Antes que el consuelo. Antes que la seguridad. Antes que nuestros propios deseos.

Hago una pausa, dejando que las palabras calen.

—El mundo recuerda los bordes duros de los hombres poderosos. Las decisiones que cambiaron destinos. Estas historias viajan rápido. Se convierten en leyendas antes de que los cuerpos se enfríen.

Los hombros de Natalia tiemblan. Vladimir pone una mano en su espalda.

—Pero estoy hoy aquí para hablar de lo que viaja más despacio. De las cosas que se pierden en el ruido.

Rebusco en mi memoria, más allá del entrenamiento y la violencia y las interminables pruebas de valía.

—Mi padre nos leía todas las noches hasta que tuvimos edad suficiente para leer nosotros mismos. Tolstói. Dostoievski. Pushkin. Creía que entender el alma rusa requería entender su literatura. Se sentaba en el sillón junto al fuego, con la voz ronca por los puros, y daba vida a mundos para unos niños que aún no comprendían el peso que cargarían.

—Enseñó a Karolina a montar antes de que supiera caminar. Pasó tres meses enseñando a Vladimir a hacer un nudo en condiciones porque mi hermano se negaba a aceptar ayuda. Sostuvo a Natalia el día en que nació y lloró. La única vez que vi lágrimas en su rostro.

Trago saliva ante la opresión de mi garganta.

—Construyó un establo para los caballos de Aleksander cuando mi hermano tenía doce años, a pesar de que odiaba el olor y el desorden. Asistió a cada uno de los combates de boxeo de Oleg, sentado en la primera fila con los brazos cruzados, sin vitorear nunca pero siempre presente.

Mi mirada encuentra a Vittoria.

Ella permanece perfectamente quieta, con sus ojos oscuros fijos en mi rostro. Nico me observa con un interés calculador. La expresión de Pietro sigue siendo ilegible.

—Y a mí. —Agarro el podio con más fuerza—. Él me convirtió en lo que soy. Cada lección. Cada prueba. Cada momento de silencio que me enseñó más de lo que las palabras podrían jamás. Vio algo en mí que yo no veía en mí mismo, y se negó a dejar que lo desperdiciara.

El discurso en mi bolsillo sigue intacto.

Las palabras de Mikhail eran perfectas. Profesionales. Habrían logrado todo lo que necesitaba lograr.

Pero no eran ciertas.

—La gente solo habla de lo bueno cuando alguien muere. Nos subimos a los podios y pintamos santos de pecadores, ángeles de demonios. Quizás esto sea misericordia. Quizás sea cobardía.

Me yergo.

—Prefiero creer que es sabiduría. Lo malo ya viaja bastante rápido por su cuenta. No necesita ayuda de los elogios fúnebres. Pero lo bueno —los momentos de calma, las bondades privadas, el amor que nunca aprendió a pronunciar su propio nombre—, estas cosas mueren con nosotros a menos que alguien les dé voz.

El incienso asciende en espirales, llevando oraciones a un Dios de cuya existencia no estoy seguro.

—Mi padre no era un hombre tierno. Pero nos amaba. Con ferocidad. Completamente. Sin reservas.

Repito las palabras de Karolina deliberadamente. Que vean que estamos unidos.

—Y honraremos ese amor protegiendo todo lo que construyó. Manteniéndonos unidos como él nos enseñó. Demostrando que el nombre Baganov perdurará mucho después de que esta catedral se convierta en polvo.

Bajo del podio.

El camino de vuelta a mi asiento se me hace más largo que la subida. Cada ojo en la catedral sigue mis movimientos.

Me deslizo en el banco junto a Vittoria. La madera cruje bajo mi peso; el sonido es engullido por la inmensidad de la catedral.

Su mano encuentra la mía antes de que me haya acomodado del todo.

Sus dedos se entrelazan con los míos, cálidos y firmes. No me mira. No hace un espectáculo del gesto. Simplemente aguanta, con un agarre lo bastante firme como para anclarme a este momento.

Miro fijamente al frente, al sacerdote que ha retomado su posición en el altar.

Entonces Vittoria apoya la cabeza en mi hombro.

Su peso se asienta sobre mí como algo que no sabía que me faltaba. Su pelo roza mi mandíbula, desprendiendo el sutil aroma de una flor. Encaja perfectamente en el espacio a mi lado, como si siempre hubiera estado destinada a ocuparlo.

Los susurros recorren las filas detrás de nosotros.

Los oigo a pesar de la voz monótona del sacerdote.

Vittoria no se mueve. No reconoce los susurros ni se aparta de mí. Mantiene la cabeza en mi hombro, con su mano envolviendo la mía, haciendo una declaración más ruidosa que cualquier palabra.

Sabe exactamente lo que está haciendo.

Vio una oportunidad para fortalecer mi posición y la aprovechó sin vacilar.

Quiero darle las gracias.

Las palabras se forman en mi garganta, simples e inadecuadas. *Gracias.* Dos sílabas que no podrían capturar lo que significa este momento. Lo que ella me ha dado sin que se lo pidiera.

Pero no confío en mi voz.

El elogio me ha dejado algo al descubierto. Hablar de las bondades privadas de mi padre, de los momentos de los que nadie más fue testigo, me ha costado más de lo que esperaba.

Si intento hablar, no estoy seguro de qué saldrá.

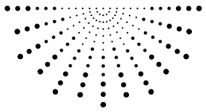
Así que permanezco en silencio.

La voz del sacerdote nos envuelve, oraciones familiares en eslavo eclesiástico antiguo que aprendí de niño. Las palabras se difuminan, sonidos sin sentido que llenan el espacio entre los latidos del corazón.

El sacerdote levanta las manos, bendiciendo a la congregación.

Agacho la cabeza como todos los demás, pero mis ojos permanecen abiertos. Fijos en nuestros dedos entrelazados descansando sobre mi muslo.

CAPÍTULO TREINTA



VITTORIA

Dos días pasan volando.

Hablo con Dmitri dos veces. En ambas ocasiones por la noche, con su voz ronca por el agotamiento; las conversaciones duran apenas tres minutos antes de que se disculpe y prometa llamar mañana.

Buenas noches, solnyshko.

Buenas noches, Dmitri.

Las palabras se convierten en un ritual. Un hilo tensado al límite a través de la distancia que nos separa.

Lo entiendo. Su padre acaba de morir. Tiene un imperio que asegurar, alianzas que confirmar, buitres a los que mantener a raya.

Entiendo todo eso.

Pero el entendimiento no detiene el dolor hueco que se instala bajo mis costillas cuando busco mi teléfono y no encuentro mensajes.

¿Cuándo ha pasado esto?

Rastreo la pregunta a lo largo de las semanas, buscando el momento en que Dmitri Baganov dejó de ser un problema que

resolver y se convirtió en alguien a quien echo de menos. Alguien cuya ausencia crea un vacío que puedo sentir.

El teatro. Su boca sobre mí, sus manos suaves a pesar de su fuerza.

El trayecto en coche después. Sus dedos entrelazados con los míos mientras me hablaba de su padre.

El funeral. Su elegía dejándolo al desnudo mientras yo observaba, impotente para hacer otra cosa que sostener su mano.

O quizá empezó antes de todo eso.

Unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos.

Levanto la vista de mi portátil y encuentro a Valentino de pie en el umbral. Viste vaqueros oscuros y un jersey gris, con el pelo negro ligeramente despeinado. Las distinguidas canas de sus sienes captan la luz de la tarde.

—Prima. —Inclina la cabeza—. ¿Quieres venir conmigo? Voy a dar un paseo por el jardín.

Cierro el portátil sin guardar mi trabajo. —Por supuesto.

Caminamos por el recinto en un silencio cómodo.

El jardín se extiende ante nosotros, desnudo por el invierno pero aún hermoso. Senderos de piedra serpentean entre rosales en reposo y árboles esqueléticos. Una fuente permanece en silencio en el centro, vacía por la temporada.

Valentino respira hondo y sus anchos hombros caen ligeramente.

—Necesitabas aire —observo.

—Las paredes se me echan encima. —Se encoge de hombros, un gesto que parece casi de disculpa—. Olvido lo... confinado que se siente este lugar. Sicilia tiene más espacio. Más cielo.

—Más sol.

—Eso también. —Un amago de sonrisa cruza sus curtidas facciones—. Aunque me han dicho que los veranos de Chicago pueden ser brutales.

—Un tipo diferente de brutalidad. Húmedos. Pegajosos. Lo odiarás.

Seguimos el sendero hacia el viejo roble en el borde del jardín. Sus ramas se extienden sobre nuestras cabezas como dedos que intentan agarrar algo, desnudas contra el cielo gris.

—¿Cómo estás? —pregunto—. De verdad.

Valentino considera la pregunta con la misma gravedad que aporta a todo. Sus ojos oscuros recorren el jardín antes de posarse en mí.

—Adaptándome. —Se santigua distraídamente, un hábito que he notado que repite cuando está estresado—. La familia aquí funciona de forma distinta a lo que esperaba. Más... moderna.

—¿Es una crítica?

—Una observación. —Se detiene junto a un rosal dormido, estudiando los tallos espinosos—. En Sicilia mantenemos ciertas tradiciones. Ciertas formalidades. Aquí, tus hermanos celebran reuniones en cocinas. La mujer de Lorenzo se pasea libremente durante las discusiones de negocios. La mujer de Pietro sabe cosas que harían que matasen a alguien en el viejo país.

—Nora se ganó esa confianza.

—No lo dudo. —Valentino reanuda la marcha—. No estoy criticando, Vittoria. Estoy aprendiendo. Adaptándome.

El viento arrecia, trayendo consigo el mordisco del invierno que se aproxima. Me ajusto la rebeca con más fuerza alrededor de los hombros.

—¿Cómo está Sicilia? ¿Cómo está la tía?

—Tan fuerte como siempre. Te envía recuerdos. —La expresión de Valentino se suaviza al mencionar a nuestra tía—. Quería venir para el funeral de Baganov. Para apoyarte. La convencí de que el viaje sería demasiado difícil.

—Habría intentado organizar mi boda ella misma.

—Lo habría conseguido. —Se ríe, un sonido grave que transforma sus severas facciones—. Esa mujer podría negociar la paz entre naciones en guerra si se lo propusiera.

—O empezar una guerra si alguien le sirviera un mal expreso.

—También es verdad.

Llegamos al roble. Valentino se apoya contra su tronco, con la mirada vagando por el jardín hacia los altos muros del recinto.

—Tu madre se preocupa por ti —dice en voz baja.

—Mamá se preocupa por todo el mundo.

—Se preocupa por ti específicamente. Por este compromiso con el ruso.

Me pongo tensa. —¿Te pidió que hablaras conmigo?

—No. —Valentino levanta las manos—. No estoy aquí como su mensajero. Estoy aquí como tu primo que no te ha visto en dos años y quiere saber si eres feliz.

La pregunta me pilla desprevenida.

Feliz.

Una palabra tan sencilla para un sentimiento tan complicado.

—No lo sé —admito—. Creo que podría serlo. O que podría llegar a serlo. Si me lo permito.

Valentino me mira con esos ojos oscuros y perceptivos.

—¿Y tú? —le devuelvo la pregunta—. ¿Has encontrado el amor escondido en algún lugar de Sicilia?

Valentino suelta una carcajada.

Lo miro fijamente. En todos mis recuerdos de Valentino, nunca lo he visto reír así.

—¿Qué? —le exijo—. ¿Qué tiene tanta gracia?

Se limpia los ojos, todavía riendo entre dientes. —El amor. Yo. El concepto es... —Sacude la cabeza, escapándosele otra risa—. ¡Dio mio, Vittoria! No tienes ni idea.

—Ilumíname.

Valentino se apoya de nuevo en el roble, cruzando los brazos sobre su ancho pecho. La risa se apaga, pero el regocijo todavía baila en su expresión.

—Tengo un problema —dice—. Una maldición, en realidad. Solo me atraen las mujeres que son... —Busca la palabra—. Cascarrabias. Todo el tiempo. Perpetuamente infelices. De esas que fruncen el ceño ante la luz del sol y se quejan de todo.

Parpadeo. —Eso es... muy específico.

—Es una pesadilla. —Se pasa una mano por el pelo oscuro—. ¿Veo a una mujer hermosa sonriendo, riendo, disfrutando de la vida? Nada. Cero interés. ¿Pero una mujer que parece que quiere asesinar a todos los que están en la habitación? Se me acelera el corazón.

—Eso no puede ser verdad.

—Ojalá no lo fuera. —La expresión de Valentino se vuelve pesarosa—. Mi relación más larga duró dos meses. Y eso solo porque estuve viajando a Chicago constantemente durante ese periodo. La distancia evitó que nos matáramos el uno al otro.

—¿Dos meses? —No puedo ocultar mi incredulidad—. Valentino, tienes treinta y siete años.

—Treinta y ocho.

—Peor todavía. —Sacudo la cabeza—. Las mujeres italianas son... son otra cosa. Apasionadas, hermosas, entregadas. ¿Me estás diciendo que ni una sola de ellas ha captado tu atención por más de ocho semanas?

La mandíbula de Valentino se tensa ligeramente. —El problema no es encontrar mujeres que me quieran. Es encontrar mujeres que yo quiera y que no me den ganas de tirarme por un acantilado después de una semana de su compañía.

—Las cascarrabias.

—Las cascarrabias. —Asiente—. Se sienten atraídas por mí porque soy serio. Formal. No me río de sus quejas ni intento animarlas. Yo simplemente... existo junto a su miseria. Y durante un tiempo, eso funciona. Luego se dan cuenta de que no voy a arreglarlas y se van. O yo me doy cuenta de que no soporto otra cena escuchando todo lo que está mal en el mundo y me voy.

—Suena agotador.

—Lo es. —Se separa del árbol, dando unos pasos antes de volverse para mirarme—. Así que dejé de intentarlo. Tengo mi trabajo. Mi deber con la familia. No necesito a una mujer complicando las cosas.

—Te gusta estar solo.

Las palabras salen planas. Una afirmación, no una pregunta.

Valentino me sostiene la mirada. —Sí.

—No, no es cierto.

Su expresión vacila. Solo por un momento. Una grieta en su fachada estoica.

—Oye...

—La soledad es una droga. —Me acerco a él, con voz suave pero firme—. Lo sé porque llevo tomándola dos años. Te da este alivio

instantáneo. Nadie a quien decepcionar. Nadie a quien perder. Nadie que pueda herirte. Solo tú y tus muros y tu trabajo y tu existencia cuidadosamente controlada.

Valentino se queda muy quieto.

—Se siente seguro —continúo—. Se siente como una protección. Como una armadura. Pero es veneno, Valentino. Un veneno de efecto lento que te mata por dentro mientras estás demasiado entumecido para notar nada.

—Vale, esto ha sido un error —dice, empujándome para que caminemos de nuevo hacia la casa.

—¡Oh! ¿A que no te gusta oír la verdad, primo?

—En absoluto. Gracias, pero no. ¡Ciao, Vittoria! —Sonríe con sorna y se aleja de mí.

—¡Me debes cincuenta pavos por la terapia! —le grito, y él se ríe.



Dmitri

Tres días.

Setenta y dos horas desde que la toqué. La sostuve. Respiré el aroma de su cabello.

Miro mi reloj por cuarta vez en diez minutos. 19:52.

El restaurante está vacío a mi alrededor. Han despejado todas las mesas de otras reservas. Cada silla está colocada con precisión militar. El personal merodea cerca de la cocina, esperando mi señal.

Tsuki to Umi.

Le debía esta cena. La noche en que el estado de mi padre empeoró, le había prometido traerla aquí. A su restaurante favorito.

Esta noche, arreglo eso.

Mi teléfono vibra. Yuri.

Llegamos en dos minutos.

Me pongo en pie, ajustándome la chaqueta. Traje negro. Sin corbata. Esa forma en la que me miró en el teatro cuando me aflojé el cuello. Quiero esa mirada de nuevo.

La puerta principal se abre.

Vittoria entra y se me oprime el pecho de la misma forma que siempre que la veo. Lleva un vestido verde oscuro. Está preciosa.

Sus ojos recorren el restaurante vacío.

Pone los ojos en blanco.

—¿En serio? —Señala con un gesto las mesas vacías—. ¿Todo el local?

Cruzo la sala y mi mano busca la curva de su cintura como si ese fuera su sitio. Como si siempre le hubiera pertenecido.

—¿Qué te molesta, solnyshko?

—Podemos existir en el mismo espacio que otras personas, Dmitri. —Echa la cabeza hacia atrás para sostener mi mirada—. Las parejas normales lo hacen todo el tiempo. Se sientan en restaurantes rodeados de desconocidos y, de algún modo, se las apañan para conversar sin morirse.

—¿Qué sentido tiene?

—El sentido es...

—Tú eres la única que importa. —La atraigo hacia mí—. Todo lo demás es ruido. Una distracción. No te he visto en tres días. Ahora mismo necesito que seas solo para mis ojos.

Ella se ríe.

Me encanta ese sonido.

—Eres ridículo. —Me empuja en el pecho y dejo que ponga distancia entre nosotros—. Y me muero de hambre. Aliméntame antes de que empiece a mordisquear los muebles.

La guío hasta la mesa que he seleccionado. En el centro de la sala. Con la mejor vista del estanque de carpas koi a través de los ventanales que van del suelo al techo. Ya hay dos vasos de agua servidos.

Se desliza en su asiento con la elegancia de alguien nacida para ocupar espacios como este. Yo me siento en la silla frente a ella, lo bastante cerca como para que nuestras rodillas se rocen bajo la mesa.

Aparece un camarero al instante y coloca ante nosotros las cartas encuadernadas en cuero. Vittoria alarga la mano para coger la suya, pero la sujeto por la muñeca.

—Pide por mí.

Ella arquea las cejas. —¿Qué?

—Conoces este sitio. Te encanta. Pide para los dos.

—Ni siquiera sabes qué es lo que te gusta de este sitio.

—Sé que me gusta verte cuidando de mí. —Le suelto la muñeca y dejo que mis dedos acaricien su palma—. Muéstrame qué es lo que vale la pena.

Abre la carta, analizando las opciones como un general que inspecciona un campo de batalla.

—¿Tienes alguna alergia que deba conocer?

—Ninguna.

—¿Preferencias de texturas? ¿Cosas que no comas?

—Comeré cualquier cosa que me pongas delante.

Sus labios se curvan. —Es una promesa peligrosa.

—Soy un hombre peligroso.

Me ignora y centra toda su atención en la carta. Observo su rostro mientras lee. El ligero frunce entre sus cejas cuando sopesa una opción. La forma en que se muerde el labio inferior cuando piensa. El pequeño asentimiento que se da a sí misma cuando toma una decisión.

El camarero regresa.

Vittoria no levanta la vista del menú. —Empezaremos con la selección de aperitivos omakase. Después, el bacalao negro con miso. Dos raciones, con preparaciones diferentes si el chef está dispuesto. El tataki de wagyu, al punto menos. Uni con huevo de codorniz. La tempura de langosta, y... —Hace una pausa y me mira de reojo—. ¿Te gusta el picante?

—Sí.

—El arroz crujiente con atún picante, extra crujiente. —Cierra la carta con un golpe seco—. Y una botella del Dassai 23. Con dos copas.

El camarero hace una reverencia y se retira.

Me reclino en la silla, estudiándola. —No has vacilado.

—Vengo aquí desde que tenía dieciséis años. —Desdobla su servilleta y la coloca sobre su regazo—. Lorenzo me trajo por mi cumpleaños. Lloré sobre mi sopa de miso porque papá llevaba tres años muerto y todavía esperaba que entrara por la puerta.

La naturalidad con la que menciona su duelo me pilla desprevenido.

—No hablas mucho de él. De tu padre.

—Tú tampoco. —Me sostiene la mirada—. Hablar del tuyo, quiero decir.

El camarero regresa con el sake y sirve dos medidas perfectas antes de desaparecer de nuevo.

Vittoria levanta su copa. —Por los padres que nos formaron. Para bien o para mal.

Levanto la mía para chocarla con la suya. El cristal tintinea suavemente.

—Por los padres —repito.

Bebemos.

El sake me calienta la garganta, pero la expresión de Vittoria enfría el calor.

Deja la copa sobre la mesa. Recorre el borde con un dedo.

—He estado pensando —dice.

Nada bueno viene jamás después de esas palabras.

—Sobre nosotros. —Levanta la vista y hay algo cauteloso en sus ojos. Medido—. Sobre cómo está pasando todo esto.

Se me tensa la mandíbula. —¿Qué pasa con eso?

—No es normal, Dmitri.

—No somos personas normales.

—No me refiero a eso. —Se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa. El verde de su vestido atrapa la luz tenue, haciendo que su piel resplandezca—. Pedí tres meses. ¿Recuerdas? Tres meses para conocernos. Para hablar. Para averiguar si somos realmente compatibles o si esto es solo... —Agita la mano—. Química. Atracción. Lo que sea.

—Somos compatibles.

—No puedes saberlo.

—Lo sé. —Alargo el brazo sobre la mesa y le cojo la mano antes de que pueda retirarla—. Lo sé desde la gala. Desde que huiste de mí como si fuera algo a lo que temer y me di cuenta de que te perseguiría hasta el fin del mundo si eso era lo que hacía falta.

No retira la mano. Pero tampoco se ablanda.

—De eso exactamente es de lo que estoy hablando. —Su voz se mantiene firme. Serena. La voz que usa cuando está analizando un problema—. Tú lo sabías. En la gala. Sabías quién era yo, a qué familia pertenecía, probablemente qué había desayunado esa mañana. Y yo no sabía nada.

—No, ese momento...

—Déjame terminar.

Cierro la boca. Aunque se va a arrepentir de eso más tarde mientras esté metido hasta el fondo en su dulce coño.

Libera su mano y entrelaza ambas en su regazo. Creando distancia.

—Lo sabes todo sobre mí, Dmitri. Todo. Tienes a gente vigilándome. Informándote. Sabías que estaba en Nexus aquella noche. Sabías lo de mi cena con James. Probablemente sepas qué le he escrito por mensaje a Amanda esta mañana y de qué color es la ropa interior que llevo ahora mismo.

No respondo.

—¿Y qué sé yo de ti? —Ladea la cabeza—. Lo que hay en tu expediente. Lo que la inteligencia de mis hermanos ha reunido. Información superficial. Negocios. Socios conocidos. Antecedentes penales.

—Sabes más que eso.

—¿Ah, sí? —Su risa no tiene ninguna gracia—. Sé que tu padre acaba de morir. Sé que tienes hermanos que te importan. Sé que te gusta el control, que eres posesivo y que besas como si intentaras consumirme entera. Pero eso no es conocer a alguien, Dmitri.

Llegan los aperitivos. Platos delicados dispuestos con precisión artística. Ninguno de los dos los mira.

—¿Qué quieres saber? —pregunto.

—Todo. —Extiende las manos—. Quiero saber cómo eras de niño. Qué te hacía reír. Qué te hacía llorar. Quiero saber cuál es tu libro

favorito, si prefieres las mañanas o las noches y con qué sueñas cuando realmente duermes. Quiero saber las cosas que no están en ningún expediente. Las cosas que nunca le has contado a nadie.

—Yo no... —Me detengo. Empiezo de nuevo—. No hablo de esas cosas.

—Lo sé. —Su voz se suaviza—. Ese es el problema. Me he criado entre hombres que no hablan de esas cosas.

La miro fijamente al otro lado de la mesa.

—Crees que me estoy escondiendo de ti.

—Creo que te escondes de todo el mundo. —Coge sus palillos y selecciona una pieza de sashimi con elegancia natural—. Creo que llevas tanto tiempo escondiéndote que has olvidado que hay algo que ocultar. Y creo que si vamos a hacer esto —hacerlo de verdad—, necesito algo más que informes de vigilancia y declaraciones posesivas.

Come el sashimi. Mastica. Traga.

Yo no me he movido.

—Los tres meses —digo despacio—. Los querías para esto. Para... hablar.

—Para conocernos. Sí. —Me mira a los ojos—. No para que me seduzcas en cines vacíos mientras sigo sin saber tu segundo nombre.

—Alexei.

Parpadea. —¿Qué?

—Mi segundo nombre. Dmitri Alexei Baganov. —Me reclino en la silla y algo se relaja en mi pecho—. Por mi padre. Es la tradición. El primogénito lleva el nombre del padre.

Una pequeña sonrisa curva sus labios. —¿Ves? No ha sido tan difícil.

—Ha sido como sacarse una muela.

—Entonces nos queda mucho trabajo dental por delante. —Señala mi plato intacto con un gesto—. Come. El omakase es increíble, y no lo he pedido para que dejes que se enfríe mientras te quedas ahí rumiando.

Cojo mis palillos.

El pescado se deshace en mi lengua. Tiene razón. Es increíble.

—Vittoria Sartori —digo entre bocado y bocado—. ¿Cuál es tu segundo nombre?

—Maria. Por mi abuela. —Selecciona otra pieza—. Tu turno. Color favorito.

—No tengo ninguno.

—Todo el mundo tiene uno.

Me lo pienso. —El negro.

—Eso no es un color, es la ausencia de color.

—Entonces tengo una ausencia de favoritos. —Veo cómo pone los ojos en blanco—. Está bien. El azul. Azul oscuro. El color del cielo justo antes de que sea noche cerrada.

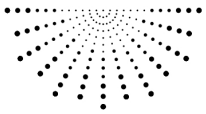
Ella asiente, guardando la información. —¿Comida favorita?

—Lo que sea que estés comiendo tú.

—Dmitri.

—Los pelmeni de mi madre. —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. Los hacía todos los domingos. Hechos a mano. La masa era tan fina que casi se podía ver a través de ella. Después de que muriera, el personal de cocina intentó replicar la receta. Nunca lo consiguieron.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



VITTORIA

Los bajos me golpean el pecho incluso antes de que lleguemos a la entrada.

Nexus vibra con energía esta noche, con los cuerpos apretujados en la pista de baile. La multitud se aparta ante Dmitri como el agua ante una hoja afilada. Nadie lo toca. Nadie se acerca siquiera.

Reconozco caras entre la multitud. Gente hermosa. Gente peligrosa.

No nos detenemos.

No hacemos una pausa en la sección VIP donde Amanda y yo nos sentamos aquella noche.

No saludamos al camarero, que asiente a Dmitri con obvio respeto.

Nos dirigimos directos a la puerta oculta. Por la que crucé hace semanas, achispada por el champán.

El pasillo se traga el ruido. La alfombra de felpa amortigua nuestros pasos. Las paredes negras se cierran a nuestro alrededor, con detalles dorados que captan la tenue luz.

La mano de Dmitri busca la cerradura biométrica. La puerta se abre con un clic.

Apenas cruzo el umbral cuando se lanza sobre mí.

Mi espalda golpea la pared. Su boca choca contra la mía. Sin delicadeza. Sin paciencia. Solo un hambre pura y devoradora que me roba el aliento de los pulmones.

Sus manos encuentran la cremallera en mi espalda. Un tirón seco y la seda verde se amontona a mis pies.

—Dmitri...

Se traga mis palabras. Su lengua recorre la mía. No llevo nada más que los tacones y la ropa interior de encaje negro que elegí ponerme.

Sus dedos bajan por mi vientre. Sobre mi cadera. Entre mis muslos.

El encaje se rasga.

Suelto un jadeo contra su boca cuando dos dedos se deslizan dentro de mí.

—Joder. —Su voz suena ronca, rota—. Qué estrecha estás, solnyshko. Qué jodidamente estrecha.

Mi cabeza cae hacia atrás contra la pared. Sus dedos se curvan, encontrando un punto que hace que se me nuble la vista.

—Dos años —logro decir—. Han pasado...

Su pulgar encuentra mi clítoris. Traza círculos. Presiona.

Gimo.

—¿Solo con tu mano? —me observa la cara mientras me abre, dilatándome, llenándome—. Noche tras noche, a solas en tu cama, haciéndote correr mientras pensabas en... ¿qué? ¿En alguna fantasía sin rostro?

—Sí.

Añade un tercer dedo.

La dilatación escuece. Mis uñas se clavan en sus hombros a través de la camisa.

—Tenemos que ensanchar este tierno coñito. —Sus labios rozan mi oreja. Aliento caliente. Voz áspera—. Porque esta noche voy a follarte toda la noche. De todas las formas que he imaginado. En cada posición con la que he soñado.

Un gemido se desgarra de mi garganta.

Sus dedos bombean lentamente. Dándole tiempo a mi cuerpo para ajustarse mientras su pulgar sigue trazando círculos, sigue acumulando presión.

—Vas a recibir mi polla de maravilla. —Me muerde el lóbulo de la oreja—. Vas a gritar mi nombre hasta que te quedes sin voz. Vas a correrte tantas veces que olvidarás tu propio nombre.

Me retuerzo contra la pared. Intento balancear las caderas. Persiguiendo la sensación que se acumula en mi bajo vientre.

Él no me deja.

Su mano libre me sujeta la cadera, manteniéndome inmóvil mientras me abre a su ritmo. A su cadencia.

—Dmitri, por favor...

—¿Por favor, qué? —se aparta para mirarme a la cara—. Dime qué necesitas.

—Más. —la palabra sale rota. Desesperada—. Necesito más.

Su sonrisa es puro pecado.

—Tendrás más. —gira los dedos. Los curva justo como debe—. Lo tendrás todo. Pero primero...

Su pulgar presiona con fuerza contra mi clítoris.

Me hago añicos.

El orgasmo me atraviesa sin previo aviso. Mi espalda se arquea separándose de la pared. Mis muslos se cierran con fuerza alrededor de su mano. Me oigo gritar, su nombre mezclado con sonidos que no forman palabras.

Él no se detiene.

Sus dedos siguen moviéndose. Siguen dilatando. Siguen empujándome más alto incluso cuando la primera ola rompe.

—Esa es la primera. —Su voz suena distante. Satisfecha—. Tenemos toda la noche, solnyshko. Toda la noche para compensar dos años de nada más que tu propia mano.

Sigo temblando cuando retira sus dedos.

Sigo jadeando cuando se los lleva a los labios.

Sigo mirando, aturdida y desesperada, mientras me saborea en sus dedos.

—Deliciosa —sus ojos nunca abandonan los míos—. Ahora veamos cuántas más puedo arrancarle a este cuerpo perfecto antes

de darte por fin mi polla.

Me aparta de la pared.

Mis piernas apenas me sostienen. El orgasmo aún pulsa por mis venas, volviéndolo todo suave y borroso. Pero Dmitri no me da tiempo a recuperarme.

Su mano me rodea la muñeca. Me arrastra hacia el interior de la habitación.

La cama domina el espacio. Tamaño king-size. Recuerdo esta cama. Recuerdo estar en esta habitación hace semanas, borracha de champán y deseo, antes de salir huyendo.

Dmitri me suelta la muñeca. Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo. No llevo nada más que los tacones, de pie al borde de su cama, todavía temblando por lo que sus dedos me han hecho.

—Túmbate. —su voz baja una octava—. Abre las piernas.

Me subo a la cama. Me acomodo boca arriba, con el pelo esparcido sobre las almohadas, y dejo que mis rodillas caigan hacia los lados.

El sonido que emite Dmitri no es del todo humano.

Se queda al pie de la cama, paralizado. Su pecho sube y baja demasiado rápido. Sus manos se cierran en puños a los costados.

Entonces empieza a desnudarse.

Su chaqueta cae al suelo. Sus dedos desabrochan los botones de su camisa con una eficiencia brutal. Cada centímetro de piel revelada me hace querer tocarlo. Besar todo su cuerpo.

La hebilla de su cinturón suena. Sus pantalones caen.

Grueso y duro.

Se sube a la cama. El colchón se hunde bajo su peso. Se sitúa entre mis muslos abiertos, y sus hombros los separan aún más.

Su aliento roza mi centro.

Doy un respingo.

—Dmitri, no puedo... —las palabras se me atascan en la garganta —. Estoy demasiado sensible. Por lo de antes.

Él no responde.

Su lengua me recorre.

Suelto un grito. Mis caderas se agitan sobre la cama. La sensación es demasiado. Demasiado intensa. Cada terminación

nerviosa grita.

Mis muslos intentan cerrarse alrededor de su cabeza.

Él se detiene.

Levanta la cabeza.

Esos ojos me dejan clavada en el sitio.

—Si haces eso una vez más —dice, con la voz mortalmente tranquila—, te ataré con las piernas abiertas.

El calor inunda mi centro. Se me endurecen los pezones. Respiro cada vez más rápido.

Siento que me estoy mojando más.

Él lo ve. Por supuesto que lo ve. Sus fosas nasales se dilatan. Sus pupilas están completamente dilatadas.

—Interesante —la palabra destila una promesa oscura.

Vuelve a bajar la cabeza.

Su lengua rodea mi clítoris.

La sensación me atraviesa. Demasiado aguda. Demasiado buena. Mi carne hipersensible grita ante el contacto.

Cierro los muslos de golpe.

Dmitri se queda quieto.

Levanta la cabeza. Me mira a los ojos. La sonrisa que curva sus labios hace que se me dé un vuelco el estómago.

—Tendrás que recordar más tarde —dice en voz baja— que tú pediste esto.

Se levanta de la cama.

Observo, con el corazón martilleando, cómo camina hacia la cómoda. Abre un cajón. Saca dos tiras de seda negra.

El pulso me truena en los oídos.

Regresa a la cama. Se arrodilla a mi lado. Coge mi tobillo derecho con su mano.

—Última oportunidad para decir que no. —su pulgar traza círculos en mi piel—. Una vez que te ate abierta, te quedarás abierta hasta que haya terminado contigo.

—Hazlo. —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas—. Átame abierta.

Sus ojos brillan.

Enrosca la seda alrededor de mi tobillo. Tira con fuerza. La asegura a algo en la esquina de la cama. Un gancho en el que no me había fijado antes.

Repite el proceso con mi tobillo izquierdo.

Cuando termina, estoy abierta de par en par. Completamente expuesta. Incapaz de cerrar las piernas por muy intensa que se vuelva la sensación.

Dmitri se instala de nuevo entre mis muslos.

—Ahora —dice, con el aliento caliente contra mi centro—, veamos cuántas veces puedo hacer que te corras antes de que me supliques que pare.



Dmitri

Su sabor inunda mis sentidos.

Dulce. Cálido. Mío.

Paso mi lengua por su interior, saboreando cada temblor que recorre su cuerpo. Las ligaduras de seda mantienen sus piernas abiertas de par en par, exactamente donde las quiero. No puede escapar. No puede cerrarse ante mí.

Está completamente a mi merced.

Y joder, cómo responde.

Sus caderas se agitan contra mi boca. Sus dedos se retuercen en las sábanas. Los sonidos fluyen de su garganta. Gemidos, lloriqueos, fragmentos rotos de mi nombre.

Rodeo su clítoris con la lengua.

Grita.

Mi polla late contra el colchón. No me he tocado ni una vez, pero sus gritos por sí solos podrían hacerme correr. Cada alarido que se desgarra de su garganta me acerca más al límite.

Nunca he deseado a nadie así.

Nunca he necesitado a nadie así.

Succiono su clítoris entre mis labios.

—¡Dmitri! —su espalda se arquea despegándose de la cama—. Oh, Dios, oh, Dios, no puedo...

Pero no me dice que pare.

Eso es lo que me destruye. Eso es lo que hace que esté jodidamente obsesionado con esta mujer. Acepta todo lo que le doy. Cada lamer. Cada succión. Cada momento de sensación abrumadora.

No me pide que pare.

Simplemente grita.

Le introduzco dos dedos mientras mi lengua trabaja en su clítoris. Está tan mojada. Tan estrecha. Sus paredes se contraen alrededor de mis dedos como si no quisiera soltarme nunca.

—Por favor —jadea—. Por favor, por favor, por favor...

No sé si me está suplicando que pare o me está suplicando más.

No me importa.

Curvo mis dedos. Presiono fuerte mientras mi lengua se mueve más rápido.

Sus muslos se tensan contra las ataduras. Todo su cuerpo tiembla. Está cerca. Jodidamente cerca.

Quiero verla romperse.

Levanto la cabeza lo justo para ver su rostro. Tiene los ojos fuertemente cerrados. Los labios entreabiertos. Su pecho sube y baja con cada respiración entrecortada.

—Mírame —le ordeno.

Sus ojos se abren de golpe.

—Córrete para mí, solnyshko. —vuelvo a curvar los dedos—. Córrete en mi lengua.

Se rompe.

El orgasmo la atraviesa como una tormenta. Su grito llena la habitación.

No me detengo.

La ayudo a transitarlo. Lamiendo. Succionando. Follándola con mis dedos hasta que el último temblor se desvanece y se desploma contra el colchón, sin fuerzas y jadeando.

Solo entonces me aparto.

Me pongo de rodillas. Mi polla sobresale ante mí, tan dura que duele.

Necesito estar dentro de ella.

Ya mismo.

Alcanzo su tobillo derecho. Desengancho la atadura. Repito el proceso con su tobillo izquierdo.

Ella yace allí, abierta de piernas, con el pecho agitado y los ojos entrecerrados.

Jodidamente hermosa.

Me subo a la cama. Me coloco junto a su cabeza. Mi mano rodea mi polla, acariciándola lentamente mientras me acerco a su cara.

Sus ojos se abren ligeramente. Siguen el movimiento de mi mano. Se agrandan un poco ante mi tamaño.

—Mójala. —mi voz suena ronca, forzada—. Pon mi polla bien mojada para que pueda deslizarme dentro de ese coño tan estrecho.

Se lame los labios.

Luego vacila.

—Condón —susurra—. Necesitamos...

Mi mano se dispara.

La agarro por el cuello. No con la fuerza suficiente para hacerle daño. Solo lo justo para que jadee. Para que sus ojos se abran de par en par. Para recordarle quién tiene el control.

—Estoy limpio. —aprieto ligeramente. Siento su pulso martillear contra mi palma—. Me hice las pruebas el mes pasado. No he tocado a nadie desde ti.

Contiene el aliento.

—Tú también estás limpia. —me acerco más. Mis labios rozan su oreja—. Lo sé todo sobre ti, ¿recuerdas? Incluidos tus informes médicos. No vamos a usar condón. —me retiro para encontrarme con sus ojos—. Voy a follarte a pelo. Sentir cada centímetro de ti envolviéndome sin nada de por medio.

Su garganta se mueve bajo mi mano.

—Si tienes algún problema con eso —continúo, aflojando mi agarre—, paramos. Ahora mismo. Esperamos hasta que estés lista.

El silencio se extiende entre nosotros.

Su pecho sube y baja. Sus ojos escudriñan mi rostro. Puedo verla procesando. Sopesando. Decidiendo.

Espero.

Entonces abre la boca.

De par en par. Invitando. Lista.

—Esa es mi buena chica.

Me toma en su boca.

Sus labios se estiran alrededor de mi polla. Su lengua se desliza por la parte inferior. Sus ojos se clavan en los míos.

No aparta la mirada.

Ni por un segundo.

Gruño. El sonido surge de algún lugar profundo de mi pecho. Un lugar que no sabía que existía hasta que llegó ella.

Enredo mi mano en su pelo. Sin empujar. Solo sujetando.

Es demasiado buena en esto.

Demasiado jodidamente perfecta.

Su lengua gira alrededor del glande. Su mano rodea la base, acariciando lo que su boca no alcanza. Gime con mi miembro dentro, y la vibración se dispara directa a mi columna.

No voy a durar.

Si dejo que continúe, me correré en su garganta en segundos. Y eso no es lo que quiero. No esta noche.

Esta noche, necesito estar dentro de ella.

Me retiro.

Mi polla se desliza de su boca con un sonido húmedo que hace que mis testículos se tensen. Ella gime ante la pérdida, buscándome con los labios.

—Todavía no. —le acaricio la cara. Paso el pulgar por su labio inferior hinchado.

—Tu coño necesita tiempo. Estás estrecha, y yo no soy pequeño. Primero en esta posición. —le acaricio la mejilla—. No te haré daño.

La comprensión brilla en sus ojos.

Asiente.

Me muevo. Me coloco entre sus muslos. Ella sigue con las piernas abiertas.

Me acomodo sobre ella. Apoyo mi peso en los antebrazos. Mi polla roza su entrada.

Está tan mojada.

Tan jodidamente lista.

Empujo hacia delante.

Solo la punta.

Contiene el aliento. Sus paredes me sujetan como una prensa. Estrecha. Tan increíblemente estrecha.

—Respira —le susurro contra la sien—. Relájate para mí.

Exhala. Su cuerpo se ablanda bajo el mío.

Me deslizo más profundo.

Centímetro a centímetro.

Lento.

Con cuidado.

Sus uñas se clavan en mis hombros. Su cabeza cae hacia atrás contra la almohada. Un jadeo escapa de sus labios.

—Más —susurra.

Le doy otro centímetro.

Me está apretando tanto que apenas puedo pensar. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo me grita que empuje. Que me entierre hasta el fondo.

Pero me contengo.

—Dmitri. —su voz es tensa. Desesperada—. Más.

Empujo más hondo.

Sus uñas me arañan la espalda. Afiladas. Escociendo. El dolor se mezcla con el placer hasta que no puedo distinguir dónde termina uno y empieza el otro.

Ya estoy casi totalmente dentro de ella.

Casi...

—¿Eso es todo lo que tienes?

Sus palabras me golpean como una bofetada.

Me quedo helado. Bajo la mirada hacia su rostro.

Está sonriendo con suficiencia.

Esta mujer. Esta mujer enloquecedora y perfecta me está sonriendo con superioridad mientras intento no hacerle daño.

—¿Eso es todo lo que tienes? —repite. Sus caderas se mueven contra las mías—. Pensé que ibas a hacerme gritar.

Algo se rompe en mi interior.

Le agarro las piernas. Las levanto. Engancho sus tobillos sobre mis hombros.

El ángulo lo cambia todo.

Ahora está completamente abierta para mí. Completamente vulnerable. Puedo ver dónde estamos unidos. Puedo ver mi polla estirándola.

—¿Quieres gritar? —me retiro. Casi del todo fuera—. Te haré gritar.

Me hundo con fuerza hacia delante.

Y lo hace.

El sonido desgarra la habitación. Más fuerte que la música de cualquier club. Más fuerte que cualquier cosa que haya oído nunca.

No paro.

La follo con fuerza. Profundo. Sin tregua. Cada embestida la empuja más arriba en la cama. Cada embestida arranca otro grito de su garganta.

Sus uñas me arañan los brazos. Su espalda se arquea contra el colchón. Sus ojos se ponen en blanco.

—¡Sí! —grita—. ¡Sí, sí, sí...!

La embisto con furia. Siento sus paredes aletear a mi alrededor. Siento cómo su cuerpo se tensa.

Está cerca.

Yo también.

Demasiado cerca.

La presión aumenta en la base de mi columna. Mis testículos se contraen. Cada músculo de mi cuerpo se tensa.

Me voy a correr.

Salgo.

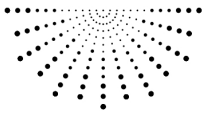
Mi mano rodea mi polla. Una vez. Dos.

Exploto.

Cuerdas calientes de semen pintan su vientre. Sus costillas. La parte inferior de sus pechos. Gruño mientras sucede, todo mi cuerpo tiembla mientras me vacío sobre su piel.

Ella yace bajo mi cuerpo, con el pecho agitado, cubierta por mi liberación.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



VITTORIA

El calor me rodea.

Algo sólido y vivo está presionado contra mi espalda.

Dmitri.

Su brazo rodea mi cintura. Su pecho sube y baja con un ritmo lento y constante. Siento su aliento en la nuca, cálido y regular.

No me muevo.

Todavía no.

Me permito existir en este momento. En la quietud. En la seguridad de sus brazos. Me duele el cuerpo en lugares que ni siquiera sabía que podían doler. Son unas agujetas agradables que me recuerdan todo lo que hicimos anoche.

Todo lo que me hizo.

Su boca. Sus manos. Su...

Me muevo ligeramente.

Su brazo se aprieta a mi alrededor.

Abre los ojos de golpe.

Sus iris grisazules se clavan en los míos. Alerta. Consciente. Como si no hubiera estado durmiendo en absoluto. Como si solo estuviera esperando a que yo me despertara.

—Buenos días —susurro.

No responde con palabras.

En su lugar, me pone boca arriba. Se cierne sobre mí. Su cuerpo enjaula el mío contra el colchón, con los antebrazos apoyados a cada lado de mi cabeza.

Entonces me besa.

Lento. Profundo. A conciencia.

Su lengua se desliza contra la mía. Su mano acuna mi mandíbula, ladeando mi cabeza para tener un mejor acceso.

Cuando finalmente se aparta, sus ojos irradian dulzura. Están más tiernos de lo que jamás los he visto.

—Buenos días, solnyshko.

Su voz suena ronca, rasposa por el sueño. Me provoca cosas por dentro que deberían ser ilegales.

Me río. El sonido burbujea desde mi pecho, ligero y libre.

—Buenos días, pastelito.

Su expresión cambia.

La ternura desaparece. Tensa la mandíbula. Entorna los ojos.

—Te dije que no me llamaras así.

—Lo sé —le sonrío de par en par—. Por eso lo he hecho.

Un gruñido retumba en su pecho.

Inclina la cabeza. Sus dientes rozan el lóbulo de mi oreja. Afilados. Una advertencia.

—Sigue poniéndome a prueba —murmura contra mi piel—. A ver qué pasa.

Unos escalofríos me recorren la espalda.

Empujo su pecho. No con la fuerza suficiente para moverlo —ambos sabemos que no podría aunque lo intentara—, pero sí lo justo para indicarle que necesito espacio.

Se aparta.

—¿Qué hora es? —pregunto.

Alarga la mano hacia su teléfono en la mesita de noche. La pantalla ilumina su rostro.

—Las nueve y cuarenta y siete.

Suelto un quejido.

—Tengo que levantarme —me incorporo, dejando que la sábana se amontone en mi cintura—. He quedado con mi madre en el centro comercial en dos horas. Vamos a buscar mi vestido en las boutiques.

—Para la gala de mañana.

—Sí.

Se sienta a mi lado. La sábana cae hasta sus caderas, revelando los planos firmes de su pecho. Las cicatrices que dibujan un mapa en su piel. Los tatuajes que cuentan historias que apenas empiezo a comprender.

—Iría contigo —su mano encuentra mi muslo bajo la sábana y lo aprieta—. Pero hoy tengo asuntos que no pueden esperar.

—No pasa nada —cubro su mano con la mía—. Ir de compras con mi madre ya es suficiente tortura sin añadirte a ti a la mezcla.

Sus labios se curvan ligeramente.

Casi una sonrisa.

—Antes de que te vayas —alcanza algo de la mesita de noche. Una tarjeta negra aparece entre sus dedos—. Toma esto.

Me quedo mirándolo.

—¿Qué es eso?

—Mi tarjeta de crédito —me la pone en la palma de la mano—. La usarás para pagar todo lo que necesites. El vestido. Los zapatos. Las joyas. Todo.

Me río.

El sonido resuena en la habitación. Claro. Incrédulo.

—No voy a aceptar tu tarjeta de crédito.

—Lo harás.

—Dmitri —intento devolvérsela—. Tengo mi propio dinero. No necesito...

Su mano rodea mi muñeca.

Su agarre es firme. No es doloroso, pero sí inamovible.

—No estoy bromeando.

Su voz ha cambiado.

El tono burlón ha desaparecido.

—A partir de este momento —continúa, con los ojos clavados en los míos—, no comprarás nada con tu dinero. Ni un vestido. Ni un

café. Ni una botella de agua.

Abro la boca.

La cierro.

Vuelvo a abrirla.

—Eso es ridículo.

—Así es como va a ser.

—No soy una mujer mantenida que necesita que un hombre le pague sus cosas. Tengo cuentas. Inversiones. Dinero que he ganado yo misma mediante...

—Sé exactamente cuánto dinero tienes —su pulgar acaricia mi pulso—. Conozco cada cuenta. Cada inversión. Cada acción que has comprado en los últimos cinco años.

—Eso no significa que tengas derecho a controlar cómo lo gasto —le espeto.

—No estoy controlando cómo lo gastas —su agarre se afloja. Su mano se desliza por mi brazo. Acuna mi rostro—. Te estoy diciendo que no necesitarás gastarlo. Porque todo lo que necesites, todo lo que quieras, te lo proporcionaré yo.

—Esto es absurdo.

Aparto la cara de su mano. Me deslizo por el colchón hasta que mi espalda choca con el cabecero.

—Vittoria...

—No —cruzo los brazos sobre mi pecho. La sábana se baja un poco más, pero no me importa—. ¿Qué se supone que debo hacer con todo el dinero que ya tengo? ¿Dejarlo ahí acumulando polvo mientras tú vas de sugar daddy?

Su mandíbula se tensa.

—No me estás escuchando.

—Te escucho perfectamente —hago un gesto entre los dos—. Me estás diciendo que no puedo gastar mi propio dinero. Dinero por el que he trabajado. Dinero que he ganado tras años construyendo sistemas de seguridad y asesorando a...

—He dicho que sé cómo lo has ganado.

—Entonces sabes que no lo gané para que algún hombre venga de repente a decirme que no tengo permiso para usarlo.

Se mueve.

Rápido.

En un segundo está sentado a mi lado. Al siguiente me tiene acorralada contra el cabecero. Sus manos flanquean mis hombros. Su rostro queda a centímetros del mío.

—¿Qué es lo que ganas? —su voz baja a un tono grave. Peligroso —. ¿Es eso lo que quieres saber?

Levanto la barbilla.

—Sí.

—Ganas un marido que te lo dará todo —su aliento me roza los labios—. Un hogar. Protección. Una vida en la que nunca más tendrás que preocuparte por el dinero.

—Ya no me preocupo por el dinero.

—Entonces considéralo un extra.

Lo empujo por el pecho.

Ni se inmuta.

—Quítate.

—No.

—Dmitri...

—Vamos a tener hijos, Vittoria —sus ojos arden al cruzarse con los míos—. Muchos. Puedes dejarles tu dinero a ellos.

Mi corazón da un vuelco.

—¿Hijos?

—Al menos seis —la comisura de su boca se curva—. Para mantener la tradición.

Me le quedo mirando.

Seis.

Seis hijos.

Seis pequeños seres humanos.

—No voy a tener seis hijos.

—Negociaremos.

—No hay nada que negociar —apoyo las palmas en su pecho y empujo. Fuerte—. Ni siquiera sé si quiero tener hijos.

—¿No quieres tener hijos?

—No he dicho eso —finalmente consigo crear algo de espacio entre nosotros. Lo suficiente para respirar—. He dicho que no lo sé. Hay una diferencia.

Me estudia.

Su mirada recorre mi rostro como si leyera algo escrito en él. Algo que yo no puedo ver.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque tengo veinticuatro años —lanzo las manos al aire—. Porque mi vida ha sido un caos durante los dos últimos años. Porque acabo de aceptar casarme con un hombre que me acosó durante un mes antes de que siquiera tuviéramos una conversación de verdad.

—Prefiero el término «observar».

—Me da igual lo que prefieras.

El silencio se alarga entre nosotros.

Su mandíbula se mueve.

—Tu dinero —dice finalmente— irá a donde demonios quieras que vaya. Obras benéficas. Inversiones. Una fundación a tu nombre. Me da igual.

—¿Entonces por qué...?

—Hasta entonces —se inclina más. Su voz baja a un gruñido—. Te vas a dejar mimar con mi puto dinero. Solo con mi dinero. ¿Entendido?

Abro la boca para discutir.

Su mano la cubre.

—Eso no era una pregunta, solnyshko —sus ojos se clavan en los míos—. Era una afirmación. Cogerás mi tarjeta. La usarás hoy. Y todos los días a partir de ahora.

Le muerdo la palma.

No se inmuta.

—¿Entendido? —repite.

Le lanzo una mirada furibunda por encima de su mano.

Él espera.

Paciente.

Exasperante.

Podría pelear con él por esto. Podría plantarme y negarme. Podría tirar su tarjeta al otro lado de la habitación y marcharme indignada.

Pero estoy desnuda.

Y cansada.

Y su mano sigue cubriéndome la boca.

Asiento.

Una vez.

Retira la mano.

—Buena chica.

—Te odio.

—No, no me odias —me deposita un beso en la frente. Suave. Delicado. Totalmente opuesto a la conversación que acabamos de tener—. Ahora vístete.



Dmitri

El Mercedes atraviesa las puertas de la propiedad Baganov a la una y media.

Yuri aparca en la entrada circular, pero le hago un gesto para que no se moleste antes de que pueda abrirme la puerta. Necesito caminar. Necesito aire. Necesito algo que despeje la niebla que se ha instalado en mi cabeza desde que dejé a Vittoria esta mañana.

Se llevó la tarjeta.

Al final lo hizo.

Después de discutir. Después de morderme la mano. Después de mirarme con esos ojos oscuros que hacen que me entren ganas de inmovilizarla y follarla hasta extraerle toda la rebeldía.

Pero se la quedó.

Me aflojo la corbata mientras camino hacia la entrada principal. El sol de la tarde cae sobre los terrenos impecables, calentándome la nuca. La primavera por fin le está ganando la guerra al invierno. Los jardines empiezan a florecer: los tulipanes y los narcisos surgen de la tierra que estaba completamente congelada hace apenas unas semanas.

Un movimiento me llama la atención.

Cerca de los rosales.

Me detengo.

Una figura está arrodillada en la tierra, con las manos enterradas en el mantillo. Piel oscura. Complexión delgada. El mismo chico que hace tres semanas estaba sentado y atado con bridas a una silla en mi almacén.

Drake.

Levanta la vista cuando me acerco. Se pone en pie de un salto. Se limpia las palmas en las rodillas de sus vaqueros, dejando rastros de tierra en la tela.

—Señor Baganov —dice agachando la cabeza—. No le he oído llegar.

—Estabas ocupado —señalo los rosales—. ¿Qué haces?

—Arrancar malas hierbas. —Señala el parterre—. La señora Pavlov ha dicho que los rosales necesitaban atención. Algo sobre que las raíces se estaban asfixiando.

La señora Pavlov.

El ama de llaves.

Se ha encariñado con el chico como si fuera un gato callejero que se hubiera encontrado en el portal. Le da de comer. Se desvive por él. Lo pone a trabajar en los jardines porque afirma que el ocio es la madre de todos los vicios.

No se lo discutí.

—¿Cómo está tu madre? —pregunto.

El rostro de Drake se transforma.

El recelo se desvanece. Es sustituido por algo brillante. Algo esperanzador.

—Está bien —asiente con rapidez—. Muy bien. La nueva medicación está funcionando. El médico dice que sus analíticas son mejores de lo que han sido en meses.

—Me alegro —respondo.

—Y el piso. —Cambia el peso de un pie a otro. Mira al suelo y luego vuelve a mirarme—. Lloró cuando lo vio. Dijo que nunca pensó que viviría en un sitio con lavavajillas.

—¿Está cómoda?

—Sí, señor. —Asiente de nuevo—. Más que cómoda. No deja de preguntar qué ha hecho para merecerlo. Yo le dije... —se detiene y traga saliva—. Le dije que Dios por fin se ha fijado en nosotros.

Dios.

El chico cree que Dios ha tenido algo que ver con esto.

—Sigue trabajando así —le digo.

Me doy la vuelta hacia la casa.

—¿Señor Baganov?

Me detengo.

—Gracias. —Se le quiebra la voz al decirlo—. Por todo. El piso. El trabajo. El tratamiento de mi madre. Sé que no merezco...

—No me debes las gracias.

—Pero se las debo. —Da un paso adelante. Se detiene como si temiera acercarse demasiado—. Podría haberme matado. Pero no lo hizo. Me dio una oportunidad.

Lo miro.

Diecisiete años. Flaco. Asustado. Trabajando en mi jardín porque la alternativa era la cárcel o una tumba.

Cree que soy misericordioso.

Cree que lo he salvado.

La verdad es más sencilla. Más fea. Necesitaba información y él la tenía. Necesitaba a alguien a quien vigilar y él me venía bien. Necesitaba sentirme algo distinto a un monstruo, y perdonarle la vida a un chico era más fácil que analizar por qué necesitaba ese sentimiento en primer lugar.

—Vuelve al trabajo —le ordeno.

Él asiente.

Vuelve a arrodillarse en la tierra.

Me alejo antes de que pueda darme las gracias de nuevo.

La casa está en silencio cuando entro.

Demasiado silencio.

La muerte de mi padre ha dejado un vacío que ninguno de nosotros sabe cómo llenar. El personal se mueve por los pasillos como fantasmas, con miedo a hacer ruido. Mis hermanos se dispersan por sus rincones, procesando el duelo a su manera.

Karolina se ha volcado en la planificación de la fundación.

Vladimir ha desaparecido en las caballerizas.

Aleksander ha vuelto a su propia finca, alegando que los negocios no podían esperar.

Oleg ha vuelto a entrenar, castigando su cuerpo porque no sabe de qué otra forma castigar a su corazón.

Y Natalia...

La encuentro en la sala de cine.

Está acurrucada en el enorme sofá rinconera, sepultada bajo una montaña de mantas. El televisor proyecta una luz azulada sobre su rostro. Tiene un bote de helado en el regazo, con la cuchara clavada hacia arriba como una bandera de rendición.

—Natalia.

No aparta la vista de la pantalla.

—Dmitri.

Miro mi reloj.

—Son las dos de la tarde.

—Lo sé.

—Estás comiendo helado.

—También lo sé.

Entro en la sala. Me siento en el brazo del sofá. La película que están echando es de animación. Colores brillantes. Animales que hablan. No es el tipo de cosa que esperaría de mi hermana de veinte años.

—¿Qué es esto?

—Mi tercera película del día. —Por fin me mira. Tiene los ojos ribeteados de rojo. Hinchados—. He empezado con algo francés y deprimente. Luego algo británico y deprimente. Ahora estoy viendo unos dibujos de un pez porque me he quedado sin lágrimas y necesitaba algo que no me hiciera sentir nada.

—Un pez.

—Se llama Nemo. —Se mete una cucharada de helado en la boca —. Se pierde. Su padre lo encuentra. Todos viven felices para siempre.

—Parece fascinante.

—No lo es. —Se encoge de hombros—. Pero es mejor que pensar en que papá ha muerto, en que yo maté a nuestra madre y en que

nada volverá a estar bien jamás.

Deseo sentarme a su lado.

Estrecharla entre mis brazos. Decirle que se equivoca.

Pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

No puedo hacerlo.

No puedo ofrecer un consuelo que no sé cómo dar. Así que me pongo en pie.

—La señora Pavlov te traerá la cena —le digo.

La risa de Natalia es amarga.

—Claro que lo hará. —Me señala con la cuchara—. Porque eso es lo que hacemos nosotros. Alimentamos a la gente. Cuidamos de ellos. Fingimos que todo está bien mientras el mundo arde a nuestro alrededor.

La dejo allí.

Enterrada en mantas. Ahogada en helado. Viendo unos dibujos sobre un pez porque la realidad es una carga demasiado pesada.

El pasillo me engulle.

El teléfono vibra antes de que llegue a mi despacho.

Igor.

Respondo.

—Habla.

—Hemos encontrado algo. —Su voz suena tensa. Controlada. El tono que usa cuando las noticias son malas—. Sobre Rogers.

Abro la puerta de mi despacho y la cierro tras de mí. Me acerco al carrito de bebidas y me sirvo tres dedos de vodka.

—¿Qué clase de algo?

—Del tipo financiero. —Se oye el crujir de papeles al otro lado—. La empresa de su padre. Rogers Luxury Automotive. Han estado falseando las cuentas.

Bebo.

El vodka me quema la garganta. Se asienta en mi estómago como fuego líquido.

—¿Cómo de sucio es el asunto?

—Evasión de impuestos. Blanqueo de capitales. Fraude. —Igor hace una pausa—. Han estado usando sus concesionarios para lavar dinero para los Corelli.

Detengo el vaso a mitad de camino de mi boca.

—Los Corelli.

—Durante los últimos dieciocho meses. —Más ruido de papeles —. Cantidades pequeñas. Nada que pudiera llamar la atención de las autoridades federales. Pero constantes. Regulares. Como un reloj.

Dejo el vaso sobre la mesa.

Me acerco a la ventana.

Los jardines se extienden debajo. Drake sigue allí, trabajando en los rosales. La señora Pavlov se ha unido a él y gesticula algo con las manos.

—¿Qué grado de certeza tenemos?

—Absoluto. —La confianza de Igor es total—. Tengo extractos bancarios. Transferencias bancarias. Facturas que no coinciden con el inventario. Toda la operación es chapucera. De aficionados. Como si pensaran que nadie se molestaría en mirar.

—¿Y James?

—Él lo sabe. —Hace una pausa—. Su firma está en la mitad de los documentos.

Cómo no.

Esa mierdecilla engreída que pensaba que podía casarse con Vittoria.

Está sucio.

Toda su familia está sucia.

Y están trabajando con los Corelli.

La misma familia cuyo nombre sigue apareciendo en mi investigación. La misma familia que alguien está usando como distracción. La misma familia que podría, o no, estar implicada en inundar mi territorio con drogas falsificadas.

—¿Hasta dónde llega esto? —pregunto.

—Sigo indagando. —Se oye el clic de teclas al otro lado—. ¿Pero si tuviera que adivinar? El padre lo empezó. Necesitaba liquidez. El mercado de coches de lujo se vio afectado durante la pandemia. Las ventas cayeron. Los gastos fijos siguieron siendo los mismos. Se desesperó.

—Y los Corelli ofrecieron una solución.

—Siempre lo hacen. —El tono de Igor es seco—. Lava nuestro dinero. Te pagaremos un porcentaje. Todos ganan.

Excepto que no lo hacen.

Porque ahora Rogers padre ha vinculado su negocio legítimo al crimen organizado. Ahora es vulnerable. Está expuesto. A una auditoría de distancia de la prisión federal.

Y su hijo lo sabe.

James sabe que su padre está sucio. Sabe que el negocio familiar se basa en el fraude. Sabe que necesitan una alianza con una familia poderosa para que los proteja si todo se desmorona.

Por eso quería a Vittoria.

—Se está convirtiendo en un problema —sentencio.

—De acuerdo. —Igor no duda—. ¿Qué quieres hacer?

Me aparto de la ventana.

Vuelvo al carrito y me sirvo otra copa.

—Sigue vigilándolos. —Hago girar el vodka en el vaso.

—¿Y después?

—Después nos encargaremos de ello. —Bebo—. Después de la gala de mañana por la noche.

—¿Estás seguro de que quieres esperar?

—La gala es importante. —Dejo el vaso vacío—. Vamos a anunciar el compromiso. A mostrar fuerza. A demostrar que los Baganov nos mantenemos estables a pesar de la muerte de mi padre. No permitiré que Rogers me distraiga de eso.

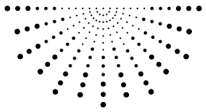
—Podría intentar algo.

—No lo hará. —Estoy seguro de ello—. Es demasiado arrogante. Está demasiado convencido de que aún tiene una oportunidad. Esperará. Intentará desprestigiarme. Intentará convencer a los Sartori de que no soy digno de su princesa.

—¿Y si lo hace?

—Entonces lo enterraremos. —Sencillo. Limpio. Definitivo—. A él y a su padre por igual.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



VITTORIA

Las luces de la ciudad pasan borrosas tras las lunas tintadas del SUV.

Siento a Amanda y a Mamma a mis flancos en el asiento trasero. Dante conduce. Elio va de copiloto, con la mano apoyada cerca de su arma oculta, como hace siempre que estamos de camino a alguna parte.

Amanda parlotea sobre algo.

Su cita con Dylan. El fotógrafo que quiere ir despacio. Cómo no está segura de si eso le gusta o si la está volviendo loca.

Asiento en los momentos adecuados.

Hago sonidos de aprobación cuando hace una pausa para tomar aire.

Pero no estoy escuchando de verdad.

Algo me da mala espina.

No es algo malo exactamente.

Sino extraño.

Como si la presión atmosférica hubiera cambiado y mi cuerpo lo hubiera notado antes de que mi cerebro pudiera asimilarlo. Como estar al borde de un acantilado y sentir la fuerza de la gravedad aunque todavía no te estés cayendo.

Tengo las manos apoyadas en el regazo.

El vestido rosa fucsia que Mamma insistió en que comprara se extiende sobre mis muslos. Debería sentirme guapa.

Segura de mí misma.

Lista para entrar en el Nexus del brazo de Dmitri y anunciar nuestro compromiso.

En cambio, se me revuelve el estómago.

El pulso me martillea en la garganta.

—¿Vittoria?

La voz de Mamma interrumpe el monólogo de Amanda.

Giro la cabeza.

—¿Sí, Mamma?

—Estás muy callada.

—Amanda está hablando —hago un gesto hacia mi amiga—. Alguien tiene que escucharla.

—Oye —Amanda me da un toquecito en el brazo—. Estoy compartiendo novedades vitales importantes. Esto es contenido de calidad para una mejor amiga.

Pero Mamma no sonríe.

Mantiene la mirada fija en mi rostro.

Escudriñando.

—¿Estás nerviosa por lo de esta noche?

—No.

La mentira sale demasiado rápido.

Demasiado cortante.

La expresión de Mamma cambia. Se suaviza. Se inclina y me coge la mano. Su piel está caliente. Suave. Huele al perfume de Chanel que ha usado desde antes de que yo naciera.

—Es natural estar nerviosa —dice—. Es un anuncio importante. Ambas familias estarán allí. Y de otras familias también. Todo el mundo estará observando.

—No estoy nerviosa.

—Vittoria...

—Estoy bien, Mamma.

Retiro la mano.

Me aliso el vestido aunque no le hace falta.

El silencio se prolonga.

Amanda se remueve a mi lado. Sabe cuándo insistir y cuándo retirarse. Ahora mismo, se está retirando. Saca el móvil. Finge mirar Instagram mientras la tensión aumenta.

—Estás preciosa —lo intenta de nuevo Mamma.

—Gracias.

—El vestido es perfecto. El pelo te ha quedado perfecto. Dmitri no podrá apartar los ojos de ti.

—Ese es el plan.

—¿Y eres feliz? —Su voz baja de tono. Se vuelve suave. Vulnerable de una forma que Mamma rara vez se permite—. ¿Con él? ¿Con este matrimonio?

Me giro para mirarla.

Va vestida de un granate intenso. Elegante. Atemporal. Lleva el pelo recogido en un estilo clásico que la hace parecer más joven. Los diamantes brillan en su garganta y en sus orejas.

Está guapísima.

Pero también está aterrorizada.

Lo veo en la tirantez alrededor de su boca. En la forma en que entrelaza las manos en el regazo. El ligero temblor en su voz.

Teme que esté cometiendo un error.

Teme que me estén obligando a algo que no quiero.

Teme haberme fallado como madre al presionar con el tema del matrimonio en primer lugar.

—Soy feliz —digo.

Y no es mentira.

No del todo.

Soy feliz con Dmitri.

Cuando estamos solos. Cuando me toca.

¿Pero esta sensación en mi pecho?

¿Este desasosiego?

No tiene nada que ver con la felicidad.

—Bien. —Los hombros de Mamma se relajan ligeramente—. Eso es lo único que quiero para ti, tesoro. Felicidad. Un buen hombre que te trate bien. Una unión como la que tuvimos tu padre y yo.

Se me cierra la garganta.

—Dmitri me trata bien —digo.

—Más le vale. —Amanda levanta por fin la vista de su móvil—. Porque si no lo hace, sé dónde vive y no me da miedo rayarle el coche.

Eso rompe la tensión.

Mamma se ríe.

Yo logro esbozar una sonrisa.

El SUV aminora la velocidad.

Ya estamos cerca.

Veo la cola fuera del Nexus extendiéndose por la manzana. Los cordones de terciopelo. Los porteros comprobando identificaciones y rechazando a cualquiera que no esté en la lista.

Pero nosotras no haremos cola.

Iremos directas a la entrada privada.

Directas hacia Dmitri.

—Casi hemos llegado —dice Dante desde el asiento delantero.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo retrovisor.

Sabe que algo pasa.

Lo veo en la forma en que me observa. El ligero ceño fruncido. La tensión en sus hombros.

Dante me conoce desde que era una niña.

Él me enseñó a dar un puñetazo. A romperle la nariz a alguien. A usar mi pequeño tamaño como una ventaja en lugar de como una debilidad.

Sabe leerme mejor que la mayoría.

Aparto la mirada primero.

Me concentro en el club, que se hace más grande a medida que nos acercamos.

La sensación en mi pecho se intensifica.

Como una advertencia.

Como si mi cuerpo supiera algo que mi cerebro aún no ha descifrado.

—Todo va a salir bien —dice Mamma.

Se lo dice a sí misma tanto como a mí.

—Por supuesto que sí. —Amanda me aprieta la mano—. Vas a entrar ahí pareciendo una diosa. Dmitri va a perder la cabeza. Todo

el mundo verá lo perfectos que sois juntos. Será increíble.

El SUV se detiene frente a la entrada privada.

Elio sale primero.

Inspecciona la zona con eficiencia profesional antes de abrir la puerta a Mamma.

Ella sale con una elegancia ensayada.

Amanda la sigue.

Luego es mi turno.

Acepto la mano que me ofrece Elio.

Bajo a la acera.

Los bajos del interior del club retumban en el suelo. En mis huesos. A través de ese desasosiego asentado en mi pecho como una piedra.

Dmitri me está esperando.

Toda mi familia estará allí.

Pietro. Nico. Lorenzo. Bruno no ha querido venir. Está enfadado conmigo, pero aunque no lo estuviera, no se deja ver en público.

Los Baganov también estarán allí.

Todos los hermanos de Dmitri. Su gente. Su mundo.

Todo va a salir bien.

¿Verdad?

Me aliso el vestido una vez más.

Levanto la barbilla.

Y camino hacia la puerta.



Dmitri

Estoy de pie entre Pietro, Aleksander y Nico cerca de la entrada de la pista principal del Nexus, vigilando la puerta privada como un hombre que espera la salvación. El club vibra con cuerpos y música,

pero nada de eso me llega. Mi atención se reduce a ese único punto de entrada.

Igor merodea cerca, tableta en mano, informándome sobre la llegada de invitados. No escucho ni una palabra de lo que dice.

Entonces entra ella.

Bozhe moy.

Vittoria cruza el umbral con un vestido del color del atardecer cuando se torna rosado. Joyas de oro captan la luz en su garganta, sus muñecas y sus orejas.

Está arrebatadora.

Cierro los puños a los costados. Cada instinto me grita que acorte la distancia entre nosotros, que la pegue a mi cuerpo, que reclame su boca delante de todo el mundo. Que les enseñe a todos exactamente a quién pertenece.

En lugar de eso, me obligo a permanecer inmóvil.

—Tu prometida es hermosa —murmura Aleksander a mi lado, con aprobación en la voz.

Pietro se remueve al otro lado. —Parece nerviosa.

Sigo los movimientos de Vittoria mientras se detiene justo al entrar, flanqueada por su madre y Amanda. Sus ojos recorren la multitud... buscándome, me doy cuenta con satisfacción. Cuando su mirada aterriza por fin en nuestro grupo, algo cambia en su rostro. Como un alivio.

Empieza a caminar hacia nosotros.

Cada paso me parece una tortura. Odio esta puesta en escena, el público, la necesidad de mantener las distancias cuando lo único que quiero es su piel contra la mía. Podríamos anunciar el compromiso en cinco minutos e irnos. Decirles a todos que se larguen. Echar el cierre. Pasar el resto de la noche con ella tendida en mi cama en el piso de arriba.

Vittoria se acerca, esquivando grupos de invitados que se apartan a su paso automáticamente. Noto los ojos de los hombres siguiendo su avance y tengo que apretar la mandíbula conscientemente.

A seis metros. A cuatro.

Su madre le dice algo, pero la atención de Vittoria sigue fija en mí. Esos ojos oscuros sostienen los míos.

A tres metros.

Doy un paso adelante, incapaz de esperar más. Pietro y Nico se mueven conmigo: un frente unido de familias que se fusionan. Aleksander nos sigue a medio paso de distancia.

A un metro y medio.

Suficientemente cerca ya para ver el aleteo de su pulso en la garganta. El leve rictus de sus labios. La forma en que entrelaza los dedos en la cintura.

Se detiene directamente frente a mí, con la barbilla alta, sosteniéndome la mirada sin parpadear. El impulso de agarrarla, besarla y marcarla como mía delante de toda esta sala casi desborda mi control.

Pero pienso en Karolina. En Natalia. En cómo reaccionaría yo si algún hombre las tratara con algo menos que absoluto respeto en un momento así.

Así que, en lugar de eso, busco la mano de Vittoria.

Sus dedos se deslizan entre los míos. Llevo su mano a mis labios, sosteniendo su mirada mientras deposito un beso en sus nudillos. Cortesía a la antigua usanza. El tipo de gesto que mi padre habría aprobado.

El tipo de gesto que dice: *Esta mujer es preciosa. Esta mujer es valorada. Esta mujer es mía, y la honraré.*

A Vittoria se le corta la respiración. Luego sonríe.

Joder.

Esa sonrisa transforma todo su rostro. La ilumina desde dentro. La hace aún más hermosa de lo que era hace apenas unos segundos, algo que no debería ser posible.

Es tan jodidamente perfecto que se me olvida respirar.

—Solnyshko —murmuro, lo suficientemente bajo como para que solo ella pueda oírme.

Su sonrisa se ensancha. —Dmitri.

Mi nombre en sus labios me provoca sensaciones nada apropiadas para el consumo público. Me obligo a soltarle la mano

antes de cometer una estupidez como atraerla contra mí y mandar la propiedad al carajo.

Pietro se aclara la garganta. —¿Empezamos?

Cierto. El anuncio. La razón por la que estamos todos aquí.

Le ofrezco el brazo a Vittoria. Ella lo acepta, posando la mano en mi antebrazo como si fuera su sitio. Como si su sitio fuera a mi lado.

—¿Lista? —le pregunto.

Me mira, con esa sonrisa perfecta todavía en sus labios. —Lista.

Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y mis dedos se cierran alrededor de la caja de terciopelo que llevo encima desde hace tres días. El peso se siente mayor ahora, con todo el mundo mirando.

Pietro se remueve a mi lado. La mirada de Nico sigue mi movimiento. Aleksander permanece totalmente inmóvil, pero noto que su atención se agudiza.

Saco la caja y la abro.

El anillo es un diamante de talla esmeralda flanqueado por piedras más pequeñas, engastado en platino. Sencillo. Elegante. Jodidamente caro, pero no ostentoso. El tipo de anillo que dice *para siempre* sin pedir atención a gritos.

Los ojos de Vittoria se agrandan. Su mano se aprieta en mi brazo.

—¿Me permites? —pregunto, manteniendo la voz baja.

Ella asiente, incapaz de hablar.

Tomo su mano izquierda y deslizo el anillo en su dedo.

Vittoria se queda mirando la mano. Luego me mira a mí y sonríe.

Pero algo va mal.

La sonrisa llega a su boca, pero no alcanza a sus ojos. Hay una tirantez alrededor de ellos. Está actuando... interpretando el papel de prometida feliz, pero por debajo...

¿Qué pasa, solnyshko?

Quiero preguntárselo. Quiero llevarla a un lado y exigirle que me diga qué le preocupa. Pero estamos rodeados de familia, de invitados, de expectativas. Este momento no es nuestro. Pertenece a la alianza, a la actuación de unidad entre la Bratva y la Cosa Nostra.

Así que guardo la observación para después. Hablaremos luego. Después del anuncio. Después del cóctel obligatorio y los brindis y el teatro político.

La llevaré a solas y descubriré qué ha provocado esa nota falsa en su sonrisa.

—Es precioso —dice Vittoria, con voz firme a pesar de lo que sea que se agite bajo la superficie.

—Como tú —le respondo, diciéndolo en serio.

Su sonrisa cambia, volviéndose más auténtica por un segundo. Luego, la máscara vuelve a su sitio.

Cojo a Vittoria de la mano y la guío hacia el pequeño escenario que Igor ha montado cerca de la cabina del DJ. Ella me sigue sin dudar, aunque siento el ligero temblor en sus dedos.

Definitivamente, algo va mal.

Subimos los tres escalones. El escenario nos sitúa por encima de la multitud, visibles para todos en el club. Coloco a Vittoria ligeramente delante de mí, con mi mano apoyada en la base de su espalda.

Un camarero aparece con dos copas de champán en una bandeja de plata. Cojo ambas y le entrego una a Vittoria.

Levanto mi mano libre. El DJ corta la música inmediatamente. Las conversaciones cesan. Las cabezas se giran hacia el escenario.

El silencio llena el Nexus.

Todos los ojos del club se centran en nosotros. La familia Sartori. Los hermanos Baganov. Familias aliadas. Socios comerciales. Gente que vino a presentar sus respetos tras la muerte de mi padre y se quedó para el espectáculo de lo que vendría después.

No doy un discurso preparado. No pierdo el tiempo con palabrería florida o maniobras políticas.

—Gracias a todos por estar aquí esta noche —digo, y mi voz resuena en todo el espacio—. Nos hemos reunido para anunciar que Vittoria Sartori y yo vamos a casarnos.

Sencillo. Directo. Exactamente lo que tiene que ser.

Levanto mi copa. Vittoria levanta la suya; el diamante de su dedo capta la luz, enviando destellos por todo el escenario.

—Por las nuevas alianzas —digo—. Por la familia. Por el futuro.

Nuestras copas chocan con un *clin*.

Bebo, observando a Vittoria sobre el borde de la copa. Ella se lleva el champán a los labios, da un sorbo y su garganta se mueve al tragar.

Estalla un aplauso. Fuerte. Entusiasta. El tipo de respuesta que indica que todos los presentes comprenden la importancia de esta unión.

El sonido aumenta: manos chocando entre sí, voces que se elevan en felicitaciones, el ruido de la celebración llenando cada rincón del Nexus.

Entonces se detiene.

No gradualmente. No es un desvanecimiento natural.

Se *detiene* de golpe.

Las puertas de la entrada principal se abren de par en par.

Entran diez hombres en tromba. Puede que más. Equipo táctico negro. Rostros cubiertos. Armas en alto.

Avtomaty. Rifles automáticos.

No se anuncian. No hacen exigencias.

Simplemente empiezan a disparar.

La primera ráfaga de disparos hace añicos las copas de champán de la barra. La segunda atraviesa a la multitud. La gente grita. Caen cuerpos.

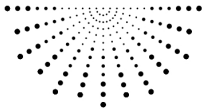
Mi mano ya se está moviendo: busco la Glock que llevo al cinto, empujo a Vittoria hacia abajo, cubriendo su cuerpo con el mío mientras impactamos contra el suelo del escenario.

Más disparos. El sonido es ensordecedor en el espacio cerrado. Los fogonazos de los disparos iluminan la entrada como si fueran relámpagos.

El cristal explota. La madera se astilla. Alguien cerca de la barra cae estrepitosamente.

Joder.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



Vittoria

La mano de Dmitri presiona mi espalda, empujándome hacia abajo, luego hacia delante y otra vez hacia atrás. Mis rodillas se raspan contra cristales rotos. El aire sabe a pólvora y champán.

Caen cuerpos a nuestro alrededor. Algunos se lanzan a cubrirse. Otros no vuelven a levantarse.

—Tenemos que movernos —gruñe Dmitri en mi oído. Tiene la pistola fuera, apuntando hacia la entrada, donde el equipo táctico y los fogonazos de los disparos pintan la oscuridad—. Por la puerta de atrás. Ahora.

Estiro el cuello, intentando ver. Pietro está en algún lugar a mi izquierda. La voz de Nico corta el caos, gritando órdenes en italiano. Mi madre grita el nombre de Amanda.

—Muévete, Vittoria. —La voz de Dmitri baja a ese tono que suele hacerme obedecer.

Esta noche no.

—Dame un arma.

—No.

—Dmitri...

—He dicho que no. —Dispara dos veces por encima de mi cabeza. Alguien cae cerca de la entrada—. Quédate agachada y retrocede.

Hay hombres gritando en ruso. En italiano. En inglés. Los sonidos se mezclan en una sinfonía de violencia que hace que me piten los oídos.

Debería hacerle caso.

Debería quedarme agachada.

Debería dejar que me protegiera como ha estado intentando hacer desde el momento en que las balas empezaron a volar.

Pero hay una pistola a un metro de distancia. Tirada junto a un hombre de traje que no se mueve. Sus dedos todavía están curvados alrededor de la empuñadura.

Me lanzo a por ella cuando Dmitri se gira hacia el frente.

Mi mano se cierra alrededor del metal frío. El peso me resulta extraño en la palma; más pesado de lo que esperaba, más ligero de lo que debería ser. No sé cómo comprobar si está cargada. No sé si tiene el seguro puesto.

No me importa.

Unos brazos fuertes me rodean la cintura por detrás. No son los brazos de Dmitri. Estos huelen a cigarrillos, a sudor y a algo químico que me quema la nariz.

—La tengo. ¡A la salida que hay junto a los aseos! —grita el hombre en un inglés con acento.

Me arrastra hacia atrás. Mis tacones chirrían contra el suelo. El arma se me escapa de las manos, tintineando al alejarse en la oscuridad.

No.

No, no, no.

Le araño los brazos. Doy patadas hacia atrás. Mi tacón conecta con su espinilla, pero él ni siquiera gime. Solo sigue arrastrándome hacia la puerta de salida que veo abrirse detrás de nosotros.

El aire frío entra de golpe desde el exterior.

—¡Dmitri! —Su nombre sale desgarrado de mi garganta.

Veo cómo se gira. Veo cómo sus ojos me encuentran en medio del caos. Veo el momento exacto en que se da cuenta de lo que está

pasando.

Entonces siento la pistola presionada contra mi sien.

El metal está caliente. Ha disparado hace poco. El cañón se hinca en mi piel con la fuerza suficiente como para dejarme un moratón.

Todo se queda en silencio en mi cabeza. Los gritos se apagan. Los disparos se vuelven distantes. Todo lo que puedo oír es mi propia respiración y la voz de ese hombre en mi oído.

—No te muevas.

Me saca a rastras por la puerta de salida. Mi espalda golpea el marco. El aire frío de la noche me envuelve los hombros desnudos.

Dmitri se mueve hacia nosotros. Tiene la pistola levantada, pero su cara...

Nunca lo había visto con esa expresión.

Vacío. Completamente vacío, a excepción de algo oscuro y terrible que nada en esos ojos pálidos.

—¡Atrás! —El grito del hombre hace que la pistola se hunda más en mi sien—. ¡Atrás o está muerta!

Dmitri se detiene. A tres metros. Podrían ser tres kilómetros.

—Suéltala. —Su voz es plana. Muerta—. Llévame a mí en su lugar.

—No... —comienzo a decir.

La pistola presiona con más fuerza.

—Cállate.

Los ojos de Dmitri se desvían hacia los míos durante medio segundo. Veo el cálculo en ellos. La estrategia. Está buscando un ángulo, un disparo, una forma de terminar con esto que no acabe con mis sesos en la pared.

—Yo soy el pakhan —dice Dmitri. Sigue con esa terrible voz plana —. Valgo más que ella. Hagamos un intercambio.

El hombre se ríe. El sonido vibra contra mi espalda.

—Buen intento, Baganov. Pero creo que nos quedaremos con la princesita.

Un movimiento me llama la atención. A la izquierda, parcialmente oculto tras una mesa volcada. Alguien con equipo táctico, con el rifle levantado, un punto rojo bailando en medio del caos.

Apuntando al hombre que me sujeta.

Pero el ángulo no es el correcto. Está demasiado cerca de mi cabeza. Un movimiento en falso y...

Intento moverme. Intento ofrecerles un tiro más limpio. El brazo del hombre se aprieta alrededor de mi cintura hasta que no puedo respirar.

—He dicho que no te muevas.

—Por favor. —La palabra se escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo—. Por favor, solo...

—¡He dicho que te calles! —El hombre me sacude con tal fuerza que me castañetean los dientes.

Los ojos de Dmitri se encuentran con los míos a pesar de la distancia. En ellos, veo algo que nunca había visto antes.

Impotencia.

Impotencia absoluta y total.

El hombre que lo controla todo, que manipula y planea y que siempre va tres pasos por delante, no puede hacer nada más que quedarse ahí parado y mirar.

Por mi culpa.

Porque no escuché.

Porque abandoné su protección para coger una pistola que ni siquiera usé.

Y nadie me está mirando.

Nadie excepto Dmitri, que no puede salvarme.

El hombre me arrastra hacia atrás por la puerta. Mis talones se enganchan en el umbral. Tropiezo, y su agarre se tensa hasta que mis costillas gritan de dolor.

—¡Muévete!

El aire frío me golpea la cara. Ya estamos fuera. El callejón detrás de Nexus se extiende oscuro y vacío, excepto por una furgoneta negra que espera en marcha a seis metros de distancia.

No.

Clavo los talones. Intento zafarme. Su brazo es de hierro alrededor de mi cintura.

—¡Dmitri! —Grito su nombre de nuevo.

La pistola se aparta de mi sien durante medio segundo. El tiempo justo para que vea la puerta, vea la cara de Dmitri, lo vea

levantando su arma...

Entonces, el disparo restalla en el aire.

No viene de dentro. Viene de detrás de mí.

El hombre que me sujeta se sacude. Su agarre se afloja. Algo caliente y húmedo me salpica el hombro desnudo.

No pienso. Solo me muevo.

Me lanzo hacia delante, alejándome de él, hacia la puerta...

Unas manos me agarran. Unas manos distintas. Dos hombres con equipo táctico aparecen de la nada, sujetándome de los brazos antes de que pueda llegar a la entrada.

—¡No! Dejadme...

Me arrastran hacia atrás. Doy patadas. Araño. Mis uñas desgarran la cara de uno de los hombres y él maldice en un idioma que no reconozco.

La puerta se cierra de golpe.

El metal roza contra el metal. La están bloqueando. Atrancándola con algo pesado mientras yo lucho y grito y...

—¡Dmitri! ¡Pietro! ¡Que alguien...!

Un puñetazo me impacta en la mandíbula.

El mundo se inclina de lado. El dolor estalla en mi cara, agudo, brillante y absoluto. Se me doblan las rodillas.

Unos brazos me atrapan antes de que llegue al suelo. Todo me da vueltas. El callejón. La furgoneta. Los rostros de los hombres aparecen y desaparecen de mi visión.

—Zorra estúpida —murmura alguien.

Ahora me llevan en volandas. Mis pies se arrastran por el hormigón. Intento levantar la cabeza, pero pesa una tonelada.

La puerta de la furgoneta se abre. Un interior oscuro. Un olor químico que me revuelve el estómago.

—Metedla dentro.

Unas manos me empujan hacia delante. Golpeo el suelo con fuerza. Unos rebordes metálicos se me hincan en la mejilla. Mi visión se nubla por los bordes, volviéndose gris y borrosa.

—Conduce. Ahora.

La puerta se cierra de golpe. El motor ruge al cobrar vida.

Intento incorporarme. Mis brazos no responden bien. Todo se siente desconectado. Mal.

—Está sangrando.

—No importa. El jefe la quiere viva, no guapa.

Viva.

La palabra resuena en mi cabeza mientras la oscuridad se cuela por todos lados.

La cara de Dmitri parpadea detrás de mis ojos. Esa terrible mirada de impotencia. La forma en que se quedó allí, con el arma levantada, sin poder hacer nada más que ver cómo me llevaban.

Debería haber escuchado.

Debería haberme quedado agachada.

Debería haber...

La furgoneta pasa por un bache. Mi cabeza rebota contra el suelo.

Después, nada.



Dmitri

La puerta no se mueve.

Estrello el hombro contra ella. Una vez. Dos. El metal ni siquiera tiembla. La han atrancado desde fuera. La han bloqueado con algo pesado mientras yo me quedaba aquí como una puta estatua mirando cómo se la llevaban.

Hay cuerpos esparcidos por el suelo detrás de mí. Algunos se mueven. La mayoría no. Los disparos han cesado. El silencio me zumba en los oídos, roto solo por gemidos y el llanto de alguien.

No me importa nada.

Me alejo de la salida bloqueada y echo a correr. A través de la carnicería. Por encima de los cuerpos. Rodeando las mesas volcadas.

Mis zapatos resbalan en la sangre, pero no aminoro la marcha.

La entrada principal. Necesito la entrada principal.

Alguien me agarra del brazo. Me lo quito de encima sin mirar.

—Dmitri...

Sigo moviéndome. Paso por delante del escenario donde le puse el anillo en el dedo hace veinte minutos. Paso por la barra, donde hay botellas desparramadas por el suelo. Paso por delante de los socios de mi padre, que se están levantando, comprobando si tienen heridas, pidiendo ayuda.

No me detengo.

La entrada principal es un caos. Gente empujando hacia las puertas. La seguridad intentando mantener el orden. Gritos. Alaridos. El olor a pólvora y a miedo.

Me abro paso empujando. No me importa a quién derribo. No me importa nada excepto salir fuera, llegar al callejón, encontrar la furgoneta...

—¡Dmitri!

La voz de Pietro corta el ruido. Su mano se cierra alrededor de mi bíceps como un tornillo de banco.

Me encaro con él.

—Suéltame.

—¿Dónde está Vittoria? —Su rostro está pálido. La sangre mancha su camisa blanca, pero no creo que sea suya—. ¿Dónde está mi hermana?

Las palabras se me atascan en la garganta.

—Se la han llevado. —Mi voz no suena como la mía. Es demasiado plana. Demasiado vacía—. Alguien se la ha llevado.

El agarre de Pietro se aprieta hasta que el brazo se me entumece.

—¿Qué?

—La han sacado a rastras por la salida trasera. Yo no pude... —No puedo terminar. No puedo decir las palabras. No puedo admitir que me quedé allí con una pistola en la mano y vi cómo se la llevaban.

—Movilizad a todo el mundo. —La voz de Pietro restalla como un látigo. Ya no me habla a mí. Nico aparece a su lado, con sangre

corriendo por un corte sobre el ojo. Lorenzo detrás de él, sosteniendo a Sophia, que cojea.

—¿Qué ha pasado? —exige Nico.

—Vittoria. —A Pietro le tiembla la mandíbula—. Se han llevado a Vittoria.

Las palabras golpean como balas. El rostro de Nico se vuelve blanco. Luego rojo. Después, algo más allá de la rabia.

—¿Adónde? —Se encara conmigo—. ¿Adónde se la han llevado?

—Por la salida trasera. Al callejón...

Intento pasar por su lado. Tengo que salir fuera. Tengo que encontrarla. Pero la mano de Nico sale disparada, agarrándome la camisa por el pecho y estampándome contra la pared.

—¿Cómo cojones has perdido a mi hermana?

Su puño conecta con mi mandíbula antes de que pueda responder. El dolor estalla en mi cara, pero apenas lo siento. Apenas registro nada excepto la necesidad de moverme, de cazar, de encontrarla...

—¡Nico! —Pietro agarra el brazo de su hermano.

—¡La ha perdido! —La voz de Nico se quiebra—. ¡Se suponía que debía protegerla y la ha perdido de puta madre!

Una pistola se amartilla junto a mi cabeza.

Me giro. Aleksander está allí parado, con la sangre empapando su camisa por una herida en el hombro. Su rostro está blanco. El sudor le perla la frente. No sé cómo se mantiene en pie.

Pero su pulso es firme. Apunta a la cabeza de Nico.

—Suéltalo. —La voz de Aleksander es tranquila. Mortal—. Ahora.

Los ojos de Nico se desvían hacia la pistola. Vuelven a mí. Su mano se aprieta en mi camisa.

—Tu hermano ha perdido a nuestra hermana.

—Y tú estás perdiendo el tiempo. —Aleksander no baja el arma —. Cada segundo que lo retienes aquí es otro segundo que ella está lejos.

El agarre de Nico se afloja. Me separo de la pared, alejándome de ambos.

—¡Igor! —Su nombre sale desgarrado de mi garganta—. ¡Igor!

No hay respuesta.

Me abro paso entre la multitud hacia la parte trasera del club. La gente intenta detenerme. Me hacen preguntas. Intentan alcanzarme. No veo sus caras. No oigo sus voces.

Todo lo que veo es la cara de Vittoria cuando esa pistola se presionó contra su sien. El miedo en sus ojos. La forma en que gritó mi nombre.

La forma en que no pude salvarla.

—¡Igor! —vuelvo a rugir su nombre.

Sigue sin haber respuesta.

Estoy a mitad de camino de la salida trasera cuando la voz de Lorenzo corta el caos.

—Necesito un ordenador portátil. Ahora.

Me doy la vuelta. Está de pie cerca del escenario, con un brazo alrededor de Sophia, que sangra por algún lugar que no alcanzo a ver.

—¿Qué? —suelta Pietro. Está intentando organizar a la gente. Comprobando los cuerpos. Contando cabezas. Asegurándose de que todos los miembros de ambas familias estén localizados.

—Un portátil. —La voz de Lorenzo sube de tono—. Que alguien me traiga un puto portátil.

Nico aparece de entre la multitud.

—Hijo de puta —dice—. Se me había olvidado.

—¿El qué? —exige Pietro.

—Vittoria. —Los ojos de Nico se clavan en Lorenzo—. Los dispositivos de rastreo.

Mi corazón se detiene.

—¿Qué dispositivos de rastreo? —Las palabras salen raspando de mi garganta.

Lorenzo cambia el peso de Sophia, inclinándose para quitarse el zapato derecho. Lo levanta, girándolo para que podamos ver el tacón.

Ahí está. Un pequeño tapón incrustado en el cuero. Del mismo color que el zapato. Negro sobre negro. Invisible a menos que sepas que tienes que buscarlo.

—Los hizo para todos nosotros hace seis meses. —La voz de Lorenzo es firme, pero sus manos tiemblan—. Después de lo que

pasó con Sophia. Ella insistió. Dijo que necesitábamos una copia de seguridad por si...

No termina la frase. No hace falta.

—¿Funciona? —Ya me estoy moviendo hacia él—. ¿Podemos rastrearla?

—Si lo activó. —Lorenzo me sostiene la mirada—. Tiene que encenderlo manualmente. Por los ajustes de privacidad. No quería que funcionaran constantemente porque...

—No me importa por qué. —Le agarro del hombro—. ¿Podemos encontrarla o no?

—Si lo activó antes de que se la llevaran. —La mandíbula de Lorenzo se tensa—. Si se acordó. Si tuvo tiempo...

—En mi oficina. —Ya estoy corriendo—. Tengo un portátil en mi oficina.

Mis pies golpean contra el suelo. Paso junto a los cuerpos. Por encima de la sangre. Paso de largo a la gente que grita mi nombre, haciendo preguntas, exigiendo respuestas.

No me detengo.

Los pasos de Lorenzo resuenan tras de mí. Me sigue. Bien. Lo necesito. Necesito cualquier sistema que Vittoria haya construido. Necesito cualquier cosa que pueda llevarnos hasta ella.

El pasillo hacia mi oficina está vacío. Silencioso. Los sonidos del caos se desvanecen tras nosotros mientras corremos.

Entro en la habitación de golpe de un empujón. La estancia está exactamente como la dejé hace una hora. El portátil cerrado sobre mi escritorio. Papeles desparramados. Todo normal.

Todo mal.

Agarro el portátil y lo abro. La pantalla se ilumina.

Lorenzo aparece en el umbral, respirando con dificultad.

—Déjame...

Le acerco el portátil. Él lo coge y sus dedos ya vuelan sobre el teclado.

—Usa un servidor seguro. —Su voz es cortante. Profesional. Como si no estuviera hablando de su hermana, a la que acaban de llevarse a punta de pistola—. Cifrado. Tengo que acceder a su sistema.

—¿Cuánto queda?

—No lo sé. —Teclea más rápido—. Ella es la genio de la tecnología, no yo. Solo conozco lo básico. Lo suficiente para comprobar si...

Se detiene. Se queda mirando la pantalla.

—¿Qué? —Rodeo el escritorio para ver—. ¿Qué pasa?

—He entrado. —La voz de Lorenzo se quiebra—. Estoy dentro de su sistema.

La pantalla muestra un mapa. Chicago. Calles y edificios representados con líneas limpias. Una cuadrícula de la ciudad.

Vacío.

Sin puntos. Sin señales. Nada.

—No lo activó. —Las palabras me saben a ceniza—. No lo...

—Espera. —Lorenzo se inclina más—. Tarda un minuto en cargar. El sistema tiene que enviar una señal a los dispositivos, triangular las posiciones. Solo... espera.

No puedo respirar. No puedo pensar. No puedo hacer nada excepto mirar ese mapa vacío y rezar a un Dios en el que dejé de creer cuando murió mi madre.

Por favor.

Por favor, que lo haya activado.

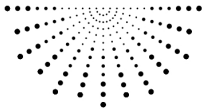
Por favor, que la encontremos.

Un punto aparece en la pantalla. Verde. Pulsando.

—Ese soy yo. —Lorenzo señala—. Nexus. ¿Ves?

Esperamos. Pero no aparece otro punto.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



VITTORIA

Dolor.

Es lo primero que siento. Un dolor agudo y pulsante que se irradia desde la base del cráneo hacia abajo por el cuello.

Intento abrir los ojos, pero los párpados me pesan como el plomo. Pesados. Mal.

¿Dónde—

El mundo da un vuelco. Se me revuelve el estómago.

Movimiento. Me estoy moviendo.

La superficie bajo mi cuerpo es dura. Fría. Metal, tal vez. Vibra con el ritmo de—

Un vehículo. Estoy en un vehículo.

Abro un poco los ojos. Oscuridad. No total. Una luz tenue se filtra desde alguna parte. Lo suficiente para ver formas. Sombras.

Una furgoneta. Estoy en la parte trasera de una furgoneta.

¿Por qué—

El recuerdo me golpea como un puño.

El club. Nexus. Dmitri poniéndome el anillo en el dedo. El brindis. Después—

Disparos.

Gritos.

Dmitri empujándome al suelo, cubriendo mi cuerpo con el suyo.

La pistola. Alargué la mano para coger una pistola del suelo y entonces—

Manos. Alguien me agarró. Me arrastró. La voz de un hombre en mi oído, su aliento caliente contra mi piel. El cañón de una pistola presionado contra mi sien.

El rostro de Dmitri. La forma en que me miró. La forma en que intentó—

El callejón. Alguien disparó a mi captor. Intenté correr pero estaban esperando. Dos hombres con equipo táctico. Uno de ellos me golpeó. Sentí su puño conectar con mi cara, sentí que me caía, y entonces—

Nada.

Hasta ahora.

Parpadeo, intentando enfocar. La vista me baila. El dolor en mi cabeza se intensifica, lo suficientemente agudo como para provocarme náuseas.

No vomites. No hagas ruido.

Me obligo a respirar despacio por la nariz. Inspiro. Espiro. Inspiro. Espiro.

La furgoneta salta en un bache. Mi cuerpo se desliza por el suelo, el hombro choca contra algo duro. Me muerdo la lengua para no gritar. Saboreo la sangre.

¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Minutos? ¿Horas?

Intento mover las manos. Están detrás de mi espalda. Bridas apretando mis muñecas. Lo suficientemente apretadas como para que mis dedos empiecen a hormiguear.

Mis tobillos. También atados.

El pánico estalla ardiente en mi pecho. Lo reprimo. Lo alejo.

Piensa. Tengo que pensar.

La furgoneta sigue moviéndose. Puedo oír el motor, sentir la vibración a través del suelo. Oigo voces de la parte delantera. Hombres hablando. No distingo las palabras por el ruido de la carretera.

Si sigue moviéndose es que aún no han llegado a donde sea que me lleven.

Moverse significa que tengo tiempo.

No mucho. Pero algo.

Me muevo con cuidado, probando mis ataduras. Las bridas no ceden. Demasiado apretadas. Se clavan demasiado hondo en mi piel.

Mi vestido. El satén fucsia está amontonado alrededor de mis muslos, subido tras haberme arrastrado. Noto el aire fresco en mis piernas.

Mis zapatos.

El pensamiento me golpea como un relámpago.

Mis zapatos.

La voz de Lorenzo en mi cabeza hace seis meses: *—¿Estás segura de que esto funcionará?*

—Funcionará. Confía en mí.

Había incrustado los dispositivos de rastreo en todos sus zapatos. Les hice prometer que se los pondrían. Les hice prometer que los activarían si algo pasaba alguna vez.

Pero nunca hice uno para mí.

Excepto—

El corazón me late con tanta fuerza que puedo sentirlo en la garganta.

Excepto que sí lo hice. Hice uno para mí también. Por si acaso. Incrustado en mi par de tacones favoritos. Los negros que me pongo para todo lo importante.

Los que llevo puestos ahora mismo.

Tengo que alcanzar mi zapato.

La furgoneta gira bruscamente. Me deslizo de nuevo, esta vez hacia las puertas traseras. Mi hombro choca contra el metal. El dolor recorre mi brazo, pero aprovecho el impulso, girando sobre mi costado.

Tengo las manos a la espalda. Pero si tan solo pudiera—

Encojo el cuerpo, llevando las rodillas hacia el pecho. Las bridas de los tobillos se clavan, pero lo ignoro. Ignoro el dolor. Ignoro todo excepto la necesidad de alcanzar mis pies.

Mis dedos rozan la tela. El dobladillo de mi vestido.

No es suficiente.

Me esfuerzo más, arqueando la espalda, bajando las manos atadas todo lo que puedo. Mis hombros gritan en protesta. Las bridas se clavan más hondo en mis muñecas. Siento algo templado y húmedo —sangre, probablemente— pero no me detengo.

La punta de mis dedos toca el cuero.

Casi.

La furgoneta pasa por otro bache. Pierdo el agarre, mi cuerpo deslizándose hacia adelante otra vez.

No. No, no, no.

Me encojo de nuevo, más rápido esta vez. Desesperada. Mis dedos encuentran el zapato, recorren el borde del tacón, buscando—

Ahí.

La pequeña muesca. Apenas se nota a menos que sepas que está ahí. Presiono con fuerza con el pulgar.

Clic.

El sonido es tan tenue que casi no lo oigo bajo el ruido del motor. Pero lo siento. Siento cómo se activa el pequeño mecanismo.

El rastreador está encendido.

El alivio me inunda con tal intensidad que casi sollozo. Pero me lo trago. No puedo hacer ruido. No puedo dejar que sepan que estoy despierta.

La furgoneta empieza a frenar.

Se me cae el alma a los pies.

No. Todavía no. Necesito más tiempo. Necesito que sigan moviéndose para que el rastreador—

La furgoneta se detiene.

Apagan el motor.

Silencio. Excepto por mi respiración. Demasiado ruidosa. Demasiado rápida.

Me obligo a quedarme flácida. Cierro los ojos. Dejo que mi cuerpo caiga contra el suelo como si siguiera inconsciente.

Pasos. Botas pesadas sobre el pavimento. Acercándose.

Se abren las puertas traseras de la furgoneta. Entra luz a raudales, lo suficientemente brillante como para verla a través de

mis párpados cerrados.

—¿Sigue inconsciente? —pregunta la voz de un hombre. Ronca. Acento estadounidense.

—Le dio bastante fuerte —dice otra voz, más joven—. Puede que le haya provocado una conmoción.

Risas. Frías. Crueles.

Unas manos me agarran los tobillos. Empiezan a arrastrarme hacia las puertas abiertas.

Mantengo el cuerpo suelto. Mantengo la respiración constante. Mantengo los ojos cerrados.

El rastreador está activo. Está enviando una señal.

Dmitri me encontrará.

Tiene que encontrarme.



Dmitri

La pantalla del ordenador brilla en la oscuridad de mi despacho. La miro fijamente, deseando que aparezca el punto verde.

Nada.

Mis manos se cierran en puños sobre el escritorio. La sangre del corte de mis nudillos mancha la madera pulida. No recuerdo haberme cortado. No recuerdo nada excepto a Vittoria siendo arrastrada y la puerta que no se abría, joder.

—Vamos, solnyshko —susurro a la habitación vacía—. Actívalo. Por favor.

La puerta se abre. No levanto la vista. No puedo apartar los ojos de la pantalla.

—Lorenzo se encarga de la policía. —La voz de Pietro. Plana. Fría —. Les dice que ha sido un robo que ha salido mal.

—No se lo creerán nunca.

—No tienen por qué creérselo. Solo tienen que aceptarlo.

Unos pasos cruzan la habitación. Pietro se detiene junto a mi escritorio. Siento sus ojos sobre mí, pero sigo mirando la pantalla.

No puedo terminar el pensamiento.

—Es lista —dice Pietro—. Lo activará, si puede.

—Si está consciente. —Las palabras me saben a ceniza—. Si no la han...

—No lo digas.

Le miro entonces. Pietro Sartori está de pie junto a mi escritorio, con la camisa blanca salpicada de sangre y un corte sobre el ojo izquierdo. Su cara parece tallada en piedra. Sin emociones. Sin debilidad.

Pero le tiemblan las manos.

Solo un poco. Apenas es perceptible. Pero yo lo veo.

—Sigue viva porque tú la empujaste al suelo. —La mandíbula de Pietro se tensa—. Sophia ha recibido un balazo en el hombro. Aleksander tiene un roce en las costillas. Todos los demás tienen moratones, cortes y están aterrorizados. Pero vivos.

Todos excepto Vittoria.

El pensamiento se asienta en mi pecho como una cuchilla.

—Debería haber...

—¿Deberías haber qué? —La voz de Pietro corta como un látigo —. Hiciste todo lo que tenías que hacer. Tenemos que averiguar quién planeó esto.

—Rogers.

—Tal vez.

Lo miro bruscamente. —¿Lo dudas?

—Rogers es un imbécil prepotente —dice Pietro lentamente—. ¿Pero esto? —señala hacia la ventana—. Esto requiere planificación. Recursos. Hombres dispuestos a morir. Esos tiradores sabían que no saldrían de aquí.

—Misión suicida.

—Exactamente. —Pietro se vuelve hacia mí—. Rogers no tiene esa clase de lealtad. Su gente trabaja por dinero, no por devoción.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Pero Rogers es el único que tiene sentido.

—¿Entonces quién?

—No lo sé. —Pietro cierra los puños—. Pero cuando los encontremos...

La puerta se abre de golpe.

Igor entra tambaleándose, con la sangre chorreándole por un lado de la cara. Tiene la oreja izquierda destrozada, desgarrada. Más sangre empapa su camisa por una herida en la cabeza.

—¡Blyad! —Me pongo en pie y me dirijo hacia él.

Igor me detiene con un gesto. —Estoy bien. Una bala me ha rozado la cabeza. Me ha hecho caer. He golpeado el suelo con fuerza. —Se toca la oreja y hace una mueca—. Sangro a chorros, pero viviré.

—Siéntate antes de que te desmayes.

—Los polis se han ido, Yuri ha llamado a nuestro hombre y se han largado. Han pillado a tres tíos solo para disimular —dice Igor.

Le guío hasta el sillón de cuero junto a la ventana. Se desploma en él, dejando caer la cabeza contra el respaldo. La sangre sigue brotando de su oreja.

—¿De cuántos hombres disponemos? —le pregunto a Pietro.

—¿Ahora? Veinte de los míos. Quince de los tuyos. —La voz de Pietro es clínica. Desapegada—. Tenemos a ocho tiradores vivos. El resto han muerto.

—Bien. —Vuelvo a mi escritorio. La pantalla del ordenador sigue sin mostrarla—. Tenemos que llevarlos a los almacenes. A todos ellos. Los quiero separados. Los quiero asustados.

—Ya está hecho. —Pietro saca su teléfono—. Nico está supervisando el transporte ahora. Lorenzo mantiene ocupada a la policía con declaraciones y sobornos.

—¿Tu madre?

—A salvo. Dante la sacó a ella y a Amanda por la cocina. Están en el recinto con Nora y Kristen.

Asiento. Intento concentrarme. Intento pensar como un pakhan en lugar de como un hombre al que acaban de arrebatarle su mundo.

El ordenador emite un pitido.

Me quedo helado.

Pietro se detiene a mitad de frase.

Igor se incorpora tan rápido que casi se cae del sillón.

En la pantalla aparece un punto verde.

Moviéndose.

—Ahí —susurro—. Ahí está.

Pietro se pone a mi lado de dos zancadas. Los dos miramos fijamente la pantalla.

El punto verde se mueve con constancia. No va rápido. Velocidad de vehículo. Va hacia el sur por—

—Kedzie —dice Pietro—. La llevan al sur por Kedzie.

—Ese es nuestro territorio —dice Igor desde el sillón—. ¿Por qué iban a...?

—No importa. —Ya me estoy moviendo, cogiendo mi chaqueta del respaldo de la silla—. Seguimos ese punto. La traemos de vuelta.

—Espera. —Pietro me agarra del brazo—. No puedes simplemente...

—Mira cómo lo hago.

—Dmitri. —Su agarre se tensa—. Piensa. Contarán con que los persigamos. Esto podría ser una trampa. Podrían estar llevándonos exactamente a donde quieren.

—No me importa.

—A mí sí. —La voz de Pietro se vuelve dura—. Es mi hermana. De mi sangre. Y no voy a dejar que te metas en una emboscada porque estés demasiado emocional para pensar con claridad.

Me vuelvo hacia él. —¿Emocional? Se la han llevado. Se han llevado a Vittoria.

No puedo terminar. No puedo decir la palabra.

Mi prometida. Mi futuro. Mi todo.

La expresión de Pietro se suaviza. Solo un poco. —Lo sé. Pero hagamos esto con cabeza. Los rastreamos. Reunimos a nuestros hombres. Planificamos. Y entonces la traemos de vuelta.

—Cada segundo que esperamos...

—Es un segundo que aprovechamos para prepararnos. —Pietro me suelta el brazo—. El rastreador está activo. Sabemos dónde está. Podemos seguirla sin que nos vean. Pero si nos lanzamos a ciegas, arriesgamos su vida.

Tiene razón. Sé que la tiene.

Pero cada instinto que tengo me grita que me mueva. Que la encuentre. Que mate a todos los que la han tocado.

—Coge el portátil y sígueme abajo. —Pietro se dirige a la puerta —. Tenemos que usar el cerebro para esto.

Vuelvo a mirar el portátil. El punto verde sigue moviéndose hacia el sur. Firme. Constante.

Aún está viva.

—Dmitri. —La voz de Pietro interrumpe mi concentración—. Cinco minutos. Es todo lo que pido. Cinco minutos para hacer esto de forma inteligente en lugar de estúpida.

—Bien. —Cojo el portátil y me lo pongo bajo el brazo—. Pero empezamos ya. No en cinco minutos. Ni en tres. Ahora.

—De acuerdo.

Salimos al pasillo. Igor se pone en pie con esfuerzo, con una mano apretada contra su oreja destrozada.

—Quédate aquí —le digo—. Que te vean eso.

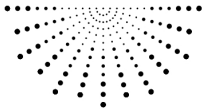
—Ni hablar. —La voz de Igor es áspera. La sangre sigue chorreándole por el cuello—. Necesitáis a todos los hombres disponibles.

—Te necesito vivo y operativo. —Señalo la silla—. Llama al médico. Es una orden.

Igor abre la boca. La cierra. Se deja caer de nuevo en el sillón soltando un juramento.

Pietro y yo nos dirigimos a las escaleras. La planta principal de Nexus parece una zona de guerra. Los cristales rotos crujen bajo nuestros pies. Las mesas están volcadas. Las sillas, hechas astillas. La sangre mancha el suelo en oscuros rastros.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



VITTORIA

Me dejan caer en un asiento de madera. Se me dobla la cabeza hacia delante. Siento que manipulan mis tobillos, cortando las bridas solo para cambiarlas por cuerda. Me atan las piernas a la silla. Luego las muñecas. Los brazos estirados tras la espalda, asegurados al armazón del asiento.

—Con eso debería bastar.

—Mejor. El jefe llegará en cinco minutos.

Los pasos se alejan. Una puerta se cierra.

Silencio.

Abro un ojo. Solo un poco.

Una habitación vacía. Suelo de hormigón. Vigas vistas en el techo. Ventanas cubiertas con contrachapado. Una sola bombilla cuelga del techo, proyectando una luz cruda.

Un almacén. Abandonado, por lo que parece.

Sigo llevando mi vestido rosa. La tela está rasgada en el dobladillo, manchada de suciedad. Mis joyas de oro siguen ahí: collar, pendientes, pulsera. Y lo más importante, mis tacones.

No me han registrado. No me han desnudado.

Aficionados.

O les da igual.

El rastreador debe de seguir activo.

Solo necesito seguir viva hasta que él llegue.

La puerta se abre.

Cierro los ojos de golpe. Dejo que la cabeza me cuelgue hacia delante.

Pasos. Lentos.

Los pasos se detienen frente a mí.

El silencio se alarga. Siento unos ojos sobre mí. Estudiándome. Evaluándome.

—Sé que está despierta, señorita Sartori.

La voz es suave. Culta. No reconozco el acento. No es de Chicago. No es de Nueva York. De algún otro lugar.

No me muevo.

—La respiración la delata —hace una pausa—. Cuando alguien está inconsciente, su respiración es más profunda. Más lenta. La suya está demasiado controlada.

Maldita sea.

Levanto la cabeza. Abro los ojos.

Un hombre está de pie a un metro de distancia. Alto, quizá un metro ochenta y cinco. Hombros anchos bajo un traje negro. Cabello oscuro engominado hacia atrás. Mandíbula marcada. Pómulos altos.

Guapo.

Su piel es de tono oliváceo. Mediterráneo, tal vez. O latinoamericano. No sabría decir. Sus rasgos podrían ser italianos. Podrían ser mexicanos. Podrían ser de cualquier otro sitio.

Pero no lo he visto nunca.

Ni en reuniones familiares, ni en reuniones de negocios, ni en ninguno de los archivos que he estudiado a lo largo de los años.

No es de Chicago. No pertenece a ninguna de las familias que conozco.

—¿Quién diablos eres? —mi voz suena ronca. Furiosa.

Bien. Que piense que solo estoy furiosa. No aterrorizada.

El hombre inclina la cabeza. Me estudia como si fuera un espécimen interesante. —Directa. Eso lo aprecio.

—Responde a la pregunta.

—¿O si no qué? —una ligera sonrisa curva sus labios—. ¿Qué va a hacer exactamente? Atada a una silla. Rodeada de mis hombres. Sin armas. Sin refuerzos.

—Dmitri me encontrará.

—Ah, sí. El ruso —la sonrisa del hombre se ensancha—. Su prometido. Qué romántico. El amor floreciendo entre la violencia y el derramamiento de sangre.

—Él lo matará.

—Quizá —el hombre se acerca. Camina en círculos a mi alrededor. Siento su presencia a mi espalda—. Pero primero tiene que encontrarla. Y para cuando lo haga... —deja la frase en el aire, permitiendo que la amenaza flote en el ambiente.

Giro la cabeza, intentando verlo. —¿Qué es lo que quiere?

—¿Querer? —completa el círculo y se detiene de nuevo frente a mí—. Esa es una pregunta complicada, señorita Sartori.

—En realidad no lo es.

Él se ríe.

—Tiene razón. Es bastante sencillo, de hecho —se pone de cuclillas, quedando a la altura de mis ojos—. Quiero lo que todo el mundo quiere. Poder. Control. Territorio.

—Chicago está dividido. No puedes simplemente...

—¿No puedo? —sus ojos, de un marrón oscuro, casi negros, se clavan en los míos—. Los Sartori y los Baganov acaban de anunciar una alianza. Un matrimonio. Muy público. Muy simbólico.

Se me encoge el estómago.

—Y entonces —continúa, con voz suave—, alguien ataca ese evento tan público y tan simbólico. Mata a varias personas. Hiere a más. Y se lleva a la futura novia.

—Tú.

—Yo —se pone en pie y se sacude una brizna de polvo invisible de los pantalones del traje—. ¿Sabe qué ocurre cuando una alianza parece débil, señorita Sartori? ¿Cuando las familias ni siquiera pueden proteger a los suyos en una fiesta de compromiso?

No respondo.

—Otras familias empiezan a preguntarse cosas. Empiezan a dudar. ¿Es real esta alianza? ¿Es fuerte? ¿O son solo dos

organizaciones desesperadas aferrándose la una a la otra?

—No estamos desesperados.

—¿No lo están? —camina hacia un lado. Coge algo de una mesa en la que no me había fijado antes. Una carpeta—. Los Sartori perdieron a su heredero hace dos años. Riccardo, ¿no es así? Muerto de un disparo. Su hermano Bruno, paralítico. Pietro obligado a tomar el mando cuando nunca quiso el puesto.

Cierro los puños tras la silla.

—Y los Baganov —abre la carpeta y pasa las páginas—. Su pakhan acaba de morir. Cáncer. Dmitri apenas lleva una semana al mando. Sin foguear. Sin haber demostrado nada. Algunos de los viejos aliados de su padre ya cuestionan su liderazgo.

—Él es más fuerte de lo que crees.

—Seguro que sí —el hombre cierra la carpeta y la deja en su sitio —. Pero la fuerza no importa cuando luchas en múltiples frentes. Cuando intentas mantener unida una alianza. Cuando buscas a una prometida desaparecida.

Vuelve a ponerse delante de mí.

—Así que se lo preguntaré de nuevo, señorita Sartori. ¿Qué es lo que quiero? —se inclina—. Quiero el caos. Quiero a sus familias dando palos de ciego. Las quiero débiles.

—¿Por qué?

—Porque las familias débiles cometen errores. Y los errores crean oportunidades.

Lo miro fijamente. Intento memorizar cada detalle. La pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda. El hecho de que su ojo derecho sea ligeramente más grande que el izquierdo. El anillo de oro en su dedo meñique.

Detalles que Dmitri necesitará cuando encuentre a este hombre.

Cuando lo mate.

—No se saldrá con la suya —le digo.

—¿Ah, no? —se endereza y se ajusta los gemelos—. Ya lo he hecho, señorita Sartori. El ataque ocurrió. Usted está aquí. Y a estas alturas, sus familias estarán destrozando Chicago buscándola.

Camina hacia la puerta. Se detiene. Mira hacia atrás.

—Póngase cómoda. Se quedará aquí un buen rato.

—Espera.

Se detiene.

—Al menos dime tu nombre —fuerzo la voz para que suene firme —. Si vas a matarme, debería saber quién es el responsable.

El hombre lo sopesa. Luego sonríe.

—No voy a matarla, señorita Sartori. Vale mucho más viva —abre la puerta—. Pero ¿mi nombre? Puede llamarme *Smoke*.

La puerta se cierra.

Vuelvo a estar sola.

Nunca he oído hablar de *Smoke* como nombre en clave. Y el hecho de que hable con tanta cortesía lo hace aún más aterrador.



Dmitri

Miro fijamente la pantalla del portátil apoyado en mis rodillas. El punto rojo parpadea. Constante. Inmóvil.

—Al sur por Kedzie —digo—. Ha dejado de moverse.

Yuri acelera. El motor del SUV ruge.

Nico se inclina hacia delante desde el asiento trasero. —¿Dónde exactamente?

Amplío el mapa. El punto está en una zona industrial. Almacenes. Fábricas. La mayoría abandonados.

La ubicación me resulta familiar.

Demasiado familiar.

Amplío más. Cotejo las coordenadas con mi mapa mental del territorio Baganov.

No.

—¿Dmitri? —la voz de Nico interrumpe mis pensamientos—. ¿Dónde está?

No puedo hablar. No consigo procesar lo que estoy viendo.

El punto rojo está situado directamente sobre uno de mis almacenes.

—Esto no puede estar bien —actualizo la página. El punto no se mueve—. Es imposible.

—¿Qué? —Yuri me mira de reojo—. ¿Qué es lo imposible?

—El rastreador la sitúa en uno de mis almacenes —vuelvo a actualizar. La misma ubicación—. En uno de los nuestros.

El silencio inunda el SUV.

Entonces habla Nico. Su voz es fría. Letal. —Alguien intenta tenderte una trampa.

—No —sacudo la cabeza—. Nadie sabe nada de ese almacén. Ya ni siquiera lo usamos.

—¿Entonces por qué la llevarían allí? —exige Nico.

—No lo sé —mis manos se aprietan contra el portátil—. No tengo ni puta idea.

Me vibra el móvil. Pietro.

—Nos estamos movilizando —dice sin preámbulos—. Diez SUV se dirigen hacia allí ahora mismo. Lorenzo trae más.

—Pietro...

—Si esto es una trampa, Baganov, si has tenido algo que ver...

—No he tenido nada que ver —las palabras salen cortantes. Furiosas—. Alguien está jugando con nosotros. Con los dos.

Una pausa. Después: —Ya veremos.

Cuelga.

Me entran ganas de tirar el teléfono. Ganas de atravesar algo de un puñetazo.

Alguien ha llevado a Vittoria a mi almacén. Un almacén que no he usado en más de un año. Un almacén que todavía está registrado bajo las propiedades de Baganov pero que está vacío.

¿Por qué?

—¿Tienes cámaras allí? —pregunta Nico.

—No. —Abro los archivos de la propiedad en mi ordenador portátil—. Es viejo. Dejamos de usarlo después de comprar las instalaciones de Western. Sin seguridad. Sin cámaras. Solo un edificio vacío.

—Pero sigue siendo tuyo.

—Sí.

—¿Quién?

—No tengo ni puta idea. —Vuelvo a mirar la pantalla—. Pero voy a averiguarlo.

Yuri toma una curva demasiado rápido. Los neumáticos del SUV chirrían.

—¿A cuánto estamos? —pregunto.

—Quince minutos.

Demasiado tiempo. Cualquier cosa podría pasar en quince minutos.

Busco en mis contactos. Llamo a Igor.

—¿Jefe?

—El almacén en Kedzie y la 47. ¿Quién tiene acceso?

—Nadie. No lo hemos usado desde...

—Sé cuándo dejamos de usarlo. —Le corto—. ¿Quién tiene llaves?

Una pausa. Oigo el crujido de papeles. —Usted. Yo. Aleksander. Su padre tenía un juego, pero ese está en la caja fuerte de la herencia.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Códigos de seguridad?

—Se cambiaron hace seis meses cuando hicimos la rotación anual. Solo usted, yo y Aleksander tenemos los códigos nuevos.

Cierro los ojos. Tres personas. Tres personas que podrían acceder a ese almacén.

Yo. Igor. Aleksander.

Y nosotros no la hemos llevado allí.

Lo que significa que alguien más ha entrado. Alguien que no debería tener acceso.

—¿Jefe? —La voz de Igor me devuelve a la realidad—. ¿Qué está pasando?

—Alguien me está tendiendo una trampa. —Observo el punto rojo en la pantalla. Sigue sin moverse—. Consígueme todo lo que haya sobre ese almacén. Registros de la propiedad. Registros de seguridad. Todo.

—Voy a ello.

Cuelgo.

Nico me está observando. —¿Y bien?

—Tres personas tienen acceso a ese almacén. Yo, Igor y mi hermano Aleksander.

—Así que alguien más ha entrado.

—Sí.

—¿Cómo?

—No lo sé. —Actualizo el rastreador de nuevo. El punto no se ha movido.



Dmitri

El almacén se alza ante nosotros. Oscuro. Silencioso.

No hay coches aparcados fuera.

Se me oprime el pecho.

Me quedo mirando la calle vacía. El edificio abandonado.

Podrían haber encontrado el rastreador. Podrían haber dejado el zapato aquí a propósito. Podrían habérsela llevado a otro sitio mientras perdemos el tiempo registrando un almacén vacío.

O algo peor.

Alejo ese pensamiento.

—Dmitri. —La voz de Nico rompe el silencio—. Tenemos que...

Ya estoy fuera del SUV.

Los hombres bajan de los otros vehículos. Los soldados de Pietro. Mis hombres. Todos armados. Todos listos.

Yuri aparece a mi lado. —Despejaremos el perímetro primero. Protocolo estándar.

—No. —Empiezo a caminar hacia el almacén—. Voy a entrar.

—Jefe, tenemos que...

—Voy a entrar yo primero. —No le miro. No puedo apartar la vista del edificio—. Es una orden.

Necesito ver con mis propios ojos. Necesito saber si le han hecho daño. Necesito ser el primero en cruzar esa puerta.

Si ella está...

No.

Nico me alcanza. —Dmitri, espera.

No espero. No puedo esperar.

Mis hombres se despliegan. Comprobando el perímetro. Asegurando la zona.

Llego a la entrada lateral. La puerta está sin cerrar.

Saco mi pistola. Empujo la puerta.

El almacén está oscuro por dentro. Vacío.

Nico se mueve a mi lado con el arma levantada.

Nos adentramos más en el almacén. Pasamos por filas de estanterías vacías. Por pasillos flanqueados por equipos oxidados.

El lugar huele a decadencia. A algo que se ha dejado pudrir.

—Allí. —Señala Nico.

La veo.

Una silla en el centro de un espacio abierto. Alguien atado a ella. Con la cabeza gacha. Sin moverse.

No.

—¿Solnyshko? —La palabra sale rota. Desesperada.

Ella levanta la cabeza.

Nuestras miradas se encuentran.

Empieza a llorar.

Echo a correr.

Mi arma cae al suelo con estrépito. No existe nada más que llegar hasta ella.

Está viva. Está viva. Está...

Caigo de rodillas frente a ella. Mis manos enmarcan su rostro. —Vittoria. Vittoria.

Las lágrimas surcan sus mejillas. Tiene las muñecas atadas a los reposabrazos de la silla y los tobillos a las patas.

—Ya te tengo. —Le beso la frente. Las mejillas. Los labios—. Ya te tengo, solnyshko. Estás a salvo.

Nico aparece detrás de mí. Su cuchillo brilla. Las bridas alrededor de sus muñecas se rompen.

La estrecho entre mis brazos. Se desploma contra mi pecho. Todo su cuerpo tiembla.

—¿Te han hecho daño? —Paso las manos por su cuerpo. Buscando heridas. Buscando sangre—. Dime. ¿Te han hecho daño?

Ella niega con la cabeza contra mi hombro. No puede hablar. Solo llora.

Nico corta las ataduras de sus tobillos.

La levanto. La acuno contra mi pecho. Ella me rodea el cuello con los brazos. Esconde la cara en mi cuello.

—Pensé... —Su voz se quiebra—. Pensé que no me encontrarías.

—Nunca. —La abrazo con más fuerza—. Siempre te encontraré. Siempre.

Sus dedos se clavan en mis hombros. Como si tuviera miedo de que yo fuera a desaparecer.

—Tenemos que movernos —dice Nico. Su voz es tensa—. Esto aún podría ser una trampa.

Tiene razón. Alguien la ha dejado aquí. Alguien quería que la encontráramos así.

Pero no puedo pensar en eso. No puedo pensar en nada excepto en la mujer que tengo en mis brazos.

—¿Puedes caminar? —le pregunto.

Ella asiente contra mi cuello.

No es seguro estar sin empuñar un arma.

La bajo con cuidado. Mantengo mi brazo alrededor de su cintura. Ella se tambalea. Le tiemblan las piernas.

—Te tengo. —La pego a mí. Sostengo su peso.

Nico avanza delante de nosotros con el arma en alto, revisando las esquinas.

Recojo mi pistola del suelo.

Hacemos el camino de vuelta por el almacén. Vittoria se apoya pesadamente en mí. Cada paso es lento. Cauteloso.

Mis hombres esperan fuera con las armas desenfundadas, peinando la zona.

El SUV de Pietro se detiene. Él baja. Su rostro es de piedra.

Entonces ve a Vittoria.

—¿Estás herida, Vee? —exige.

—La cabeza. —Su voz es pequeña. Rota—. Me golpearon. Cuando me agarraron.

Una rabia incandescente me inunda.

Alguien la ha golpeado. Alguien le ha puesto las manos encima. Alguien la ha hecho llorar.

Voy a encontrarlos. Voy a hacer que rueguen por la muerte.

—Tenemos que llevarla a un hospital —dice Nico.

—No. —Vittoria se agarra a mi chaqueta—. Hospitales no. Por favor. Solo quiero ir a casa.

Pietro se acerca. Su mano toca el hombro de ella. Con suavidad. —Vittoria...

—Por favor. —Le mira a él con las lágrimas todavía brotando—. Solo quiero ir a casa.

Él la estudia. Luego asiente. —Está bien. Te llevaremos a casa.

La levanto de nuevo. No protesta. Solo se acurruca contra mi pecho.

—Mi coche —le digo a Yuri.

Trae el SUV.

Me deslizo en el asiento trasero con Vittoria todavía en brazos. No me suelta. No deja de temblar.

Nico entra por el otro lado.

El SUV se aleja del almacén.

Sostengo a Vittoria. Le acaricio el pelo. Le susurro en ruso que está a salvo. Que la tengo conmigo. Que nadie volverá a hacerle daño.

Llora contra mi pecho. Sus lágrimas empapan mi camisa.

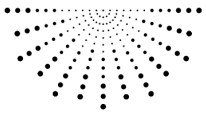
Y hago un voto silencioso.

Quienquiera que haya hecho esto. Quienquiera que se la haya llevado. Quienquiera que la haya hecho llorar.

Ya está muerto.

Solo que todavía no lo sabe.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



Dmitri

El recinto de los Sartori aparece frente a nosotros. Con las luces resplandeciendo. Guardias por todas partes.

Vittoria no ha dejado de temblar. No ha soltado mi chaqueta.

El todoterreno se detiene. Pietro sale primero. Nico le sigue.

Llevo a Vittoria en brazos hacia la entrada. Mantiene el rostro hundido contra mi cuello.

Aria Sartori sale corriendo. Tiene el rostro pálido. —Vittoria. Oh, Dios mío.

—Está bien —le dice Pietro—. No está herida.

—Quiero verla. Necesito...

—Mamma. —La voz de Vittoria suena amortiguada contra mi hombro—. Estoy bien. Solo necesito un baño. Por favor.

La mano de Aria acaricia el pelo de su hija. Con suavidad. Temblando. —Por supuesto. Lo que necesites.

Avanzamos por el recinto. Pasamos por delante de los guardias. Por delante de familiares que nos observan con rostros preocupados.

Subo a Vittoria por las escaleras. Por un pasillo por el que nunca he caminado.

Ella levanta la cabeza. —Tercera puerta a la derecha.

Empujo la puerta con el hombro.

Su dormitorio es exactamente lo que esperaba. Impoluto. Organizado. Varios monitores sobre un escritorio. Libros apilados pulcramente en estanterías.

La poso con cuidado sobre la cama. Ella se tambalea. Se agarra a mi brazo para mantener el equilibrio.

—Necesito un baño. —No me mira—. Necesito sentirme limpia.

—Te ayudaré.

—No. —Su voz es tajante—. Necesito hacer esto sola. Por favor.

Las palabras duelen. Pero asiento. —Está bien.

Se levanta. Camina hacia lo que debe de ser el baño. Sus pasos son inestables.

La veo irse. Observo cómo se cierra la puerta tras ella.

El agua corre. El sonido llena el silencio.

Me siento en su cama. Me tiemblan las manos. Las cierro en forma de puños.

Está a salvo. Está en casa. Está viva.

Pero alguien se la llevó. Alguien la ató a una silla. Alguien la golpeó con la fuerza suficiente para dejarle una marca.

Me quedo sentado en el silencio. Escuchando el agua correr.

Mi teléfono vibra. Karolina.

Respondo. —¿Cómo está Aleksander?

—Está bien. —Su voz suena tensa, preocupada—. La bala solo le rozó. Ya se está quejando del vendaje.

El alivio me inunda. —Bien.

—¿Cómo está Vittoria? Yuri ha llamado.

—Está... —Miro la puerta del baño—. Está en casa. Está a salvo.

—¿Pero?

—Quería estar sola.

Karolina guarda silencio un momento. —Dale tiempo. Acaba de pasar por algo traumático.

—Lo sé.

—Estamos volviendo a casa ahora. Vladimir conduce. Natalia quiere verte cuando vuelvas.

—Dile que estaré allí pronto.

—Dmitri. —La voz de Karolina se suaviza—. Me alegro de que Vittoria esté bien.

—Yo también.

Termino la llamada. Dejo el teléfono en la mesita de noche.

El agua deja de correr.

Espero. Escucho cualquier sonido que provenga del baño.

Nada.

Pasan los minutos. Cinco. Diez.

Me levanto. Camino hacia la puerta del baño. Apoyo la palma de la mano contra la madera.

—¿Vittoria?

No hay respuesta.

—Solnyshko. ¿Estás bien?

Silencio.

Se me oprime el pecho. —No me voy a ir. Esperaré aquí fuera todo el tiempo que necesites.

Sigue sin haber respuesta.

Vuelvo a la cama. Me siento. Espero.

La puerta se abre.

Vittoria aparece con un albornoz blanco. Tiene el pelo mojado. El rostro limpio. El maquillaje ha desaparecido.

Parece más joven. Más vulnerable.

Se detiene al verme. Sus dedos se clavan en la tela del albornoz.

—No me tocaron. No de ese... no de esa manera. Solo el golpe. Cuando me cogieron.

El alivio y la rabia luchan en mi pecho. —Está bien.

—Necesito que lo sepas. Necesito que todo el mundo lo sepa.

—Te creo.

Finalmente me mira. Tiene los ojos rojos. Hinchados de llorar. —Me siento sucia de todos modos. Como si todavía pudiera sentir sus manos sobre mí.

Me levanto. Me acerco a ella lentamente. —Ya estás a salvo. Te lo prometo.

No retrocede.

Hago amago de tocarla. Me detengo. —¿Qué necesitas?

Se abraza a sí misma. —Ropa. Necesito ropa. ¿Puedes...? Mi vestidor está por ahí.

Señala una puerta a la izquierda de la habitación.

Camino hacia ella. La abro.

Joder.

No es un armario. Es una habitación. Una habitación entera dedicada a la ropa.

Los percheros recorren las paredes. Organizados por colores. Zapatos expuestos en estanterías como si fueran obras de arte. Cajones etiquetados con caligrafía pulcra.

—Esto es... —Me vuelvo para mirarla—. Esto es como una boutique.

Ella se ríe. El sonido es débil. Quebrado. Pero es una risa.

Gracias a Dios.

—Necesito instrucciones —le digo—. ¿Qué busco?

—Algo cómodo.

—Entendido. —Examino los percheros—. ¿Pantalones o vestido?

—Pantalones. Y un jersey. El gris de cachemira. Tercer cajón a la derecha.

Encuentro el cajón. Lo abro. Varios jerséis grises me devuelven la mirada.

—¿Qué gris?

—El claro. El de cuello de pico.

Lo cojo. La tela es suave. Me dirijo a la sección de pantalones.

—Leggings negros —grita ella—. Segundo estante. Están doblados.

Los encuentro. Cojo un par. —¿Ropa interior?

—Cajón superior. Lado izquierdo. Cualquier conjunto está bien.

Abro el cajón. Todo está organizado. Doblado perfectamente. Cojo un conjunto negro sencillo.

—¿Calcetines?

—En el mismo cajón. Lado derecho.

Lo recojo todo. Vuelvo al dormitorio.

Vittoria está sentada exactamente donde la dejé. Mirando a la nada.

Me arrodillo frente a ella. Dejo la ropa a mi lado en el suelo.

—Brazos arriba.

Pestañea. Me mira. —¿Qué?

—Brazos abiertos. Voy a vestirte.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Sé que puedes. —Alcanzo el dobladillo de su albornoz—. Pero no tienes por qué hacerlo.

Duda. Luego, levanta despacio los brazos.

Retiro el albornoz. Está desnuda debajo. Se están formando moratones en sus costillas. En sus muñecas.

La rabia arde en mi interior.

Después. Me ocuparé de ello después.

Cojo la ropa interior. La ayudo a ponérsela. Se la subo con delicadeza.

No protesta. No dice nada.

Hago lo mismo con los leggings. Teniendo cuidado con los moratones de sus tobillos.

—Vuelve a sentarte.

Se sienta. Me arrodillo de nuevo. Le pongo los calcetines. De uno en uno.

—Brazos arriba.

Los levanta. Le paso el jersey por la cabeza. Guío sus brazos a través de las mangas.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias.

—Sí, tengo que hacerlo. —Se le quiebra la voz—. Sobre todo estoy muy enfadada conmigo misma.

Me siento a su lado en la cama. —¿Por qué?

—Porque siempre creo que puedo hacer cosas más grandes de las que realmente puedo. —Se abraza las rodillas—. Pensé que podría con ello. Pensé que podría luchar contra ellos. Pensé...

Se detiene. Traga saliva con dificultad.

—Pensé que era más lista que esto. Más fuerte que esto. Pero simplemente me quedé helada. Cuando me cogieron, yo... no podía moverme. No podía pensar. Simplemente dejé que me llevaran.

—Activaste tu rastreador.

—Después de que me tiraran en la furgoneta. Después de que ya me hubieran llevado. Si hubiera sido más rápida, si hubiera sido más lista...

—Basta. —Me giro para quedar frente a ella—. Has sobrevivido. Eso es lo que importa.

—Debería haber hecho más.

—Hiciste exactamente lo que tenías que hacer. —Busco su mano. Deja que la tome—. Te mantuviste con vida. Activaste el rastreador. Nos diste una forma de encontrarte.

—Diseñé esos rastreadores pensando que nunca necesitaría el mío. —Se ríe. El sonido es amargo—. Pensé que sería yo quien rastrearía a todos los demás. Asegurándome de que estuvieran a salvo. No al revés.

—No puedes controlarlo todo.

—Lo sé. —Mira nuestras manos entrelazadas—. Pero sigo intentándolo de todos modos. Sigo pensando que si soy lo suficientemente inteligente, si planeo lo suficiente, si me preparo lo suficiente... no pasará nada malo. Pero pasa de todas formas.

Le aprieto la mano. —Eso no es debilidad.

—Se siente como debilidad.

—No lo es.

Se queda callada durante un largo rato. Su pulgar traza círculos en mi palma.

—Tenía tanto miedo —susurra—. Cuando me cogieron. Estaba aterrorizada.

—Lo sé.

—Pero no dejaba de pensar... Dmitri vendrá. Me encontrará. No parará hasta que lo haga. —Me mira. Las lágrimas resbalan por sus mejillas—. Y lo hiciste. Viniste.

La atraigo contra mi pecho. Ella viene de buena gana. Hunde el rostro en mi hombro.

—Siempre —le digo—. Siempre iré a buscarte.



Vittoria

El salón parece demasiado brillante. Hay demasiados ojos observándome.

Me siento en el sofá con Dmitri a mi lado. Su mano descansa sobre mi muslo. Dándome estabilidad.

Pietro está junto a la chimenea. Nico camina cerca de la ventana. Lorenzo se sienta en el sillón frente a mí. La silla de ruedas de Bruno está situada cerca de la puerta.

Mamma quería quedarse. Le he dicho que no. Con suavidad. Pero con firmeza.

Esto es un asunto de familia. No un momento de consuelo entre madre e hija.

Una taza de té de manzanilla me calienta las manos. No lo bebo. Solo lo sostengo. Dejo que el calor se filtre en mis palmas.

—Empieza por el principio —dice Pietro. Su voz es calmada. Controlada. Pero veo la tensión en su mandíbula—. Desde el momento en que te llevaron.

Tomo aire. Me concentro en los hechos. No en el miedo.

—El hombre me agarró. Me puso una pistola en la cabeza. Me arrastró hacia la salida. —Mi voz suena más firme de lo que me siento—. Dmitri intentó negociar. Se ofreció a sí mismo en mi lugar.

La mano de Dmitri se aprieta en mi muslo.

—El hombre se negó. Siguió tirando de mí hacia atrás. A través de la puerta. Hacia el callejón.

Hago una pausa. Tomo otro aliento.

—Alguien le disparó. Al hombre que me sujetaba. Cayó al suelo de inmediato. Pensé... pensé que podría correr. Pero entonces otros dos hombres me agarraron. Llevaban equipo táctico. Negro. Profesional.

—¿Cuántos? —Nico deja de caminar. Me mira.

—Dos. Ambos estadounidenses. Pude saberlo por sus voces.

—¿Dijeron algo?

—No. Solo... se movieron rápido. Uno me agarró los brazos. El otro las piernas. Intenté luchar, pero...

Se me quiebra la voz. Me detengo. Doy un sorbo al té. Me quema la lengua.

El pulgar de Dmitri me acaricia el muslo. Círculos pequeños. De ritmo constante.

—Bloquearon la puerta —continúo—. La atrancaron de alguna manera. Fue entonces cuando uno de ellos me golpeó. En la cara. Tan fuerte que vi las estrellas.

La expresión de Pietro no cambia. Pero los nudillos se le ponen blancos donde agarra la repisa de la chimenea.

—Luego me llevaron a la furgoneta. Me tiraron atrás. Me golpeé la cabeza al caer. Todo se volvió negro.

Nico reanuda su paseo. —El hombre que te agarró primero. Al que dispararon. Él no formaba parte del equipo de extracción.

—¿A qué te refieres? —Lo miro.

—Me refiero a que era una distracción. Un sacrificio. —La mente de Nico está trabajando. Puedo verlo en sus ojos—. Sabían que alguien le dispararía.

—O —dice Lorenzo en voz baja—, se suponía que debía llevarte antes pero falló. Y tenían un plan de reserva.

—No. —Nico sacude la cabeza—. Demasiado coordinado. El momento fue perfecto. En cuanto él cayó, los otros dos estaban allí. Sabían exactamente dónde estar. Qué hacer.

—Nuestro equipo está procesando los cadáveres ahora —dice Pietro—. Tomando huellas. Buscando marcas identificativas. Cualquier cosa que pueda decirnos quién los envió.

—No encontrarán nada —dice Bruno desde su silla de ruedas. Su voz es amarga. Fría—. Los profesionales no llevan identificación.

—Podrían encontrar algo —rebate Nico—. Un tatuaje. Una cicatriz. Un registro dental. Algo.

Doy otro sorbo al té. Me tiemblan un poco las manos. Dejo la taza en la mesa de centro.

—Cuando me desperté en la furgoneta, estaba sola. Tenía las muñecas y los tobillos sujetos con bridas. Podía oírlos hablar delante.

Hago una pausa. Recuerdo el pánico. La forma en que mi corazón martilleaba contra mis costillas.

—Sabía que tenía que activar el rastreador. Pero tenía las manos a la espalda. Y llevaba tacones.

—Logré girar mi cuerpo. Acercar los dedos a mi tacón derecho. El rastreador está incrustado en la suela. Hay un pequeño mecanismo. Hay que presionarlo de forma precisa.

Mis dedos se flexionan inconscientemente. Recordando.

—Mis dedos no paraban de resbalar. Y tenía terror de que me oyeran moverme. Pero lo conseguí. Pulsé el botón. Sentí el clic.

—¿Cuánto tiempo pasó antes de que se detuvieran? —pregunta Pietro.

—Quizá treinta segundos. Un minuto a lo sumo.

Cierro los ojos. Lo veo de nuevo. Las puertas de la furgoneta abriéndose. La luz entrando a raudales.

—Fingí estar inconsciente. Mantuve mi respiración lenta. Uniforme. Abrieron las puertas. Dos hombres. Los mismos que me cogieron.

—¿A cuántos viste en total? —Nico vuelve a detenerse.

—A tres. Los dos que me cogieron en el callejón. Y uno más en el almacén.

—¿Y pensaban que estabas inconsciente?

—Sí. Me llevaron dentro. Mantuve el cuerpo flácido. Los ojos cerrados.

—Me ataron a una silla. Luego se fueron. Oí pasos. Una puerta cerrándose. Silencio.

La mano de Dmitri se desplaza de mi muslo a mi mano. Entrelazando nuestros dedos.

—Abrí los ojos. Miré a mi alrededor. El almacén estaba casi vacío. Algunas cajas viejas. Palés rotos. Polvo por todas partes. Una luz en el techo. Eso era todo.

—¿Cuánto tiempo estuviste sola? —le pregunta Lorenzo.

—Tres minutos. Quizá cuatro. No mucho.

Se me cierra la garganta. Trago con dificultad.

—Entonces oí pasos. Diferentes a los de antes. Más lentos. Seguros. La puerta se abrió. Y él entró.

—¿Él? —Pietro se endereza.

—El hombre al mando. Su jefe.

Todos los ojos de la habitación se clavan en mí.

—Caminó directo hacia mí. Se quedó a no más de un metro. Bajo la luz. Pude verle la cara perfectamente.

—Descríbelo —ordena Pietro.

—De unos cuarenta y tantos. Quizá un metro setenta y cinco. De complexión media. Pelo oscuro. Afeitado.

Cierro los ojos. Lo veo con claridad.

—Tenía una cicatriz. Pequeña. En la ceja izquierda. Y sus ojos eran... —Hago una pausa—. Fríos. Vacíos. Como mirar a un cadáver. El derecho era un poco más grande.

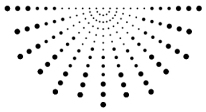
—¿Tenía acento? —pregunta Nico.

—No sabría decirlo. Parecía europeo. O mexicano o italiano. Pero no tenía un acento específico. Hablaba con claridad. Con calma. Como si estuviéramos tomando el té en lugar de...

Se me quiebra la voz. Dmitri me aprieta la mano.

—Se hacía llamar Humo.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO



DMITRI

Pasó una semana.

Siete días desde que se llevaron a Vittoria de mi club. Siete días persiguiendo fantasmas.

Me quedo mirando la pantalla del portátil. Las imágenes de seguridad del Nexus. Otra vez. Fotograma a fotograma. Buscando algo que se nos haya pasado por alto.

Nada.

Igor está sentado frente a mí. En silencio. Esperando.

Vittoria está arriba. Durmiendo en mi cama. Lleva aquí dos días.

La quiero aquí. Donde pueda verla. Tocarla. Saber que respira.

—No tenemos nada —digo. Mi voz es plana. Yerma.

—Tenemos a ocho capturados vivos. —Igor se remueve en su silla.

—¿Y qué nos han dicho, exactamente?

—Nada útil. Fueron contratados a través de intermediarios. Pagados en efectivo. Recibieron instrucciones mediante mensajes encriptados que se autodestruían.

Cierro el portátil. Demasiado fuerte. La pantalla se agrieta ligeramente.

Joder.

—El almacén —digo—. Mi almacén. Él lo conocía. Conocía los códigos. Sabía que no se había usado en más de un año.

—Alguien le dio la información.

—Alguien cercano. —Me levanto. Camino hacia la ventana—. Solo tres personas tienen esos códigos. Tú. Aleksander. Yo.

—Yo no he sido.

—Lo sé. —Me giro. Lo miro—. Y no ha sido Aleksander.

—Entonces alguien ha hackeado tu sistema.

—Vittoria lo ha comprobado. Dos veces. Ni una brecha. Ni un acceso no autorizado. Nada.

Igor tamborilea con los dedos en el reposabrazos. —Entonces alguien ha conseguido los códigos de otra manera.

—¿Cómo?

—No lo sé.

Reanudo mi deambular. Mi despacho me resulta demasiado pequeño. Demasiado asfixiante.

—El ataque en sí —continúa Igor—. Doce hombres dispuestos a morir. Profesionales. Coordinados.

—Y ni una sola baja civil. —Me detengo. Lo miro de frente—. Eso me escama.

—¿Por qué?

—Porque significa que tenían una inteligencia excelente. Sabían exactamente dónde estaría cada uno. Quién era familia. Quién era del negocio. Quién era inocente.

Igor asiente despacio. —Solo atacaron a nuestra gente.

—Exacto. Veintitrés muertos. Todos soldados. Todos vinculados. Ni un solo transeúnte atrapado en el fuego cruzado.

—Ese nivel de precisión requiere...

—Información interna —termino la frase—. Alguien les pasó el plano. La lista de invitados. Los puestos de seguridad. Todo.

Mi teléfono vibra. Lo ignoro.

—La investigación policial se enfrió rápido —dice Igor—. Demasiado rápido.

—Les pagué bien. —Regreso a mi escritorio. Me siento—. Lorenzo se encargó de la versión oficial. Un robo que salió mal.

Violencia de bandas. La misma mierda de siempre.

—¿Y se lo han tragado?

—Se les ha animado a tragárselo. —Me echo hacia atrás. Cierro los ojos—. La oficina del alcalde ha recibido una generosa donación. El fondo de jubilación del comisionado de policía ha tenido un empujoncito. Todos contentos.

—Menos nosotros.

—Menos nosotros.

Se instala un silencio espeso. Opresivo.

Abro los ojos. Miro a Igor.

—Cuéntame qué dicen los rumores.

Igor se yergue. —Se oye algo. En la calle. Un nuevo jugador en Chicago. Alguien que se hace llamar Humo.

—¿Qué fiabilidad tiene eso?

—No mucha. Información de tercera mano. Susurros. Nada concreto.

—¿Qué se dice?

—Que ha llegado hace poco. En los últimos meses. Que está montando algo. Reclutando. Haciendo movimientos.

—¿Qué clase de movimientos?

—Pequeños. Discretos. Nada que atraiga la atención de las familias principales.

Me inclino hacia delante. —Hasta ahora.

—Hasta ahora —conviene Igor.

—¿Y nadie lo ha visto? ¿Nadie sabe qué cara tiene?

—Si lo saben, no sueltan prenda.

Doy un puñetazo sobre el escritorio. El portátil salta. La grieta de la pantalla se expande.

—Esto es una locura. Ataca mi club. Mata a mis hombres. Se lleva a mi mujer. Usa mi propiedad. Y ni siquiera conozco su puta cara.

—Vittoria lo vio.

—Vittoria vio a un hombre en un almacén. No sabemos si era realmente él. Podría haber sido otro intermediario.

—Ella dijo que se hacía llamar Humo.

—Cualquiera puede ponerse un nombre.

Igor no responde. Sabe que tengo razón.

Vuelvo a levantarme. No puedo estarme quieto. La rabia crece. Se acumula. Necesita una salida.

—Conocía mi almacén —digo. Lo repito—. Conocía los códigos. Sabía cuándo atacar. Dónde atacar. Cómo atacar. Orquestó un ataque que mató a veintitrés soldados entrenados sin tocar a un solo civil.

—Sí.

—Eso no es suerte. Ni siquiera es destreza. Eso es inteligencia. Inteligencia profunda.

—Crees que tenemos un topo.

—Sé que tenemos un topo. —Me giro. Lo miro—. Alguien de nuestra organización. O de los Sartori. Alguien lo bastante cercano para conocer detalles. Horarios. Ubicaciones. Códigos.

La expresión de Igor se ensombrece. —Si eso es cierto...

—Lo es. Tiene que serlo. No hay otra explicación.

—Entonces tenemos que encontrarlo.

—Antes de que le den más información. Antes de que vuelva a atacar.

Mi teléfono vuelve a vibrar. Lo agarro. Miro la pantalla.

Aleksander.

Respondo. —¿Qué pasa?

—Hemos encontrado algo. —Su voz suena tensa. Controlada—. Uno de los cadáveres. El hombre que agarró a Vittoria primero. El que recibió un disparo.

—¿Qué pasa con él?

—Tenía un tatuaje. Pequeño. Detrás de la oreja izquierda. Casi se nos pasa.

Aprieto el teléfono con más fuerza. —¿Qué tipo de tatuaje?

—Un símbolo. Parece humo. O nubes. Nuestro hombre cree que podría ser una marca de banda. Lo está pasando por las bases de datos ahora mismo.

—Llámame en el segundo en que tengas algo.

—Eso haré.

Corto la llamada. Miro a Igor.

—Han encontrado un tatuaje en uno de los cuerpos.

Igor se inclina hacia delante. —¿De qué tipo?

—Humo. O nubes. Están comprobando las bases de datos de bandas.

—Esa podría ser nuestra primera pista real.

—Si es que está en alguna base de datos. —Dejo el teléfono—. Este hombre, Humo, es listo. Precavido. No dejaría que su gente llevara identificadores obvios a menos que...

—A menos que quisiera que lo encontráramos —concluye Igor.

—Exactamente.

—Otro mensaje.

—Otro puto mensaje. —Vuelvo a la ventana. Me quedo mirando los terrenos—. Está jugando con nosotros. Demostrándonos que puede hacer lo que quiera. Cuando quiera. Y que no podemos detenerlo.

—Lo encontraremos.

—¿Lo haremos? —No me doy la vuelta—. Probablemente lleve meses operando en Chicago. Construyendo. Planificando. Y ninguno de nosotros se dio cuenta. Ni nosotros. Ni los Sartori. Ni los Corelli ni los Constantino. Nadie.

—Cometerá un error.

—¿Cuándo? ¿Después de que mate a más de nuestra gente? ¿Después de que se lleve a Vittoria otra vez?

El pensamiento me oprime el pecho. Mis manos se cierran en puños.

—Aquí está a salvo —dice Igor en voz baja.

—¿Lo está? Conocía mi almacén. ¿Qué más sabe? ¿Sabe de esta casa? ¿De la seguridad? ¿De los guardias?

—Hemos triplicado la seguridad. Nadie se acerca a un kilómetro sin que lo sepamos.

—Eso mismo pensaba sobre el Nexus.

Igor no tiene respuesta para eso.

Apoyo la frente contra el cristal frío. Cierro los ojos.

Siete días. Y no estamos más cerca de encontrarlo de lo que estábamos la noche del ataque.



Vittoria

Me gusta la habitación de Dmitri.

Ese es el pensamiento que no deja de dar vueltas en mi cabeza mientras estoy sentada con las piernas cruzadas en su cama, con el portátil apoyado en los muslos.

Las paredes son de un gris intenso, casi negras con la luz tenue. Unos ventanales de suelo a techo ocupan un lateral, con vistas a los terrenos de la finca. Las pesadas cortinas, de las que bloquean todo, están descorridas ahora, dejando entrar el sol de la tarde.

La cama es enorme. Decir que es de tamaño king no le hace justicia. Estructura de madera oscura, sábanas blancas inmaculadas. Cuatro almohadas en mi lado. Seis en el suyo. Todas perfectamente dispuestas hasta que yo las he desordenado.

Hay una chimenea frente a la cama. De piedra de verdad. No es decorativa. Lo vi encenderla anoche cuando no podía dejar de temblar.

Su escritorio está cerca de las ventanas. Un caos organizado. Papeles apilados con precisión. Tres monitores. Una pistola.

Pero son los pequeños detalles los que me cautivan.

El libro en su mesilla de noche. Literatura rusa. Páginas desgastadas como si lo hubiera leído cien veces.

La fotografía sobre la cómoda. Él y sus hermanos. Más jóvenes.

El reloj que se quita cada noche. Lo deja en el mismo sitio. El reloj de su padre.

Estos detalles hacen que la habitación se sienta menos como una fortaleza y más como un hogar.

Me muevo contra las almohadas. La pantalla de mi portátil brilla con datos que se niegan a tener sentido.

Siete días desde que un hombre que se hace llamar Humo me sacó del Nexus. Me ató a una silla.

Y no hizo nada.

Eso es lo que más me inquieta.

Abro otra base de datos. Cruzo el tatuaje que encontró Aleksander con símbolos de bandas conocidos. Nada coincide exactamente. El diseño que parece humo se parece a algunas organizaciones, pero no es idéntico.

El problema es que hay demasiada información y no la suficiente al mismo tiempo.

Tengo las grabaciones de seguridad del Nexus. Cuatro de los hombres que investigamos resultaron tener antecedentes militares. Licenciados con honores. Sin antecedentes penales. Nada que explique por qué se apuntarían a una misión suicida.

¿Los demás? Fantasmas. Sin registros. Sin identidades. Como si nunca hubieran existido.

Tengo los mensajes encriptados que Igor recuperó de uno de los teléfonos. Autodestructibles. Enviados a través de tantos proxies que no puedo rastrear el origen. El lenguaje es clínico. Profesional. — Ubicación del objetivo. Hora. Objetivo. Punto de extracción.

Sin nombres. Sin detalles personales. Nada humano.

Tengo los códigos del almacén. Dmitri tiene razón: solo tres personas deberían tener acceso. Él. Igor. Aleksander. He comprobado el sistema seis veces ya. Ni una brecha. Ni una entrada no autorizada. Ni pruebas de que nadie haya hackeado nada.

Lo que significa que alguien consiguió los códigos de otra manera.

Pero ¿cómo?

Abro la lista de invitados de la fiesta de compromiso. Doscientas treinta y siete personas. He revisado cada nombre. Cada conexión. Buscando a alguien que no encaje. Alguien que pudiera estar pasando información a Humo.

Nada destaca.

La puerta se abre.

No levanto la vista inmediatamente. Mis ojos permanecen fijos en la pantalla, siguiendo otro callejón sin salida.

Pero lo siento.

Dmitri atraviesa la habitación. Su mano se alarga, cierra el portátil y lo retira de mis muslos con un movimiento fluido.

—Oye, estaba...

Deja el portátil en la mesilla. Entonces pone sus manos sobre mí. Deslizándolas bajo mis brazos. Levantándome como si no pesara nada.

Mis piernas se envuelven alrededor de su cintura automáticamente. Instinto.

Su boca se estrella contra la mía.

El beso es hambriento. Desesperado. Su lengua barre mis labios y gimo en su boca. Mis dedos se clavan en sus hombros, sintiendo el músculo duro bajo su camisa.

Cuando se aparta, sus ojos son fuego fundido. Ese azul grisáceo pálido que suele parecer frío, ahora arde.

—¿Qué quieres? —susurro contra sus labios.

Su mano se desliza por mi muslo. Bajo la camiseta extragrande que tomé prestada de su cajón. Sus dedos trazan la curva de mi cadera.

—¿Llevas ropa interior?

El calor me inunda. —No.

Un gruñido retumba en su pecho.

Me deja en el suelo. Mis pies tocan la alfombra. Antes de que pueda protestar, sus manos agarran el dobladillo de mi camiseta y me la quitan por la cabeza.

Mis pezones se endurecen.

La mirada de Dmitri recorre mi cuerpo.

Sus manos se mueven hacia su cinturón. Sus pantalones caen al suelo.

Ya está duro. Grueso y listo.

Da un paso adelante. Sus manos agarran mi cintura. Me levanta de nuevo.

Esta vez no se detiene en la cama.

Me lleva a través de la habitación. Mi espalda golpea la pared junto a la chimenea. La piedra está fría contra mi piel. El contraste hace que jadee.

Dmitri me inmoviliza allí. Una mano apoyada contra la pared al lado de mi cabeza. La otra agarrando mi muslo, abriéndome.

—Agárrate a mí —me ordena.

Mis brazos rodean su cuello. Mis piernas se aprietan en torno a su cintura.

Él se posiciona. La cabeza de su polla presiona contra mí. Tanteando.

—Dmitri. —Mi voz sale entrecortada. Necesitada.

—Di que eres mía.

—Soy tuya.

Él empuja hacia arriba. Con fuerza.

Suelto un grito. La tensión. La plenitud. La forma en que llena cada centímetro de mí.

—Otra vez —gruñe contra mi cuello.

—Soy tuya —mis uñas se clavan en sus hombros—. Solo tuya.

Él se retira un poco. Vuelve a embestir.

La pared tiembla a mi espalda. O quizá sea solo yo.

Su ritmo es brutal. Reivindicativo. Cada embestida llega más profundo. Con más fuerza.

Mi cabeza cae hacia atrás contra la piedra. El placer se acumula en el bajo vientre. Enroscándose más con cada movimiento.

—Mírame —exige Dmitri.

Obligo a mis ojos a abrirse. Encuentro su mirada.

—¿Sientes eso? —Puntúa la pregunta con una embestida especialmente profunda—. Soy yo. Dentro de ti. Poseyéndote.

—Sí. —La palabra sale como un gemido.

Su mano se desliza entre nosotros. Encuentra el sensible cúmulo de nervios. Lo acaricia en círculos.

Mi cuerpo se sacude. —Oh, Dios.

—Dios no, solnyshko. Yo.

Sus dedos trabajan más rápido. Siguiendo el ritmo de sus caderas.

El placer aumenta. Llega a la cima. Estoy justo en el límite.

—Córrete para mí —ordena—. Ahora.

Mi cuerpo obedece. El orgasmo me atraviesa. Ola tras ola.

Dmitri no se detiene. No afloja. Continúa a través de mi clímax. Persiguiendo su propia liberación.

Sus movimientos se vuelven erráticos. Desesperados.

—Mía —gruñe—. Toda mía.

Se entierra profundamente. Todo su cuerpo se tensa. Lo siento pulsar dentro de mí. Caliente y posesivo.

Nos quedamos así. Presionados contra la pared. Ambos respirando con dificultad.

Lentamente, me baja. Mis piernas tiemblan cuando mis pies tocan el suelo.

La frente de Dmitri se apoya contra la mía. Sus manos acunan mi cara.

—Necesitaba esto —admite en voz baja—. Te necesitaba.

Alargo la mano. Toco su mandíbula. Siento la aspereza de su barba incipiente contra mi palma.

—Estoy aquí —susurro—. Estoy a salvo.

Sus ojos se cierran. Solo por un momento.

Cuando vuelven a abrirse, la vulnerabilidad ha desaparecido. Sustituida por esa determinación fría que he aprendido a reconocer.

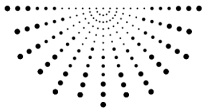
—Ven. —Me coge de la mano—. Una ducha. Luego hablaremos de lo que has encontrado.

—No he encontrado nada útil.

—Entonces buscaremos juntos.

Me guía hacia el baño. Su mano está firme y cálida en la mía.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE



Vittoria

Amanda se despatarra en mi cama como si fuera la dueña, deslizando el dedo por su móvil con una mano mientras come uvas con la otra.

—Así que Dylan quiere conocer a mis padres —anuncia—. —¿Te lo puedes imaginar? ¿A mis padres, que nunca están en casa y apenas recuerdan que tienen una hija?

Levanto la vista de mi portátil. —En realidad es un detalle tierno. Quiere conocer a tu familia.

—Tierno. —Me lanza una uva—. —Ese hombre delira. No hay nada que conocer. Le estrecharán la mano, le preguntarán a qué se dedica y luego desaparecerán para ir a su próxima gala benéfica.

Antes de que pueda responder, la puerta se abre de par en par.

Valentino aparece en el umbral, sosteniendo una botella de vino. —Señoras. Vengo con regalos.

Amanda se incorpora de inmediato. —Vaya, mira. Es la mejor exportación de Sicilia. Dime, Val, ¿te enseñan esa entrada dramática en la escuela de mafiosos o es talento natural?

—Talento natural, *bella*. —Él sonríe—. —A diferencia de tu color de pelo.

Ella se queda boquiabierta. —¿Perdona? Esto es rubio platino cien por cien natural.

—Y yo te creo al cien por cien. —Entra en la habitación y deja el vino sobre mi cómoda—. —Igualmente creo que esas son tus...

—Termina esa frase y muere —advierte Amanda.

Los observo. Esta es su rutina.

Él la pica. Ella contraataca. Ninguno de los dos da su brazo a torcer.

Es entretenido. La mayoría de las veces.

—¿Para qué es el vino? —pregunto.

Valentino se gira hacia mí. —Pietro ha dicho que has estado trabajando demasiado. Ha pensado que te vendría bien un descanso.

—¿Pietro ha dicho eso? —Arqueo una ceja—. —¿El mismo Pietro que no se ha tomado un día libre en dos años?

—Se preocupa por ti, *piccola*.

Amanda hace un ruido de náusea. —Dios, vosotros los italianos y vuestros dramas familiares. Es como una telenovela.

—Dice la mujer que lloró viendo *El diario de Noa* la semana pasada —señalo.

—Eso es distinto. Eso es arte.

Valentino se ríe.

Me doy cuenta de que no lo había oído reírse así antes. No en el mes que lleva aquí.

—¿Y bien? —Ella señala el vino—. —¿Vamos a beber o te vas a quedar ahí parado haciéndote el guapo?

—Puedo hacer ambas cosas. —Valentino descorcha la botella con destreza—. —¿Copas?

Señalo mi baño. —En el armario debajo del lavabo.

Él desaparece. Amanda se gira hacia mí de inmediato.

—Tu primo es insufrible —susurra.

—Te gusta.

—Lo tolero. Hay una diferencia.

—Ya, ya.

Me lanza otra uva. Esta vez la cojo al vuelo.

Valentino regresa con tres copas. Sirve cantidades generosas y las reparte.

—¿Por qué brindamos? —pregunta Amanda.

—Por la próxima boda de Vittoria. —Valentino levanta su copa—. —Un mes para que te conviertas en una Baganov.

Doy un largo trago de vino.

—¿Estás bien? —Amanda me observa ahora. Con esa mirada demasiado perspicaz que tiene a veces.

—Bien. —Fuerzo una sonrisa—. —Solo cansada.

—Últimamente has estado cansada muy a menudo.

—Planear una boda es agotador.

No es mentira. Entre elegir flores, finalizar la lista de invitados y lidiar con el catering, apenas tengo tiempo para respirar.

Pero no es por eso por lo que estoy cansada.

Estoy cansada porque Dmitri lleva tres días fuera solucionando problemas con los cargamentos. Algún asunto con sus rutas. Llama todas las noches, pero no es lo mismo.

Estoy cansada porque todavía no he encontrado nada útil sobre quién nos atacó. Quién me llevó.

Y estoy cansada de fingir que estoy bien cuando no lo estoy.

—Bueno. —Amanda sube los pies a mi cama—. —Cuéntame cosas de Sicilia, Val. ¿Es tan romántica como parece en las películas?

—Más. —Él agita su vino—. —El sol. El mar. La comida. Nada se le compara.

—Entonces, ¿por qué estás aquí en la gélida Chicago?

Su expresión se cierra. —La familia me necesitaba.

—Claro. La familia. —Ella bebe un trago—. —Vosotros y vuestras obligaciones familiares.

—Dices eso como si fuera algo malo.

—No es malo. Es que... limita.

—¿Y estar sola es mejor?

La pregunta queda suspendida en el aire.

La sonrisa de Amanda no flaquea, pero veo el destello de dolor en sus ojos.

—No estoy sola —dice con ligereza—. —Tengo a Vittoria. Y a Dylan. Y a mis seguidores de Instagram.

—Ah, sí. Seguidores de Instagram. La cumbre de la conexión humana.

—Mejor que estar encadenada a personas solo porque compartes ADN.

Valentino se inclina hacia delante. —¿Eso es lo que piensas que es la familia? ¿Cadenas?

—¿No lo es?

—No, *bella*. La familia es...

—Dios mío. —Interrumpo antes de que esto se vuelva algo más pesado—. —¿Podéis no pelear durante cinco minutos?

Ambos me miran.

—No estamos peleando —dice Amanda.

—Estamos debatiendo —añade Valentino.

—Me estáis dando un dolor de cabeza.

Amanda sonríe. —Pobrecita. ¿Está estresada la princesa de la mafia?

—Sí. La verdad es que sí.

Su expresión se suaviza. —Lo siento. Estoy siendo una zorra.

—Estás siendo Amanda.

—Es lo mismo.



Dmitri

Lucio Corelli se sienta frente a mi escritorio como un hombre que cree que todavía tiene opciones.

No las tiene.

Igor está junto a la puerta. Silencioso. Observando. Su mano descansa cerca de su arma, pero no la necesitará.

Todavía no.

—Señor Baganov. —La voz de Lucio desprende una falsa confianza—. Agradezco la reunión, pero no estoy seguro de qué trata esto.

Me reclino en mi silla. Dejo que el silencio se alargue.

Esta oficina todavía huele a nuevo. Pintura fresca. Compré este edificio hace dos semanas. Negocio legítimo. Empresa de importación.

El tipo de lugar donde reuniones como esta parecen normales.

—No está seguro —repito sus palabras lentamente—. —Interesante.

—Si esto es por el territorio...

—No es por el territorio.

Igor cambia el peso de su cuerpo. El movimiento atrae la atención de Lucio.

Bien. Que esté nervioso.

—¿Entonces qué? —Lucio extiende las manos—. —Siempre hemos tenido una relación cordial con la *Bratva*.

—Cordial. —Saboreo la palabra—. —¿Así es como lo llama cuando su gente vende droga con la marca de mi familia?

Su rostro palidece. —No sé de qué me está hablando.

—¿No?

Abro la carpeta sobre mi escritorio. Deslizo la primera foto.

Drake. El chico de diecisiete años que atrapamos. El que nos lo contó todo.

—Este chico dice que un hombre se le acercó. Dijo que trabajaba para los Corelli. Le ofreció quinientos dólares por dos entregas.

—Eso no es...

—Las drogas llevaban mi marca. —Deslizo otra foto—. —Mala calidad. Mató a tres personas.

Lucio se queda mirando las imágenes. Su garganta se mueve al tragar.

—Cualquiera puede afirmar que trabaja para nosotros —dice—. —Eso no significa...

—El reclutador conocía sus rutas de distribución. —Me inclino hacia delante—. —Conocía sus casas de seguridad. Sabía en qué esquinas trabaja su gente.

—Eso es imposible.

—¿Lo es?

Deslizo la última foto. Imágenes de seguridad de uno de sus propios almacenes. Un hombre cargando mercancía en una furgoneta.

La misma furgoneta que describió Drake.

Las manos de Lucio tiemblan mientras coge la foto.

—No... —Su voz se apaga.

—¿No qué? —Mi voz baja de tono—. —¿No sabe cómo alguien de su organización está usando sus recursos para destruir mi reputación?

—No es... nosotros nunca...

—¿No lo harían?

Igor se acerca. Solo un paso. Pero Lucio se sobresalta.

—Señor Baganov, por favor. —Lucio deja la foto con cuidado—. —Si alguien de mi organización está haciendo esto, yo no tenía conocimiento de ello.

—Su organización. —Me levanto. Rodeo el escritorio—. —Su responsabilidad.

—Averiguaré quién...

—¿Averiguará usted? —Me detengo frente a él—. —¿Cree que necesito que usted investigue?

Traga saliva con dificultad.

—Yo ya sé quién. —Sujeto el borde de mi escritorio—. —La pregunta es qué va a hacer usted al respecto.

—Lo que sea. Haré cualquier cosa para arreglar esto.

—¿De verdad?

—Sí. Por supuesto.

Lo estudio. Este hombre débil que ni siquiera puede controlar a su propia gente.

—Alguien de su familia está trabajando con una parte externa —digo—. Alguien que se hace llamar Humo.

Los ojos de Lucio se agrandan. Solo un poco.

Ahí está. Conoce el nombre.

—Ha oído hablar de él —observo.

—Son... rumores. Solo rumores.

—¿Qué rumores?

—Que alguien nuevo está haciendo movimientos en Chicago. Movimientos discretos. Pero pensé... no pensé...

—No pensó que le involucrara a usted. —Cruzo los brazos—. —Ese es el problema con la gente débil, Lucio. Primero hacen daño. Luego no tienen los huevos de asumir la responsabilidad.

—Estoy asumiendo la responsabilidad ahora.

—¿Ah, sí?

Él asiente frenéticamente. —Lo que necesite. Lo que haga falta.

Dejo que el silencio vuelva a crecer.

Dejo que sude.

—Podría acabar con cada miembro de los Corelli en cinco minutos si quisiera —digo en voz baja—. ¿Se lo cree?

—Sí. —Se le quiebra la voz.

—Bien. Porque es la verdad.

La mano de Igor se mueve hacia su arma. Solo descansando allí. Un recordatorio.

—La única razón por la que no lo hago —continúo— es porque los Sartori me pidieron que no lo hiciera.

Los hombros de Lucio se relajan con alivio.

Prematuro.

—Pero esa protección tiene límites —añado—. —¿Lo entiende?

—Sí. Sí, lo entiendo.

—¿De verdad? —Me acerco—. —Porque desde mi punto de vista, está albergando a alguien que atacó mi fiesta de compromiso. Que secuestró a mi prometida. Que mató a veintitrés de mis hombres.

—Yo no lo sabía...

—Debería haberlo sabido. —Mi voz se endurece—. Ese es su trabajo. Saber qué ocurre en su organización.

—Tiene razón. Tiene toda la razón.

—Así que esto es lo que va a pasar. —Regreso a mi escritorio. Me siento—. Va a averiguar quién en su familia está trabajando con Humo. Me va a traer su nombre. Y me lo va a entregar personalmente.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Cuarenta y ocho horas.

Su rostro vuelve a palidecer. —No es tiempo suficiente para...

—Cuarenta y ocho horas —repito—. O reconsideraré la petición de los Sartori.

—Señor Baganov, por favor...

—Cuarenta y ocho horas, Lucio. —Abro mi portátil—. Igor lo acompañará a la salida.

Él se levanta sobre piernas temblorosas. —Lo encontraré. Lo prometo.

—Más le vale.

Igor abre la puerta. Espera.

Lucio camina hacia ella. Se detiene. Se vuelve.

—Por lo que valga —dice—, me alegro de que su prometida esté a salvo.

No levanto la vista de mi pantalla. —Fuera.

Él se marcha.

La puerta se cierra con un clic.

Igor vuelve a su posición junto a la pared.

—No sabe ni una palabra —dice él.

Cierro mi portátil. —Lo sé.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque tenía que hacer el movimiento. —Me levanto. Camino hacia la ventana—. Pietro me pidió que mencionara el nombre de los Sartori. Para mostrar a las otras familias que estamos trabajando juntos. Que nos están prestando apoyo.

Igor guarda silencio por un momento. —Respeto.

—Exactamente. —Observo la calle abajo. Los coches pasando—. Necesitamos que las otras familias nos respeten igual que antes. Incluso más, ahora que mi padre se ha ido.

—¿Y crees que Lucio encontrará algo realmente?

—No. —Me aparto de la ventana—. Pero lo intentará. Y cuando falle, todos sabrán que los Corelli no pudieron proteger su propia organización de una infiltración.

—Debilidad.

—Debilidad —asiento.

Igor se acerca al escritorio. Sirve vodka en dos vasos. Me entrega uno.

—¿De verdad crees que Humo no está conectado con ellos? —pregunta.

Bebo un trago. El vodka quema. —Creo que Humo los está utilizando. Como está utilizando a todos los demás.

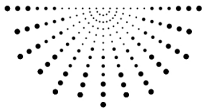
—¿Para qué?

—Caos. —Dejo el vaso—. Quiere que nos peleemos entre nosotros. Que nos culpemos unos a otros. Mientras él se mueve en las sombras.

—¿Y cómo estamos reaccionando?

—Exactamente como él quiere que lo hagamos. —Me reclino—. Sospechosos. Divididos. Cuestionando a nuestra propia gente.

CAPÍTULO CUARENTA



DMITRI

—Ponte de rodillas —murmuro contra sus labios.

Se deja caer de inmediato. Sin vacilar. Sus manos buscan mi cinturón.

—Mírame —ordeno.

Alza la vista.

Enredo mis dedos en su pelo. —Estás preciosa así.

Se sonroja. Su lengua asoma un momento. Se humedece los labios.

—¿Te has puesto lo que te dije hoy? —pregunto.

Ella asiente.

—Enséñamelo.

Se pone en pie. Se da la vuelta. Se levanta el dobladillo del vestido despacio.

Ahí está. El vibrador de oro rosa.

—Buena chica. —Le bajo el vestido de nuevo—. Otra vez de rodillas.

Se deja caer otra vez. Sus manos manipulan mi cinturón. Mi bragueta.

Cuando me libera, se le corta la respiración.

—¿Quieres esto? —pregunto.

—Sí.

—Entonces tómalo.

Se inclina hacia adelante. Su lengua recorre toda mi longitud. Lenta. Provocadora.

Gruño. Aprieto el agarre en su pelo.

Me mira. Esos ojos oscuros sosteniendo los míos. Entonces me toma en su boca.

Calor. Humedad. Perfecto.

Mi otra mano encuentra el mando en mi bolsillo.

Pulso el botón.

Gime a mi alrededor.

—Joder. —Echo la cabeza hacia atrás.

Me toma más profundamente. Se le llenan los ojos de lágrimas. Pero no se detiene.

Pulso el botón otra vez. Aumento la intensidad.

Tiene una arcada. Pone los ojos en blanco. Pero sigue adelante. Sigue tomándome.

—Eso es —jadeo—. Justo así.

Las lágrimas le recorren la cara. Pero está gimiendo. Queriendo más.

Empujo más al fondo. Tiene otra arcada. Su garganta se contrae a mi alrededor.

—Eres perfecta —le digo—. Jodidamente perfecta.

Gime suavemente. El sonido me vibra por todo el cuerpo.

Pulso el botón de nuevo. Al nivel más alto.

Todo su cuerpo se estremece. Gime más fuerte. Un sonido amortiguado.

—¿Te gusta eso? —pregunto—. ¿Te gusta estar llena por todas partes?

Asiente. O lo intenta. Tiene los ojos vidriosos. Las lágrimas corren libremente.

La acerco más. Empujo más profundo. Tiene una arcada pero no se aparta.

—Buena chica —murmuro—. Tomando todo lo que te doy.

Sus manos me agarran los muslos. Clavándome las uñas.

Puedo sentirla temblar. Sentir que está cerca.

—Te vas a correr así —le digo—. Con mi polla en tu boca y esa cosa en tu coño.

Gime de nuevo. Desesperada. Necesitada.

Pulso el botón. Apagado. Encendido. Apagado. Encendido.

Provocándola. Forzándola.

Sus ojos encuentran los míos. Suplicantes.

—¿Quieres correrte? —pregunto.

Asiente frenéticamente.

—Entonces córrete. —Pulso el botón. Lo mantengo presionado—. Córrete para mí, solnyshko.

Todo su cuerpo convulsiona. Gime muy fuerte. Tiene arcadas. Su garganta trabajando a mi alrededor.

La imagen me empuja al abismo.

Sujeto su cabeza. La mantengo en su sitio. —Tómala. Tómala toda.

Lo hace. Tragando. Con lágrimas cayendo. Con los ojos en blanco.

Cuando finalmente la suelto, jadea buscando aire. Tiene los labios hinchados. El rostro encendido.

—Preciosa —suspiro—. Estás jodidamente preciosa.

Me mira hacia arriba. Aturdida. Satisfecha.

La ayudo a ponerse en pie. La beso con fuerza.

Me retiro del beso. Sus labios están hinchados. Rojos. Perfectos.

—Date la vuelta —ordeno—. De cara a la pared.

Obedece de inmediato. Su respiración aún es agitada.

—Súbete el vestido.

Se agacha. Recoge la tela. La sube despacio hasta que su culo queda expuesto.

—Más arriba —digo.

Se lo sube hasta la cintura.

Me acerco. Me pego a su espalda. Mi mano encuentra su garganta. La inmovilizo contra la pared.

—Vas a tomar mi polla ahora —murmuro contra su oído—. Y vas a estar callada. ¿Puedes hacerlo?

—Sí —susurra.

Mi otra mano busca entre sus muslos. Está empapada. Goteando.

—Tan mojada para mí.

Saco el vibrador lentamente. Ella gime. Su cuerpo tiembla.

Lo dejo a un lado. Me posiciono detrás de ella.

—Levanta la pierna —ordeno.

Levanta la pierna derecha. La atrapo. Engancho mi brazo bajo su rodilla. La mantengo abierta.

Aprieto la mano en su garganta. Sin asfixiarla. Solo para controlarla.

—¿Lista? —pregunto.

—Sí. Por favor. Necesito...

Me hundo en ella. Con fuerza. Profundo. De golpe.

Lanza un grito. Sus manos golpean la pared.

—Joder —gruño—. Estás tan apretada así.

No le doy tiempo a acostumbrarse. Me retiro. Vuelvo a embestir.

Todo su cuerpo da una sacudida hacia adelante.

—Dmitri —jadea.

—Exacto. —Vuelvo a embestir. Más fuerte—. Di mi nombre.

—Dmitri. Oh, Dios. Dmitri.

Impongo un ritmo brutal. Cada embestida la estampa contra la pared. Mi mano en su garganta la mantiene en su lugar.

—¿Sientes eso? —gruño—. ¿Sientes lo profundo que estoy?

—Sí. Sí. No pares.

—Nunca. —Otra embestida—. Eres mía. Este coño es mío.

Gime. Sus paredes se contraen a mi alrededor.

—Dilo —exijo—. Dime a quién perteneces.

—A ti. Te pertenezco a ti.

—Vaya que sí.

Angulo mis caderas. Golpeo ese punto en su interior que la hace gritar.

—Ahí —jadea—. Justo ahí. Por favor.

Embisto con más fuerza. Más rápido. El sonido de la piel chocando resuena en la habitación.

—¿Te gusta que te follen así? —pregunto—. ¿Contra la pared donde cualquiera podría oírte?

—Sí. Dios, sí.

Gime. Su pierna tiembla bajo mi agarre.

—Estás cerca —murmuro—. Puedo sentirlo.

—Sí. Muy cerca.

—Todavía no. —Freno el ritmo. La torturo con estocadas largas y profundas.

—Dmitri, por favor.

—¿Por favor qué?

—Por favor, déjame correrme.

—Suplícame como es debido.

—Por favor. Por favor, déjame correrme. Lo necesito. Te necesito.

Embisto con fuerza. Una vez. Dos veces.

—Más fuerte —jadea—. Por favor. Más fuerte.

Algo se rompe dentro de mí.

Salgo de ella. Le doy la vuelta. La levanto completamente del suelo.

Sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura. Su espalda se golpea contra la pared.

Entro en ella. Brutal. Implacable.

—¿Así? —gruño—. ¿Te parece lo bastante fuerte?

—Sí. Sí. Joder, sí.

La machaco contra la pared. Cada embestida hace retumbar el muro. Los cuadros tiemblan.

—Más fuerte —exige ella—. Dámelo todo.

Le agarro el culo. La abro más. Embiesto más profundo.

—¿Lo quieres todo? —gruño—. ¿Quieres que te folle hasta que no puedas caminar?

—Sí. Por favor. Más fuerte.

Pierdo el control por completo.

Mis caderas se lanzan hacia adelante. Una y otra vez. Sin parar.

Grita. Sus uñas me arañan la espalda.

—Eso es —jadeo—. Que te oiga todo el mundo. Que sepan quién te está follando.

—Oh, Dios.

Siento que está a punto. Sus paredes flirtean a mi alrededor.

—Córrete —ordeno—. Córrete en mi polla ahora mismo.

—No puedo. Necesito...

Mi mano se desliza entre nosotros. Encuentra su clítoris. Frota con fuerza.

Se rompe en mil pedazos.

Su grito rebota en las paredes. Todo su cuerpo convulsiona. Su coño se cierra sobre mí con tal fuerza que apenas puedo moverme.

—Joder. Joder. Vittoria.

Sigo embistiendo. Prolongando su orgasmo. Haciendo que dure.

Está sollozando. Temblando. Aferrada a mí.

—Preciosa —murmuro—. Estás tan jodidamente preciosa cuando te corres.

Sus paredes pulsan a mi alrededor. Ordeñándome.

Estoy cerca. Tan cerca.

—¿Dónde? —suelto entre dientes—. ¿Dónde lo quieres?

—Dentro —jadea ella—. Córrete dentro de mí.

Esas palabras me destruyen.

Empujo profundamente. Una vez más. Y entonces me corro. Llenándola. Marcándola.

La sostengo contra la pared. Ambos temblando. Jadeando por aire.

Su cabeza cae sobre mi hombro. Su cuerpo se queda lánguido.

—Ya te tengo —murmuro—. Ya te tengo, solnyshko.

Ella emite un pequeño sonido. Satisfecha. Agotada.

La llevo hasta la cama. La recuesto con delicadeza.

Me mira hacia arriba. Con los ojos vidriosos. Una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Más que bien —susurra ella.

Le aparto el pelo de la cara. Le beso la frente.

—Bien. —Le echo la manta por encima—. Descansa. Aún no hemos terminado.



Vittoria

Estoy sentada a la larga mesa del comedor en la finca de los Baganov, rodeada de los hermanos de Dmitri.

El silencio es pesado. Opresivo. Como si el duelo tuviera peso y nos estuviera aplastando a todos.

Aleksander se sienta en el extremo opuesto, con la mandíbula tensa. No ha tocado su café. Se limita a mirarlo fijamente, como si las respuestas a todo flotaran en el líquido oscuro.

Oleg picotea sus huevos. Los mueve por el plato. Tiene los nudillos magullados. Son heridas frescas. No pregunto.

Vladimir lee algo en su móvil. Su rostro está inexpresivo. Impenetrable. Ha estado así desde el funeral. Como un muro.

Karolina se sienta a mi lado. Me ha dedicado una pequeña sonrisa cuando he llegado. No le ha llegado a los ojos. Lo está intentando, lo noto. Pero el esfuerzo la agota.

Natalia está frente a mí. Es la más joven.

Parece que cargue con ese peso cada santo día.

Entiendo ese sentimiento. La culpa que no tiene sentido pero que existe de todos modos.

Dmitri entra en el comedor. Su presencia altera algo en el ambiente. Todos se yerguen un poco. Como soldados respondiendo a su comandante.

Va vestido con un traje oscuro. Tiene el pelo todavía húmedo de la ducha.

Se dirige a la cabecera de la mesa. Besa la mejilla de Karolina. Aprieta el hombro de Vladimir. Asiente hacia Aleksander y Oleg.

Entonces viene hacia mí.

Su mano busca mi nuca. Suave. Posesiva. Se inclina. Me besa la sien.

—Buenos días, solnyshko —murmura.

—Buenos días —le devuelvo en un susurro.

Se sienta a mi lado. Un camarero aparece de inmediato. Le sirve el café. Le pone un plato de comida delante.

El silencio continúa.

Intento pensar en algo que decir. Algo que no suene hueco. Vacío.

No se me ocurre nada.

La mano de Dmitri busca la mía bajo la mesa. Me la aprieta una vez.

Yo también se la aprieto.

—Natalia —dice Dmitri. Su voz corta la quietud—. ¿Cómo estás?

Los ojos de todos se vuelven hacia ella.

Ella levanta la vista. Sobresaltada. Como si no esperara que se dirigieran a ella.

—Estoy bien —dice automáticamente.

La mentira es tan obvia que duele.

—Natalia —repite Dmitri. Más suave esta vez.

Su tenedor tintinea contra el plato. Ella se estremece ante el sonido.

—He dicho que estoy bien. —Se le quiebra la voz—. ¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?

—Porque nos importas —dice Karolina con dulzura.

—Pues dejad de hacerlo. —A Natalia le tiemblan las manos—. Dejad de preocuparos. Dejad de mirarme como si fuera a romperme.

—Estás de duelo —dice Vladimir—. Todos lo estamos.

—No es lo mismo. —Los ojos de Natalia se llenan de lágrimas—. Vosotros pudisteis conocerlo. Tuvisteis años con él. Yo la maté. Yo maté a nuestra madre. Y ahora él también se ha ido y yo…

Su voz se rompe por completo.

Karolina se estira por encima de la mesa. —Natalia, no. Tú no…

—No lo hagas. —Natalia se levanta de golpe. Su silla chirría contra el suelo—. No me digas que no fue culpa mía. No me digas que ella eligió esto. Sé lo que soy.

Sale corriendo de la habitación.

El silencio que sigue es peor que el de antes.

Karolina se cubre la cara con las manos. A Vladimir le tiembla la mandíbula. Aleksander finalmente levanta la vista de su café, con los ojos hundidos.

Oleg se pone de pie. —Iré yo…

—No —dice Dmitri—. Déjala estar.

—Está sufriendo —le rebate Oleg.

—Todos estamos sufriendo. —La voz de Dmitri es plana—. Necesita espacio.

Lo observo. Su rostro está cuidadosamente inexpresivo. Pero su mano se aprieta sobre la mía. Con tanta fuerza que duele.

No me zafo.

Karolina baja las manos. —Está empeorando. No mejora.

—Dale tiempo —dice Vladimir.

La tensión es asfixiante.

Me aclaro la garganta. Todos me miran.

—Entiendo —digo en voz baja—. Lo que siente ella.

—Mi padre murió cuando yo tenía trece años —continúo—. Un ataque al corazón. Repentino. Un día estaba allí. Al siguiente, no.

La mirada de Karolina se suaviza. —Lo siento.

—Me culpé durante años. —Miro mi comida intacta—. Pensaba que si hubiera sido mejor. Más lista. Menos problemática. Quizá no habría estado tan estresado. Quizá su corazón no habría fallado.

—Eso no es racional —dice Vladimir.

—El duelo no es racional. —Le sostengo la mirada—. No entiende de lógica. Simplemente existe. Y te hace creer cosas que no son ciertas.

Aleksander se inclina hacia delante. —¿Cómo dejaste de culparte?

—No lo hice. —La confesión sabe amarga—. No del todo. Pero aprendí a vivir con ello. A cargarlo sin dejar que me destruyera.

Oleg vuelve a sentarse. —No quiere hablar con ninguno de nosotros.

—Porque todos intentáis arreglarla —señalo—. Le estáis diciendo que no es culpa suya. Que no debería sentirse culpable. Pero se siente así. Y negar sus sentimientos no ayuda.

El pulgar de Dmitri acaricia mis nudillos. Un agradecimiento silencioso.

—Me recuerda a ti —dice él en voz baja—. Cuando hablas de Riccardo.

Se me oprime el pecho. —Sí. Lo sé.

Vladimir se aclara la garganta. —Gracias. Por compartir eso.

Asiento. No me fío de mi voz.

Karolina se acerca. Me aprieta la mano libre. —Me alegra que estés aquí.

Las palabras me sorprenden. Me reconfortan.

—A mí también —consigo decir.

Aleksander coge su café. Finalmente da un sorbo. —Deberíamos comer. Antes de que todo se enfríe.

Es algo pequeño. Normal. Mundano.

Pero rompe la pesadez.

La conversación fluye poco a poco. Vladimir menciona algo sobre los caballos. Oleg habla de un combate de boxeo. Karolina pregunta por los planes de la boda.

Respondo. Participo. Intento estar presente.

Pero mi mente sigue volviendo a Natalia. A la chica de arriba que se está ahogando en una culpa que no le corresponde cargar.

Conozco ese sentimiento demasiado bien.

Dmitri se inclina cerca. Su aliento es cálido contra mi oreja. —¿Estás bien?

—Sí —susurro—. Solo estaba pensando.

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo el duelo nos convierte a todos en mentirosos.

Su mano vuelve a apretar la mía. —¿A qué te refieres?

—Decimos que estamos bien cuando no es así. Fingimos que nos estamos curando cuando solo estamos sobreviviendo. Sonreímos cuando lo que queremos es gritar.

Permanece en silencio un momento. Luego dice: —Tú tampoco estás bien.

No es una pregunta.

—No —admito—. Pero estoy mejor de lo que estaba.

—¿Por mi culpa? —Hay algo vulnerable en su voz.

Me giro para mirarlo. Para mirarlo de verdad.

Sus ojos buscan los míos. Buscando la verdad.

—Sí —digo—. Por tu culpa.

Algo cambia en su expresión. Se suaviza.

Levanta mi mano. Besa mis nudillos. Allí mismo, delante de sus hermanos.

—Bien —murmura contra mi piel—. Porque eres lo único que evita que yo también me desmorone.

La confesión me deja atónita.

Antes de que pueda responder, Karolina interviene. —Bueno, Vittoria. Cuéntanos sobre tu familia. Hemos oído retazos, pero quiero saber más.

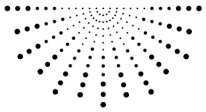
Parpadeo. Vuelvo a prestar atención a la mesa.

Todos me están observando. Esperando.

No con juicio. Solo con curiosidad.

—¿Qué queréis saber? —pregunto.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO



VITTORIA

Me quedo mirando el cajón medio vacío de mi dormitorio. La ropa está doblada con pulcritud. Esperando a ser empaquetada.

La boda es en tres semanas. Después viviré en la mansión Baganov a tiempo completo.

Saco otro montón de jerséis. Los pongo en la caja que hay al lado de mi cama.

Mi móvil vibra. Es Amanda preguntando si quiero ir a tomar un café luego.

Le respondo que estoy ocupada haciendo las maletas.

Ella me contesta con tres emojis de poner los ojos en blanco y un gif de alguien desmayándose dramáticamente.

Sonrío a mi pesar.

El cajón ya está casi vacío. Solo quedan unos pocos objetos sueltos. Recibos viejos. Una pulsera rota que siempre tengo intención de arreglar. Una foto de Riccardo y mía de hace años.

Cojo la foto. Los dos nos estamos riendo. Ni siquiera recuerdo qué era lo que nos hacía gracia.

Se me oprime el pecho.

La coloco con cuidado en la caja. No estoy segura de si debería llevármela a casa de Dmitri o dejarla aquí.

Últimamente todo me parece complicado.

Cierro el cajón. Paso al siguiente.

Este tiene artículos tecnológicos. Cables. Discos duros. Memorias USB. Cosas que definitivamente tengo que llevarme.

Empiezo a clasificarlos. Compruebo las etiquetas. Me aseguro de no dejarme nada importante.

Pero mi mente sigue divagando.

Hacia Bruno.

No hemos hablado desde nuestra pelea. Aquella en la que le dije que Giulia se marchó por su culpa.

Me arrepiento. De las palabras. De la rabia.

Es mi hermano. Y está sufriendo.

Debería pedirle perdón. O al menos intentar hablar con él.

Suelto el cable que tengo en la mano. Me quedo mirando a la pared.

Quizá debería ir ahora. Antes de que me fallen las fuerzas.

Me levanto. Me aliso los vaqueros. Respiro hondo.

Luego salgo de mi habitación.

El pasillo está en silencio. Todo el mundo está fuera. Pietro en la oficina. Lorenzo en el restaurante. Nico haciendo lo que sea que haga Nico.

Nora se ha ido de compras con Sophia y Kristen.

Solo estamos Bruno y yo en la casa.

Y el servicio. Pero ellos no cuentan.

Camino despacio hacia su habitación. El corazón me late más rápido con cada paso.

¿Qué voy a decirle siquiera?

¿Siento haberte dicho la verdad?

¿Siento que seas un imbécil?

No. Eso no servirá.

Llego a su puerta. Está entreabierta. Un hilo de luz se filtra hacia el pasillo.

Levanto la mano para llamar.

Entonces veo un movimiento a través de la rendija.

Me quedo paralizada.

Bruno está de pie.

Realmente de pie.

Sus manos agarran los brazos de su silla de ruedas. Sus piernas sostienen su peso.

Parpadeo. Convencida de que estoy imaginando cosas.

Pero no. Definitivamente está de pie.

Cambia el peso de una pierna a otra. Como si estuviera probando su equilibrio.

Luego vuelve a sentarse en la silla de ruedas.

Mi cerebro no puede procesar lo que acabo de ver.

Bruno no puede caminar. Lleva dos años paralítico.

A menos que...

Empujo la puerta.

Se abre de par en par. Golpea la pared con un golpe sordo.

La cabeza de Bruno gira bruscamente hacia mí. Sus ojos se agrandan.

Durante un segundo, ninguno de los dos se mueve.

Entonces suelto una risotada. Un sonido breve, de incredulidad.

—Pensaba... —Niego con la cabeza—. Pensaba que estabas de pie.

La expresión de Bruno cambia. Se endurece.

Esa mirada. La que significa que he cruzado una línea que no sabía que existía.

—Has pensado mal —dice con frialdad.

—Pero he visto...

—Me has visto recolocarme en la silla —su voz es de hielo—. Eso es todo.

Le miro fijamente. A la silla de ruedas. A sus piernas.

—Bruno...

—¿Qué haces aquí? —me corta—. ¿Has venido a darme otro sermón? ¿A contarme más cosas sobre cómo he arruinado la vida de todo el mundo?

Las palabras escuecen. Pero me las merezco.

—No —digo en voz baja—. He venido a pedirte perdón.

Se burla. —¿Por qué? ¿Por decir la verdad?

—Por cómo lo dije —entro en la habitación; cierro la puerta tras de mí—. Eres mi hermano. No debería haber...

—No —levanta una mano—. No hagas esto. No finjas que te importo.

—Sí que me importas.

—¿Entonces por qué no has venido a verme en semanas? —aprieta la mandíbula—. ¿Por qué no has llamado? ¿Ni un mensaje? ¿Nada?

Porque estaba enfadada. Porque me sentía herida.

Porque es más fácil evitarlo que lidiar con su crueldad.

Pero no digo nada de eso.

—Lo siento —repito—. Te echo de menos.

Algo brilla en sus ojos. Demasiado rápido para identificarlo.

—Echas de menos a quien yo era —dice—. No a quien soy.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? —Se acerca con la silla—. Echas de menos al hermano que podía caminar. Al que iba a ser Don. Al que no estaba roto.

—No estás roto.

—No me mientas, Vittoria. —Su voz baja de tono. Es peligrosa—. Puedo verlo en tus ojos. La lástima. La decepción.

—No siento lástima por ti.

—¿Entonces cómo lo llamas? —Se señala a sí mismo—. ¿A esto? ¿A que estés ahí parada mirándome como si fuera un animal herido?

—Te miro como a mi hermano —se me quiebra la voz—. Al que quiero. Por el que estoy preocupada.

Bruno suspira. Un sonido largo y pesado que parece salir de lo más profundo de su pecho.

—Estoy furioso, Vittoria —su voz es ahora más suave, menos cortante—. Estoy furioso con el mundo entero.

Espero. Sin saber qué decir.

—Y no puedo cambiar este sentimiento —se mira las manos—. Lo he intentado. Pero siempre está ahí. Esta rabia.

Se me cierra la garganta.

—También estoy furioso conmigo mismo —continúa—. Por estar así. Por alejar a todo el mundo. Por heriros a todos.

—Bruno...

—No quería —me mira a los ojos—. No quería herirte. Ni a Giulia. Ni a nadie. Pero parece que no puedo evitarlo.

Doy un paso hacia él.

—Así que, por favor, déjame solo —gira la silla de ruedas; se queda de cara a la ventana—. No necesito compañía.

Las palabras me golpean como una bofetada.

Me quedo allí. Paralizada.

Con ganas de discutir. De decirle que se equivoca. Que sí necesita a alguien.

Pero la tensión de sus hombros me lo dice todo.

Ha terminado de hablar.

Asiento. Aunque él no pueda verme.

—Vale —susurro.

Luego me doy la vuelta. Camino hacia la puerta.

Se me nubla la vista. Las lágrimas amenazan con brotar.

Las contengo. Me niego a llorar delante de él.

El pasillo parece más largo que antes. Cada paso más pesado.

Llego a mi habitación. Cierro la puerta.

Entonces me apoyo en ella. Dejo que las lágrimas salgan.

No son sollozos ruidosos. Solo hilos silenciosos que bajan por mis mejillas.

Odio esto. Odio verle así.

Odio no poder arreglarlo.

Me deslizo hasta el suelo. Rodeo mis rodillas con los brazos.

La imagen de él de pie cruza mi mente.

Sus manos en los brazos de la silla. Sus piernas sosteniendo su peso.

Parecía tan real.

Pero quizá tenga razón. Quizá he visto lo que quería ver.

Quizá solo se estaba recolocando. Usando los brazos para levantarse.

Ya le he visto hacer eso antes. Ajustando su posición en la silla.

Podría haber sido eso.

Me limpio los ojos. Intento pensar con lógica.

Si Bruno pudiera caminar, se lo diría a alguien. ¿Verdad?

No lo ocultaría. No a la familia.

A menos que estuviera avergonzado. O asustado.

O quizá aún no esté preparado. Quizá todavía esté aprendiendo. Haciendo pruebas.

Niego con la cabeza. Esto es ridículo.

Me estoy inventando historias. Veo cosas que no existen.

Bruno está paralítico. Los médicos fueron claros al respecto.

La bala dañó su columna. De forma permanente.

No hay marcha atrás para eso.

Me levanto. Camino hacia mi cama. Me siento en el borde.

Mi móvil vuelve a vibrar. Es Amanda preguntando si he cambiado de opinión sobre el café.

La ignoro.

No puedo pensar en cafés ahora mismo. Ni en maletas. Ni en la boda.

En lo único que puedo pensar es en Bruno.

De pie allí. En su habitación.

O no estando de pie. Porque me he equivocado.

Tengo que haberme equivocado.

Me tumbo en la cama. Me quedo mirando al techo.

Las lágrimas han cesado. Pero el pecho me sigue doliendo.

Por Bruno. Por lo que ha perdido.

Por el hermano que conocía antes.

El que reía. El que me tomaba el pelo. El que me protegía.

Ese Bruno ha desaparecido. Enterrado bajo capas de ira y dolor.

Y no sé cómo traerlo de vuelta.

Tal vez no pueda.

Tal vez nadie pueda.

Cierro los ojos. Intento apartar los pensamientos.

Pero siguen volviendo en círculos.

A ese momento. Ese instante.

En el que le vi de pie.

O creí verle.

Me giro de costado. Aprieto una almohada contra mi pecho.

Mi móvil vibra por tercera vez.

Esta vez lo miro.

Es Dmitri preguntando si estoy bien. Si necesito algo.

Le respondo que estoy bien. Solo cansada.

Él contesta de inmediato. Diciéndome que descanse. Que nos vemos esta noche.

Dejo el teléfono. Cierro los ojos de nuevo.

Pero el sueño no llega.

Solo más preguntas.

Más dudas.

Más imágenes de Bruno de las que no consigo librarme.

Me quedo ahí tumbada durante lo que me parecen horas. Aunque probablemente solo sean minutos.

Al final, me incorporo. Miro las cajas de ropa esperando a ser empaquetadas.

Debería terminar. Acabar con esto.

Pero no soy capaz de moverme.

En su lugar, cojo mi ordenador portátil. Lo abro.

Quizá el trabajo me distraiga.

Abro las grabaciones de seguridad del recinto. Empiezo a desplazarme por las transmisiones.

No busco nada específico. Solo miro.

La puerta principal. Los jardines. La entrada de coches.

Actividad normal. Guardias patrullando. Personal moviéndose entre los edificios.

Nada inusual.

Cambio a las cámaras interiores.

La cocina. El salón. Los pasillos.

Vacío. En silencio.

Entonces pongo la grabación del pasillo de Bruno.

Mi dedo sobrevuela el código de tiempo. La hora en la que estuve allí.

Podría verla. Ver qué pasó realmente.

Confirmar que me equivoqué.

O demostrar que no lo hice.

El corazón me late con fuerza.

¿Quiero saberlo?

¿Y si tenía razón? ¿Y si Bruno puede caminar?

¿Qué significaría eso?

¿Por qué lo ocultaría?

Cierro el portátil. Lo aparto de un empujón.

No. No voy a hacer esto.

No voy a espiar a mi hermano.

Si oculta algo, tendrá sus razones.

Y si me equivoqué, entonces no hay nada que ver de todos modos.

Me pongo en pie. Camino de vuelta hacia las cajas.

Empiezo a empaquetar de nuevo. Obligándome a concentrarme.

Un jersey tras otro. Un cable. Un disco duro.

Movimientos mecánicos. Tareas rutinarias.

Cualquier cosa con tal de dejar de pensar en Bruno.

En lo que vi.

O en lo que no vi.



Dmitri

La reunión con Pietro y Nico se alarga más de lo esperado.

Disputas territoriales. Rutas de distribución. Las complicaciones habituales que conlleva dirigir un imperio.

Me reclino en la silla de cuero de Pietro, observándolo firmar el último documento.

—Con esto quedan zanjadas las rutas del norte —dice Pietro, deslizando los papeles por su escritorio—. Tus hombres pueden empezar a mover mercancía por allí la semana que viene.

Asiento. —Igor se coordinará con tu gente.

—Bien. —Pietro se levanta, estirando los hombros. El peso del liderazgo recae pesadamente sobre él. Reconozco la postura. La tensión que nunca llega a desaparecer del todo.

Llevamos tres horas en esto. Discutiendo detalles. Negociando porcentajes. Construyendo los cimientos de una alianza que remodelará los bajos fondos de Chicago.

Nico se da la vuelta desde la ventana. —A los Corelli no les gustará esto.

—Los Corelli pueden ahogarse con sus objeciones —me levanto de mi asiento—. Tuvieron su oportunidad de jugar limpio.

La boca de Pietro se contrae. Casi una sonrisa. —Tan diplomático como siempre, Baganov.

—Reservo la diplomacia para la gente que la merece.

Nos movemos hacia la puerta. Pietro la abre y los sonidos del recinto se filtran hacia el interior. Voces distantes. Pasos sobre el mármol. El tintineo de platos desde algún lugar más profundo de la casa.

Vittoria aparece en el pasillo. Como si estuviera esperando.

Se me oprime el pecho al verla. Tres semanas hasta que sea mi esposa. Tres semanas que parecen una eternidad.

Ha cambiado desde que la vi esta mañana. Un vestido diferente. El pelo recogido. Ojeras bajo los ojos que ha intentado ocultar con maquillaje.

Algo va mal.

—¿Estás bien?

—Bien —la palabra sale demasiado rápido—. Solo quería preguntar si podíamos quedarnos a cenar esta noche.

Miro a Pietro, que se encoge de hombros.

—Giulia ha vuelto —continúa Vittoria—. Está preparando sus mejores platos. No habéis vivido hasta que hayáis probado su osobuco.

—¿Ha vuelto? —pregunto.

La sonrisa de Vittoria flaquea. Solo por un segundo. —Esta mañana. Ha dicho que nos echaba de menos.

Hay algo más en esa historia. Puedo verlo en su forma de sostenerse. La tensión en sus hombros.

Pero ahora no es el momento de presionar.

—Sería un honor quedarme.

Su alivio es visible. Sutil, pero está ahí. —Bien. Gracias.

Se da la vuelta y camina hacia el comedor. La sigo, poniéndome a su altura.

—Has estado llorando —digo en voz baja. Para que solo ella pueda oírme.

Su mandíbula se tensa. —Estoy bien.

—Vittoria.

—Ahora no —me lanza una mirada—. Por favor. Después.

Quiero insistir. Quiero apartarla y exigir que me diga qué ocurre.

Pero la respeto lo suficiente como para esperar.

—Después —acepto.

El comedor ya está listo cuando entramos. Una larga mesa de caoba. Copas de cristal. Velas blancas parpadeando en candelabros de plata.

El olor a carne cocinándose y a especias llega desde la cocina. Rico. Sabroso. El estómago me ruge a pesar de mis intentos por ignorarlo.

Vittoria toma su asiento habitual. Me acomodo a su lado, lo suficientemente cerca como para que nuestros hombros casi se toquen.

Los demás llegan en oleadas.

Lorenzo entra primero, con Sophia pegada a su costado.

Nico lo sigue con Kristen.

Pietro guía a Nora hasta la mesa.

Bruno entra el último con su silla de ruedas. Tiene la mandíbula apretada. Los ojos duros. Coloca su silla al final de la mesa, separado del resto de nosotros.

Aparece una doncella con botellas de vino. Nos sirve a todos.

Pietro levanta su copa. —Por la familia.

—Por la familia —coreamos.

El vino es excelente. Intenso. Complejo.

Doy otro sorbo, observando la dinámica alrededor de la mesa. Lorenzo susurrando algo que hace que Sophia se ruborice. La mano de Nico apoyada en el muslo de Kristen bajo la mesa. Bruno mirando su vino como si lo hubiera ofendido personalmente.

Y Vittoria a mi lado. Todavía tensa. Todavía ocultando lo que sea que la hizo llorar.

Pietro deja su copa y se gira hacia la puerta de la cocina.

—¡Giulia!

Pasos. Entonces surge una mujer. De unos cincuenta y tantos. Rostro amable. Se limpia las manos en el delantal mientras se acerca.

—Dmitri —dice Pietro—, esta es Giulia. Ha estado con nuestra familia durante más de treinta años. Prácticamente nos crió.

Me pongo en pie y tomo su mano. —Es un honor conocerla.

Giulia me estudia. Evaluando. Juzgando.

—Así que usted es el ruso que va a casarse con nuestra Vittoria. —Su voz es cálida pero firme—. Merece a alguien que la valore.

—Tengo intención de hacerlo.

—Las intenciones son fáciles. Las acciones son lo que importa —me aprieta la mano una vez antes de soltarla—. Pero tiene ojos amables. Eso ya es algo.

Pietro se aclara la garganta. —Giulia, por favor, siéntate. Tengo algo que deciros a todos.

Ella ocupa la silla vacía al lado de Bruno.

La mesa se queda en silencio. Todos miran a Pietro.

Él se pone en pie. Busca la mano de Nora. Ella lo mira con algo parecido al nerviosismo parpadeando en sus rasgos.

—Sé que las últimas semanas han sido difíciles —empieza Pietro —. El ataque. El secuestro de Vittoria. El funeral. Hemos estado luchando por mantener la cabeza fuera del agua.

Hace una pausa. Traga saliva.

—Pero esta noche, quería compartir algo bueno. Algo que vale la pena celebrar.

Aprieta con más fuerza la mano de Nora.

—Nora está embarazada.

Silencio.

Entonces Vittoria grita.

Alegría pura. Sin filtros. El sonido rasga el comedor como un trueno.

Se lanza desde su silla tan rápido que casi la vuelca. Cualquier oscuridad que nublara sus ojos se desvanece al instante. Lo que sea que la hizo llorar queda olvidado.

—¡Oh, Dios mío! —Vittoria prácticamente se abalanza sobre Nora, envolviéndola con los brazos—. ¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío!

Nora se ríe, con lágrimas corriendo por su rostro. —Cuidado, cuidado...

—¡Un bebé! —Vittoria se aparta lo justo para mirar el rostro de Nora—. ¡Vas a tener un bebé!

La habitación estalla.

Lorenzo se pone en pie, estrechando a Pietro en un abrazo feroz. Sophia da palmas, radiante a pesar del dolor que el movimiento debe causarle en su herida en proceso de curación.

Nico se levanta más despacio, pero su sonrisa es sincera. Le aprieta el hombro a Pietro. —Felicidades, hermano.

Kristen abraza a Nora después, murmurando algo que hace que la irlandesa se ría entre lágrimas.

Incluso la expresión de Bruno se suaviza. Solo un poco. Lo suficiente.

Giulia se santigua, con los labios moviéndose en una oración silenciosa. Luego ella también está llorando, secándose los ojos con el delantal.

—Un nieto para Aria —susurra—. Por fin, un nieto.

Observo a Vittoria saltar entre abrazar a Nora y abrazar a Pietro, con su tensión anterior completamente disuelta. Esto es lo que necesitaba. Buenas noticias. Esperanza. Un recordatorio de que la vida continúa incluso cuando la oscuridad amenaza con consumirlo todo.

Pietro me mira a través del caos. Asiente una vez.

Levanto mi copa hacia él.

Vittoria regresa a mi lado, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes de lágrimas de felicidad.

—¿Te lo puedes creer? —me agarra del brazo—. ¡Un bebé! ¡Va a haber un bebé en esta casa!

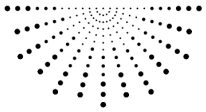
La atraigo hacia mí. Presiono mis labios contra su sien.

—Me lo creo.

Ella me mira. Todo aquel dolor de antes borrado por la alegría.

—Esta es la mejor noticia —dice casi sin aliento—. La mejor noticia de todas.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS



VITTORIA

El horizonte de Chicago pasa borroso tras los cristales tintados mientras Dmitri me lleva en vilo por la entrada del Grand Theatre. Mi vestido de novia ondea a nuestro alrededor como una nube de seda y encaje, con la cola arrastrándose por el suelo de mármol.

Me río contra su cuello. —Estás loco. Hemos dejado a trescientos invitados en el banquete.

—Me importan un bledo.

Su voz es rasposa. Hambrienta. La misma voz que usa cuando está a punto de devorarme.

—Dmitri, mi madre nos va a matar a los dos.

—Que lo intente. —Abre las puertas interiores de una patada sin perder el paso— Necesito follarme a mi mujer mientras lleva puesto este vestido increíble.

Mujer.

La palabra me provoca un escalofrío por la espalda. Llevamos casados exactamente dos horas y cuarenta y siete minutos. La ceremonia ha sido preciosa. Tradicional. Todo lo que mi madre soñaba.

Pero en cuanto empezó el banquete, Dmitri me llevó aparte. Me susurró al oído que tenía una sorpresa. Luego me echó al hombro y me llevó hasta el coche que esperaba mientras nuestros invitados se quedaban boquiabiertos.

Pietro probablemente se esté volviendo loco ahora mismo.

No me importa.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras él recorre los pasillos familiares.

No responde. Solo sigue caminando con esa determinación depredadora que hace que se me tensen los muslos.

Pasamos por el auditorio principal. El nivel del balcón. Los palcos privados donde la élite de Chicago veía antaño las actuaciones.

Entonces se detiene ante una puerta que reconozco.

La gran sala de cine.

Donde me ató a aquella silla antigua. Donde me hizo gritar su nombre hasta que se me irritó la garganta. Donde me reclamó de formas que nunca supe que deseaba.

Dmitri me acomoda en sus brazos y abre la puerta de un empujón.

Suelto un jadeo.

La silla antigua ya no está. En su lugar hay una cama enorme vestida con sábanas de seda blanca. Hay pétalos de rosa esparcidos por el suelo. Las velas parpadean en cada superficie, proyectando sombras danzantes en las ornamentadas paredes.

El foco que en su día iluminó mi cuerpo desnudo baña ahora la cama con una suave luz dorada.

Empiezo a reír. Una risa profunda y genuina que sacude todo mi cuerpo.

—¿Has puesto una cama aquí?

—He puesto una cama aquí.

—¿En medio de un teatro histórico?

—En medio de nuestro teatro histórico. —Me deja en el suelo con suavidad, y mis tacones resuenan contra la madera— Es nuestro, ¿recuerdas?

Giro lentamente, asimilando la transformación. La sala sigue conservando su grandeza original. Las molduras talladas. Las

cortinas de terciopelo. El techo pintado con escenas de la mitología griega.

Pero ahora hay una cama de matrimonio extra grande justo en el centro, como si perteneciera a este lugar.

—Se supone que esta sala ofrece arte —digo, sin dejar de reír—. Cultura. Sofisticación.

Las manos de Dmitri encuentran mi cintura. Me pega a su pecho, con el aliento caliente contra mi oreja.

—Vaya que sí vamos a ofrecer arte.

—¿Poniendo una cama?

—Follándonos por toda la sala. —Sus dientes rozan el lóbulo de mi oreja— Sobre ella. Contra cada pared. Hasta que esta estancia sepa exactamente a quién pertenece.

El calor se agolpa en el bajo vientre.

—Eso no es arte, Dmitri.

—Ni de coña. —Sus dedos manipulan los botones que recorren mi columna vertebral— ¿La cara que pones cuando te corres? ¿Los sonidos que haces? ¿La forma en que tu cuerpo se mueve bajo el mío? —Desabrocha otro botón— Ese es el arte más hermoso que he visto en mi vida.

El vestido se afloja en mis hombros.

Sus manos deslizan la seda por mis hombros. Sus labios recorren la curva de mi cuello. Su cuerpo está duro y exigente contra mi espalda.

—Has planeado esta escena romántica —susurro.

—Llevo planeándolo desde el día en que compré este teatro.

Otro botón. Otro centímetro de piel al descubierto.

—Compraste este teatro hace meses.

—Lo sé. —Su voz baja a ese registro peligroso— Llevo meses imaginándote en esta cama. En esta habitación. Bajo estas luces. —Me hace girar para que le mire— Con este vestido.

El corpiño de mi traje cuelga ahora suelto, sostenido únicamente por mis brazos cruzados sobre el pecho.

Los ojos de Dmitri son plata fundida a la luz de las velas. Hambrientos. Posesivos. Completamente centrados en mí.

—Baja los brazos.

No es una petición.

Le sostengo la mirada. Dejo que mis brazos caigan a los costados.

El vestido se amontona a mis pies en un susurro de seda y encaje. Debajo, llevo exactamente lo que él pidió esta mañana. Lencería de encaje blanco. Liguero. Medias que terminan a mitad del muslo.

Se le corta el aliento.

—Bozhe moy —murmura—. Dios mío.

Salgo del vestido con cuidado, dejándolo como un charco blanco en el suelo. Mis tacones resuenan sobre la madera mientras me dirijo a la cama.

—¿Querías arte? —Le miro por encima del hombro— Ven a crearlo conmigo.



Dmitri

La orquesta crece mientras hago girar a Vittoria por la pista de baile. Su vestido rosa —el segundo por el que se cambió tras lograr volver por fin al banquete— ondea alrededor de sus tobillos. El diamante de su dedo capta la luz de las lámparas de araña.

Mi mujer.

La palabra todavía no me parece real.

—Tu madre nos está mirando —murmuro contra su oído.

Vittoria suelta una risita suave. —Lleva mirándonos desde que entramos. No creo que se haya tragado la historia de las fotos.

—Seguro que no se la ha creído.

Aria Sartori nos estaba esperando en la entrada cuando llegamos, de brazos cruzados y con los ojos entrecerrados. *¿Dónde habéis estado? El fotógrafo terminó hace una hora.*

Vittoria había sonreído con dulzura. *Organizamos una sesión privada, Mamma. Para unas tomas íntimas.*

La mirada que nos lanzó Aria podría haber congelado el vodka.

—Sabe exactamente lo que estábamos haciendo —dice Vittoria ahora, con las mejillas sonrosadas.

—Mejor. —La atraigo más hacia mí, eliminando la distancia adecuada entre nosotros—. Que sepa que su hija es profundamente amada.

La palabra se me escapa antes de que pueda evitarlo.

Amada.

Los ojos de Vittoria se clavan en los míos. Algo cambia en su expresión. Se suaviza.

—Dmitri...

—Te quiero.

Las palabras flotan entre nosotros. Crudas. Sin defensas. Todo lo que he estado reprimiendo desde el momento en que la vi en aquella gala, desde que huyó de mí y me hizo perseguirla, desde que me eligió a pesar de todas las razones para no hacerlo.

—Sé que se supone que no debo decirlo así. —Mi voz es ronca—. En medio de un salón lleno de gente. Con toda tu familia mirando. Pero no puedo esperar ni un segundo más.

Su mano se aprieta sobre mi hombro.

—He matado a hombres sin parpadear. He construido imperios sobre sangre y miedo. He hecho cosas que harían que la mayoría de la gente huyera gritando. —La guío en un giro, sin romper el contacto visual—. ¿Pero tú? Tú me aterrorizas más que nada de eso.

—¿Yo te aterrorizo?

—No tienes ni idea. —La atraigo aún más, si cabe—. Porque antes de ti, no me importaba vivir o morir. Tenía deberes. Responsabilidades. Un legado que proteger. Pero no tenía una razón para desear el mañana.

La música crece a nuestro alrededor. Otras parejas pasan a nuestro lado, pero bien podrían ser fantasmas.

—Entonces entraste en aquella gala con tu vestido, y me miraste como si fuera un monstruo más en una sala llena de monstruos. Y cuando te besé la mano, echaste a correr. —Una sonrisa asoma a

mis labios—. Huiste de mí, solnyshko. ¿Sabes cuántas mujeres se me han insinuado? ¿A mi dinero? ¿A mi poder? ¿A mi apellido?

—A cientos, estoy segura —dice ella con ironía.

—A miles. —No estoy alardeando. Es simplemente un hecho— Pero tú huiste. Y en ese momento, algo se rompió dentro de mí. O quizá por fin se arregló. Todavía no estoy seguro de cuál de las dos cosas fue.

Sus ojos brillan ahora. Parpadea rápidamente, intentando contener las lágrimas.

—Pasé un mes observándote a través de cámaras de seguridad como un acosador obsesivo. Manipulé a tu familia. Eliminé a tus otros pretendientes. Hice cosas terribles para acercarme a ti. —Mi pulgar traza círculos en su espalda baja—. Y volvería a hacerlo todo. Cada momento. Porque me trajo hasta aquí.

—Dmitri...

—No he terminado.

Cierra la boca. Espera.

—Me preguntaste una vez qué ganarías al casarte con un monstruo. —Me inclino hasta que mi frente toca la suya— Aquí tienes la respuesta. Te llevas a un hombre que reducirá el mundo a cenizas si alguien te amenaza. Te llevas a alguien que nunca te mentirá, incluso cuando la verdad sea fea. Te llevas a un compañero que ve tu brillantez y quiere estar a tu lado, no mermarla.

Una lágrima escapa por su mejilla. La atrapo con el pulgar.

—Te llevas mi corazón, Vittoria. Cada trozo oscuro y dañado de él. Es tuyo. Ha sido tuyo desde el momento en que huiste de mí y me hiciste darme cuenta de que te perseguiría para siempre si eso era lo necesario.

—Vas a hacer que llore en mi propia boda —susurra ella.

—Bien. —Le beso la frente—. Porque necesito que entiendas algo.

—¿Qué?

—No me casé contigo por la alianza. No me casé contigo por los contactos de tu familia, ni por tu genio tecnológico, ni por ninguna de las ventajas estratégicas que ofrece nuestra unión. —Me aparto lo justo para mirarla a los ojos— Me casé contigo porque eres la

única persona que me ha hecho querer ser algo más de lo que mi padre creó. Me haces querer ser digno de algo. De alguien.

Su mano sube para acunar mi rostro. Su palma está caliente contra mi mandíbula.

—Eres digno —dice en voz baja—. Siempre lo has sido.

—No. —Niego con la cabeza—. Pero voy a pasar el resto de mi vida intentando convertirme en el hombre que mereces. Ese es mi voto para ti, Vittoria Baganov. No los que dijimos en la iglesia. Este. Justo aquí. Justo ahora.

La música cambia a algo más lento. Más íntimo.

—Te quiero —digo de nuevo—. Amo tu vena testaruda, tu mente brillante y la forma en que me desafías cuando me porto como un idiota. Amo cómo cuidas de tu familia incluso cuando te vuelven loca. Amo que te pusieras ese maldito vibrador para cenar solo para demostrarme que podías soportar cualquier cosa que te echara.

Se ríe entre lágrimas. —¿Sacas eso ahora?

—Saco todo. Cada momento que me hizo enamorarme más de ti. —La hago girar lentamente—. La forma en que explicaste tus sistemas de seguridad con tanta pasión que se me olvidó respirar. La forma en que me diste la mano en el funeral de mi padre sin decir una palabra. La forma en que activaste ese rastreador cuando te secuestraron porque confiaste en que te encontraría.

—Confié en ti.

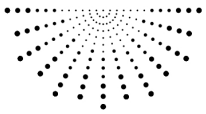
—Y nunca traicionaré esa confianza. —Mi voz baja hasta ser apenas un susurro—. Eres mi corazón, solnyshko. Mi pequeño sol. La única luz en un mundo muy oscuro.

—Yo también te quiero. Muchísimo —dice ella, y presiona sus labios contra los míos.

¡La historia de Bruno ya está disponible!

>>> Haz clic aquí y descárgala ahora <<<

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES



Bruno

El velo oculta su rostro.

Encaje blanco y seda, cayendo sobre su cabello rubio. Puedo ver su silueta —el contorno de unos rasgos que no alcanzo a distinguir —, pero no su expresión. Ni sus ojos.

Vi lo suficiente cuando cruzó esas puertas por primera vez. En el momento en que su mirada me encontró. Encontró la silla de ruedas.

Se quedó helada. Solo un instante. El tiempo justo para que yo reconociera la mirada que he visto cien veces desde que desperté.

Impacto. Confusión. El rápido cálculo de lo que esto significa.

Ahora está de pie frente a mí y no puedo leer su cara a través del velo. No sé si está horrorizada, aliviada o algo intermedio.

No importa. Sé lo que está pensando.

El sacerdote empieza a hablar. Palabras en latín que me bañan sin que llegue a procesarlas. Ya las he oído antes. En mi primera casi boda. Aquella que terminó con balas, sangre y dos años de oscuridad.

Mis manos descansan sobre los reposabrazos de mi silla. Firmes. Controladas.

Pero mis ojos no se quedan fijos en el cura.

Se desvían constantemente hacia ella.

El vestido es sencillo. Seda blanca que roza su cuerpo sin ceñirse. Escote recatado. Manga larga. No tiene nada de provocativo.

Excepto.

Excepto por la forma en que la tela se mueve cuando respira. La forma en que insinúa las curvas que hay debajo: la elevación de sus pechos, la curva de su cintura, el ensanchamiento de sus caderas. No intenta ser seductora. El vestido no fue diseñado para eso. Pero su cuerpo...

Joder.

Su cuerpo podría hacer que un ángel se volviera demonio.

Me muevo en la silla. Un movimiento sutil. Solo lo justo para reacomodarme.

Puede que mis piernas no funcionen. No del todo. Todavía no. Pero todo lo demás funciona a la perfección. Y ahora mismo, mi polla tira contra el pantalón como si fuera un maldito adolescente que no ha visto a una mujer en su vida.

Dos años.

Dos años desde que dejé que alguien me tocara. Desde que quise que alguien me tocara. A las enfermeras que me ayudan a entrar y salir de la cama las tolero porque no tengo otra opción. ¿Pero mujeres? ¿Sexo? Cerré esa puerta en el momento en que desperté y me di cuenta de en qué me había convertido.

Me alivio yo solo cuando lo necesito. Rápido. Eficiente. Sin fantasías. Sin anhelos. Solo una función física, como comer o respirar.

Pero ahora.

Ahora estoy mirando la curva del cuello de mi futura esposa, visible justo por encima del cuello de su vestido, y mi mente se va a lugares a los que no ha ido en años.

¿A qué sabrá su piel?

¿Qué sonido haría si pusiera mi boca ahí?

¿Se arquearía hacia mí o se apartaría?

Basta.

Obligo a mi mirada a volver al sacerdote. Obligo a mis manos a permanecer relajadas sobre los reposabrazos.

Está temblando.

Me doy cuenta ahora. El ligero estremecimiento de sus hombros. La forma en que sus dedos aprietan el pequeño ramo de rosas blancas como si fuera lo único que la mantiene en pie.

Tiene miedo.

Normal que lo tenga. Acaba de entrar en una iglesia esperando una cosa y se ha encontrado con algo totalmente distinto. Está de pie frente a un hombre al que no conoce, a punto de unirse a él de por vida, y no tiene ni idea de qué clase de marido seré.

¿Cree que le haré daño?

¿Cree que le exigiré cosas? ¿Que la usaré? ¿Que tomaré lo que quiera porque no tiene poder para detenerme?

Tenso la mandíbula.

No tiene motivos para tener miedo. No de eso. No de mí.

No voy a tocarla.

El pensamiento se asienta en mi pecho como una piedra. Frío. Definitivo.

Tomé esa decisión antes siquiera de verle la cara. Antes de saber que era rubia o hermosa, o que su cuerpo haría que me hirviera la sangre por primera vez en dos años.

Este matrimonio es una transacción. Una prueba. La forma que tiene Pietro de demostrar que puedo ser estable. Responsable. Digno del puesto para el que nací.

No es real.

Ella no es mía. No de ninguna forma que importe.

La protegeré. Mantendré sus necesidades cubiertas. Le daré lo que necesite para vivir cómodamente bajo mi techo. Pero no la tocaré. No la cargaré con un marido que no puede ponerse de pie, que no puede caminar, que no puede ser el hombre que se merece.

Se ofreció voluntaria para este matrimonio para proteger a su familia.

Valiente.

Estúpida.

Ambas cosas.

El sacerdote continúa. Más palabras. Más rituales.

Mantengo la vista al frente. Las manos quietas. Mi expresión tallada en la misma piedra que los muros de la iglesia.

Pero soy consciente de ella. De cada respiración que toma. De cada pequeño cambio de peso. Del tenue aroma floral que flota en el aire cargado de incienso.

Jazmín.

Huele a jazmín.

Mi polla vuelve a dar un tirón.

Joder.

Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.



Antonella

—¿Aceptas tú, Antonella Romano, a Bruno Sartori como tu legítimo esposo?

La voz del sacerdote resuena en la iglesia. El latín y el inglés se mezclan en una ceremonia que parece más un contrato comercial que una boda.

Miro a Bruno a través de mi velo.

No se ha movido desde que llegué al altar.

—Sí, quiero.

Las palabras salen firmes. Con más fuerza de la que siento.

La mandíbula de Bruno se tensa. Solo un poco. Lo suficiente para que me dé cuenta.

El cura sigue. Más palabras sobre el santo matrimonio y los vínculos sagrados. Apenas las oigo. Mi corazón late con tanta fuerza que lo ahoga todo.

Esto es real.

Está pasando.

Estoy casada con un hombre al que conocí hace cinco minutos. Un hombre en silla de ruedas. Un hombre cuya familia me compró para saldar las deudas de mi padre.

—Ya puedes besar a la novia.

Las palabras del sacerdote quedan suspendidas en el aire.

Espero.

Bruno no se mueve.

No. No es exacto. Sí se mueve. Pero no hacia mí.

Retrocede con la silla. Con un suave empujón de sus manos contra las ruedas, se aleja treinta centímetros. Luego sesenta.

No me va a besar.

El calor me inunda las mejillas. Me quedo paralizada ante el altar, con el ramo apretado entre las manos y el velo aún cubriéndome el rostro. El silencio se prolonga. Puedo sentir las miradas sobre nosotros. Mi familia. Su familia. Todo el mundo observando cómo se desarrolla este desastre.

¿Qué se supone que debo hacer?

¿Doy un paso adelante? ¿Espero? ¿Acaso finjo que este no es el momento más humillante de mi vida?

La expresión de Bruno no revela nada. Piedra. Hielo. Un muro a través del cual no puedo ver.

No me quiere.

El pensamiento me golpea como una bofetada. Pues claro que no. ¿Por qué iba a quererme? Soy una transacción. El pago de una deuda. Una desconocida que le han impuesto por circunstancias que ninguno de los dos eligió.

Pero al menos podría haberlo fingido.

Un movimiento capta mi atención. Una mujer se acerca desde el primer banco. Pelo oscuro. Rasgos afilados.

Se detiene frente a mí.

—Todavía llevas puesto el velo —dice suavemente.

Parpadeo. Mis manos se mueven automáticamente, subiendo para retirar el encaje de mi cara. La iglesia se enfoca con más nitidez. Las velas. Las flores. Los rostros que nos observan.

La mujer sonríe. Es una sonrisa cálida. Sincera. Nada que ver con la fría recepción que esperaba.

—Soy Vittoria Sartori. La hermana de Bruno.

Asiento. Mi voz parece haberme abandonado.

—Bienvenida a la familia —me coge la mano y me la aprieta; su agarre es firme, reconfortante—. Sé que esto no es... tradicional. Pero ahora eres una de las nuestras.

Una de las nuestras.

La gente empieza a moverse. La ceremonia ha terminado. Mi familia se levanta de su banco. Los Sartori hacen lo mismo. Los cuerpos convergen a nuestro alrededor en una mancha borrosa de trajes oscuros y perfume caro.

Alguien me abraza. Creo que es Gianna. Me rodea la cintura con los brazos y me susurra algo que no acabo de oír. Luego aparece Claudio, con la mano en mi hombro y la expresión tensa por la preocupación.

Papá se queda atrás. No me mira a los ojos.

Mejor.

Yo tampoco quiero mirarlo.

—Pietro.

La voz de Bruno corta el ruido. Me giro.

Ya está cerca de la puerta lateral. El hombre que estuvo a su lado durante la ceremonia —alto, moreno, con complexión de soldado— espera con una mano en el pomo de la puerta.

—Tengo que volver al complejo —el tono de Bruno es neutro, profesional—.

Eso es todo.

No quiere estar aquí.

Yo tampoco.

Todo esto es ridículo. Una farsa disfrazada de seda blanca y velas de iglesia. Somos dos extraños unidos por papeles y deudas, y él ni siquiera soporta estar en la misma habitación conmigo más de veinte minutos.

Bruno sale con la silla por la puerta. La pesada puerta de roble se cierra tras él con un sonido parecido al de la tapa de un ataúd.

Estoy sola.

Rodeada de gente, pero sola.

Vittoria aparece de nuevo a mi lado. —No te lo tomes como algo personal. Bruno se está... —pausa; busca la palabra adecuada— adaptando.

Adaptando.

¿Así es como lo llamamos?

Fuerzo una sonrisa. —Por supuesto.

Vittoria me estudia un momento. —Ven —dice—. Deja que te presente a todo el mundo como es debido. El coche puede esperar.

Me coge del brazo y me guía hacia el grupo de los Sartori. Voy porque no sé qué más hacer.

Mi marido acaba de dejarme plantada en el altar.

Y, de algún modo, se supone que debo fingir que esto es normal.



Bruno

La puerta lateral se cierra tras de mí.

Muros de piedra. Iluminación tenue. Olor a incienso viejo y cera de vela.

Hago girar las ruedas por el estrecho pasillo hacia la salida trasera. Mis manos aprietan las llantas con la fuerza suficiente para que me duelan los nudillos.

Pasos detrás de mí.

Valentino.

—Eso no era necesario.

No reduzco la velocidad. —No te he preguntado.

—Bruno. —Su voz tiene ese tono. El que indica que está a punto de darme un sermón—. Ahora es tu mujer. Podrías haber...

—¿Podría haber qué? —Me detengo. Giro la silla para enfrentarme a él—. ¿Besarla? ¿Fingir que esto es un romance de cuento de hadas?

Valentino se queda de pie con los brazos cruzados. Calma. Imperturbable. Como si estuviera viendo a un niño tener una rabieta.

Hace que me den ganas de estampar el puño contra la pared.

—Podrías haber esperado —dice—. Podríamos habernos ido todos juntos. Como una familia.

—No necesito tu opinión. —Las palabras salen afiladas. Agresivas —. Así que cállate la puta boca.

Valentino se ríe.

Tenso la mandíbula. —¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. —Niega con la cabeza. Sigue sonriendo—. En realidad eres muy divertido, Bruno.

—Soy desternillante.

—Lo eres. —Da un paso hacia delante—. Es como si tuvieras los insultos a punto de salir por la boca. Cargados y listos. Sin motivo ninguno, en realidad.

Lo miro fijamente.

Él me devuelve la mirada.

—Podrías haber esperado simplemente —continúa—. Haberte quedado ahí otros diez minutos. Dejar que todos se despidieran. Luego nos vamos todos juntos y nadie sospecha nada raro.

—¿Y en lugar de eso?

—En lugar de eso, has quedado como un gilipollas. —Valentino se encoge de hombros—. Delante de ella. Delante de ambas familias. Delante de Dios, si es que crees en esas cosas.

De repente, el pasillo parece más estrecho. Las paredes me oprimen.

Pienso en su cara. En cómo se quedó allí en el altar, con el velo aún cubriéndole los rasgos, esperando un beso que nunca llegó. En cómo se tensaron sus hombros cuando retrocedí con la silla en lugar de avanzar.

La humillé.

Sé que lo hice.

—Me importa una mierda.

La mentira me sabe amarga en la lengua.

La expresión de Valentino cambia. Solo un poco. La diversión se desvanece, sustituida por algo más agudo. Algo que ve demasiado.

—¿Estás seguro de eso?

—Segurísimo.

No me cree. Lo veo en la forma en que ladea la cabeza. En la forma en que entrecierra los ojos.

Pero no insiste.

Eso es lo que tiene Valentino. Sabe cuándo parar. Cuándo dejar que el silencio trabaje en lugar de las palabras.

Vuelvo a girar la silla. Empiezo a rodar hacia la salida de nuevo.

—El coche está esperando —digo por encima del hombro—. Vámonos.

Sus pasos me siguen. Constantes. Pacientes.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Como si supiera algo que yo no sé.

¡La historia de Bruno ya está disponible!

>>> Haz clic aquí y descárgala ahora <<<

ESCENA BONUS EXCLUSIVA

¡Gracias por leer Vittoria! ¿Quieres descubrir qué les ocurre después? Puedes averiguarlo en este epílogo extra exclusivo haciendo clic aquí o escaneando el código QR y serás el primero en saber cuándo estará disponible cada libro de la serie Sartori Syndicate.

Disponible en ningún otro lugar



¡La historia de Bruno ya está disponible!

>>> Haz clic aquí y descárgala ahora <<<



Únete a los lectores que llamaron a este libro:

- "No puedes soltarlo" 📖
- "¡Me encantó absolutamente!" ❤️
- "¡Mejor libro del año!" ⭐⭐⭐⭐⭐
- 🔥🔥🔥🔥🔥

PLAN DE ACCIÓN DE 2 MINUTOS:

1️⃣ Deja una reseña (¡incluso solo "¡Increíble!" o 🔥🔥🔥 cuenta!)

2️⃣ Haz una captura de pantalla y publícala en redes sociales

3️⃣ Etiquétame @sherryblakeauthor

4️⃣ Únete a mi Grupo de Facebook para participar: https://facebook.com/groups/sherryblake

Un ganador aleatorio cada mes recibe un libro en rústica firmado GRATIS.

¡Podrías ser tú! 🎁

ACERCA DE SHERRY BLAKE

Sherry Blake escribe novelas románticas de mafia candentes con pasión, corazón y un poco de crudeza. Sus historias se nutren de experiencias reales, moldeadas por un pasado que le enseñó fortaleza, supervivencia y el poder del amor en todas sus complicadas formas.

Es una mujer casada, madre de tres hijos y narradora a tiempo completo que todavía cree en la magia de un buen chico malo. Cuando no está escribiendo, la encontrarás persiguiendo el caos, tomando café o pasando el tiempo con su mimado gato, Simba.

Sus libros son crudos, audaces y un poco peligrosos, justo como los hombres que los protagonizan.

¿Quieres saber más sobre ella?

Síguele la pista 👇

Grupo de Facebook: facebook.com/groups/sherryblake

Website: sherryblake.com

Oder... 👇👇👇



OTRAS OBRAS DE SHERRY BLAKE

Feretti Syndicate Series

Ruined By Revenge (Book One)

Ruined By Blood (Book Two)

Ruined By Rhapsody (Book Three)

Ruined By Capture (Book Four)

Ruined By Protection (Book Five)

Ruined By Ravishment (Book Six)

Sartori Syndicate Series

Pietro

Lorenzo

Nico

Vittoria

Bruno

German Edition

Ruiniert Durch Rache

Ruiniert Durch Blut

Ruiniert Durch Rhapsodie

Ruiniert Durch Entführung

Ruiniert Durch Schutz

Ruiniert Durch Hingabe

Pietro

Lorenzo

Nico

Vittoria

Bruno

French Edition

Ruinée Par La Vengeance

Ruinée Par Le Sang

Ruinée Par La Rapsodie

Ruinée Par La Capture

Ruinée Par La Protection

Ruinée Par Le Ravissement

Pietro

Lorenzo

Nico

Vittoria

Bruno

Italian Edition

Rovinata Dalla Vendetta

Rovinata Dal Sangue

Rovinata Dalla Rapsodia

Rovinata Dalla Cattura

Rovinata Dalla Protezione

Rovinata Dal Rapimento

Pietro

Lorenzo

Nico

Vittoria

Bruno

Spanish Edition

Destruida Por La Venganza

Destruida Por La Sangre

Destruida Por La Rapsodia

Destruida Por La Captura

Destruida Por La Protección

Destruida Por El Arrebato

Pietro

Lorenzo

Nico

Vittoria

Bruno

Brazilian Edition

Destruida Pela Vingança

Destruida Pelo Sangue

Destruida Pela Rapsódia

Destruida Pela Captura

Destruida Pela Proteção

Destruída Pelo Arrebatamento

Pietro

Dutch Edition

Geruïneerd Door Wraak

Geruïneerd Door Bloed

Geruïneerd Door Rapsodie

Geruïneerd Door Gevangenschap

Geruïneerd Door Bescherming

Geruïneerd Door Verrukking

Other...

Audiobooks

Discreet Paperbacks

Swag & More

YouTube Edition
